

MARY JANICE DAVIDSON

Serie FAMILIA REAL DE ALASKA. LIBRO 1



*Tratamiento
Real*

Sinopsis

Imagínate que Alaska es un país y vivimos esa realidad, donde hay una Familia Real que, aunque vive en un palacio de Juneau, está formada por gente práctica. El rey, más que nadie, disfruta siendo “normal”, dejándose barba y capitaneando, de incógnito, un barco de pesca. Durante una de sus travesías decide que su compañera de viaje sería la esposa perfecta para su hijo mayor, David.

Christina es un alma errante, sola en el mundo, que no solo acaba en el palacio, sino que pronto es acogida como un miembro más de la familia. Ella y David se pelean constantemente, pero la verdadera crisis llegará el día después de su boda.

Qué difícil es creer (cuando consigues aceptar, en tu imaginación, que Alaska es un país) que alguien como Christina pueda ser una princesa: una princesa con el lenguaje de un marinero. La diversión está asegurada con esta pareja de personalidades tan distintas.



Índice

Cartilla para la futura princesa	4
¡Ataque!	5
Dedicatoria	6
Notas de la autora	7
Agradecimientos	8
Prólogo	9
PRIMERA PARTE	10
Capítulo 1	11
Capítulo 2	14
Capítulo 3	20
Capítulo 4	25
Capítulo 5	32
Capítulo 6	41
Capítulo 7	47
Capítulo 8	52
Capítulo 9	58
SEGUNDA PARTE	61
Capítulo 10	62
Capítulo 11	69
Capítulo 12	77
Capítulo 13	96
Capítulo 14	103
Capítulo 15	112
Capítulo 16	117
Capítulo 17	127
Capítulo 18	131
Capítulo 19	141
Capítulo 20	149
Capítulo 21	158
Capítulo 22	163
TERCERA PARTE	173
Capítulo 23	174
Capítulo 24	184
Capítulo 25	191
Capítulo 26	204
Capítulo 27	210
CUARTA PARTE	224
Capítulo 28	225
Capítulo 29	233
Capítulo 30	238
Capítulo 31	242
Capítulo 32	248
Capítulo 33	253
Capítulo 34	257
Capítulo 35	261
Capítulo 36	268
EPÍLOGO	270
Sobre la autora	272
CRÉDITOS	273

Cartilla para la futura Princesa

O... Cosas Que He Aprendido Bastante Rápido, Compiladas por...

Su Futura Alteza Real —Sí, como sea—

Christina. Esa soy yo.

1. Los chistes que aprendes en un barco de pesca, no son apropiados para un baile elegante.
2. Debes aprender a hacer reverencias, aguantar los eructos, y conocer la diferencia entre un tenedor de ensalada y un cuchillo para fruta.
3. Debo evitar continuar pensando en los maravillosos ojos del Príncipe David y sus labios, manos, hombros, ah... espera, ¿puedo volver a intentarlo?
4. Convertirse en princesa es mucho más difícil de lo que parece.
5. Enamorarse, es muchísimo mas fácil...

¡Ataque !

El Príncipe David, intensamente concentrado en sus observaciones mañaneras de los residentes de Allen Hall, no se percató del brazo que serpenteaba a través de la puerta, y que lo envolvió con firmeza. En un abrir y cerrar de ojos se encontraba sobre su espalda, siendo arrastrado a una pequeña y oscura habitación. Percibió el aroma a flores silvestres y decidió no oponer resistencia.

—La cuestión es —le dijo su prometida, sentándose a horcajadas encima de él—, que aprecio que hayas comprado la vaca y demás, pero creo que deberías conseguir algo de leche gratis.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó David con la voz sofocada. Un segundo atrás, iba por el pasillo pensando en sus cosas, y al siguiente... ¡era atacado!

—Oh, claro que sí, es solo que estaría loca si planeara pasar contigo, ¿cuántos? ¿Cincuenta, sesenta años? Sin... ya sabes. Probar la mercancía.

—Si te comprendiera, —dijo cuidadosamente—, y no estoy seguro de hacerlo, me estarías proponiendo que nosotros... ¿Podrías devolverme los pantalones, por favor?

—Enseguida —respondió ella, y con destreza comenzó a desabrocharle la camisa hasta abrirla por completo.

Mary Janice Davidson

KENSINGTON BOOKS

KENSINGTON PUBLISHING CORP

<http://www.kensingtonbooks.com>

A mi madre, que hubiera sido una reina excelente y a mi padre, quien fue la inspiración para Su Majestad el Rey Alexander II.

Y para Scott Gottlieb, a quien olvidé la vez anterior, pero no a propósito.

Nota de la autora

Me tomé muchas libertades con este libro. La principal es que Alaska no es un país. Una vez me atreví a alterar la realidad hasta satisfacer mis necesidades, también decidí cambiar otras cosas. Espero que el lector encuentre tanta diversión explorando este nuevo mundo, como lo hice yo.

Agradecimientos

Como siempre, gracias a mi grandiosa familia por su... bueno, grandioso apoyo. En particular, a mi hermana, Yvonne, que ha escuchado todas mis tontas historias sin quejarse. Lo que también se aplica a mi esposo. Agradecimientos especiales a Karen Thompson, que leyó mis borradores sin quejas; y a Giselle McKenzie, que se quejó abiertamente de mis borradores.

Agradecimientos especiales a mi editora, Kate Duffy, y al generoso y amable Lori Foster; quienes me han apoyado indefectiblemente.

Muchas gracias también, a dos mujeres que nunca he conocido: Martha Stewart y Judith Martin. Normalmente, termino mis libros cuando mi héroe y heroína deciden decir “*Sí, acepto*” y nunca llego a idear una boda. Las bodas de Martha Stewart y de la Señorita Buenos Modales han sido de un valor incalculable.

Prólogo

Extraído de “La Reina de Los Confines del Mundo”, por
Edmund Dante III, © 2089, Publicaciones Harper Zebra y
Schuster.

Aún hoy, con todas las comodidades del pacífico siglo XXI, los nativos de Alaska son un grupo fuerte y ninguno lo es más que la Familia Real. Existe un dicho en esta parte del mundo: “Los Nativos Reales de Alaska luchan contra los osos, pero solo después del té”.

Esta resistencia era vital para un joven y vasto país. Los nativos de Alaska tenían que ser rudos, no solo para romper con la Madre Rusia en 1863, sino para después avanzar y crear su propio gobierno. Pudo no haber sido fácil, pero la Familia Real estuvo a la altura de las circunstancias.

Es precisamente esta rudeza lo que en ocasiones causaba problemas. El suegro de La Reina, El Rey Alexander II, no era la excepción.

Los documentos históricos confirman que el Rey Alexander adoró a su nuera desde el momento en que la vio. Con su ímpetu característico, decidió que esa inflexible plebeya sería perfecta para su hijo heredero a la corona, el Príncipe David.

Pero claro, convencer a Su Alteza el Príncipe, por no mencionar a la mujer que eventualmente se convertiría en la madre de reyes, no sería un asunto simple. . .

Primera Parte

“Nadie me conoce realmente y yo realmente no conozco a nadie. Pero eso está bien.”

Christina Krabbe

Capítulo 1



— Si vuelves a tocarme, te arrancaré las orejas y te las meteré por la nariz.

Christina Krabbe le explicó este hecho de la vida a su supervisor, que en ese momento se encontraba rodando por la cubierta, protegiendo sus partes privadas.

—No debí haber salido de la cama hoy. Hubiera sido mejor tirar el reloj al suelo y volver a dormirme.

Pero en su vida había llegado tarde al trabajo y si ella no rompía ochenta huevos para el *Viernes de Huevos Revueltos Rosemary*, ¿quién lo haría?

Christina supo que habría problemas, prácticamente en el momento en que llegó a bordo. Ed "*accidentalmente*" le había rozado el trasero y los pechos un millón de veces. Nunca lo suficiente como para llamarle la atención por su comportamiento, pero sí lo suficiente para hacerle temer su próximo encuentro. Estaba simplemente sorprendida de que su jefe se hubiera tomado estas largas tres semanas para dar el primer paso.

Pero hoy... se había acercado a ella desde atrás para agarrarle los pechos como si fuera una vaca lista para ser ordeñada... ella le había dado una patada y un codazo, y ahora él estaba en el suelo. Estaba hecho, no había vuelta atrás. Y no es que quisiera lo contrario. Sus labios se movían. Ella se acercó para escuchar.

—...despedida.

—¿Qué?

—...despedida. Estás despedida.

—Ajá. ¿Cuál es la frase? “¿No puedes despedirme, renuncio?” ¿Es eso? Debería demandar tu culo, Ed, lujurioso pedazo de mierda. Pero francamente, no vales la pena, la molestia, o la agravación. Además, no tengo dinero para un abogado. Pero no importa.

Arrojó sus pertenencias dentro de una mochila mientras él se recuperaba, sosteniéndose dolorosamente sobre sus pies para marcharse por la puerta. Ella no lo observó irse. Se preocuparía por sus referencias más tarde.

Bajó por la cubierta, le enseñó su insignia de empleada al tipo que contaba narices, y la arrojó sin dilación en el basurero al final del muelle para caer en la fila detrás de los *gansos*¹.

Al menos estaban en el puerto. Si Ed hubiera intentado su mierda mientras estaban en el océano, le hubiera tocado una buena travesía nadando.

Uno de los guías turísticos -la línea había empleado una docena, y ella nunca pudo aprenderse sus nombres- estaba haciendo Alaska 101 para los *gansos*. Christina se abrió camino a través de la multitud, escuchando a medias el parloteo.

—En efecto, Rusia ofreció Alaska en venta a los Estados Unidos. Como saben, Norteamérica se enfrentaba a una guerra civil, por lo que no se interesó en la oferta, pero ¿podrían imaginarse qué hubiera pasado si lo hubiera estado? ¡Alaska se hubiera convertido en el cuadragésimo noveno estado!

Y desde que se descubrió el oro y el petróleo aquí, hemos estado dándonos en la cabeza contra las paredes, pensó Christina, conteniendo una risita.

El guía turístico hablaba monótonamente, mientras Chris dejaba la cubierta, el barco, a Ed y a los Martes de Tostadas Francesas, en el olvido.

El Dulzor del Verano —un nombre exquisitamente estúpido para un crucero- zarpaba del puerto esa noche. Ella no planeaba subirse. No volvería a acercarse a Ed —él podría tener la ocurrencia de que una pequeña venganza

¹ Traducción literal del original. Es una forma despectiva de referirse a los turistas.

sería un bálsamo para su ego herido. Algunos hombres eran así de raros. Tú los golpeabas para defenderte y ellos decidían que la única forma de arreglarlo era hiriéndote el doble.

Cuando el barco zarpara, ella aún estaría en el puerto. Abandonada en Juneau, Alaska, a mil millas del lugar de su nacimiento. Abandonada en los confines del mundo, en un lugar con una popularmente chiflada Familia Real y más osos que coches.

Genial.

Capítulo 2



Extraído de “La Reina de los Confines del Mundo” por Edmund Dante III, © 2089, Publicaciones Harper Zebra y Schuster.

El Rey Alexander II, cabeza de la casa Baranov, era, al igual que la mayor parte de la familia real, un enigma. Aunque había nacido entre la riqueza y el privilegio, tenía un pensamiento corriente. No obstante, raramente se le permitía “ensuciarse las manos”, como Su Majestad pudo haberlo planteado, aparte de sus responsabilidades, el pasatiempo del mayordomo, Edmund Dante, y sus guardaespaldas.

A menudo Su Majestad se dejaba crecer la barba y salía con un grupo de pesca. Esto enfurecía a algunos, principalmente: (A) su equipo de seguridad, (B) Edmund Dante, y (C) Las personas de su grupo de pesca. Al rey Alexander siempre le sorprendía ser reconocido, y cuando finalmente lo era, gran parte de la diversión del grupo, se esfumaba. Era difícil para los ciudadanos de Alaska disfrutar de un día de descanso cuando notaban que su soberano era quien capitaneaba el barco y destripaba el pescado.

—Hemos atrapado toneladas de peces, pero tú no has sonreído en toda la tarde —El capitán del barco se sentó junto a ella, estirando las largas piernas y mirando fijamente la punta de sus botas de goma—. ¿Que va mal, muchacha?

Christina se encogió.

—Oh, vamos.

—Bueno—miró a los demás miembros del grupo de pesca que estaban amontonados en el extremo opuesto del barco, mirándolos fijamente. Extraño. Momentos antes, habían sido un grupo bastante alegre, y ahora

caminaban como si tuvieran cristal en las botas—. Te diré cuál es mi problema, si me dices el de ellos —Ella movió la cabeza en dirección al grupo.

—Hecho.

—De acuerdo. Veamos, mandé a la mierda a mi jefe por intentar tocarme en un lugar privado, me despidieron, otra vez, y estoy aislada en un país extraño, otra vez. Y he utilizado mis últimos cincuenta para venir a pescar. Me pregunto, ¿cómo puedo llegar a ser tan estúpida?

El capitán parecía desconcertado. Era un hombre grande, ancho de hombros, y un poco más alto que ella -y teniendo en cuenta las estadísticas, Christina no era pequeña. Él tenía el cabello espeso, canoso y una barba igualmente espesa entrelazada con tonos plata. Sus ojos eran azul pálido y sonreían incluso cuando su boca no lo hacía.

— ¿Cómo puedes llegar a ser tan estúpida, con respecto a qué?

—A gastar mi última moneda en este viaje. Quiero decir, hola, pude haber esperado a conseguir otro trabajo, ¿cierto? Estúpida. No hay excusa — Suspiró y miró hacia el océano—. Pero yo solo quería... quería...

—Hacer algo que te gusta para variar. No creo que sea algo estúpido.

—Sin excusa, —dijo melancólicamente—. El trabajo primero. Asumiendo que seré capaz de trabajar en este país. Quiero decir, tengo pasaporte, pero, olvídalo, me estoy yendo por las ramas. En cuanto al resto, no tan estúpido. Quiero decir, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Dejar que me cogiera? Olvídalo. Tiene suerte de que no le haya pateado las pelotas hasta dejárselas en la garganta.

El capitán asintió, lo que la animó un poco.

—Maldita sea. Obtuvo lo que se merecía. Si alguien le hiciera eso a una de mis hijas... —Sus manos se cerraron en puños que eran, ella observó, del tamaño de bolas de boliche.

—Cierto. Sin piedad.

—Cierto, maldición.

—Cierto. Ahora bien, hemos establecido que patear traseros es la manera. Pero eso no me ayuda. Tengo que encontrar un trabajo. Supongo que primero debo averiguar si puedo quedarme.

—Puedes quedarte, —dijo el capitán.

—Eso está bien, pero es mejor si lo investigo por mi cuenta, ¿no crees?

Él se encogió.

—Cierto. Ah... me resultas familiar. ¿Te he visto en la TV o algo así?

—Tengo esa clase de rostro, —dijo vagamente.

—Oh. De todos modos, todas mis posesiones se encuentran en un casillero de la biblioteca, pero...

—¿Qué pasa con tus parientes?

—Mi padre nos abandonó cuando solo era un bebé, y mi madre murió cuando yo estaba en la escuela secundaria. Solo estoy yo.

—Rayos, eso es malo.

Ahora era su turno para encogerse. Ciertamente, ella no iba a entrar en lo de *"estar por su cuenta desde que tenía dieciséis"*. Él parecía un viejo bueno y amistoso, pero había límites.

— ¿A qué te dedicas?

—Soy... Quiero decir, era... cocinera en un crucero. Y guárdate el discurso de *"los cruceros son la runia de Juneau "*. Ya lo escuché en boca de los residentes.

—También lo he escuchado. Estamos trabajando en ello.

Ella lo miró fijamente. —En serio... realmente me resultas familiar. ¿Estás seguro que no nos hemos visto antes o...?

— ¿Que harás cuando regresemos al puerto?

—Supongo que averiguaré si alguno de los hoteles necesita un camarero o...

—Puedes trabajar para mí.

—Gracias. Es muy amable de tu parte —Era sincera, pero ser una colega a bordo de un barco pesquero no era su idea de pasar un buen rato. Era un desorden, el trabajo era duro, la pagaapestaba, y los turistas eran molestos. —Y tal vez te tome la palabra, —los mendigos, después de todo, no podían ponerse quisquillos—, pero mejor busco algo por mi cuenta.

—¿Tienes novio?

—Capitán, ¿tendré que patearle el trasero a usted también?

—¡JA! Eres lo suficientemente joven como para ser mi hija. Estoy demasiado viejo para esa mierda. Pero tengo un hijo, es un poco mayor que tú, ¿qué edad tienes, veintitrés, veinticuatro?, y pienso que...

—Ella levantó las manos. —No, gracias. Lo último que necesito ahora es una cita a ciegas.

—Bueno, ¿dónde dormirás esta noche?

—En serio. ¿Tendré que patearle el trasero?

Él rió de nuevo. Era reconfortante -tenía una gran y explosiva risa de oso- pero extraño. Es como si él hubiera descartado su amenaza. Como si nunca le hubiera sucedido algo así, y le resultara divertido que sucediera. La mayoría de las personas no se ríen cuando se los amenaza con lenguaje de marinero.

—Tranquilízate, ah...

—Christina.

—Christina. Llámame Al. Mira, vivo en un lugar bastante grande y hay espacio para ti. Y siempre hay un millón de personas alrededor, y todos mis hijos viven en casa, así que no estarás...ah...comprometida. Y odio imaginarte durmiendo en un banco del parque. De veras, realmente "lo odio".

Ella tuvo que sonreír ante su ansiedad. Y seriedad. —Gracias, Capitán. Pero he dependido de mí misma durante mucho tiempo.

Él suspiró. —Haz lo que quieras, pero si cambias de opinión, solo tienes que llamar a este número y este hombre te instalará—Él buscó por todas

partes y luego extrajo una tarjeta. Dejó una gran mancha de grasa en ella, pero a pesar de eso era completamente legible—. Ha sido bastante divertido hablar contigo, pero supongo que es mejor volver a lo nuestro.

Regresó a la parte trasera del barco mientras ella leía la tarjeta.

Edmund Dante

Secretario en Jefe de SRM Rey Alexander II

Juneau, Alaska

Audentia aeternum audentia

763-223-3215

Al principio pensó que se trataba de una broma, su nombre era Al, no Edmund-. ¿Y qué pasa con el latín? Ella conocía ese slogan, lo había visto en la TV o algo así... ¿qué era? Audacia, algo. Audacia, Siempre Audacia, Eso es. Pero esa era la Familia... la Familia Real.

Ella observó el resto del grupo que se movieron torpemente, *en masse*, cuando el capitán se acercó.

—Su majestad, —murmuraron algunos, mirando la cubierta.

—Majestad, —dijo otro, un poco más alto, e inclinándose por la cintura.

—Oidme, en el bote, es solo Al, ¿entendido, chicos? —Se rascó la barba—. De todos modos, ¿cómo me han reconocido?

—¡Oye! —Gritó ella, arrugando la tarjeta en su puño—. ¡Ey!

—¿Qué? —exigió él, volviéndose.

—¿*El rey*? Tú eres el condenado Rey de Alaska y ¿tienes tripas de pescado debajo de las uñas?

—Oye, a todo el mundo le gusta salir de vez en cuando.

—¿*Salir*?

—Llama a mi hombre si cambias de opinión, Christina. Tenemos mucho espacio...

—¡En el Palacio Sitka, por el amor de Dios!

—Bueno... sí —Le sonrió. Ella sacudió la cabeza y frunció el ceño, pero en su interior, sonreía. Había sido una muy buena broma, y de eso estaba segura. Que vergüenza no haberlo reconocido antes, con barba o sin ella. Después de todo, el hombre salía en televisión y estaba en anuncios casi todos los meses.

He agredido a mi jefe, he insultado a un Rey. Todo en el espacio de tres horas. No puedo esperar a ver lo que me depara la tarde.

Capítulo 3



Su Alteza Real, David Alexander Marko Dimitri Baranov, príncipe heredero de Alaska, se inclinó y dijo:
—Tómalo, pequeña dama. Tú sabes que lo quieres.

El elegante pingüino rey, que le llegaba hasta la altura del muslo, abrió su pico y engulló el eperlano. David resistió el impulso de acariciarla. El ave, que engañosamente parecía una monada, era sumamente capaz de darle un doloroso picotazo si se sentía amenazada. Las cicatrices que tenía en el dorso de las manos eran prueba de ello.

Él miró a la docena de pingüinos rey que nadaban y recorrían el hábitat de cuarenta metros cuadrados. Un hogar dentro de su propia casa. Aquí David se sentía realmente en paz, aquí era capaz de...

—Su Alteza, heredero al trono, una vez más entre aquellos que se contonean.

—Los reyes no se contonean, Edmund, —le dijo sin volverse a mirarlo—. Son quizá el único tipo de pingüino que camina en lugar de saltar.

—Fascinante, señor. Estoy tan encantado que me estoy durmiendo de pie. Por supuesto, no me atreveré a dormir y le sugeriré que deje su *sanctasanctórum* y tome sus alimentos con el rey y sus hermanos reales.

—¿Por qué habría de hacerlo?

El Asistente Especial del rey sonrió.

—No tengo ni idea, señor.

—Así que papá regresó de pescar.

—Hace dos horas, señor.

—Lo han vuelto a pillar, ¿no es cierto?

—El rey aún no es consciente de cuan fácilmente reconocibles son sus facciones.

David se rió por lo bajo. Era malditamente divertido, el rey se había escabullido con la intención de tener un poco de tiempo para si mismo — ¡qué bien conocía él ese impulso!— y, como siempre, se sentía indignado cuando sus súbditos lo reconocían.

—¿Quieres alimentar a las aves?

—Me siento abrumado por la invitación, pero como el hombre común que soy, no comparto la infatuación de su familia por los peces muertos.

—Sabelotodo —murmuró David.

Edmund Dante había cuidado de la familia real desde la época de su abuelo. Por tal razón, pese a que Edmund respetaba profundamente la institución, no la temía.

El recuerdo más antiguo que David poseía, era el de Edmund haciendo una profunda reverencia y llamándolo “*señor*”, antes de darle una zorra por haber lanzado a la princesa Alexandria desde el muelle a la bahía.

—Señor, yo... ah, no me atrevo a decirlo.

—¿Tú? ¿No te atreves? De lo que sea que hayas estado esnifando ¿me podrías invitar?

Edmund le sonrió con acritud. Era alto, tan alto como el rey, pero mucho más delgado. También tenía dos licenciaturas, una en Historia de Alaska y otra en Literatura de Alaska. Sus hermanas le habían apodado a Edmund, “*Ichabod Brain*”²

—Su ingenio es tan devastador como siempre, señor. Me pregunto si es

² *Ichabod Brain*. Juego de palabras con el nombre del protagonista del libro de Washington Irving, “La leyenda del Jinete sin Cabeza”, *Ichabod Crane*, *Brain* es cerebro.

consciente de que el rey está... ah... buscando una esposa.

—¿Mi padre quiere casarse de nuevo? —Preguntó, apartando la vista de los pingüinos—. Santa madre de Dios, ¿una vez no es suficiente?

—No una esposa para él, señor. Sino para usted.

—Oh. Ese asunto de que el príncipe heredero necesita un vástago, ¿no?

—Me imagino que sí, señor.

David se encogió de hombros y tomó otro cubo con eperlano.

—Bien, él puede elegir por mí. Quiero decir, realmente no importa, ¿no es verdad? Mientras sea joven, sana y quiera tener hijos.

—Como usted dice, señor. Realmente, son esas las únicas cualidades que uno desearía en una esposa, —dijo Edmund, con un rostro perfectamente inexpresivo; a pesar de que David entrecerró los ojos al mirarlo, no cambió su expresión. A veces era imposible saber si el hombre estaba bromeando o no.

Edmund abrió la boca, pero —gracias a Dios— fue interrumpido por el timbre de su radio. La sacó de su bolsillo y presionó el botón lateral negro.

—Dante.

—Ah, sí, señor Dante, habla el sargento Kenner de la entrada este.

—Adelante, sargento.

—Bien, hay una chica aquí —una dama, quiero decir— y afirma que...

—¿Es él? Déme eso, —la voz de la mujer, de contralto ligero, repentinamente se hizo más clara. Y aguda. David apartó la mirada de los pingüinos y ladeó la cabeza, para escuchar la chirriante y estridente voz—. ¿Es usted Edmund Dante?

—S...

—Bien, escuche, me llamo Christina Krabbe y hoy conocí al rey en un barco pesquero. No diga nada, sé cómo suena, ¡pero es cierto! Fingía ser el capitán y usaba en la cara algo que parecía ser una rata almizclera muerta.

—Fascinante.

—Bien, lo que sea, me dijo que podría quedarme en el palacio si quería. Y me dio su tarjeta. Al principio yo le dije “*no, gracias*”, pero entonces pensé, “*¿por qué demonios no?*” Sé cómo suena.

—Sin duda. Señora, ¿podría poner de nuevo en la línea al sargento Kenner, por favor?

—¿Eh? Oh, por supuesto —Se oyó un ruido sordo seguido de un crujido.

—Aquí Kenner.

—Sargento, ¿la dama en cuestión tiene cabello rubio hasta los hombros, ojos verdes y pecas? ¿Y le llega a usted a la altura de los hombros?

—Sus ojos son más bien azules que verdes, pero todo lo demás coincide.

—¿Y resulta tan odiosa en persona como parece por teléfono?

—Bueno... sí.

—Muy bien, escóltela hasta la entrada oeste. Me reuniré allí con ella.

—De inmediato, señor.

Edmund cortó la comunicación y se guardó el radio en el bolsillo.

—¿Quién era? —Preguntó David—. Se había olvidado de soltar el pescado y uno de los reyes lo picoteó. Apenas lo sintió.

—Oh, alguien que conoció su padre hoy, —dijo Edmund airadamente—. No sería de su interés, Alteza.

—Bien, seguramente es así. Sería mejor que te pusieras en marcha. Te llevará al menos veinte minutos llegar a la entrada oeste desde aquí.

—Señor, le he dicho un billón de veces que no exagere. No me llevará más de doce —Edmund se inclinó ligeramente —Con su permiso, Su Alteza...

—Como si lo necesitaras, —refunfuñó David, e hizo un gesto de despedida con la mano.

Christina Krabbe, repitió después de que Edmund se marchara. Extraño

nombre.

Hermosa voz.

Capítulo 4



Extraído de “La Reina de los Confines del Mundo” por Edmund Dante III, © 2089, Publicaciones Harper Zebra y Schuster.

Sobre mi abuelo, Edmund Dante I, recayó la tarea de enseñarle modales a las futuras reinas, así como todas las demás áreas del comportamiento apropiado para la realeza. Posteriormente, Dante habría conocido el entusiasmo de los reyes y habría sabido, de hecho antes que la misma Reina Christina, el papel que ella estaba destinada a desempeñar. Por lo que, probablemente, todo el tono de su relación quedó definido en su primer encuentro.

Desafortunadamente, no hay expedientes históricos sobre tal encuentro, por lo que nos vemos obligados a especular sobre lo que sucedió entre estos dos individuos...

El sargento —que había cambiado de actitud cuando ella recibió la autorización de “*quiénquiera que fuera*”— hizo chirriar los frenos para detenerse frente a una gigantesca puerta. Ella se apeó fuera del carro de golf y se volvió para agradecerle a Kenner el paseo, para ver como él miraba su reloj, asentía y se alejaba..

Vaya. Aquí, nadabas o te hundías. Por ella, estaba bien.

Levantaba un puño —pensó que si se paraba de puntillas podría al menos alcanzar la mitad de la puerta—, cuando la puerta se abrió de pronto y ella quedó frente al hombro de uno de los hombres más altos y delgados que hubiera visto jamás.

Tenía el cabello color azabache cuya línea de nacimiento formaba una V en su frente, y ojos tan oscuros, que no podía distinguir donde empezaban sus pupilas. Vestía un traje negro, camisa blanca, corbata negra y estaba intensamente bronceado. Probablemente tendría entre treinta y cinco y sesenta y cinco años.

—¡Gaaaaaahhhh!

—Verde, —dijo el hombre de apariencia increíblemente espeluznante, inspeccionándola—. No azul.

Ella posó una mano sobre su pecho para ralentizar el galopante pulso. —¿Qu—qué?

—Buenas noches, señora. Edmund Dante.

Ella le estrechó la mano. Su saludo fue firme y seco. Era como estrecharle la mano a un tablón de madera.

—¿Acaso todos los tipos en este país miden más de metro ochenta de alto?

—Si señora. Todos y cada uno de nosotros. Si gusta acompañarme...

—¿A dónde vamos?

—A su habitación, señora.

—Oh. Súper. Y es Christina, no señora.

Después de seis corredores, un viaje en ascensor y cuatro puertas, ella aguardaba en una pequeña suite de habitaciones.

¡Oh... hombre!

—¿Confío en que le parecerá aceptable?

—¡Ci-elos!

—Muy bien entonces.

Ella se arrojó sobre la cama, rodó a medio vuelo y desapareció en un movimiento envolvente de cobertores.

—Oh, ¡me podría acostumbrar a esto!

La cara de “quién quiera que fuera” apareció sobre ella. Resultó un poco menos impactante que la primera vez.

—Si necesita algo —le dijo él—, sólo levante el teléfono. La comida de mañana se servirá a la una.

—Debo cantar para la cena, ¿eh? Bueno, lo justo es lo justo.

—¿Le gustaría conocer al Príncipe David antes de...?

—¿Por qué?

—Oh, perfecto.

—¿Qué?

—Nada, señora. Es el aire seco de aquí dentro —tosió dentro de su puño—. Me pone ronco. Lo solucionaré de inmediato. Buenas noches.

—Adiós.

Se retiró, moviéndose como un fantasma alto y bronceado, y ella se levantó de la suave cama —¡le llevó un rato!— y merodeó por la suite.

Paredes color crema con adornos dorados. Muchas ventanas. Un baño, un cuarto sólo para pasar el rato, una recámara. Ventanas grandes —¡más grandes que ella!— que miraban hacia un jardín verde esmeralda, con el tamaño aproximado del Central Park de Nueva York. ¡Cuatro teléfonos!

Levantó un auricular, sólo por diversión, y en lugar del tono de llamada escuchó una alegre voz femenina diciendo, —¿Sí, Señorita Krabbe?

—Es “*Crab*” —dijo ella sobresaltada—, la 'e' no se pronuncia. Y, mmm, nada. Adiós.

Colgó y se quitó los zapatos, para luego lanzarse nuevamente, dentro de la asombrosamente lujosa cama.

Tengo que encontrar el problema. Tiene que haber uno.

Antes de que pudiera darse cuenta, se quedó dormida.

—¿La has visto? —exigió el rey.

—Bien, Su Majestad, ¿y usted?

—Deja eso, Edmund, pesado. ¿Qué te ha parecido?

—Una muy —escogió sus palabras con cuidado— ...carismática joven.

—¿Piensas que le agraderá a David? Ella es todo lo que él necesita. Es fuerte, más hermosa que el infierno y no es el tipo de chica con malos modales. Me gritó cuando se enteró de quién era yo. Habitualmente, la gente simplemente como que... —El rey Alexander hizo un gesto vago.

—¿Se apresuran fuera del alcance de su poderosa ira?

—Oh, cállate.

—Su Majestad, usted pidió mi opinión y como su sirviente me siento muy agradecido de que se presentara ésta rara oportunidad de dar a conocer mis perspectivas—

—Escúpelo ya, Edmund.

—¿No puede el príncipe escoger su propia esposa?

—Bien, ¿a qué demonios está esperando? —El rey saltó de su asiento a la chimenea y se paseó por el lugar agitadamente—. Cumplirá treinta este año y ni siquiera está buscando. Demonios, ni siquiera está saliendo. Esa revista americana... *People*, ¿cierto? Lo han nombrado el Soltero Más Elegible desde que cumplió la mayoría de edad, así que no me digas que no podría conseguir una cita, si así lo quisiera. Y tú lo has escuchado, todo eso de "*siempre y cuando ella sea saludable y quiera hijos*"... Sandeces.

—Pero eso es entendible. Su Majestad no desea la sucesión para...

El rey se apartó. —No, no, no.

—¿No? —Edmund insistió.

—Cielos, tengo cinco hijos —uno de los cuales está obligado a embarazarse o embarazar a alguien más—. Si David no tiene hijos, los hijos de Alex pueden controlar el país, o el otro Alex, o los de Kathryn, o...

—Creo que puedo ver hacia dónde se dirige con esto, señor.

—Solo quiero que él esté con alguien, ¿entiendes? Una compañera. Una amiga. Para que no gaste todo su tiempo rondando detrás de esas aves apestosas. Cuando su madre... eh... se fue...

—La muerte de la reina, fue un golpe terrible para el Príncipe David — dijo Edmund con calma.

—Cómo sea, necesita una esposa. Y si él no se consigue una, yo encontraré una por él.

—El Señor nos ayude.

—¿Qué?

—Aire seco. Me encargaré de esto inmediatamente.

—Así que la niña, Christina, ¿está instalada y demás?

—Estaba dando vueltas en el edredón cuando la dejé, cantando como un mono.

—Excelente. ¿Y almorzará con todos nosotros mañana?

—Sí, señor.

—Bien, asegúrate de que David venga también. No es una solicitud — dile que el rey y él almorzarán, ¿lo entiendes?

—Lo entendí la primera vez, señor.

—Chico listo. Lárgate.

—Por una vez, señor. Sólo una pregunta... confieso que me consume la curiosidad...

—Qué gran jodida sorpresa.

Edmund suspiró desaprobando el lenguaje, pero no hizo comentarios.

—Me doy cuenta de que ha abandonado sus intentos de hacer la paz con su Majestad, la Reina de Inglaterra.

—Ella no responde mis cartas —dijo él melancólico—. Su secretaria ha estado respondiendo por ella ¿Qué falta de respeto es esa? Oh... sin ofender, Edmund. Cuando te he puesto a responder mis cartas...

—Es solo porque usted está muy ocupado, señor, lo sé. ¿Así que Inglaterra permanece implacable?

—Muy condenadamente cierto. Cielos, un infortunado error y nos vemos privados de Buckingham y Sandringham de por vida.

—¿El infortunado error vendría a ser la vez que confundió uno de sus valiosos perritos con un mapache y después lo persiguió a caballo?

—Pensé que tenía rabia —gimió el rey—. Tú conoces todos los problemas que han tenido este verano. Yo iba a matarlo para ella.

—Como un gesto de buena voluntad.

—Bueno... sí.

—Un inesperado comienzo que consolidaría la relación de su casa con la vuestra.

—¡Exactamente!

—En lugar de eso, simplemente persiguió a su amado perro hasta cansarlo, y hacerlo sucumbir por deshidratación.

—Demonios, no es como si hubiera muerto. Sólo necesitó ver al veterinario. Por pocos días. De acuerdo, una semana.

—Mmm —Edmund pasó una mano sobre su immaculado peinado — Entonces, podemos olvidarnos de la alianza marital con la Casa de Windsor.

—Sí, bastante.

—¿Por lo que hemos recurrido a recoger plebeyos norteamericanos de la calle?

El rey movió un dedo del tamaño de una salchicha en dirección a Edmund.

—Olvida esa mierda esnob, mi bisabuela fue una plebeya y se convirtió en la mejor Reina que este lugar haya visto. Las líneas de sangre importan una mierda aquí. Lo que haces es lo que cuenta.

—Sí, Su Majestad.

—Christina tiene lo que hace falta. A David le da igual. Y yo los quiero casados. Así que eso es todo.

Y eso, como ellos dicen, *fue todo*.

Capítulo 5



—Mapas —dijo la rubia entrando apresuradamente en el comedor. Divisó los escalones demasiado tarde y en vez de detenerse, simplemente saltó volando sobre ellos para aterrizar sobre sus pies. Llevaba unos shorts caqui, un suéter azul pálido sin mangas y mocasines sin medias—. Mapas en las habitaciones.

—¿Qué? —Preguntó el rey—. ¿Cuál es el problema, niña? Almuerzo a la una, tercer piso. Fácil.

—Hay tres comedores en este piso —replicó, dejando a los sirvientes con la boca abierta y obteniendo amplias sonrisas de parte de los parientes Reales—. Dilo conmigo...mapas.

—Vaya, te pido disculpas, maldita sea. La próxima vez ordenaré que Edmund te escolte.

—Fantástico —murmuró, ocupando el asiento junto a David—. Eso no me provocará un susto de muerte.

El Rey Alexander se aclaró la garganta. Al igual que sus hijos, vestía vaqueros y caqui. El reloj en su mano izquierda valía ochenta mil libras, Libras Esterlinas (se lo había regalado la Reina Isabel, antes de que las relaciones se deterioraran), y tenía una banda de goma en su mano derecha, que valía cerca de ocho centavos, centavos de Alaska.

—Todo el mundo, ella es Christina Krabbe.

—Se pronuncia Crab, no Crabby. La 'e' —dijo ella, volviéndose hacia David—, es muda.

—Como sea —prosiguió el rey alzando la voz—. Estará varada en nuestro país por un tiempo, así que hagámosla sentir como en casa.

—No te querían en Norteamérica, ¿no? —dijo el chico más joven y rió.

—Cállate, Nicholas —replicó el rey, valiéndose de su formidable acopio de psicología infantil—. Christina, éste es mi hijo mayor, David; mi hija mayor, Alexandria; mi otro hijo, Alexander III; mi hija, Kathryn y mi hijo más pequeño, Nicholas.

—Lo sé —dijo ella—. Quiero decir...ah, es muy amable de tu parte presentarme, pero leo el periódico ocasionalmente. Además, todos figuraron en la publicación *Realeza Salvaje* de la revista *People*.

David resopló.

—La prensa —anunció Alexandria—, nos acosa. Por otra parte, ¿pudieron haber publicado fotografías menos halagadoras? Bah.

—Oh, déjalo ya —dijo Nicholas—. Sabes que eres guapa, así que no más lloriqueos acerca de las malas fotografías, ¿vale?

—Cierra el pico, idiota —replicó la princesa, pero se veía satisfecha.

—Estoy tan feliz de que te hayas afeitado —explicó la plebeya al rey—. Ese rollo del 'animal muerto en la cara' era... fuchi. Además, como disfraz era bastante pobre.

Ahora los Alexes se codeaban mutuamente y reían tras sus servilletas mientras el rey fruncía el ceño.

—Mirad, tengamos un buen almuerzo, ¿estamos mocosos? ¿Estamos?

David notó que el rey, evitaba suplicar. Sus hermanos y hermanas, podían oler el miedo.

El primer plato, ostras frescas en media concha, fue servido. David se tragó la primera mientras mantenía su atención centrada en la mujer sentada a su lado. Realmente era algo... adorablemente bella, con abundante cabello rubio y pecas esparcidas sobre su nariz y mejillas. Hermosos ojos verdes, el color del musgo del bosque. Olía estupendamente, como a jabón y flores silvestres. ¡Y su boca! Si se sentía intimidada por almorzar con la Familia

Real, no lo mostraba en absoluto. La mayoría de las personas se sentaban tiesas como una tabla y apenas tocaban la comida.

—No parece haber muchas reverencias protocolares por aquí, o eso he notado —dijo Christina, observando las ostras con una expresión neutral.

—Las reverencias protocolares... son desalentadas por Papá³... además consumen tiempo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Christina, completamente confundida, al Príncipe Alexander.

El Príncipe David se acercó y murmuró: —Mi hermano está en esa fase. Solo habla en *Haiku*⁴.

—¿Por qué?

—Perdió una apuesta —dijo la Princesa Alex—. De todos modos, volviendo a las reverencias. Nuestro padre las desalienta.

Bebió toda el agua de su vaso, y tan pronto lo depositó sobre la mesa un sirviente se acercó y lo volvió a llenar. —No hemos sido educados para hacer reverencia cuando el soberano entra, reverencia cuando te llama, reverencia cuando se va, reverencia...

—Una maldita pérdida de tiempo —dijo el rey con la boca llena.

—Y esto es Alaska. Solemos tener asuntos más apremiantes en nuestras mentes que el protocolo Real.

—Al contrario que otras Familias Reales —dijo David con arrogancia.

—No culpes a *Los Windsors*⁵... Atrapados en sus tradiciones... Ellos también son prisioneros.

—Eso es asombroso —anunció Christina—. ¿Simplemente se te ocurren en el momento? ¿Abres la boca y sale poesía? No podría escribir un poema ni para salvar mi vida.

³ *Papa* en el original.

⁴ *Haiku*. Forma de poesía japonesa. La estructura es de tres versos sin rima. El primer verso tiene cinco sílabas, el segundo verso siete y el tercero cinco. Obviamente, al traducirlo pierde la estructura.

⁵ *The Windsors*. Familia Real Inglesa.

El Príncipe Alex le sonrió. Usualmente las mujeres no se impresionaban por su haiku. O su fanatismo por los filmes de George Lucas.

—El chico tiene razón... no atacemos a los Windsors —dijo el rey, salando su salmón ahumado. David creía que era un milagro que su padre no tuviera el nivel de colesterol en ochocientos—. No pueden evitarlo. Han estado haciendo la misma mierda durante mil quinientos años. Como dijo Alex, son tan prisioneros como cualquier muerto de hambre en una cárcel.

—Eso está bien. Umm... ¿dónde está la salsa de cóctel? —Le susurró Cristina a Edmund, que había tomado su puesto junto a la ventana, cuatro pies detrás de ella.

Edmund se inclinó hacia adelante. —¿Disculpe, señora?

—La salsa de cóctel —dijo en voz alta pausadamente, como si le hablara a alguien con retraso mental—. Para. Las. Ostras.

—Vienen con salsa vinagreta —explicó David—. Pruébala, creo que...

—Creo que voy a vomitar si tengo que tragarme las ostras crudas sin salsa de cóctel. ¿Conoces esas molestas personas que tienen que ponerle salsa de tomate a todo?

—¿Como el rey? —preguntó Edmund irritado.

Ella lo ignoró. Y David descubrió que tuvo que descansar el puño bajo la nariz para ocultar una sonrisa. —Bueno, yo soy una de esas personas que tienen que ponerle salsa de cóctel a los mariscos.

—Rayos, ¿y ahora qué pasa? —se quejó el rey.

—Bueno, qué diablos, ¡mis derechos están siendo pisoteados! —dijo Christina.

—¿Tus derechos como una extranjera ilegal? —preguntó la Princesa Alexandria, mostrando una amplia sonrisa sin reparos.

—Alexandria, intentamos ser amables con ella —dijo el rey.

—¡Casamentera! —dijo a modo de respuesta, tosiendo tras su servilleta.

—¿Casamentera? —repitió Nicholas, extasiado. Dejando escapar una estridente y juvenil carcajada.

—¡Por todos los santos! —farfulló David.

Completamente indiferente a la discusión que se llevaba a cabo, la invitada continuó.

—Quiero decir, Jesús, tenéis suerte de que esté dispuesta a comer estas cosas —El Príncipe David echó la cabeza atrás, esquivando por poco, las manos que Christina sacudía—. El primer tipo en la historia en comer una ostra cruda era un intrépido o un bastardo desesperado, te lo digo en serio. Llamemos cada cosa por su nombre, esto tiene un aspecto desagradable. Lo siento, pero es...

— ¡Au!

Un bollo atravesó la mesa partiendo del sitio de la Princesa Kathryn, golpeando a Christina en la frente, para luego caer dentro de su plato. Las conchas de las ostras se agitaron y Christina levantó la vista, pero la princesa en cuestión se encontraba devorando sus ostras y mantenía la mirada baja. Christina la miró con suspicacia durante largo tiempo y luego añadió: —Así que, ¿salsa de cóctel?

El Príncipe Nicholas había desaparecido bajo la mesa, la mejor forma de amortiguar su taladrante risa, por llamarla de alguna manera. El rey descansaba la cabeza entre las manos y Edmund estaba impasiblemente silencioso.

Martha, la jefa del servicio, reapareció cargando una sopera de plata llena de, David rogó, salsa de cóctel. La dispuso frente a Christina, sonrió y se alejó con su usual, rápida y silenciosa eficiencia.

—¡Ya está! Salsa de cóctel. Bueno, gracias. —Se movió en su asiento para mirar fijamente a Edmund—. ¿Fue tan condenadamente difícil, *Jeeves*⁶?

—Edmund.

—Lo mismo da.

⁶ *Reginald Jeeves* es un popular personaje ficticio de las historias cortas y novelas de P.G. Wodehouse. Este mayordomo dio origen a muchos otros, y al nombre del motor de búsqueda de Internet Ask Jeeves (que es hoy, Ask.com).

David se unió a su pequeño hermano debajo de la mesa.

Después del almuerzo, Christina deambuló por el castillo, guía (*La Guía Oficial para el Palacio Sitka, edición revisada, año 2003*) en mano. Tal vez el almuerzo hubiera sido raro, con el rey hablando a gritos, una princesa riendo tontamente y un extrañamente silencioso príncipe heredero escondiéndose debajo de la mesa con su hermano pequeño, pero el palacio era realmente fenomenal; el Castillo de la Cenicienta en Disneylandia había sido diseñado basándose en éste.

Finalmente, tras varios giros y descansos en la escalera, se halló en una larga habitación repleta de retratos.

Las cortinas iban del techo al suelo y estaban cerradas, para proteger las pinturas, adivinó. Pero la habitación estaba tenuemente iluminada.

Ahí se encontraba un pequeño y descontento rey. El pony tampoco parecía muy feliz.

También estaba la madre del rey, una mujer canosa —*¡Mira todos esos rizos!* —, de apariencia amable, con los azules y risueños ojos del rey.

Ahí estaba el bisabuelo del rey, Kaarl Baranov, que había ayudado a separar Alaska de Rusia, y ganado una corona por tomarse la molestia.

Y por ahí estaba su bisabuela, la legendaria Reina Kathryn, que era una camarera en la casa Real cuando acaparó la atención del rey. Que idea tan graciosa pensar en una mujer corriente ayudando a dirigir el país. Bueno, en Norteamérica lo hacían todo el tiempo.

Aquí era... Guau.

Ahí estaba una mujer, imponente, hermosa y terrorífica al mismo tiempo. Su cabello largo hasta la cintura era negro oscurísimo y sus ojos, verdes como el veneno, relucían en el retrato. Su vestido estaba hecho de terciopelo azul oscuro y llevaba un collar de zafiros tan grandes como el pulgar de Christina. Su piel era color blanco crema, inmaculada y perfecta. Su nariz era

puntiaguda... como la nariz de la Princesa Alexandria. Su boca era rojo carmesí. Sus dientes blanquísimos y afilados. La boca de una amante apasionada... o la de una mujer que seguro mordería si se enfadara.

—¿Ella era especial, eh?

Christina se sobresaltó, luego replicó. —Me recuerda a la reina malvada de Blanca Nieves. Sabes... era Hermosa, pero eso no le impedía ser mala.

—Mmm.

Ella se giró y volvió a sobresaltarse cuando reconoció a David. —¡Oh, mierda! Acabo de insultar a uno de tus parientes, ¿no es cierto?

—Mi madre —le dijo.

Ella se cubrió los ojos con las manos. —¡Aaarrgghh! ¡Me resultó familiar! Rayos, lo siento tanto. Ha pasado mucho tiempo desde que ella... um... rayos, no hay forma de que esto mejore...

—Bueno —Ella sintió como le sujetaba las muñecas gentilmente y las apartaba de su rostro—. Tienes razón, ¿sabes? Era hermosa. Pero también tenía un lado terrible.

A Christina no se le ocurría nada que decir, por lo que simplemente se quedó mirando al príncipe. Era bastante fácil mirarlo, la verdad fuera dicha... se parecía mucho a su padre, tenía el mismo cabello negro y penetrantes ojos azules, la misma complexión, casi la misma altura. Se sentía pequeña a su lado.

¡Y su madre! La Reina Dara había hecho ostentación sus aventuras amorosas ante la prensa y el rey, respectivamente. Los rumores acerca del divorcio habían sido copiosos, pero el destino había intervenido. La reina había muerto en un accidente automovilístico, durante un *rendez vous* con su amante *du jour*. Supuestamente, se estaba aplicando lápiz labial cuando accidentalmente había conducido hacia un acantilado. Era horrible y gracioso a la vez. La prensa se había dado un festín.

David, si recordaba historia moderna, habría tenido diecisiete años en ese tiempo. Nicholas, el más pequeño, sería recién nacido. Y había habido

desagradables rumores al respecto, ¿o no? Sobre la posibilidad de que Nicholas fuera solo mitad Real...

—Tu familia —le dijo, porque tenía que decir algo—, es realmente... ah... especial. Tienes una hermana preciosa, otra hermana adolescente que se convertirá en una belleza pero que por ahora no habla mucho, un precioso hermano menor que solo habla poesía, y que realmente necesita una malteada. ¿Cuánto pesa? ¿Cincuenta kilos? Y mide qué, ¿Metro ochenta? Y otro hermano que pasa el tiempo bromeando bajo la mesa del comedor. Y todos se parecen muchísimo excepto Nicholas, ¡cuya cabeza está repleta de rizos que yo mataría por tener! Nunca un momento aburrido, ¿ah?

—He venido a preguntarte algo —dijo David abruptamente.

—Bien. Iré a hacer el equipaje.

Él le sonrió. Sus dientes eran parejos y muy blancos. Había heredado la boca de su madre, si no, sus menos deseables características. Christina mataría por conseguir el nombre de su ortodoncista. Tenía un hoyuelo en la mejilla izquierda. Era realmente delicioso, tal vez un poco distante, pero eso era...

—...¿te gusta estar aquí?

—¿Eh? Quiero decir, sí, es genial. Tu padre fue realmente amable al permitirme venir y quedarme.

—Le fascinan los casos perdidos...

—¿Es eso lo que soy? —le preguntó, divertida.

—Pero me estoy saliendo de tema. Christina... me preguntaba... ¿considerarías convertirte en mi esposa?

Ella se rió. —Creía que acababas de proponerme matrimonio. ¡La acústica aquí dentro!

—Lo he hecho.

—Yo... ¿qué? Oh —Ella se quedó pensando por un largo momento—. ¿Lo dices en serio? ¿No es una broma?

—No —Le tomó la mano y le masajeó gentilmente los nudillos con su pulgar—. No estoy bromeando.

—¿Casarnos, vivir aquí para siempre, convertirme en reina algún día?

—...sí.

—No, gracias —agregó, ante su mirada de sorpresa—. Pero has sido muy dulce al pedírmelo.

Capítulo 6



—¿No? ¿Qué demonios quieres decir con que dijo que no?

—No. *Non. Nyet.* Ella ha dicho no. Bueno, eso es todo. Una lástima seguramente, pero hay muchos peces más en el mar.

—¡Quieto Edmund! Y tú también David —El rey notó que su hijo comenzaba a moverse sigilosamente hacia la salida—. Regresa aquí. Ahora. ¿Lo hiciste correctamente, con diamantes, rosas, violines y toda esa tontería o lo primero que se te pasó por la cabeza fue contárselo todo?

—Contárselo puede haber sido la razón —admitió el príncipe heredero.

—¡Dios, David, esa no es forma de cortejar!

—¿El qué?

—Eso se hace con elegancia. Ya sabes, bajo todos esos juramentos y gritos, ella es americana, nacen románticas; tienes que cortejarla. Como no tienen príncipes, fantasean con ellos todo el tiempo.

—Que perturbador —comentó Edmund.

—Ella no es como las chicas de aquí, súper prácticas y gustosas de decir que sí, porque ven el gran panorama.

—Lo reconozco —admitió David—, no era la respuesta que esperaba.

—¿Ves, ves? ¿Sé elegir las o no? Ahora, además de todas sus cualidades...

—Las cuales son... —Preguntó Edmund.

—... sabemos que no es una caza fortunas. Le ofreciste una corona y más dinero que Dios y ella dijo “*gracias, pero no, gracias*” —El rey Alexander golpeó el puño contra su palma—. ¡Tenemos que hacerla cambiar de opinión! Esta es la mujer que quiero que dirija el país cuando yo me haya ido. Ya sabes, junto a ti, David.

—Te lo agradezco.

—¡Ésta es la madre de mis nietos!

—Esto — murmuró Edmund —, es un auténtico dolor en el trasero.

—¡Prueba, prueba! A Edmund no le gusta.

—¿No te gustaba mi madre, Edmund? —preguntó David.

Edmund se ruborizó, cosa rara y asombrosa, y se volvió inusualmente silencioso.

—Bueno, supongo que puedo intentarlo nuevamente —En realidad, estaba impaciente por volver a intentarlo—. Christina era.... inesperada. Y su padre había sido brillante. Había cosas peores que escuchar los consejos del Rey. Además, ella tenía unas pecas preciosas.

—Ella no se marchará pronto, ¿no?

—No tiene adonde ir, pobre chica —El rey le apuntó con un dedo—. Tú. Ve a cortejarla. Ahora.

—Majestad —dijo David sonriendo y se dejó caer en una perfecta y estudiada reverencia.

—Deja esa mierda.

—Como mi Señor y Rey ordene —respondió, y todavía inclinado, salió de la habitación.

—Nicky, pequeño mocosito, si no me devuelves eso ahora mismo...

—Esa no es forma de hablarle a un príncipe —Su Alteza, el Príncipe Nicholas, quinto en la línea al trono, se quejó.

—Voy a sacarte a golpes lo de príncipe si no te quitas mi sujetador de la cabeza en un segundo. No te queda bien, y además —dijo ella halagüeña—, es el último limpio.

Nicholas, que estaba fascinado por la nueva invitada, sin mencionar su ropa interior, salió gateando de debajo de la cama de Christina. Con el sujetador sobre la cabeza y los broches sujetos en la barbilla, parecía un ratón con largas orejas blancas. Había heredado los cabellos de su abuela (probablemente), y la miraba desde una masa de rizos rubios.

—Sólo estaba bromeando —dijo a modo de disculpa.

Ella le arrebató el sujetador, casi estrangulándolo.

—Inténtalo de nuevo, y nadie encontrará el cuerpo, ¿entiendes?

Él se rió de ella.

—No, no, no lo harás. Además, va contra las leyes de este país lastimar a un miembro de la familia real.

—¿Y? Si eso significa quedarme con mi ropa interior, la prisión es un pequeño precio a pagar —admitió ella—. ¿En todo caso, qué estás haciendo aquí? No tienes... no sé... ¿lecciones de príncipe o algo así?

—No en Domingo, tonta.

—Bonita forma de hablarle a una invitada.

—¿Te quedarás por mucho tiempo?

—No lo sé, es decir, es mucho tiempo viviendo de la caridad de tu padre.

—No es caridad —dijo el príncipe conmovido—. Definitivamente no. A papá le gustas, y siempre tiene invitados.

—Si, si. Escucha, tengo que conseguir un trabajo. ¡Quizás pueda conseguir uno aquí! — ¿Por qué no había pensado en eso? ¿Y por qué se estaba confesando a un niño de séptimo grado? Oh, bueno —Debería ir y encontrar la cocina, hablar con el chef... —puede que necesitaran una

cocinera extra. Por lo menos, ella podría asegurarse que no faltase salsa de cóctel.

—Mmmm... Christina...No creo que papá quiera que trabajes aquí... exactamente.

—Bueno, mierda. Disculpa. No repitas eso.

—Tengo doce años, no dos. He escuchado esa palabra antes. Además, el Rey la usa siempre.

—Apuesto a que sí —Dijo ella disimuladamente.

—Siempre —David anunció desde la puerta— es decir poco.

Christina se sobresaltó. —¿Es que vosotros nunca llamáis?

—La puerta está abierta —le señaló—, piérdete, principito.

—¡Ohhhhh, David! Es todo tan aburrido. Y no me llames así. Soy casi tan grande como Alex, él es seis años mayor.

—No lo eres, y como diría el rey, que gran mierda.

Quejándose, el pequeño príncipe se fue.

—Espero que no te haya estado molestando —dijo David, mientras entraba al cuarto cerrando la puerta.

—Es un buen chico, con un perturbador pero sano interés por la ropa interior femenina. Mmmm... ¿qué quieres?

—Cena conmigo.

—Se supone que tengo que cenar con todos vosotros otra vez esta noche —Ella se puso a mirar bajo las almohadas y a revisar cajones—. Maldito programa, debe estar por aquí, en algún lado...

—No te preocupes por el programa. Cena conmigo. Lo que quieras.

—¿Huevos revueltos y tocino? —Preguntó ella alegremente.

Él le frunció el ceño. —Te ofrezco cualquier cosa que pidas, ¿y quieres huevos?

—Me encantan. Los ansío. Revueltos, fritos, hervidos, duros, blandos...

—¿Por qué no te casas conmigo? —le dijo, y se golpeó la frente.

—Ey, ¡tranquilo con la autoflagelación, amigo!

—Se supone que debo cortejarte —le explicó.

—Bueno, no desperdicies el cortejo conmigo. Y no porque no sea una buena oferta, porque lo es.

—Entonces. ¿Por qué no quieres?

—Porque, francamente, ser Reina suena como un gigantesco dolor en el trasero.

—Te ofrezco un país, ¿y tú me dices que es un dolor en el trasero?

Ella contempló el techo, entonces asintió y dijo, —Sí, mmm... sí. Eso mismo.

—¡Pero tú no tienes nada! —Exclamó—. Mi padre dice que estás sola en el mundo y tú... ah... — *No tienes a donde ir, y eres totalmente dependiente de la generosidad de extraños.* No importa. Eso no serviría.

Ella apuntó su propio pecho con un dedo.

—Me tengo a *mí misma*, amigo, y eso es mucho más de lo que otros tienen. ¿Por qué iba a someter mi identidad a la de tu familia? Yo podría subirme a un barco o a un avión e ir a cualquier lugar del mundo tanto tiempo como quisiera, si tuviera dinero ¿Sabes? ¿Podrías tú?

—Teóricamente —Después de que el Rey lo aprobase, que los guardaespaldas fueran nombrados, y que la seguridad fuese comprobada tres veces, y...

—Bien, paso. No te ofendas. Pero gracias por preguntar. Nuevamente.

—Bueno, por lo menos podrías cenar conmigo. Ya sabes, para rechazarme gentilmente.

Ella se rió. —Claro, estás *taaaaaan* enamorado. ¡Ni siquiera me conoces! A propósito, otra excelente razón para decir que no. Pero de acuerdo, cenaremos.

—Huevos revueltos y tocino. Y ostras con salsa de cóctel.

—Puedes saltarte las ostras. Y quiero salsa de tomate en mis huevos.

Él consiguió ocultar un estremecimiento cuando hizo una reverencia y se despidió de ella.

—¡Hey! —gritó ella detrás de él— Yo no tengo que hacer reverencias, ¿o si?

—No hacemos reverencias en Alaska —le respondió—, solo nos inclinamos.

—Vaya. Bien.

Capítulo 7



Christina tuvo un mal presentimiento cuando el olor llegó a su nariz. Excremento de pájaro y pescado muerto. La última vez que había olfateado algo similar se encontraba en Boston visitando el Acuario de Nueva Inglaterra.

¿Pero en el palacio? ¿Qué demonios? En efecto, se encontraba en el lado oeste más apartado del palacio... mucho más lejos y estaría en el jardín, pero ese olor... ¡agh!

Golpeó una puerta marcada con “*P, P, para P*” y al escuchar el “*¡Pase!*” de David, entró cautelosamente.

—¡Lo sabía! —Dijo mientras el olor la asaltaba de nuevo— ¡Tienes pingüinos aquí!

Él se enderezó de donde se encontraba reclinado tirando pescado al agua. Vestía pantalones cortos azul marino, ceñidos con un cinturón, una camisa blanca abierta por el cuello y sandalias. Sus grandes ojos azules brillaron amistosamente al verla, mientras una fina barba de varios días florecía en sus mejillas. Era casi suficiente para distraerla del mal olor.

Casi.

—Hola otra vez. Perdona mi aspecto, pero tenía la impresión de que no te importaría que no lleve puesto un traje. ¿No son encantadores?

—¡Agh, no!

Se quedó muy quieto por un momento, mientras dejaba caer otro pescado al agua cerca de perder los dos primeros dedos de su mano izquierda ante

un pingüino particularmente hambriento.

—¿Cómo dices?

Ella levantó las manos. —Vamos Dave, ¡estás tan consentido! Este asunto de ser un príncipe heredero hace que las cosas sean demasiado fáciles, ¿no crees?

—No tengo ni la menor idea de qué estás hablando, pero en cinco minutos te olvidarás del mal olor. Ahora, pedí que nos enviaran la cena en diez minutos, pero hay champagne en el...

—Agh, ¿Comeremos aquí? ¿En medio de pájaros sucios y escamas de pescado? ¿Qué pasa contigo? Un chico normal jamás haría algo así. Aunque tú puedes traer a chicas a este lugar maloliente mientras ellas fingen estar interesadas en ello, ¿no?

Él ladeó la cabeza —¡justo como lo hacían los pingüinos en ese momento!—y dijo con dureza:

—¿Fingen?

Ella levantó las manos y las cruzó sobre su pecho mientras le miraba encantadoramente.

—¡Oh, su Alteza, son adorables! ¡Y nadan tan rápido! Y mire, ¡están alimentándose de su valiente mano real! Y no huelen a excremento de pescado ni nada —Batió sus pestañas mientras le miraba y tuvo que parar cuando se mareó haciéndolo—. En serio, Dave. Todo esto de “*Hola, seré el rey de Alaska algún día*”... ¿qué tal es? funciona demasiado bien para ti, ¿no es así?

—¿Qué hay de malo en tener una afición? —preguntó, limpiándose las manos con una toalla.

—¡Afición! Debe haber cientos de estos pequeños bichos aquí. Imagino que los secuestraste de Canadá o de donde sea que...

—Antártida, —dijo molesto.

—...y los encerraste en tu pequeño palacio de horrores...

—¡Claro que no! —Sacudió la cabeza irritado—. Me refiero a que tienen

espacio suficiente, están felices, y aquí no están en peligro de ser devorados por una ballena asesina o una morsa.

—No, solo están en peligro de hacer que las visitas se desmayen por el mal olor, pero creo que está bien.

—¡No me desharé de ellos! —gritó - no me importa cuantas pecas tengas!

—¿Qué?

—No importa.

—No comeré aquí.

—¡Si lo harás Christina!

—Oh, ¿esa se supone que debe ser una orden Real? Veamos, Príncipe Pingüino, soy una ciudadana norteamericana. No puedes obligarme a nada.

—Entonces vete —espetó.

—¡Por supuesto! Si veo un poco más de excremento de pájaro en esas rocas, voy a vomitar. No sé cómo no te das cuenta del olor. ¿Y que significa *P, P, para P?*

—¿Qué? —Contestó sonrojado, pero se recuperó de inmediato inhalando un poco de aire mientras tomaba coraje para contestar a la pregunta—. Significa "*Privacidad, Por favor, para los Pingüinos*".

Lo miró asombrada por un momento.

—Oh, ahora sí voy a vomitar —decidió finalmente, y salió de la estancia.

En el instante en que ella se iba, David vertió el resto que contenía la última cubeta en el agua, mirando cómo las más inteligentes y adorables criaturas del planeta devoraban hasta el último pescado.

—Bien —Edmund se aclaró la garganta, saliendo de uno de los cuartos de depósito con una manguera colgándole sobre los hombros—, salió de maravilla.

David casi se cae de bruces en el estanque de los pingüinos. Era demasiado extraordinaria la manera en que Edmund aparecía y desaparecía, sin hacer ningún ruido o ser visto a menos que así lo deseara.

—¿Qué estás haciendo aquí? Si las rocas tienen que lavarse, me encargaré de ello.

—Estaba meramente anticipando sus necesidades Señor, como cualquier buen asistente...

—¡Fisgón!

—...haría. Si, también.

—¿Qué?

—Bueno, lo último que usted necesita en el mundo es una esposa y compañera que le diga la verdad por terrible que sea. Usted necesita una mujer adúladora, complaciente...

—Como mi madre, no gracias —Miró con afecto el agua por un momento—. Bien, no voy a deshacerme de ellos, y esa es mi decisión final.

—Cómo príncipe, no tiene que hacer lo que no desee hacer.

—Es la peor mentira que he escuchado —suspiró—, pero supongo que tienes razón. Ella es...refrescante, al menos—. Se golpeó el pecho con un puño.

—Y acaba de dar en el clavo...he traído a otras chicas, y parecían tener ataques por ver a pájaros que comen pescado y no pueden volar.

—Criaturas fascinantes —concedió Edmund—, pero no tan fascinantes a la vez. Ah, cena para dos —añadió mientras un sirviente abría la puerta y entraba con un carrito rebosante de comida.

—Llévalo a la galería —masculló David—, iré en un momento. Cuando esté seguro de que puedo hablar con ella sin estrangularla.

—¿La galería?

—Es donde probablemente esté.

Edmund levantó una ceja burlonamente. —¿Y cómo sabe eso su Alteza?

—Oh, a ella le encanta ir ahí. Creo que le gusta ver a todos los parientes porque ella no tiene ninguno —Se dirigió al baño en una esquina apartada y se lavó las manos—. Prueba de ello es que no se ha ido disgustada del

palacio.

—Oh, si tan solo fuera por eso.

—¿Qué?

—Aire seco —tosió Edmund, mientras enrollaba la manguera perfectamente en una roca para luego seguir al príncipe fuera de la estancia—. Y supongo que todavía necesito revisar eso.

Capítulo 8



—¿Qué pasa conmigo?

—No tengo ni idea —respondió sinceramente la Princesa Alexandria. Se encontraba sentada en el extremo opuesto de la galería frente a un caballete, su camisa y sus pantalones cargo estaban salpicados con los colores del arco iris. Estaba descalza, los dedos de sus pies eran pequeños y bonitos, con manicura francesa. Parecía estar pintando la escena fuera de la ventana, lo que era interesante, ya que las cortinas estaban cerradas—. Francamente, todos nos lo hemos estado preguntando.

—Ja, Ja. Me refiero a que tu hermano, un chico muy agradable —aunque un poco obsesionado con las aves acuáticas no voladoras—, me propone matrimonio no una vez, sino dos veces y le doy largas como si yo pudiera pretender algo mejor. Quiero decir, ¿qué diablos?

—Tal vez puedes —sugirió la princesa, presionando el pincel en la pintura Azul Caribe y aplastándola alrededor. El pincel se abrió en forma de abanico y la gota de color en la paleta duplicó su tamaño —Me refiero a pretender algo mejor. Adoro a mi hermano, él es un buen hombre, pero hay muchos otros peces en el mar, si entiendes a lo que me refiero.

—No al paso al que está alimentando a esos pingüinos.

Alex dio un respingo, pero no hizo ningún comentario.

—¿Estás haciendo de abogado del diablo otra vez? —preguntó Christina.

—No, estoy teniendo una conversación cordial. Francamente, no sé qué estás esperando. Él es bueno, guapo, rico y eres la primera mujer por la que ha mostrado interés.

—Claro, aumenta un poco más la presión sobre mí. No es que vaya a importarme — Christina se dejó caer en la silla más cercana a la princesa— ¿Y tú? ¿Algún prospecto marital?

—Muchos —respondió, trazando una audaz línea azul en el dibujo—, pero son todos caza fortunas. Y por supuesto vinieron volando cuando cumplí dieciocho años. Es suficiente para hacer que una chica renuncie al mercado del matrimonio. Al menos Kathryn puede retrasarlo un par de años más.

—¿Acaso no leí algo acerca de ti y el Príncipe William...?

Alex suspiró. —¡Ojalá! Él es perfecto para mí —una buena casa, buenos modales, buena sangre, un gran cuerpo—, y tenemos exactamente la misma edad. Pero lamentablemente, se trataba solo de un chismorreo fantasioso.

—Eso es duro. Y supongo que no saber si les gustas por ti misma o por tu título no es muy divertido tampoco.

—Mmm —La princesa miró a Christina de reojo y enarcó una oscura ceja. Ella, al igual que su hermano mayor, compartía el mismo tono de piel con el rey. Incluso vestida de manera casual, la princesa era impresionante. Con el cabello negro azabache, ojos azul oscuro y una complexión de porcelana. Sentada junto a ella, Christina se sentía una pueblerina sin gracia. Lo que probablemente era cierto... Si la familia real era una especie de ejemplo, la población general de Alaska debía ser ridículamente hermosa— Sospecho que esa es la razón por la que mi hermano está tan deseoso de “pescarte”, por así decirlo.

—Basta con las metáforas de pesca.

—Muy bien, te lo diré de esta manera. Tu indiferente e insensible actitud es un soplo de aire fresco —La princesa logró decirlo sin el más mínimo toque de ironía.

—Así que, no interesarse una mierda es una gran estrategia de venta, ¿es eso?

Alexandria soltó un respingo de nuevo.

—Me temo que sí —Apartó un mechón de oscuro cabello de su frente y suspiró— Permíteme ponerme a tu nivel, Christina, de mujer a mujer.

—O de princesa a plebeya.

—Mi hermano no se ha interesado mucho en nada desde que mi madre murió en ese estúpido e insensato accidente. Se volcó en la escuela, el deber y de vez en cuando en los pingüinos. Ahora, de repente, él te está persiguiendo por todo el palacio. Mi padre está completamente de acuerdo. Y tú, perdona mi franqueza, no tienes a dónde ir. Entonces, ¿cuál es exactamente el problema? Hay un millón de cosas peores que ser la reina de Alaska.

—Mmmm. Un millón, ¿no?

—Así que cástate con él, o no. Pero, en mi humilde opinión —añadió—, es grosero disfrutar de la hospitalidad de mi padre cuando no tienes intención de dar algo a cambio.

—Sabía que había gato encerrado—murmuró.

—Y uno muy grande —concordó la princesa.

—Acepto una invitación a almorzar y ahora tengo que ser una princesa.

—No es tan malo. De acuerdo, eso es una mentira.

Christina se rió de mala gana.

—Tal vez te ayude considerar lo que tus padres podrían haber querido para ti —Una línea amarilla se sumó a la azul, seguida de una inestable línea roja. La pintura parecía un jodido arco iris—. Si aún estuvieran aquí, ¿qué dirían al respecto?

—Bueno... —Christina se recostó en el asiento y miró el techo. Que además de querubines, dioses y diosas, tenía un gran arco iris... De manera que eso era lo que estaba pintando—. Nunca conocí a mi padre. Y mi madre trabajó muy duro la mayor parte de su vida... Generalmente, tenía al menos dos trabajos. Debíamos mudarnos mucho... Yo nunca llegué a hacer amigos. Sólo éramos nosotras dos. Y entonces, entonces sólo quedé yo. Por lo tanto,

me hubiese dicho que tendría que ir a por el anillo de bronce y patear a cualquiera que se interpusiera en mi camino.

Alexandria juntó sus —perfectos y rosados— labios y asintió.

—Bueno, ahí lo tienes.

—Salvo que... ¿Qué me haría diferente del resto de la multitud, si llegara a aceptar su propuesta?

—El hecho de que te estés planteando esa pregunta es lo que te hace diferente. También, que todos disfrutamos enormemente cuando le gritas al rey, así que simplemente debes quedarte.

—¿Qué soy, sólo el hazmerreír de la corte? —musitó enojada.

—No, pero sí podrías ser una princesa.

—Grandioso.

Aún así, Alexandria realmente le estaba dando mucho que pensar. Ella era hermosa, y había sido astuta al preguntarle qué hubiese dicho su madre al respecto. Su madre habría estado contenta, emocionada, extática. Habría sido fabuloso pasar por todo el lujo de una boda Real, sólo para ver el rostro iluminado de su madre.

Entonces, ¿era estúpido querer complacer a su madre que se encontraba enterrada desde hacía diez años ya? ¿O era el comienzo de la compasión?

—Está bien.

—Está bien, ¿qué?

—Lo haré. Voy a casarme contigo.

David precipitó accidentalmente el carro de servicio con la pared. La platería voló por los aires.

—Por todos los cielos —dijo Christina, viendo huevos revueltos elevarse

por el aire—, tal vez debería habértelo dicho más sutilmente.

Lo había encontrado justo fuera de la galería —de hecho, él casi le había herido el pie con el maldito carrito.

—Estoy sorprendido, eso es todo. Felizmente sorprendido —añadió apresuradamente. Se acercó a ella para tomarle la mano, pero acabó por pegarle un pedazo de tocino, mientras se apoyaba en ella para recuperar el equilibrio.

—No vas a lamentarlo, Christina —susurró, apoyándose en ella—. Me has hecho muy feliz.

—Ya veremos, *Chico Pingüino* —dijo—. Y escucha, si algo resulta demasiado extraño, —no era que eso pudiese suceder, claro— me largo de aquí, y el compromiso queda cancelado ¿estamos de acuerdo?

—Oh, sí. Sí, por supuesto. Y desde luego eso se aplica a mí también.

—Claro, no hay ningún problema.

—Bueno, no. Eso ha sido una tontería. Yo nunca podría romper nuestro compromiso.

—Está bien —Extraño—. ¿Supongo que deberíamos besarnos? Así como para sellar el— ¡mmph!

¡El chico leía la mente! O había vuelto a resbalar para caer en su boca. Como sea, el trato estaba cerrado. Y no estaba nada mal. Él no había pasado suficiente tiempo en la sala de los pingüinos para apestar como ellos, o ella ya se había acostumbrado. Todo lo que podía oler era tocino y su aroma a limpio. Su boca estaba firme en la de ella, sentía su mano maravillosamente fuerte mientras le sostenía la parte posterior del cuello —no era algo que le gustara particularmente, pero con David siempre se sentía protegida y no sofocada.

—Mi padre de inmediato.

—Mmm, ¿qué? —Que locura. El beso se había terminado. Ella miró fijamente su boca. De verdad, ¿se había terminado el beso? Sí, joder. Y lo peor era que él todavía estaba hablando.

—He dicho, se lo diremos a mi padre de inmediato.

—Oh. Bueno. Ah..., pero tal vez ¿no a el resto del mundo? ¿No tan pronto?

—Como desees — le sonrió, sus ojos azules brillaban. La tomó de la mano y corrieron sobre la comida esparcida por el suelo.

Capítulo 9



Extraído de “La Reina de Los Confines del Mundo”, por Edmund Dante III, © 2089, Publicaciones Harper Zebra y Schuster.

Como se puede imaginar (si ha estado prestando mucha atención a este tomo), el rey estaba encantado con las noticias del compromiso del Príncipe de la Corona y Edmund Dante estaba consternado.

Las lecciones de Princesa estaban por comenzar, diseñadores y planificadores estaban encargándose, y se fijó la fecha para cinco meses después... El dos de Abril. Normalmente, ese sería considerado un tiempo sorprendentemente corto para un compromiso Real, pero el consenso general parecía ser “Tener todo listo” antes de que la futura novia cambiara de opinión y abandonara el país.

Pero primero, Edmund Dante intentaría hablar una última vez con la intrépida plebeya para librarla de su boda. Era difícil decir si lo hacía por su propio bien, el del país, o el futuro de la reina.

Y la reacción de la Reina Christina a este intento, le dio a los historiadores otro tentador vislumbre sobre qué fue lo que llevó a esta extranjera, poseedora de una fuerza muy poco común, a aceptar una corona.

—Señorita Krabbe...

—Llámame Christina. O Chris. Pero nada como Tina... que asco. Mi madre odió su nombre durante toda su vida, y ¿Qué decide hacer?

Estamparlo en el final del mío. ¡Perfecto!

—Señorita Christina, ¿está segura de que ha considerado este asunto cuidadosamente?

—Y con eso quiere decir, “*Felicitades*” —dijo el Rey, mirando a Edmund con furia desde su asiento.

Edmund forzó una sonrisa que se esfumó tan rápido como había aparecido.

—No ha estado en el país una semana, apenas conoce a Su Alteza, y francamente... ah... francamente...

—¿No soy del tipo princesa? —Ella acomodó las piernas debajo de su cuerpo y le sonrió— Díselo a alguien que no lo sepa.

—Edmund...

Se encontraban en una de las salas de estar, y el rey había pedido cerveza para celebrar el anuncio del compromiso. Se había bebido dos rápidamente y parecía sentirse aliviado. Christina dio un sorbo, disimuló magistralmente un escalofrío, y le entregó su vaso a David.

—Su Majestad, por favor. Alguien tiene que decirlo. Y parece que la responsabilidad ha recaído sobre mis hombros.

—¿Quién lo dice? —Gimoteó el rey—. Vas a retorcer el trato, y luego me veré forzado a romperte las piernas.

—Un vívido final —comentó el príncipe—, para una profesión sin igual.

—No es justo —dijo Edmund en voz baja—. Tenga en cuenta la Casa de Windsor si no me cree. Ella debe ser advertida.

—Bien, bien, pero mantente fuera del camino. Y no exageres, por el amor de Dios.

—Demasiado tarde, —cantó Christina. David, que se movía para sentarse a su lado, soltó una risa sorprendida y se dejó caer en el sofá de golpe.

Edmund se volvió hacia Christina. Se elevaba por encima de ella como un árbol vestido de lino fino. Sus manos estaban firmemente enlazadas en su

espalda.

—Yo, *Nosotros*, mejor dicho, deseamos estar seguros de que sabe en lo que se está metiendo. No todo es vida de palacio y salsa de cóctel.

—¿No lo es?

—Como miembro de la Familia Real, no sólo tendrá los ojos del mundo entero...

—Por no hablar de la revista *People*.

—...sobre usted, sino que también tendrá importantes responsabilidades. Además...

—Además, —ella lo interrumpió nuevamente—, mis hijos jamás tendrán que preocuparse por su próxima comida. Nunca tendrán que pagar impuestos, nunca tendrán que preocuparse acerca de cómo permitirse enviar a sus hijos a la escuela. Ellos siempre tendrán la opción de un sólido techo sobre sus cabezas y tres comidas diarias. Siempre habrá personas a su alrededor para cuidarlos y protegerlos. Ellos nunca, nunca estarán solos. Y si hicieran algo mal, tendrían el poder de arreglarlo.

Silencio de muerte.

—¿Estoy en lo cierto?

—Si —David asintió, estudiándola intensamente—. Es absolutamente correcto. Todo eso, y más. Y será igual para los hijos de tus hijos, y los hijos de los hijos de tus hijos.

—Bien. Está bien —Ella rió, e instantáneamente sintió como si hubiera tirado por la borda cinco kilos de estrés. Tal vez diez—. Si no hay nada que quieras agregar, Edmund, ya es hora de que comience la función.

Segunda Parte

“Puede que casarse no sea tan malo. Es todo el tiempo perdido que hay antes lo que te da dolor de cabeza”.

Lady Christina de Allen Hall

Capítulo 10



—Ah, Lady Christina, no sé cómo preguntarle esto...
—Bueno, antes que nada, no soy una lady —
contestó ella.

—No me digas —dijo David, sonriendo de oreja a oreja. La sonrisa desapareció cuando uno de los diseñadores reales le calzó a la fuerza, un puntiagudo zapato negro en el pie izquierdo—. Ahh... ¿Podríamos probar otro que no fuera tan, maquiavélico? Además, no siento los dedos...

—Quiero decir... —continuó Christina, hojeando uno de los dieciocho cuadernos de bocetos—, no tengo ese título ni nada. Soy simplemente Christina.

—No es verdad —protestó David, intentando liberarse del zapato.

—Ah, ¿entonces he tenido un título durante todos estos años y nunca lo he sabido? A ver, recapacitemos, ¿crees que lo he heredado de mi padre camionero o de mi madre camarera?

—Con el debido respeto, milady, el rey me ha comunicado que su título es *Lady Christina de Allen Hall*.

Christina casi se cae de la silla.

—¿Desde cuándo? ¿Y dónde diablos queda eso? ¿Y acaso las *ladies* llevan pantalones vaqueros? Porque, por si nadie lo ha notado, el noventa y ocho por ciento de mi guardarropa se compone de vaqueros.

David dejó escapar una risita.

—Allen Hall, es la parte del palacio donde mi padre me deja tener a los pingüinos.

—Joder, qué divertido. Recuérdame darle una patada en las costillas al rey, la próxima vez que lo vea.

—Las invitaciones quedan mejor, si tienes un título, aunque sea uno menor. Pensé que te haría feliz.

—Vaya, entonces es que no has estado muy atento estas dos últimas semanas.

—Tienes razón —admitió David, probándose una chaqueta negra de seda que le sostenía otro diseñador—. En realidad nunca pensé que te haría feliz, pero ya conoces a mi padre... Cuando se le mete una cosa en la cabeza...

—Oh, sí, no se parece a nadie que conozca —Christina miró a David para asegurarse de que pasaba por alto el hecho de que perfectamente podría estar hablando de ella misma—. Bueno, ¿qué me ibas a preguntar, Harry?

—Horrance, milady, y quería preguntarle... eh... si su vestido... si su vestido de novia, va a ser, si...

—Blanco —respondió Christina con firmeza.

—Perfecto —dijo Horrance rápidamente, cerrando de un golpe un cuaderno de bocetos y abriendo uno nuevo. Miró a Christina con los ojos entornados y comenzó a dibujar sobre el papel a grandes trazos.

—¿De verdaaaaaad? —preguntó David juguetonamente, con una mirada llena de malicia.

—Claro —contestó ella sin inmutarse—. Es la primera vez que me caso, ¿no?

—¡Ah...! —Las seis personas que estaban en la habitación podían apreciar fácilmente la vibración de *“métete en tus propios asuntos”* que desprendía Lady Christina, por lo que David se comportó como un caballero y cambió de tema—. ¿Qué te parece esta chaqueta?

—Parece que estuvieras embalsamado.

Horrance se quejó.

—Oye, es bonita —añadió ella, retrocediendo a marchas forzadas—, pero no va contigo. ¿Sabes lo que deberías llevar? Blanco. Quedaría muy bien con tu pelo.

Tu maravilloso, abundante y negro como el pecado pelo... mmm...

—La novia va de blanco —dijo con firmeza el asistente de Horrance. *¿Cómo se llamaba? ¿Jerry? ¿Jerkin?*

—Bueno, ¿estuviste en el ejército? Podrías llevar tu uniforme...

—No. Estaba muy ocupado haciendo mi doctorado en Biología Marina.

—Ah, ¿sí?

—Alaska no requiere que su Familia Real sirva en el ejército.

—Como sea. Entonces, por encima de todo, eres un intelectual. Bueno, puedo pasarlo por alto —¿Era Jeremiah? ¿Julian?—. Bien, no vayas de blanco, pero tampoco te pongas esmoquin. Odio la apariencia de pingüino. Sin ofender, *Doctor Príncipe David de los Pingüinos*.

—Búrlate todo lo que quieras...

—Okidoki⁷.

—... pero te recuerdo que pronto serás *la Señora del Doctor Príncipe David de los Pingüinos*.

—Oh, mierda. ¿Aún estoy a tiempo de parar todo esto?

Christina escuchó un ligero golpe en la puerta y protestó contra al almohada. Pasados unos minutos, se dio la vuelta.

—¡Nicholas! ¡Es más de media noche, pequeño imbécil! ¡Basta ya de estas extrañas incursiones nocturnas! ¡Vete a dormir!

Una cabeza se asomó tras la puerta. No era la de Nicholas.

⁷ Okeydokey en el original. Variación de 'OK'. Se usa para expresar asentimiento. 'Okey', 'De acuerdo'.

—Recuérdame tener una pequeña charla con ese imbécil real —dijo David—. Aunque en el fondo no puedo culparle por ser incapaz de mantenerse alejado. ¿Puedo entrar?

—¿Qué os pasa? ¿Es que no os hace falta dormir?

—Dormimos siestas largas por la mañana —David entró en el cuarto—. Un día interesante el de hoy, ¿eh?

—Si tú lo dices... Pero si tengo que ver un zapato más de *peau de soie*, voy a vomitar. Además, ¿qué diablos es *peau de soie*?

—¿Me lo preguntas a mi? No hay forma de que tus zapatos sean más incómodos que los míos.

Mientras él se sentaba en la cama, ella se rió y se apoyó sobre sus codos.

—Dado que planeo llevar zapatos planos, y pensé que el tipo del diseño se pondría a llorar si se lo decía, voy a darte la razón en eso. ¿Y sabes que es lo peor? Esto ha sido algo así como un calentamiento. Vamos a tener reuniones y reuniones cada día. Flores, zapatos, ropa, comida, tartas, hora, lugar, zapatos...

—Mientras vayamos a la moda... —Pese a la oscuridad, Christina podía verle un poco mejor ahora, y volvió a preguntarse si su cabello se sentiría al tacto como parecía a la vista... Igual que seda salvaje —¿Qué hay con eso del vestido de novia blanco?

—Oh, ¿vamos a hablar de eso? Porque el momento para hablar al respecto fue antes de que me propusieras matrimonio.

—Sólo siento curiosidad —contestó suavemente.

—Si, como no. Podemos ponerlo de esta forma: No soy una virgen, pero tampoco una cualquiera.

—No te imaginas —dijo David muy serio—, lo tranquilo que me dejas.

—Escúchame, sabelotodo. Puedo contar con los dedos de una mano las personas con las que he estado, —hizo una pausa y le inquirió—, ¿Y tú?

—Eh... no, con una mano no... de hecho, creo que me haría falta una tercera... y puede que... seguramente algunos dedos del pie...

—¡Hipócrita!

—Bueno, soy seis años mayor que tú. ¡Ay! —Dijo ese “ay” porque Christina le había lanzado la almohada a la cara—. ¡Ajá! Ya sale la verdad a la luz. Vas a ser una esposa maltratadora, lo presiento.

—Seguro. Mira, si quieres *pelos y señales*, adelante. Es decir, tienes razón, es justo, pero espero que sea recíproco.

David negó con la cabeza. —No hace falta.

—Gallina.

—No, es como te he dicho, sólo sentía curiosidad. Forma parte del pasado, no tiene nada que ver conmigo, o con nosotros, además, se trata de un asunto personal tuyo. De todos modos, esa no es la verdadera razón por la que estoy aquí.

—Ah, ¿no? Aparte de privarme de mi más que merecido sueño, ¿qué estás haciendo aquí?

—Me gusta tomarte el pelo. Es... diferente. Me refiero a cómo reaccionas.

—Genial. Mira, no es que esto no sea fascinante...

—Tú eres fascinante —¿*Se estaba acercando?* ¡Sí! ¡*Un acercamiento!* Oh, el *preludio a un beso. Su segundo beso. Magnífico.* Estaba dispuesta a dar ella el primer paso si él no lo hacía—. No me esperaba esto. Sabía que serías preciosa, pero...

Desde luego, tiene que trabajar la idea del príncipe romántico, porque se le da fatal. Eso sí, puede que las princesas no tengan que esforzarse de esa manera.

—Gracias.

—... pero no me esperaba... esta intensa excitación... Creo que es la fuerza de tu personalidad...

—David. ¿Podrías callarte y besarme?

—... es realmente extraordinario, estás tan llena de vida...

—David. Hablo en serio.

— ... y... ¡Ay!

Dijo ese “ay” porque alguien lo había agarrado del cuello de la camisa y lo arrastraba fuera de la cama. Era alguien muy grande, incluso más corpulento que David. De hecho, se trataba de...

— ¡Ajá! Intentando tener un poco acción antes del gran día, ¿eh? —El rey sacudió al príncipe como un terrier sacudiría a una rata—. Buen intento.

— ¡Al! —dijo furiosa—. ¡Piérdete! ¡Vete a la cama! —*Además de ser raros, todos tienen insomnio... ¡Increíble!*—. No me obligues a sacarte de aquí dándote patadas en ese enorme trasero tuyo.

—Tranquila, encanto. Y tú... hora de irte a tu propia habitación. Soy un tipo moderno...

—Más bien diría un idiota moderno —replicó la aludida como “encanto”.

— ... pero no puedo permitir relaciones prematrimoniales dentro de la Familia Real, bajo mi techo.

— ¡No es de tu jodida incumbencia si decido tener relaciones con un pato! —gritó Christina.

—No —respondió el Príncipe David, soltándose del agarre de su padre— pero sí de la mía. —Se arregló la camisa y movió la cabeza, apartándose el oscuro cabello de la cara—. Por cierto, mi Señor Rey, si vuelves a separarme así de mi prometida, te parto los dientes.

—Uf —dijeron al unísono Christina y el rey.

David hizo una rígida reverencia. —Buenas noches.

— ¿Lo has oído? —Se lamentó el rey cuando se cerró la puerta— ¡Amenaza con una agresión indigna!

—No es el único.

— ¡A su soberano! Ay, crecen tan rápido —Se dio unos golpecitos en el pecho, cubierto por una camiseta en la que se leía “Yo soy el rey, ¿quién diablos eres TÚ?”—. Me llega al corazón.

—Yo sí que voy a llegarte al corazón. ¡Fuera!

—Cálmate... Ya me voy, ya me voy.

Vaya grupo de desquiciados —pensó Christina mientras se recostaba—. Tengo que estar loca. Seguro. ¿Cómo es que no puedes borrar de tu cara esa sonrisa de tonta?

Tardó en dormirse. Pasó mucho tiempo pensando en el acercamiento que habían tenido, y recordando la mirada de David. Por primera vez, no se preocupó demasiado de donde se estaba metiendo.

Capítulo 11



—Mira, Eddie.
—Edmund.

—No te lo tomes a mal, ni nada parecido.

Él suspiró. —Me prepararé psicológicamente, porque usted siempre dice eso antes de exponer algo altamente ofensivo.

—¿Has descifrado mi código, eh? De todas formas, ¿Voy a ser la princesa, correcto? ¿Entonces, a quién le importa qué tenedor use? Quiero decir, seré...

—Ella rió nerviosamente y un resoplido escapó de su nariz. Él, esperaba fervientemente, que ella superase el hábito de reírse como una chiflada cada vez que contemplaba su futura condición— realeza y todo lo demás.

—Razón por la cual usted debe dar ejemplo.

—¿Yo? —Notó como ella casi cae de la silla por la sorpresa— ¿Dar ejemplo?

—Admito —dijo, admirando la forma en que la luz del sol se reflejaba en las ondas de su cabello, que le llegaba hasta los hombros, haciendo ver las rubias hebras como forjadas en oro, —que me atormenta hablar de esto.

Era una suerte que ella tuviese un cabello estupendo, porque en ese momento, tenía una expresión verdaderamente desagradable en el rostro. De hecho, sus hoyuelos habían desaparecido completamente. Y estos eran, a su entender, su mejor característica. La hacían parecer traviesa y encantadora al mismo tiempo.

—Edmund, tengo noticias de última hora para usted. A la gente le importa un pimiento qué tenedor usa la realeza.

—Siento discrepar.

—Ed. A ellos no les importa en absoluto.

Se miraron ferozmente y luego Edmund, que había batallado contra el rey durante años, cambió de táctica.

—Por supuesto, si lo que usted quiere es que la gente desacredite a Su Alteza por escoger a una plebeya que rehúsa a asumir su condición.

—Ey, Ey. ¿Estás diciendo que David tendrá que tragar esa mierda si no soy una buena princesa?

—En pocas palabras, sí.

—¡Vaya, hijos de perra!

—Por el contrario, mi madre fue una mujer extraordinariamente paciente y amable.

—Ajá. —Ella agarró una mechón de su cabello y lo mordisqueó. Un hábito odioso que necesitaba abandonar antes de presentarse frente a las cámaras de televisión.

—Oye, Edmund, ¿te puedo preguntar algo?

—Quiere decir, ¿alguna otra cosa?

—Bueno, bueno. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿No hay como un millón de subalternos aquí en el palacio que podrían estar haciéndolo? Dime, ¿no preferirías estar en cualquier otra parte? —Luego agregó en un susurro que él oyó perfectamente bien— Sabe Dios que yo sí.

—Perdí la apuesta de la moneda, —dijo, intentando lograr la nota correcta de frío desdén. Ella realmente era, *algo*. Había advertido instantáneamente por qué el rey estaba encantado con ella, y por qué David había dejado caer su pose de “*no me importa con quién me caso*”. Sería una espléndida reina, si tan solo la pudiera convencer de que prestara atención.

Y naturalmente, un trabajo tan vitalmente importante no podría ser realizado por cualquiera. Él supervisaría su educación personalmente. Aún si ello lo mataba.

—Ahora. Otra vez. Tenedor de ostra, cuchara de sopa, cuchara de calabacín, cuchillo de pescado, cuchillo de entrada, cuchillo del plato principal, cuchillo de ensalada.

—Cuchillo de fruta, cuchara de postre, tenedor de postre, ¡Y una perdiz en un peral!

Clavó los ojos en ella, completamente sorprendido.

—Oh. ¡Oh! Vaya, eso está muy bien. ¿Ah... si usted lo entendió todo, entonces por qué...?

—Pues bien, te lo diré... es que no pude resistirme a tirar de tu cadena — Ella movió hacia atrás su silla francesa Louis XIV, de alrededor de 1860, con precio de lista de 972 \$, de *Sotheby*⁸ en Alaska, y le sonrió abiertamente— ¿Qué piensa de eso, Eds?

—Edmund.

—Como sea. ¿Qué sigue a continuación en mi agenda del infierno?

—Tiene una lección de historia en treinta minutos con nuestro historiador del palacio.

Sus piernas aporrearon la alfombra con un ruido sordo.

—¿Lecciones de historia?

—Si va a formar parte de la familia real, es importante que conozca algo de la historia de Alaska.

—¿Por qué mejor no coges ese tenedor de fruta y me lo insertas en el ojo?

—Sería impropio hacerlo antes que el postre esté servido, mi señora. Después de historia, usted se encontrará con Horrance, el diseñador del traje de novia. Tratamos de usar a los artesanos locales siempre que sea posible,

⁸ *Sotheby's* es la más antigua casa de subastas de objetos de arte del mundo, se encuentra a nivel internacional en continua operación.

—agregó, actuando como si a ella le interesara remotamente una explicación— para beneficiar la economía.

—Súper. Con tal de que no me pinche el culo con sus alfileres. ¿Y luego?

—Luego, almuerzo con el príncipe y el rey. Más tarde, una reunión con el Intendente. Después el vendedor de flores. Después de eso...

—¿Eds, cómo es que tengo que hacer todas estas cosas? A: donde está David, y B: tú serías mucho mejor para todo eso.

—A: David está en Allen Hall, tomando su desayuno matutino y él se unirá a usted, y B: eso es muy cierto, pero no es mi boda, mi señora.

—No me llames así, lo odio. Llámame Chris.

Él la miró por encima del hombro.

—No lo creo.

—Muy bien, entonces Chris-tin-a. Cualquier cosa excepto *Mi Estúpida Señora*.

—Mi señora bromea, pretendiendo que será una adolescente toda su vida.

—Realmente, también me enferma cuando hablas de mí en tercera persona. En serio. No lo hagas.

Por primera vez en toda la mañana, Edmund mostró una sonrisa.

—A nadie le gusta. Por eso lo hago siempre que puedo.

—Pues bien, ¿Qué le parecería a Edmund si hablase de él en tercera persona? ¿No piensa Edmund que eso es una jodienda?

—No. Edmund no lo piensa. Ahora, si mi señora se ha cansado de las lecciones de etiqueta, ¿por qué no hacemos algo que usted encuentre más pertinente?

—Bueno, ¿por qué no? ¿Qué hay en tu diabólica mente, Eds?

—Sólo esto —Hizo una pausa delicadamente. Las cejas de Christina se arquearon, desapareciendo bajo su flequillo, un signo que demostraba su

completa atención—. Debe tener usted siempre cuidado con el apellido Domonov.

—Ese es el nombre de soltera de la Reina Dara.

Él no pudo disimular su sorpresa.

—¿Cómo lo sabe?

Ella bostezó detrás de su palma.

—Revista *US*.

—Ah. Pues bien, contrario a las espeluznantes interpretaciones de la prensa norteamericana...

—Eeey, eyyy, tranquilo con lo de criticar Norteamérica, camarada.

—Su Majestad la Reina, no era una caníbal sedienta de sangre con una piedra por corazón.

—Pienso que *“caníbal sedienta de sangre”* es redundante.

—De todos modos, la familia de la reina es ligeramente... irracional... en lo que concierne a Su Alteza el Príncipe Nicholas.

Sus cejas se arquearon todavía más alto.

—Oh, ho.

—Además, no sienten amor hacia su rey y han tratado muchas veces de atacarlo, de cualquier forma que les fuera posible.

Ella frunció el ceño.

—Um, de acuerdo, eso apesta, pero ¿por qué Al no los manda a la cárcel?

Personalmente, Edmund pensaba que esa era una pregunta excelente.

—El rey lo haría, pero como todavía guarda mucho afecto para con su difunta consorte, su corazón se mantiene blando hacia la familia, y el Domonov en cuestión será liberado pronto. El rey, también podría haber dicho algo así como, *“puedo encargarme de mi mismo, maldición. No necesito que los tribunales me ayuden.”*

—Bueno, eso suena bien. Entonces, de acuerdo, si alguien se presenta a mí como *Mr. Domonov*, le pateo el culo. Ya lo tengo.

—No es tan rematadamente sim...

—Más tarde, Eds. Tengo que examinar algo fuera de aquí. Gracias por los 101 consejos de Princesa. Creo —Lo despidió distraídamente con la mano y prácticamente salió corriendo de la sala de estar.

Christina se paró de golpe ante el retrato de la Reina Dara y una vez más, estudió los rasgos orgullosos y asombrosamente bellos. Luego dio unos pasos al costado y observó la pintura de la abuela del rey.

La familia de la reina es ligeramente irracional en lo que concierne a Su Alteza el Príncipe Nicholas.

Una idea idiota. Habían creído los rumores sobre todos los amantes que había tenido la reina. Creían que Nicholas le pertenecía sólo a la reina, que no había nada del rey en él. Y querían conservarlo para ellos. Era triste, porque la pena hace cosas horribles a la gente, pero también era estúpido.

—Tontos, —dijo a la galería vacía—. Cualquiera puede ver que el niño se parece a su abuelita. Del lado paterno.

Usted siempre debe tener cuidado con el nombre Domonov.

—¡Está bien, está bien! —Asombroso. El tipo estaba a veintitrés cuartos y dos pisos de distancia y todavía podía oírlo resonando en su cabeza.

Oyó ruido de pasos y se giró, sintiendo ya la amplia sonrisa tonta en su rostro, una amplia sonrisa que desapareció instantáneamente, en cuanto vio que el visitante no era David.

—Oh. Eres tú.

—¡Qué agradable! Te podría deportar, muchacha —El rey Alexander chasqueó los dedos, y ella no pudo evitar notar que estaban muy sucios.

¿Jardinería? ¿Más pesca? ¿Cavando en la tierra con su hijo menor? ¿Quién infiernos sabría? Tratándose de este tipo, podría ser cualquier cosa—. ¡Así!

—Seguro. Como si fueras a dejarme ir tan fácilmente.

—Muy cierto, —dijo alegremente, limpiándose las palmas sucias en sus jeans azules— Estás atascada aquí. ¡Todos lo estamos!

—Estaba mirando los retratos de tu familia.

—Sí —El rey se detuvo y miró con ojos entrecerrados el retrato de la Reina Dara—. Dios, oh, Dios, qué mujer. Cuando la hicieron rompieron el molde. Luego molieron a palos al fabricante del molde.

Ella estalló en carcajadas.

—Bueno, es verdad. Y si no lo es, debería serlo. Ella era —no tiene ni idea—. El rey se pasó la mano por el pelo, dejando una huella de tierra en su frente. Se veía distraído y triste. A ella le entristeció un poco verlo así. Demasiadas mujeres habían tratado de seducir al viudo Real. Todas habían fallado. Él, obviamente, aún estaba enamorado de la difunta reina.

—En ocasiones, quería que estuviese a mi lado durante todo el día, y en otras, realmente tenía que resistir la urgencia de estrangularla.

—He oído que ella era... ah...

—Bueno, lo era. Pero era excitante, bella y las cosas nunca eran aburridas cuando ella estaba presente. ¿Sabes lo que sucedió? ¿Cómo murió?

—Ah ... —Varios de los titulares más chocantes estallaron en su cerebro: La reina de Alaska muerta en accidente automovilístico mientras se dirigía al escondrijo de su amante. La reina Dara muerta en choque frente a la casa de su amante—. Pues bien...

—Ella iba de camino a su estilista, no prestaba atención y chocó.

—Oh. Eso es... ah... un poco diferente de...

—Ella iba de camino, —dijo el rey mortalmente tranquilo—, a su estilista.

—Por supuesto. Todo el mundo lo sabe.

Sus hombros se relajaron.

—Debería haber insistido en que usase un conductor, pero eso no ayudó una mierda a la Princesa Diana, ¿no?

—Creo que no —ella hizo una pausa, luego agregó—, todavía recuerdo exactamente dónde estaba cuando oí que Diana estaba muerta. Estaba tan aturdida... no lloré, pero... es solo que, no podía creerlo y estaba tan deprimida. Lo que fue extraño, porque yo no la conocía. Pero me sentí muy apenada por el suceso, durante mucho tiempo.

—Bueno, yo la conocí. Y nunca conocerás a una dama más encantadora. Ella fue la única en Buckingham, que no me hizo sentir como si yo tuviera paja en el cabello y estiércol en los talones.

—¿Es eso lo que tienes bajo las uñas?

Se rieron juntos, como una familia.

Capítulo 12



—... *Y* mientras nuestros ancestros eran felices construyéndose una vida nueva en las vastas e inhóspitas tierras de Alaska, la ley rusa prohibía asentamientos permanentes para sus ciudadanos.

—Qué lástima —dijo Christina, ocultando un bostezo con la palma de la mano.

—Pues sí, realmente lo era, porque un hombre traía a su familia, empezaba a comerciar con pieles o con madera, o con lo que tuviera, y después, cuando comenzaba a abrirse paso en estas tierras inhóspitas, cuando su familia estaba asentada, cuando se habían construido una vida, tenían que recoger todo e irse.

—Así que el tatarabuelo de David llegó a la conclusión de que eso era una porquería.

—Sí. De hecho, se estuvo a punto de un cruento golpe de estado. Rusia le ofreció la venta de Alaska a Norteamérica.

—Oh, espera, esa parte me la sé. Los Estados Unidos estaban de lleno en su Guerra Civil, y lo último que querían era soltar un montón de pasta por un nuevo estado. Tenían suficientes problemas controlando los que ya tenían.

—Algo así. Además, Alaska no estaba resultando ser lo que la Madre Rusia esperaba. El principal objetivo de Alaska era sustentar a Rusia. Sin embargo, tenían problemas con la agricultura: las cosechas no salían adelante, bien las devoraban los ratones o las ardillas, o bien por los rusos, que no eran unos agricultores muy entusiastas. Mientras tanto, los nativos, al ver que sus amigos los rusos eran los que en realidad trabajaban la tierra y vivían en ella, se resintieron con la madre patria...

—Evidente. Ellos llegaron primero.

—Bueno, eso es algo que la Familia Real siempre ha tenido en cuenta...

—¿Por eso el gobierno les da a los nativos de Alaska, los verdaderos nativos, todo ese dinero?

—Sí. Y se les permite continuar con el estilo de vida de sus antepasados tanto como lo deseen. Se han destinado para ellos millones de acres de tierra. Pero nos estamos saliendo del tema.

—Típica actitud del hombre blanco —comentó Christina.

—De todos modos —Edmund continuó molesto— cuando Kaarl Baranov reunió a las tropas, por así decirlo, y se dispuso a independizarse de Rusia, Rusia les dejó libres con una sorprendente facilidad.

—¿Sin derramamiento de sangre?

—Muy poco. Era obvio que la Madre Rusia no había puesto el corazón en esa empresa y nosotros, Alaska, vencimos rápidamente. Más tarde, antes que instaurar un Zar y una Zarina de Alaska, decidieron cortar todos los lazos posibles y pasaron a ser el Rey Kaarl y la Reina Kathryn.

—Caramba —dijo Christina—. Qué historia más larga.

—Milady, sólo llevamos hablando...

—¿Llevamos?

—... cinco minutos.

—Bueno, ya he captado la esencia. Y esto explica muchas cosas.

—¿Explica...?

—Sobre la Familia Real. Es decir: tienes que reconocer que son una rama independiente.

A Edmund se le dibujó una sonrisa —Sí. Tengo que reconocerlo.

El Príncipe David, intensamente concentrado en sus observaciones mañaneras de los residentes de Allen Hall, no se percató del brazo que serpenteaba a través de la puerta, y que lo envolvió con firmeza. En un abrir y cerrar de ojos se encontraba sobre su espalda, siendo arrastrado a una pequeña y oscura habitación. Percibió el aroma a flores silvestres y decidió no oponer resistencia.

—La cuestión es —le dijo su prometida, sentándose a horcajadas encima de él—, que aprecio que hayas comprado la vaca y demás, pero creo que deberías conseguir algo de leche gratis.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó David con la voz sofocada. Un segundo atrás, iba por el pasillo pensando en sus cosas, y al siguiente... ¡era atacado!

—Oh, claro que sí, es solo que estaría loca si planeara pasar contigo, ¿cuántos? ¿Cincuenta, sesenta años? Sin... ya sabes. Probar la mercancía.

—Si te comprendiera, —dijo cuidadosamente—, y no estoy seguro de hacerlo, me estarías proponiendo que nosotros... ¿Podrías devolverme los pantalones, por favor?

—Enseguida —respondió ella, y con destreza comenzó a desabrocharle la camisa hasta abrirla por completo.

—De verdad, esto es... —y olvidó lo que iba a decir cuando la boca de Christina, suave y ardiente, tocó la suya, y recorrió su pecho, y comenzó a acariciar sus pezones con la lengua. David levantó la mano para aferrarla del pelo, y ella lo mordisqueó suavemente, haciéndolo gritar. Entonces, David le quitó la camiseta con frenesí, luego los pantalones, retorciéndose juntos en la oscuridad, sus manos por todas partes, disfrutando del tacto de su piel suave y cálida, sus rizos sobre su rostro, respirando intensamente su perfume natural. Estar con ella era como estar en un jardín oscuro.

David sintió que su mano se cerraba sobre él...

—Oh, caramba. ¿Cuántas vitaminas tomas al día, Dave?

...y David gimió, sintiendo que sus dedos se deslizaban arriba y abajo en un roce delicioso, y tuvo problemas para recordar que hacía sólo noventa segundos iba por el pasillo, completamente vestido y pensando en el *Aptenodytes patagonicus*.

Christina había vuelto a ponerse a horcajadas y toda ella era suave piel desnuda. Tarareaba algo que David identificó enseguida: era el “*Feel Like Makin’ Love*” de la banda *Bad Company*.

Seguía acariciándolo, hasta que se colocó por completo encima de él. En ese momento, David sintió que su coeficiente intelectual disminuía otros treinta puntos.

—Espera —consiguió decir, preocupado por la delicadeza de su cuerpo, — es demasiado pronto, no quiero hacerte daño... —pero encontró su carne húmeda y se dio cuenta de que estaba más que preparada. —Quieta —dijo. Ella se rió, colocándose más, oh, era... era maravilloso. David le puso una mano en mitad de la espalda, sintiendo cómo se flexionaban sus músculos, deslizarse dentro de ella era como deslizarse en el mejor de sus sueños.

Su interior era estrecho, pero a ella no parecía molestarle, y Dios sabía que a él tampoco. Pensó que era la cúspide, que era perfecto, que simplemente no podía haber nada mejor. Fue entonces cuando Christina comenzó a moverse.

David la separó un poco de él, encontró su boca suave y dulce, y la besó mientras ella seguía moviéndose, moviéndose y moviéndose, aún tarareando esa estupenda melodía.

David interrumpió el beso y volvió a gemir.

—Tengo... muy malas... noticias —consiguió decir entre dientes.

—Oh, lo sé —se burló ella, echándose hacia atrás y haciéndole cosquillas en la entrepierna. Cuando se inclinó, sus rizos rozaron los muslos de David, y le hizo estremecerse—. Está bien, me tocará a mí la próxima vez.

—Trato hecho —contestó David con la respiración acelerada, y puso los ojos en blanco ante lo que venía.

—Has intentando matarme —la acusó, una vez recuperado el aliento.

—Oh, por supuesto —dijo ella. Estaban recostados, dentro de la oscura y pequeña sala sin nombre. David la tenía abrazada contra él, como sardinas en lata—. Ese fue mi plan desde el principio.

—Es la única explicación que encuentro —insistió, apartándole el cabello de un soplo para poder besarle la piel desnuda del cuello—. No quiero que pienses que... es decir, me ha gustado mucho, muchísimo, pero no querría que pensaras que...

—Relájate, Chico Pingüino.

—Por favor, no me llames así después del coito —protestó él.

—Por favor, nunca jamás vuelvas a llamarlo coito. Soy perfectamente consciente de lo que ha pasado... ¿No he sido yo quien...cómo decirlo, lo ha provocado?

—Eso es verdad —contestó David más animado—. Yo sólo he sido una víctima inocente de tu lujuria.

—Sí. De todos modos, sé que ha sido demasiado rápido para *mí*. No para ti. ¿Verdad?

—Verdad. La próxima vez —dijo David en tono de burla.

—Verdad —dijo ella bostezando contra su antebrazo—. La próxima vez. Que se joda el rey.

—Preferiría —respondió él—, joder contigo.

—Que lenguaje más vulgar para un príncipe... Me juego algo a que es la primera vez que dices “joder”. Por cierto, ¿no teníamos una reunión o algo?

—Sí, pero primero tengo que ver a los pingüinos.

—¡Oh!, me estás poniendo otra vez. ¡Me encanta que empieces a hablar de esas aves acuáticas no voladoras después de acostarte conmigo! Ahora háblame de peces muertos.

—Christina...

—Vamos, ¡necesito escucharlo!

—Eres imposible —se quejó David mientras se incorporaba y buscaba a tientas su camisa.

—Pero te tengo atrapado —le dijo Christina, en un tono indecentemente satisfecho.

—Sí —contestó él, sintiéndose algo más que un poco satisfecho—. Supongo que sí.

Por insistencia de Lady Christina, unieron las reuniones con la floristería, el catering, el diseñador del vestido de novia, la jefa de protocolo y otras doce personas en una única reunión para que fuera más eficaz.

Bueno, tan eficaz como una reunión de ese tipo podía ser...

—No, no, no. Sin publicidad de la boda.

La jefa de protocolo, una mujer con un misterioso parecido con *Shania Twain*⁹, la miró boquiabierta. —Pero milady... tenemos que...

—Las invitaciones son suficientes. Mira, todos sabemos que la publicidad es un intento avaricioso de conseguir más regalos. Y de todos modos vamos a tener toneladas de regalos, ¿no?

—Pero no es... no es un intento... eh... un intento avaricioso...

Edmund la aferró por los hombros.

—Cierra los ojos y piensa que estás en un lugar feliz. Te ayudará —le dijo al oído. En voz alta, añadió—Muy bien, milady. Sin publicidad... excepto en la prensa.

—Bueno..., de acuerdo. Lo van a saber de todas formas —cedió Christina. Se sentía agradablemente dolorida después de haber abordado a David, algo que había resultado ser divertido y edificante. El chico tenía un paquete que no podía despreciarse. Estaba impaciente por volverle a poner las manos encima. Por el bien de la compatibilidad, por supuesto. No porque deseara su compañía ni nada de eso.

—¿Dónde está David?

—Ya llega, milady.

De nuevo, querrás decir.

—De lleno en la mierda de los pingüinos, sin duda.

—Sin duda, milady.

—Y ya que hablamos de eso...

—¿De mierda de pingüinos?

—...¿quién va a pagar todo el cotarro? Yo tengo mi última nómina y ya está.

—Yo lo pago —anunció el rey, entrando en la enorme sala—. Siento el retraso. La pizza de anoche no me sentó muy bien.

Edmund cerró los ojos en un gesto de dolor, y Christina lanzó una risita

—Creo que debería protestar —dijo—, pero puesto que se trata de una boda de la realeza, imagino que es la gente de la realeza la que tiene que pagar.

⁹ *Shania Twain*. Popular cantante de música Country Norteamericana

—Tú sólo haz acto de presencia. Si haces eso, todos seremos felices.

—¿De verdad? ¿Eso es lo único que tengo que hacer?

—Síntese, milady —dijo Edmund con severidad—. El rey exagera.

El rey se desplomó en el andrajoso *La-Z-Boy*¹⁰ que presidía la mesa y se reclinó en el asiento. Sus pies se levantaron del suelo y suspiró. —Bien, ¿dónde estábamos? ¿Y dónde está David? Jenny, tienes mala cara.

—Estoy bien, Su Majestad —contestó la jefa de protocolo, esforzándose por sonreír.

—Pon la cabeza entre las rodillas —le ordenó el rey.

—No sirve de nada —intervino Edmund—. Créanme.

—Siento el retraso —irrumpió el Príncipe David, entrando a toda prisa. Se le veía increíblemente guapo cuando estaba sin aliento. Le dedicó a Christina una sonrisa secreta, y ella tuvo que taparse la boca para no corresponderle.

¿Increíblemente guapo cuando estaba sin aliento? ¿De verdad había pensando ella eso? ¿Qué le estaba pasando últimamente?

—¿Qué me he perdido?

—No habrá publicidad de la boda, sólo las invitaciones —le dijo Christina—. Y tu padre tiene descomposición.

—Eso está bien. Lo primero, no lo segundo. Papá, ¿cuántas veces te he dicho que dejes la pizza?

—Puede que seas el príncipe heredero, pero aún eres un niño —le espetó el rey—. Comeré lo que me de la gana.

—De acuerdo, que te lo pases bien en el baño —David se sentó junto a la novia, inclinándose mientras lo hacía para darle un tierno beso en la frente. A Edmund no se le escapó el hecho de que por un momento Christina se sonrojó y los ojos le brillaron intensamente.

—Bueno —comenzó Jenny— creo que es necesario que precisemos el texto de las invitaciones. Tengo entendido que los padres de milady fallecieron...

Christina asintió.

¹⁰ LA-Z-BOY. Butaca reclinable creada por la popular empresa norteamericana del mismo nombre, líder en su rama, y creadora de la primera butaca reclinable en 1927.

—Fallecieron por completo.

—Bueno —Jenny se aclaró la garganta—. El protocolo dicta que sólo los vivos pueden expedir invitaciones.

—Bueno, es evidente. No quiero que mi madre muerta invite a nadie... ¡Qué asco!

—Tal vez el rey pueda invitar en nombre de las dos partes —sugirió Edmund—. Es poco ortodoxo, pero...

—Eso estaría bien —contestó Jenny agradecida, tachando una palabra de su lista—. Hablaré con el grabador esta tarde, así que...

—¿Qué? ¿Grabador? Vaya, eso cuesta una fortuna. ¿Qué hay de malo en usar una imprenta?

—Un lugar feliz, estás en un lugar feliz —le recordó Edmund a Jenny.

Christina se dirigió al rey.

—Vamos, Al, en serio: ¿de verdad quieres gastarte tropecientos dólares en las invitaciones? ¿Cuál es la alternativa al grabador?

—Impresión en relieve —contestó Jenny, en el mismo tono en el que alguien diría *“una cobra debajo de la cama.”*

—Bueno, pues eso. ¿Qué tiene de malo?

—Chris, cariño, puedo permitírmelo —le dijo el rey con amabilidad—. No hay problema.

—Lo sé, pero por qué habrías de tirar tu dinero en algo que ni a David ni a mi nos importa. ¿A qué sí, Dave? No te importa, ¿verdad?

—No me importa —admitió David.

—Muy bien, entonces. ¿Qué más?

Los otros encargados de la boda habían conseguido amontonarse en la esquina más alejada del salón, sospechosamente cerca de la ventana. Puesto que era un primer piso, la huida era plausible.

—Vamos, vamos —dijo Christina con impaciencia—. ¿Qué más?

—¿El si-sitio? —se arriesgó Jenny.

—¿Qué pasa con eso?

Hubo un momento de tensión. Luego el grupo se relajó en masa.

—El palacio sería un buen sitio. Podemos hacer la ceremonia en el salón

de baile, y el convite en los jardines.

—Será mejor tener un plan B —advirtió el rey, apoyando los pies sobre la mesa—. ¿Qué pasa si hay un tiempo de mierda?

—Buscaré un plan B —prometió Edmund, anotándolo en su carpeta.

—Muy bien. ¿Qué más?

Envalentonado, el diseñador del vestido dio un paso al frente.

—Horrance Tyler, milady. Nos conocimos el otro día.

—Hola, Horrance. ¿Qué tienes?

Las pesadillas, Christina pensaría más tarde, estaban hechas de los preparativos de boda.

—No. Desaparecería dentro de eso. Mi objetivo, el día de mi boda, es no parecer un merengue gigante.

—Pero es tan favorecedor con su tono de...

—Un merengue gigante, Horrance. Lo siento. Este tampoco —dijo, señalando un precioso vestido con un escote ondulado y, sí, una cola bastante larga, de cuerpo entero y dos metros—. No quiero un vestido que sea diez veces más grande que yo. Y sin cola. ¿Alguna vez has llevado cola, Horrance? No hace falta que contestes. Sea como sea, yo no, y el día en el que tropecientas personas me están mirando no es un buen día para empezar a llevarla. Otro.

El sonido de las hojas al pasar arrulló al rey hasta que se quedó dormido. Pronto el sonido de sus suaves ronquidos llenó la habitación mientras Christina repasaba los bocetos.

—No. Demasiado aspecto de monja.

—Demasiado encaje.

—Muy poco encaje.

—Demasiada pinta de Amazona. ¿Qué es eso de un cinturón de plata? ¿Es que voy a combatir el crimen después del convite?

—Demasiado bonito.

—¿Cómo que *demasiado bonito*? —De repente David salió de su sopor.

—Es demasiado bonito para mí. Supongo que lo que quiero decir es que es demasiado elaborado —matizó Christina—. Mira este... ¡tirantes de plata! Y diamantes en el corpiño. Soy una chica del *Todo a Cien*, ¿entiendes? Oye,

Horrance, no es nada personal, ¿vale? —Le dijo al diseñador, que estaba luchando valientemente por contener las lágrimas—. Son todos maravillosos, de verdad, de verdad que lo son. Sólo que... no son para mí, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —contestó Horrance, algo más relajado, mientras agarraba el séptimo cuaderno de bocetos.

—Demasiado sencillo. Estaría genial para una fiesta normal, pero no para un vestido de novia. Aún así, es precioso —añadió rápidamente.

—No. Tiene cola.

—No tanta, milady, es...

—Es una cola, Horrance. Una cola preciosa, pero una cola. Chup-chup. Otro.

—Tiene mucho escote. Estaría tirando de él todo el día. Y delante de las cámaras. Seguramente... ¿Qué es esto?

Paralizado en el momento de cerrar el último libro, Horrance contestó.

—Son mis bocetos para el vestido de las damas de honor, milady.

Christina puso el libro delante de ella y miró la página con avidez. Se trataba de un vestido de línea A sin tirantes, con una cinta alrededor del pecho, justo debajo. Era de un azul pastel, con una capa del mismo color hasta el suelo, dejando los hombros al descubierto.

—Éste.

—¿Éste?

—Éste es. Éste es el que quiero —No podía apartar la mirada del boceto. ¡Era maravilloso! Sencillo, pero precioso.

—¿En... ese color?

—Sí. No cambies nada.

El Príncipe David lanzó una risita ahogada.

—Así que no será blanco.

—Tanto monta, monta tanto. Me gusta el color, eso es todo.

—Oh, pero... una princesa del reino debería casarse de blanco...

El rey dio un bufido y se despertó.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Lady Christina desea casarse de azul —dijo Horrance en tono confidencial.

El rey Alexander parpadeó.

—Vaya... No sé, chico, es algo... diferente... incluso para nosotros...

La jefa de protocolo dio un paso adelante.

—En realidad, Majestad, la tradición de casarse de blanco comenzó en Inglaterra, con la Reina Victoria.

—Y todo el mundo se sube al carro. El carro *inglés* —añadió Christina.

—¡Pues que les den! —dijo el rey en voz alta—. Los de Alaska hacemos las cosas a nuestra manera, maldita sea. La muchacha quiere azul, pues azul. Que se chupe eso la Casa de Windsor.

—Gracias, Al. —¡Gracias!, le dijo moviendo los labios a la jefa de protocolo, que sonrió con amabilidad.

—Es bonito —dijo David, mirando el boceto—. Hace juego con tus ojos azules.

—Sus ojos son verdes —protestó Jenny.

—Chicos, centrémonos, por favor. Por cierto, mis ojos son color avellana verde-azulados. Y sepan que he desperdiciado cuarenta y cinco minutos de mi vida que no he recuperaré jamás. ¿Qué más?

—Bueno, los zapatos deberían ser...

—Olvidalo. Cogeré un par de bonitos zapatos la próxima vez que vaya a *Payless*¹¹.

—Le ruego que me disculpe, pero... con toda certeza, no lo hará —replicó Edmund.

—Lo haré. ¿Qué más?

—¿Las damas de honor? —preguntó David, acercándose un poco más a Christina, lo mejor que podía hacer para evitar las manos de Edmund a punto de estrangularla.

—Oh, ¿voy a tener de eso?

¹¹ *Payless ShoeSource, Inc.*, el detallista especializado en calzado familiar mas grande del Hemisferio Occidental, se dedica a la democratización de la moda y el diseño del calzado y los accesorios para inspirar divertidas posibilidades de moda para toda la familia.

—¿Cómo?

—Christina viajaba mucho cuando era niña —explicó David—. No tiene muchos amigos íntimos.

—Pensábamos contar con las princesas —comentó Edmund.

—Lo que está muy bien —dijo Christina, volviéndose hacia David— ¿Pero tu hermana habla?

—¿Te refieres a Kathryn?

—¡No me ha dicho ni una sola palabra desde que estoy aquí, aunque sigue tirándome cosas!

—Le gustas.

—Entonces —dijo Edmund en voz alta—, las princesas.

—Y Jenny —añadió Christina.

La boca de Jenny se abrió como un resorte.

—Oh, milady, ¡no podría! No es apropiado...

—No, quiero que seas tú. Vas a trabajar como una mula en todo esto, ¿por qué no disfrutar un poco? —Además, le había salvado el pellejo con ese chisme de la Reina Victoria. Se podría decir que era una verdadera (y completamente nueva) amiga.

—Bueno... será un honor, milady —Jenny se sonrojó hasta las raíces del pelo—. En realidad... yo... mi madre estará muy contenta.

—De acuerdo. A tu madre puedes decírselo después. Entonces, las damas de honor: Princesa Kathryn, Princesa Alexandria y Jenny. ¿Hay alguien... bueno... de tu madre... quiero decir, de la anterior reina... alguien en su familia que quieras...?

—No —contestó David con firmeza.

Silencio.

—¡Bien! —Dijo Christina llena de entusiasmo—. ¿Los vestidos de las damas de honor, verdad? ¿Qué tienes ahí, Horraine? Vamos, no tengas miedo. Tú puedes.

—Bueno...

—No. Otra vez esos escotes tan grandes... ¡Y el color! Parece que llevaran acero.

—Es gris, señorita. El nuevo negro.

—El negro es el nuevo negro, Horrancel. Ah... casi... —dijo dando unos golpecitos con el dedo sobre un dibujo—. Es demasiado brillante. Y parece un material muy pesado... Será en junio, no en enero. No quiero que mis damas de honor se mueran en el altar, por favor.

—Tampoco quiero bailarinas.

—Ni camareras.

—No.

—Lo siento.

—Parece una campana. Una campana muy bonita, pero una campana. No.

—Perfecto.

—Quizá sí... ¿cómo?

—Éste —dijo Christina, señalando un vestido de tubo en azul marino y con cuello cuadrado—. Es maravilloso. Podrán ponérselo otro día, y le quedará bien a las tres porque mis tres damas de honor tienen una buena delantera, sabes lo que quiero decir, ¿no? No importa, éste.

—¿Qué piensa del sombrero, milady?

—Sin sombreros. Parece que se fueran a poner a bailar tap en cualquier momento.

—Muy bien —dijo Horrancel, tomando notas con mano temblorosa —las damas de honor sin sombrero.

—No quiero sombreros, Horrancel.

—Deje que le muestre algo —la persuadió.

—Eres un hombre valiente, Horrancel —le dijo el Príncipe David.

—Gracias, Alteza. ¿Qué le parece?

—¿Por qué quieres que parezca una roquera? ¡Pero mira todas esas plumas! No, gracias.

—Tampoco quiero ser Humphrey Bogart.

—Ni el *Gato en el Sombrero Mágico*¹².

¹² *The Cat in the Hat*. Del autor Theodor S. Geisel, más conocido como Dr. Seuss. Publicado en 1957 se convirtió muy pronto en uno de los libros infantiles más vendidos de los Estados Unidos. Su personaje, un gato simpático y travieso cuyo mayor placer es reparar injusticias cotidianas.

—Sin sombreros —Horrance se rindió, cerrando el libro—. Creo que podemos dejar para otro momento el tema de las joyas.

—Yo me encargaré de eso —intervino el Príncipe David.

—Ah, ¿sí? —dijo Christina, levantando una ceja.

—Aparte de un profundo conocimiento sobre aves acuáticas no voladoras tengo otros talentos.

—Es agradable descubrir cosas nuevas sobre futuros maridos —contestó animada—. Esto me recuerda algo: ¿qué vas a ponerte tú?

—Todos los hombres de la Familia Real llevarán el clásico esmoquin —informó Edmund.

—Oh, ¡sí! —Dijo Horrance, aplaudiendo con entusiasmo—. ¡Estarán tan elegantes!

—Vaya —comentó la novia—. Pingüinos.

—No tiene nada de malo parecer un pingüino —dijo David, echando un vistazo disimulado a la hora.

—¡Habló el obseso! Oye, ¿de verdad quieres que en el convite te confundan con los camareros?

Horrance lanzó una risita. David lo miró. Christina simplemente levantó una ceja a la espera de una respuesta.

—Ay, milady, Su Alteza... Díganme qué les parece esto.

Horrance les mostró otro cuaderno de bocetos, y Christina y David se acercaron para verlo. Se trataba de un esmoquin cruzado, con la chaqueta y el pantalón de un negro muy oscuro, pero con el chaleco de una alegre tela de espiga y la corbata de un gris oscuro. —Podemos hacer que la corbata vaya a juego con los vestidos de las damas de honor —sugirió Horrance.

—La verdad es que está genial tal y cómo está. Todo entero... Nunca lo hubiera imaginado. Parece que estuviéramos en un desfile. Creo que queda genial.

—Yo también lo creo. Buen trabajo, Horrance.

—¿Qué más?

Una mujer rolliza con aspecto de matrona, pelo entrecano extremadamente corto y un intrigante traje pantalón color berenjena dio un paso al frente, los cachetes llenos de antiácido masticable.

—Es Marge Sims —le dijo Edmund al oído de Christina, haciendo que casi se cayera de la silla—. Lo que ella no sepa de flores, no vale la pena saberlo, así que por el amor de Dios, vaya con cuidado.

—Bien, bien. Hablas como si para mí esto fuera divertido. Déjame —Christina se movió hasta que los esqueléticos dedos de Edmund resbalaron por su hombro—. Para que lo sepas: para mí esto es tan divertido como un anuncio de pesca. Es más: preferiría estar en un anuncio de pesca.

La florista tragó, y al hablar su aliento olía a *Turns*¹³.

—Margie Sims, milady.

—Hola, ¿qué hay? Encantada. Bueno, vamos al tema, mi Margie.

—Sí, milady —dijo Margie precipitándose hacia Christina, como si le fuera la vida en ello—. He traído varias fotos del último... ¿Qué es ese ruido?

—El rey se ha quedado dormido —susurró el Príncipe David—. Otra vez.

—Oh —Marge bajó el tono de voz—. Si alguno de ellos le llama la atención, Lady Christina, podemos... incluso si se fija con más atención, puede que encuentre...

Una página. Dos páginas. Tres páginas.

—No, en esa época del año los tulipanes costarán una fortuna.

—¿En primavera? —preguntó un David pensativo.

—Tú te callas. Este es bonito, pero demasiado delicado para mí... ¿Nadie se ha dado cuenta de que soy una mole rubia?

—No, milady, eso no es así —intervino Marge con delicadeza—. Usted es delgada y encantadora, pero tiene una estatura y un color de ojos y cabello impresionante, y tiene toda la razón, nadie vería ese diminuto ramo de violetas.

—¿Has oído, Eds? —dijo Christina triunfante—. Marge dice que tengo razón, ¿eh? No, estos son demasiado pequeños. Y estos tienen demasiada pinta de *Acción de Gracias*. Oh, éste me gusta. —Era un grupo grande de rosas tradicionales formando un arco iris en tonos pastel— Excepto por el color. Oh, éste también es bonito —De nuevo, un grupo de rosas—. Excepto por la forma de corazón. Típico. ¿Sabes lo que me gusta Margie? —le

¹³ *Tums*. Tabletas de Carbonato de calcio 500 mg. indicado como antiácido eficaz en el tratamiento de la acidez estomacal, y síntomas asociados como agruras e indigestión.

preguntó volviéndose hacia ella, que ahora tenía gotas de sudor sobre el labio superior—. Lo que de verdad me gustan son los lirios. Lirios en un púrpura oscuro. Que hagan juego con los vestidos. Si además podemos ponerle unas cuantas rosas rojas...

—Es fácil, milady.

—Pero no lo hagas muy pesado. Voy a llevarlo de un lado para otro todo el día, ¿de acuerdo?

—Sí, milady.

—Bien. ¿Qué más?

—El catering —susurró Horrance, aterrorizado.

—Genial —murmuró David—. Por lo menos tendremos un menú para cuando anochezca.

—Milady, él es Don Musch —le dijo Edmund, presentándole un nativo fortachón, esta vez rubio con el pelo recogido en una coleta. Tenía más pinta de estar en casa cortando leña que montando suflés—. Es el jefe del catering.

Christina cerró el último libro de bocetos y se aclaró la garganta.

—De acuerdo, Don... *Nosequé*, escúchame. Quiero bebidas suaves... Limonada de verdad, sorbete, ponche..., sorbete de naranja, no de lima ni de piña, puede que un ponche dulce también... y pon fruta helada como cubitos de hielo, porque si no habrá un desbordamiento de agua antes de que digamos el "*Sí, quiero*". Me gustaría que hubiera Bellinis, por favor. Para los que no son norteamericanos, es champaña con néctar de albaricoque. No con zumo de naranja: los cócteles mimosas están muy vistos. Además, tenía que hacer tropecientos al día en el barco. No los quiero en mi convite.

—Como entremeses quiero una variedad de canapés, con pepino y berros, crema de queso, y puedes añadirle caviar, semillas de sésamo, lo que sea. También estaría bien unos crostinis, pero asegúrate de que los tomates estés maduros... No quiero un montón de patatas rojas con la mozzarella. De hecho, quedarían muy bien tomates amarillos, si crees que puedes conseguirlos. Son tan lindos. Y albahaca fresca, por favor, que no quede ningún cabo suelto.

—También estarían bien unos espárragos al vapor acompañados de una vinagreta muy ácida. No hace falta que sean blancos, los verdes estarán bien.

Y cascadas de langostinos. Me encanta la cascada de langostinos, y seguro que podrán conseguirlos a buen precio.

—Como entrada, podemos hacer salmón hervido, no mero, que es espantosamente caro, y acompañarlo con una mayonesa casera, también con algo de pepino. No hagas mousse de salmón, no entra en mis planes que los invitados se atraganten con las espinas. También me gustaría hacer un par de ensaladas de pasta, una con carne y otra sin ella. Asistirán algunos vegetarianos, estaría bien que pudieran comer algo.

—También quedaría bien un plato de queso, pero sólo si puedes protegerlos del calor... No hay nada peor que queso derretido.

—¿Nada peor? —preguntó David, intentando decir algo entre una frase y frase.

—También me gustaría que hubiera mucha fruta, me encanta la fruta. Rodajas de melón con menta, fresas, y una buena crema de fruta: ponle dos partes de crema de queso por una pizca de dulce de malvavisco, es una buena proporción. Melón envuelto en jamón *prosciutto* también estaría bien... mmm ¡Ah!, y mucho pan tostado, y un recipiente grande de mantequilla de fresa. Suena raro, pero en realidad está muy bueno, sobre todo si puedes mantener el pan caliente.

Don, el jefe del catering, intentaba tomar notas rápidas, mientras todos escuchaban con la boca abierta. Incluso el rey se había despertado y prestaba atención.

—Ahora el postre. No quiero, repito, no quiero Crisco de colores en la tarta nupcial. Nata de verdad, por favor. Quiero una tarta con muchos pisos, y me gustaría que cada piso fuera de distintos sabores. Chocolate, vainilla, fresa, moca, limón. A gusto de todos. La cobertura puede ser de fruta, o mousse, o lo que sea, pero insisto, no Crisco de colores. Me gustaría que las capas estuvieran caramelizadas y que cada una de ellas fuera de distintos colores. Ya sabes: azul, naranja, rosa, verde, amarillo, lo que sea. Puedes decorarla con espirales para crear un... ¿cómo se dice? Un efecto Wedgewood. A mi madre —terminó orgullosa— le encantaba el *Wedgewood*.

—Gaaaaaa —dijo Marge, intentando en vano articular una frase.

—Oh, y tengo una gran idea para la tarta del novio, del *Chico Pingüino*. Podríamos hacer una tarta de chocolate con capas caramelizadas de color blanco y cortar el caramelo en forma de los símbolos de una baraja de cartas.

Ya sabes, decorarla con ases, corazones, picas, tréboles. Sería muy dramático y también muy apropiado, por el negro y el blanco, ¿sabes? Da igual, podemos hacer esa la noche antes y la otra el gran día. Y una tarta *croquembouche*¹⁴. Es muy bonita, y está muy buena. Y me encantan los hojaldres rellenos de nata. Ya sé que será un fastidio, pero los ayudaré.

—Listo —dijo Christina en mitad del silencio—. Esas son mis ideas. Y lo que quiera comer David, también.

—¡Claro! —Saltó David—. ¡Es chef!

—Soy cocinera —lo corrigió—. Los chef van a la academia.

—Todo... todo está muy bien, milady —dijo Don, todavía escribiendo a toda prisa.

—Querrás decir bien y detallado, bastardo con suerte —murmuró Marge.

—Bien. Y no te preocupes, Don, yo te ayudaré.

—Milady, eso no...

—Oh, yo quiero. Al menos con las tartas. ¿Qué más queda? Me ha entrado un hambre después de hablar de tanta comida.

—¡Y a mí! —Dijo el rey—. Estoy listo para ir a por uno de esos *crokembuch* ahora mismo.

—Sólo algunos detalles menores... El transporte, por ejemplo...

—¿A dónde? Pensé que estábamos de acuerdo con que la boda sería aquí.

—Si, Lady Christina, pero el pueblo querrá verla —le explicó Edmund—. Creo que podríamos utilizar el carruaje Real...

—Olvídalo.

—¿Cómo que lo olvide? —Preguntó David—. Es romántico. ¿O no?

—¿Trotar detrás del culo de un caballo apestoso? Paso.

—Bueno, la verdad es que nunca lo había visto de esa ma- manera —dijo David, a punto de rompersele la voz al evitar la risa mientras decía “manera”.

Edmund suspiró.

—Propongo que dejemos este asunto para otro día.

¹⁴ *Croquembouch*. Es un postre de origen francés que consiste en pequeñas bolitas de hojaldre rellenas que se pegan entre sí con caramelo. Se forma con ellas un cono y se acostumbra a cubrir con azúcar hilado como decoración.

—Bien pensando —dijo Christina—. Me estoy perdiendo *Jeopardy*¹⁵.

¹⁵ *Jeopardy*. fue un famoso concurso de televisión emitido en Estados Unidos por la cadena NBC. Los concursantes respondían con una pregunta a la respuesta que les hacía el presentador.

Capítulo 13



Ella no tenía idea de dónde estaban. Los armarios no eran tan grandes como las salas de estar, ¿correcto? ¿Pero qué otra habitación podría estar abultada con abrigos colgados en perchas? De todos modos, estaban caminando a tientas. Escuchó una costura rompiéndose y después se encontró a sí misma arañando las ropas, para tener dónde sostenerse. Alcanzó un poste debajo de los abrigos de pieles y lo sostuvo mientras la lengua de David separaba su labio inferior y se deslizaba dentro de ella. Estaba arrodillado frente a ella, sus grandes manos sobre sus muslos, separándolos, mientras lamía, atormentaba, besaba y acariciaba. Ella tenía deseos de gritar.

Probablemente hizo ruido, algún sonido, porque él dijo “Shhhhhh” contra su resbaladiza carne y ella gimió en respuesta. No más lametones lentos. Su lengua aceleró el ritmo, encontrando el botón estremecido en el mismo centro de su ser. Chupándolo, lamiéndolo, apuñalándolo, su útero se contrajo mientras el orgasmo florecía dentro de ella, el fuego recorría sus miembros y soltó el poste, cayendo sobre un montón de pieles en el suelo del armario.

Su boca estuvo instantáneamente sobre la suya y se saboreó a sí misma. Lo buscó a tientas salvajemente. Lo encontró. Lo sintió deslizándose dentro de ella con deliciosa lentitud y se corrió una vez más mientras él comenzaba a empujar, gritando con dolor. Todavía tenían las camisas —y los zapatos— puestos, pero la mano de él encontró su pecho izquierdo apretándolo contra el algodón, y durante todo ese tiempo su boca nunca abandonó la de ella. Ni una sola vez. Él se estremeció encima de Christina cuando llegó de nuevo al orgasmo, como si pudiera sentirlo, como si ambos estuvieran leyendo la mente del otro.

—¿Soy yo o es un poco depravado hacer esto antes de ir a ver a un reverendo?

—Oh, eres solo tú —dijo él seriamente, y rió cuando ella le hizo cosquillas en las costillas.

—¿Estás seguro de que no prefieres volver de nuevo al armario? ¡Esas pieles eran geniales! ¡Y el armario de cedro, mmm! Y, ¿qué clase de suelo era ése? Tenemos que tomar nota mental de ese cuarto...

—Lo hemos profanado lo suficiente por un día.

—¡Que bien! ¡Profanado! Oye, yo prefiero hacerlo en una cama como las personas normales— Una gran mentira. David era diabólicamente inventivo en los espacios reducidos—... pero si lo hiciéramos, le daríamos a Nicholas una educación real. O a una de tus hermanas. O el rey reventaría, o Edmund. O Jenny. O...

—Yo —dijo David en voz alta—, siempre fui el mejor jugando al escondite cuando era niño.

—Eras el príncipe. Te dejaban ganar.

—Posiblemente. Pero nos estamos yendo por las ramas de nuevo. Vamos Christina, prometimos ir.

—Parece que “*nosotros*” quiere decir “*tú*” —refunfuñó ella.

—Míralo de esta manera —la consoló el Príncipe David—. Muchas personas asisten a terapia prematrimonial antes del gran día.

—¿Te doy la impresión de ser “*Muchas personas*”, Dave? Vamos, esto es una gran pérdida de tiempo.

—Oh, ¿preferirías estar comprando zapatos con Jenny?

—No, yo preferiría estar...

El sonrió. —No cambies el tema, descarada. Porque Jenny me dijo que ha estado intentando atraparte durante dos semanas.

—Bien, vayamos a ver al reverendo.

—En realidad, es él quien está viniendo a nosotros —dijo David, no muy apenado. Echó un vistazo a su reloj—. De hecho...

—El reverendo Jonathan Cray quiere verlos, Su alteza, Milady.

—Genial —murmuró Christina, mientras Edmund escoltaba a un pequeño —¡finalmente! —hombre, vestido con un alzacuellos y un formal traje oscuro. Usaba gafas, tras las cuales brillaban unos alegres ojos azules. Era calvo como un huevo, tenía las mejillas llenas y la menuda barriga de un hombre que no se perdía muchas comidas. Sus mejillas estaban sonrosadas y caminaba como si sus pies rebotaran mientras cruzaba la habitación.

—Su alteza —dijo el Ministro Cray haciendo una reverencia—, Milady.

—Es un placer conocerlo, Ministro Cray —David puso una mano sobre el hombro de ella, la mejor manera de evitar que escapara—. Ésta es mi prometida, Christina.

Christina miró a su alrededor durante un segundo. ¿Prometida? Si, él estaba hablando de ella. Extendió una mano. “Encantadeconocerlo,” dijo torpemente. Podía ser pequeño, pero el ministro tenía un apretón de manos como el de una anaconda hambrienta. Ella liberó su mano con dificultad.

—Gracias por venir al palacio —dijo David, y ella apenas contuvo un resoplido. Seguro, ¡como si alguien fuera a decirle que no al príncipe heredero! Bueno, ¿por qué deberían? Ella definitivamente no lo hizo. Es decir, lo hizo, pero él se escabulló a través de sus defensas y la debilitó. Y ahora mira como estaba pasando su tiempo. Haciendo llorar a floristas y haciéndose romper los dedos por sastres.

—¿Por qué no empezamos? Estoy seguro que ambos tienen mil detalles que atender.

—No se lo recuerde —dijo David socarronamente.

—Si pudieran completar estos cuestionarios, empezaríamos con eso.

—Oh, ¡genial! ¡Un examen!

—Sí —dijo el ministro Cray, entregándole un paquete de papeles grapados—. Pero le regalaré dulces cuando haya terminado.

—Veo que ha estado investigando a la dama —dijo David aceptando su propio paquete de papeles.

—Ampliamente —contestó Cray.

—Presentía problemas —dijo Cray cuarenta minutos después.

—Ha sido un examen difícil —gimoteó Christina.

—Aja, Milady, veo aquí, en la pregunta número uno, que usted no parece saber el nombre completo de su prometido. Usted ha escrito, *“Es David algo, algo, algo Baranov, y hay probablemente un Alexander en algún lado.”*

—Bueno, he estado cerca, ¿o no?

El Príncipe David contuvo un intento de risa cuando el ministro Cray agregó: —Y usted, señor, no parece saber el nombre de nadie en la familia de su prometida.

—¡Pero si están todos muertos!

—Pero siguen teniendo nombres —siseó Christina.

—Y Milady, como respuesta a la pregunta seis: *“¿Como realizará sus deberes como esposa?”* Usted ha escrito, *“Manteniendo la cabeza gacha y pasando mucho tiempo escondiéndome de mis parientes políticos”*.

—Eso era una broma —dijo débilmente.

—Ja, ja —contestó el príncipe.

—Y señor, usted ha contestado a la pregunta seis, *“Dejando a mi esposa pasar tanto tiempo como ella quiera en las cocinas”*.

—¿Qué?

—¡Porque eres cocinera! —gritó él, resguardándose de Christina que lo amenazaba con su cuestionario—. No porque sea machista.

—Parece, —dijo el Ministro Cray en voz alta, antes de que comenzara una pelea Real —que ustedes dos saben muy poco acerca del otro.

—Yo sé todo lo que necesito saber —refunfuñó Christina—. Imbécil.

—Arpía —tosió el Príncipe David contra su puño.

—Esto es un problema —agregó Cray, distrayendo a Christina con una piruleta—ya que se casarán dentro de dos meses.

—Dios, ¿son realmente dos meses? ¿Ya?

—Ah, parece que fue ayer cuando eras una extranjera ilegal, bañando a mi padre con esponja y comiendo toda la salsa de cóctel en el palacio —dijo David limpiándose una lágrima imaginaria.

—Cierra la boca, *pingüinito*.

—Ahora realmente lloraré.

—Mire, Ministro Crepe...

—Cray, Milady.

—¿Qué diferencia supone cualquiera de estas cosas? Nosotros nos casaremos por nuestras propias razones.

—Y eso —dijo Cray—, es exactamente por lo que estoy aquí.

Ella lo ignoró. —Él está sano, yo estoy sana, gracias a Dios el rey está sano. Tendremos como cuarenta años para conocernos el uno al otro. Y mucho tiempo antes de que en realidad tengamos, usted sabe, que hacer nada.

—Contamos con eso, Milady, pero no es todo el problema. Ambos vienen de... ah... tengo que decirlo, los padres de ambos, sin ofender a la Reina Dara, o su madre y padre, Milady, pero... ah... tengo que decirlo.

—Suéltelo, Cray.

—Quiere decir que ninguno de nosotros creció dentro de un matrimonio feliz —dijo el Príncipe—. Tu padre se fue y mi madre era una esposa terrible.

—Sí —dijo ella—, pero luce como dinamita en una pintura.

—Gracias. Pero la cuestión es, ¿cómo podemos nosotros saber cómo construir un matrimonio feliz por nosotros mismos?

Christina se quedó callada, excepto por el crujido de sus dientes rompiendo la piruleta para llegar al succulento corazón de chicle.

—Así que dos meses —David se aclaró la garganta—. Bien, hagámoslo. Ah, Christina, mi nombre completo es...

—Príncipe heredero David Alexander Marko Dimitri Baranov —dijo ella, todavía masticando—. También conocido como el Príncipe de los pingüinos, el Señor de Allen Hall, y mi Némesis de cabello negro.

Los ojos de Cray se abrieron tanto que ella temió que sus gafas se cayeran de su rostro. —Milady si usted sabía...

—Le gusta tomarle el pelo a la gente —dijo el Príncipe David, incapaz de disimular el tono mezcla de rencor y admiración.

—Además, llevamos aquí ya una hora. ¿Podemos hacer esto en otro momento?

—Oh, sí, claro. De hecho, recomiendo encarecidamente que todos nos tomemos un descanso.

—Genial. Adiós —Le devolvió el palito de la piruleta al reverendo y abandonó el salón de dibujo, haciendo pompas con el chicle.

—Ah... Su Alteza... unas palabras, por favor...

El príncipe David volvió a sentarse con resignación.

A Christina le gustó verlo, lo estaba esperando. —¿Qué es eso? —preguntó ella con aparente despreocupación, haciendo un globo y señalando el pequeño trozo de papel blanco en su mano.

—Es una receta —contestó en tono grave—. Has deshecho al reverendo.

—Oh, vamos. ¿Deshecho?

—Deshecho, no quiere aconsejarnos más. Piensa que ambos necesitamos ayuda profesional. Y por ‘nosotros’ quiere decir ‘tú’. Así que ahora, en lugar de hablar con un amable ministro acerca de nuestras esperanzas y sueños, estaremos hablando con un loquero.

—Oh, mierda.

—Me siento exactamente igual.

Capítulo 14



Extraído de “La Reina del fin del mundo” por Edmund Dante
HI, © 2089, Publicaciones Harper Zebra and Schuster.

La realeza de Alaska nunca ha tenido muchos problemas tratando con la prensa nacional e internacional. La razón es simple: Alaska tiene 656,425 millas cuadradas, más del doble del Estado de Texas. Y más que un poco de eso, incluso en este siglo, es difícil de llegar ahí. Así que cada vez que la familia real ha querido privacidad podía desaparecer dentro de la jungla, y ninguno, “Ni siquiera Dios con un telescopio”, como al rey Alexander le encantaba decir, podría encontrarlos. Por lo tanto, no existía la relación hostil entre la casa de Baranov y la prensa, vista algunas veces con la realeza de otros países.

Por ejemplo, Inglaterra es una pequeña isla. Es difícil esconderse ahí. Si no fuera así, no habría existido la manipulación de la prensa que, algunas veces, le fue atribuida a la Princesa Diana, madre del Rey William.

¿Qué significa esto? Significa que “exclusivas” eran a menudo el caso de un reportero que estaba en el lugar justo, en el momento preciso, que era el resultado de un interminable acoso a la realeza.

El mejor día en la vida de Don Cook empezó horriblemente. La luz de alerta de su motor se encendió tan pronto como arrancó su coche. Su jefe le echó una bronca nuevamente por olvidar su hora de salida la noche anterior,

y su madre le dejó un mensaje de voz diciéndole que iría para quedarse con él el resto del invierno.

El reportero principal del *Juneau Empire* decidió escapar de los problemas de su vida saliendo al helado frío para comprar un café extra grande, con extra de crema, y muchísima azúcar. Y mientras esperaba pacientemente en la fila del mostrador de la cafetería, echó una ojeada al otro lado de la calle para ver a la prometida del príncipe heredero y a la oficial de prensa del palacio.

Lo que era aún mejor, estaban entrando en el consultorio de un psiquiatra.

—Santo Dios —contestó, cuando le preguntaron qué deseaba, y abandonó la fila inmediatamente.

Más adelante, Don diría lo siguiente. *“Fue una oportunidad excepcional. La vi. Gracias a Dios tenía mi cámara en el coche. Y ella era tan solo... incluso antes de que fuera reina, había algo en ella. Un algo sin sentido. Y era simplemente tan hermosa, incluso en jeans y deportivas. Además, me dio la cuota del aleluya. Probablemente también se metió en un gran problema por ello. No uno que le hubiera preocupado. Ella no era así, para nada.”*

—Para que no se diga que no la he avisado —anunció Lady Christina—, esto es una gran pérdida de tiempo para ambas.

—También es un placer conocerla —Contestó la Dra. Pohl.

Se trataba de una mujer en sus tardíos cincuenta años, con cabello blanco rizado y penetrantes ojos color café y lentes bifocales, que la hacían parecer una amable abuela en lugar de una de las principales psiquiatras del país. Contaba con un alto coeficiente intelectual de tres dígitos y un cerebro afilado.

Su oficina estaba decorada con temática de patos. Estaban por todas partes... fotos de patos sobre las paredes, señuelos para pato, incluso un porta lápices de pato sobre el escritorio.

—Aprecio que se tome tiempo para verme.

—Oiga, Doc. Ya está bien de estupideces, ¿OK? Ambas sabemos que esto no fue idea *mia*. Ese reverendo lo decidió por mí —¿Cuál es el término para el miedo a los patos? ¿Patofobia? ¿Qué haría ella si tuviera un paciente que temiera las aves acuáticas? ¿Redecorar? ¿Tratarlos en casa? — Creo que me odia.

—Lo dudo mucho, Milady.

—Okay, si voy a tener que sentarme aquí durante cincuenta minutos y pagar por una hora, y no piense que no me doy cuenta de lo sospechoso que es eso, va a tener que parar con el asunto de “Milady” en este preciso momento. Chris está bien.

—Muy bien, Chris. ¿Por qué piensa que el Ministro Cray la mandó conmigo?

—Porque me odia y ¿es malo? —adivinó.

—Casi, pero no exactamente. Él está preocupado acerca de sus motivos al aceptar casarse con el Príncipe David.

—Al rey no le importa y al príncipe tampoco, pero ¿eso no es suficiente, no? ¿Ahora tengo que justificarme a mí misma con una loquera?

—¿Cree que tiene que justificar sus acciones?

—Sermón de loquera —murmuró Christina—. ¿Va a ser como aquel loquero agradable en *Good Will Hunting*¹⁶, o el molesto loquero en *Girl interrupted*¹⁷?

—Eso plantea un punto interesante... ¿Se ha percatado de que Robin Williams parece obligado a interpretar hombres brillantes, pero incomprensidos? *Good Will Hunting*, *Patch Adams*, *Dead Poets Society*, *Awakening*. Me pregunto, ¿qué estará tratando de decirnos?

Momentáneamente sorprendida, —Vaya, por un segundo, la doctora realmente sonó como una persona normal—, Christina contestó. —De hecho su

¹⁶ *El indomable Will Hunting*. Película del año 1996 protagonizada por Matt Damon, en el papel de un muchacho brillante con problemas de adaptación y Robbin Williams en el papel del psicólogo que le ayudará a superar su problema.

¹⁷ *Inocencia Interrumpida*. Película del año 1999 protagonizada por Wynona Ryder, en el papel de una adolescente que es enviada a un psiquiátrico tras un intento de suicidio.

nueva tendencia es interpretar psicópatas. *One –Hour Photo*, *Insomnia*. Cosas así. Estuvo genial en *Insomnia*.

—Estoy de acuerdo. Las elecciones de las personas, resultan interesantes...

—Oh, aquí vamos. Por cierto, es usted tan sutil como un ladrillo en la frente.

—Gracias. Fui a la escuela durante muchos años y aprendí como lanzar ese ladrillo. Pero estábamos hablando acerca de elecciones.

—Hablando de elecciones —interrumpió Christina—, he leído acerca de usted.

—Me siento halagada, aunque alarmada.

Su boca se movió ligeramente, pero se rehusó a darle a la loquera el beneficio de una sonrisa.

—Si, bueno, leí que hizo la tesis de su master en la Familia Real. Y se la considera una experta en ellos. Pero, ¿qué clase de personas escogen dedicar su vida a estudiar las vidas de otros?

—Alguien que no tiene vida propia, —dijo la doctora alegremente—. No puede molestarme indicando cosas que son verdad, ¿sabe?

—¿Oh, sí? Bien, déme una oportunidad. Que hay acerca de...

—¿Echa de menos su trabajo?

—...la forma en que usted... mmm?

—Su trabajo con la línea de cruceros. ¿Lo echa de menos? Usted lleva en el palacio Sitka algunas semanas ya. Y entiendo que usted y el príncipe vivirán ahí después de su boda.

—¿Lo haremos?

—Eso es lo que me han dicho, —contestó la Dra. Pohl cuidadosamente.

—Bien, eso ya lo veremos. Aunque supongo que hay cosas peores. De cualquier forma, mi trabajo... no, no lo echo de menos. Cuando cocinas para

tanta gente es difícil ser creativo. ¿Sabe usted cuantas barras de pan he tenido que hacer en los *Martes de Pan Francés*?

—No, yo...

—Seiscientas cuarenta y dos.

—Eso es hacer pan —observó la Dra. Pohl.

—¡Dígamelo a mí! Así que, no, no lo echo de menos. Dirijo las cocinas del palacio, y déjeme decirle que pasa algo realmente raro con el personal de las cocinas. Les llevó un rato largo hacerse a la idea.

—Bueno, muy probablemente usted será la reina algún día —puntualizó la Dra. Pohl—. Seguramente prefieren que permanezca fuera de la cocina.

—Difícil. Ellos decían, “*Este no es su lugar*” y yo dije, “*Yo seré quien juzgue eso*” y ellos dijeron: “*¡Se lo diremos a Edmund!*” y yo dije: “*Bien, veremos si me importa*”. ¡Y lo hicieron! Me acusaron ante ese flacucho raro. Pero ahora nos llevamos bien, —agregó precipitadamente—. Tan pronto vieron que Ed no podría hacerme renunciar a cocinar.

—¿Viajó bastante a causa de su trabajo?

—Un puerto diferente casi todos los días, claro. Un modo genial y barato de conocer el mundo.

—Difícil para hacer amigos, sin embargo.

—Bueno, ya sabe. Todos estábamos muy ocupados. Los *gansos* quiero decir, los pasajeros son lo primero.

—Eso me resulta sumamente interesante. ¿Sabe por qué?

—¿Porque no tiene una vida?

—No solo eso. Me han dicho que usted se mudó de hogar muchas veces cuando era niña.

—Yo, yo, hay un montón de caza esposas por todo el palacio, ¿o no? Sí, nos mudábamos mucho, ¿y? Mi padre se largó cuando yo era un bebé, y mi madre rodó por todo el país, buscando trabajo: Tenía una niña que alimentar.

—Oh, oh. Probablemente no fue muy divertido para usted. Crecer de esa forma, quiero decir.

Christina se encogió de hombros.

—Lo interesante es que usted ha escogido una de las pocas profesiones que también hace imposible echar raíces. En esencia ha duplicado su infancia.

Christina abrió la boca, pero nada salió de ella.

—Puedo verlo como un observador imparcial. Esto para mí es interesante.

—¿Entonces qué? —dijo Christina a la defensiva—. ¿Está usted diciendo que me gusta estar sola?

—Estoy diciendo que escogemos lo que nos es familiar, para bien o para mal. Y ahora usted va a ser un miembro de la Familia Real.

—Y lo profundamente significativo es, ¿qué?

—Por lo que yo entiendo —dijo la Dra. Pohl—, su razón principal para aceptar casarse con Su Alteza es porque usted quiere que sus hijos tengan raíces. Pero creo que puede haber pasado por alto el hecho de que usted también tendrá raíces. Por fin.

—Bueno, ¿y qué si es eso? Me refiero a ¿qué pasa si esa es mi razón principal? ¿Estoy loca de remate?

—Santo Dios, espero que no. No estoy preparada para tratar "*locos de remate*".

—Bueno, usted conoce la mierda sobre la que habla. Le concederé eso.

—¿Me atreveré a esperar que regrese?

—Tengo que regresar —dijo melancólicamente—. David, Jenny y yo hicimos un pacto. Ellos me liberarán de la mayoría de las restantes reuniones de la boda, y en pago, yo vendré aquí.

—Eso parece un trato justo.

—No tiene ni idea.

—Entonces, ¿cómo te ha ido? —preguntó Jenny, en el instante en que Christina entró en la habitación, y se puso el bolso sobre un hombro—. No has destrozado a ésta también, ¿o sí?

—Difícilmente. Parece una dulce ancianita y es tan afilada como un *shuriken*¹⁸.

—¿Un qué?

—Olvidalo. Me sería más fácil romper una viga de acero. Estuvo bien. No muy loquera, creo.

—¡Mi corazón! ¿Podrá acaso soportar la tensión?

—Ja, ja. Me muero de la risa.

—¿Quieres comer algo antes de irnos?

—No puedo—contestó Christina tristemente, siguiendo a Jenny afuera, a través del camino de la entrada—, hoy David va a enseñarme como alimentar a los pingüinos.

—Oh.

—Aja, sé que es una excusa pobre, pero él realmente quiere que vaya, y es la cosa que considera más importante en el mundo entero. Así que creo que no me mataría regresar al lugar de los pingüinos. Ya sabes. Una vez.

—Así que has juntado todas tus... ah menos... um... actividades apetecibles.

—En un interminable día infernal, sí.

—Buena práctica —predijo Jenny—. Y hablando de actividades indeseables...

Christina gimió.

¹⁸ *Shuriken*. Es una arma blanca en forma de estrella, tradicional de Japón, que se usa para lanzarla hacia el enemigo o apuñalarle las arterias.

—... ¿alguien ha hablado contigo acerca de Boston?

—¿Te refieres desde un punto de vista histórico? ¿Quieren mis pensamientos en la gran excavación?

—Su Alteza donó bastante dinero al Acuario de Nueva Inglaterra, y están ansiosos de mostrar su agradecimiento. Irá la semana que viene y ha pensado que sería agradable que te unieras a él.

—¿David hizo eso? ¿David preguntó si podría ir? ¡Eso lo cambia todo! Porque si él quiere que vaya, iré, ya sabes, si no tengo nada más en mi agenda.

—Bueno, quizás podríamos discutirlo con él cuando regresemos.

—Sí, podríamos. El acuario de Nueva Inglaterra, ¿eh? Espera un segundo, ¿no hay como mil pingüinos en esa exhibición?

—No lo sé —dijo Jenny seriamente—. Nunca los conté.

—Recuérdame que te mate uno de estos días —gruñó Christina.

Jenny rió, lo que hizo reír a Christina y, todavía riendo, se arrebujaron en sus abrigos. Cuando Jenny empujó la puerta para abrirla, ambas escucharon el chasquido de una cámara fotográfica.

—¡Lady Christina! Por aquí por favor.

El pobre chico tenía menos vida que la Dra. Pohl, si hacerle fotos a ella era parte de su trabajo.

— ¿Por qué no haces una foto? duraría mas. Oh, espera, lo acabas de hacer.

—Don Cook, *Juneau Empire*. ¿Está viendo a un psiquiatra, Lady Christina?

—Don —dijo Jenny con exasperación—, sabes perfectamente que tenemos una conferencia de prensa programada para...

—Sí— contestó Christina—, lo estoy.

¡Foto!

—¿Por qué?

—Porque —dijo, sintiéndose absolutamente malvada pero decidiendo continuar —, la presión de casarme con un miembro de la familia real de Alaska me ha convertido en una psicótica babeante.

—¡Chris! —casi aulló Jenny.

—Espero que me envíes una copia de la historia, —agregó dulcemente, sonriendo a la cámara y alejándose después.

—Don—dijo Jenny suplicantemente.

—Lo siento Jenn. ¿El Palacio tiene algo que agregar acerca de la repentina psicosis de nuestra futura reina?

—Don, por favor.

Él sonreía malignamente. —Dame un respiro... si estuvieras en mi lugar, ¿lo dejarías pasar?

La Oficial de Prensa se agarró la cabeza, y luego caminó apresuradamente por la calle detrás de Christina.

Capítulo 15



—¿Cómo ha ido?

Arrugando la nariz ante el hedor, Christina dijo:

—Estuvo bien —Decidió no mencionar los comentarios que le había hecho al reportero. David se enteraría de un momento a otro—. ¿Cuándo tienes que ir tú?

—En otro momento. Ven aquí, quiero enseñarte como alimentarlos.

—¿No podríamos ocupar el tiempo jugando, umm... al escondite?

Le sonrió. —Esto también es importante para mi, Christina. Aunque estoy de acuerdo en que no es tan bueno como sentir tu...

—Vale, Vale, capto el mensaje. En realidad esto no implica tocar pescado muerto, ¿o si? — preguntó, atravesando la habitación cautelosamente. Su voz prácticamente hizo eco en las paredes; el palacio de los pingüinos era una caverna. Un millar de las graciosas aves estaban caminando, nadando, acicalando sus plumas y defecando por todo el lugar.

—¡Y eso dicho por un Chef!

—Oye, si estuviéramos hablando de un delicioso filete, o quizás, un decente quimbombó o un plato de almejas, tocaría el pescado muerto. ¿De acuerdo? Pero a menos que tengas algo de mantequilla o harina en ese pequeño carro tuyo...

—Lo siento. Solo mangueras y cubos.

—Uuuuh, sexy.

—Ahora bien, solo lánzalo suavemente, es un poco pronto para que empiecen a comer de tu mano.

— Será “*demasiado pronto*” durante muchos años—Recogió un *eperlano*¹⁹, o lo que demonios fuera eso, del cubo y lo lanzó. Uno de los pingüinos lo atrapó en el aire. ¡Siii! Aves carnívoras que no podían volar. Pero que podían emerger junto a tus rodillas y almorzarse tu rótula. Cada vez se ponía más interesante—. Bueno, esto ha sido muy satisfactorio y todo eso, ciertamente he aprendido toda clase de cosas nuevas e interesantes acerca de ti.

—Buen intento. ¿Que tal otro más?

—¿Que tal si no? —Aún así, agarró otro eperlano, y se lo lanzó a un pingüino a casi tres metros de distancia enfrente de ella-. ¿Así que esto es lo que haces todo el día?

—No todo el día. Algunos días tengo que ver a un loquero porque mi prometida es realmente testaruda.

—Eres un auténtico y jodido comediante.

—¿Estás nerviosa por lo de Boston?

—Qué sutil cambio de tema. En realidad—dijo, lanzando otro pescado—, acabo de enterarme de lo de Boston.

—¿Jenny?

—Aja, me lo pidió. Pero ¿sabes David?, podrías habérmelo pedido tú — Ella se esforzaba por contener un mohín.

—Bueno —dijo, parecía levemente sorprendido—, lo anoté en mi agenda y se lo delegué a Jenny. Ella ni te lo habría dicho si yo no se lo hubiera pedido. Por lo tanto, fue realmente como si yo te lo hubiera pedido.

Christina suspiró. —David, David, David...

—¿Qué?

¹⁹ *Esperlano*. Pez teleóseo, pariente del salmón, de unos 20 cm de largo, dorso verdoso y vientre blancuzco, con una banda plateada en los flancos y la mandíbula ligeramente prominente. Es propio de los mares del norte de Europa y frecuenta las desembocaduras de los ríos, donde freza.

—Olvídalo. Contestando a tu pregunta, estoy ansiosa. Excepto por el asunto de los pingüinos. Parece que seré totalmente incapaz de mantenerme alejada de los pingüinos en mi nueva vida.

David se rió y le dio un abrazo rápido que ella disfrutó por completo y tal vez, demasiado, dado que lo suyo era un matrimonio por conveniencia.

—Lo siento, pero han estado hablando acerca de inaugurar la nueva ala desde hace un tiempo, y no quería posponerlo más.

—Eres el príncipe, esperarán.

—Bueno, sí. Pero, ¿por qué deberían hacerlo?

—Buena respuesta.

—De todos modos, ahora que han expandido su exhibición, les gustaría que me pasara por ahí para la ceremonia de conmemoración. Eso es a lo que Jenny y Edmund se refieren cuando hablan de un *“un trabajo sin esfuerzo”*... no hay mucha presión, nada de preguntas difíciles, solo sonreír a las cámaras y cortar cintas, exhibiéndome con apropiada modestia. Una pasada, ¿no crees? ¿Christina?

—Eso creo —aún le costaba creer que ella fuera noticia, pero suponía que sus compatriotas norteamericanos necesitaban distraerse de sus incapacidades económicas y, además, a ella le encantaba Boston y estaba ansiosa por dejar el palacio durante unos cuantos días. Incluso le gustaba la idea de viajar con David, como una pareja. Raro, pero así era.

—Si te pones nerviosa —estaba diciendo él—, solo sostén mi mano muy fuerte y sonríe.

Ella ya había planeado hacerlo de todos modos.

—Vaya, vaya, —dijo él a la mañana siguiente, mostrándose mucho menos divertido—, pero si es mi prometida, la psicótica babeante.

— ¿Cómo? Buenos días —levantó la vista y paró de picar cebollines para sus huevos revueltos—, ¿necesitas algo?

—Sí, pero dudo que sea algo que realmente vayas a hacer.

—Oh, siéntate y cálmate —ella observó como atravesaba la gran cocina del palacio y azotaba el periódico en la tabla para picar, casi tirando su montón de cebollines. No pudo evitar notar que la cocina se vaciaba repentinamente de los pocos sirvientes que habían estado ahí. Aparentemente, ver al príncipe de mal humor era inusual, y nadie quería estar cerca para ser testimonio de ello—. Mmm, no es una mala foto. Se pueden ver mis dientes. Probablemente nadie sabía que tengo dientes.

—La foto está bien, más que bien —agregó de mala gana— Es con el título que tenemos algunos problemas.

—A ver, —dijo arrebatándoselo, *“PROMETIDA REAL TRATADA POR PSICOSIS VIOLENTA”*—. Ya veo. Por cierto, nunca usé la palabra *“violenta”*.

—Realmente, Chris —La comisura de su boca se torció ligeramente, pero seguía viéndose severo. ¡Severamente guapo! Su negro cabello le caía sobre la frente y parecía como si se hubiera echado la ropa encima. Tampoco se había afeitado todavía. Ñam, ñam. Evidentemente, alguien lo había arrastrado fuera de la cama y le había lanzado el periódico de la mañana— ¿Qué estabas pensando?

—Estaba poseída.

—Eso es lo que piensa Jenny. Ha permanecido recostada con un paño frío en la frente durante toda la mañana.

—Oh —dijo Christina, sintiéndose un poco culpable. No pretendía que por su culpa el trabajo de Jenny fuera ocho veces más duro. Había sucedido de forma natural. Como la lluvia ácida—. Iré a verla, si es lo que quieres.

—Estaría bien. ¿Sabes que otra cosa sería agradable?

—No —dijo humildemente—, pero puedo imaginarlo.

Él se rindió y rió —¡Cristo! He estado apunto de mojar los pantalones cuando he visto esto.

— ¿Que diría tu padre?

— Olvídalo, —dijo poniéndose severo otra vez. Por lo que ella supo que el Rey, lo había encontrado divertidísimo. En ocasiones, ella pensaba que David parecía más hijo de Edmund, que del Rey Alexander—. Mira, solo intenta ignorar estos impulsos perversos, ¿de acuerdo? Por el bien de todos.

— Bien, lo intentaré —dijo no muy convencida.

— Gracias —Le arrebató el plato, en el cual ella acababa de servir sus tres huevos revueltos con cebollines y queso cheddar, y el tenedor—. Como castigo, me voy a comer tu desayuno.

— Eso me dará una lección —ella rompió otros tres huevos en el tazón—. Perdóname por haberte despertado de forma tan fea.

— ¿Por qué no me lo dijiste ayer?

Christina dedujo que Jenny no la había acusado e hizo una nota mental para hacer algo especialmente agradable por la mujer. Tal vez incluso — ¡Fuchi! — ir a comprar zapatos con ella.

— Es solo que, no encontré el modo adecuado de mencionarlo.

— Haz el intento, la próxima vez —dijo él amargamente.

— Lo haré —prometió, apagando el fuego—, por un beso.

Él miro a su alrededor, observando la ahora desierta cocina. —Te daré algo más que un beso, tú, pequeña...

Ella soltó un chillido y se alejó de él, que la atrapó dentro de una de las despensas para suministros, siendo ésta inmediatamente profanada.

Capítulo 16



Christina observó las montañas bajo ella. No importaba cuantas veces le recordaran la belleza de Alaska, siempre acababa sorprendiéndola. Era como vivir en una postal. Le daba esperanzas para el resto del planeta... si podían mantener tan bien este lugar, probablemente podrían...

—Milady... —el auxiliar de vuelo, llevando una chaqueta azul marino con el emblema de la Familia Real, se detuvo junto al asiento de Christina.

Ella se detuvo en medio de un sorbo. Era difícil hacer un *Bloody Mary*²⁰ perfecto, la mayoría de las personas le añadían demasiado tabasco. ¿Por qué no añadirle demasiado ácido de pilas? De todos modos, este estaba perfecto. Además era el tercero.

Imaginó que volar en el jet privado de la Familia Real sería una pasada. Pero en vez de eso era extraño. El cacharro estaba prácticamente vacío, a excepción de la tripulación, Jenny y el príncipe. Y Jenny estaba tumbada en la parte trasera del avión, luchando contra otra migraña con *Advil*²¹ y paños fríos.

Había intentado distraerse con el paisaje, pero no le duró mucho tiempo. Y ahora, tenía frente a ella a un auxiliar de vuelo con noticias de su muerte.

²⁰ *Bloody Mary* es un cóctel compuesto de vodka, zumo de tomate, y salsas como la Worcestershire o la de Tabasco. Además de sal, pimienta negra, pimienta de Cayena y zumo de limón.

²¹ *Advil* es una marca registrada popular de ibuprofeno, un AINE (NSAID, siglas en inglés), de antiinflamatorio no esteroideo.

—¿Milady?

—¿Eh? ¿Nos vamos a estrellar? Está bien. Me lo puedes decir. Nos vamos a estrellar, ¿no? Te prometo que no me voy a poner histérica. Simplemente dímelo.

—No, milady. El príncipe querría verla en su habitación.

—¿El príncipe quiere verme?

—Sí.

—¿Pero no nos vamos a estrellar?

—Exacto.

—¿Entonces puedo desabrocharme el cinturón?

—Sí.

—Bien. Pero me llevo mi bebida —Se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó con cautela, entonces se dirigió a la parte trasera del avión. Tocó a la pequeña puerta donde los servicios hubieran estado en un avión comercial, oyó a David decir “¡Entra!” y asomó la cabeza.

Y casi se cayó de culo. “¡Guau!”. En lugar de un estrecho cuarto de baño, había un dormitorio de tamaño mediano, con un escritorio y ordenador portátil en una esquina y una cama tamaño *Queen*²² en la otra. Había una jarra de agua helada en la mesita de noche y un bol con naranjas. Su camarote en el crucero no había sido tan bonito.

David levantó la vista del ordenador y sonrió, apartándose distraídamente sus oscuros cabellos de la frente. Realmente debería sugerirle un corte de pelo. Más tarde. —Hola. Gracias por volver. Quería asegurarme de que estabas tomándote todo esto bien.

—¿Todo esto? ¿Te refieres a tu súper secreta habitación para fornicar?

Él se rió. —Normalmente uso este avión para los negocios, y puedo decir con toda seguridad que nadie ha fornicado aquí—. Sus oscuros ojos azules

²² *Queen*. Es un tamaño Standard para sommiers, camas, colchones y ropa de cama de dos plazas. Las medidas son 1.90m por 1.50.

brillaron de un modo que no había visto antes. —Sin embargo... ya que estás aquí... y estamos prometidos...

—Y me he puesto alegre con tres copas... buen camarero, por cierto.

—¿Por qué estás bebiendo? No recuerdo haberte visto beber antes. Ven y siéntate. ¿Qué ocurre?

—Nada —Avanzó cuatro pasos y se sentó a los pies de la cama. Él se levantó del escritorio y se sentó a su lado. Percibió el olor de lo que estaba empezando a clasificar como "*olor a Dave*"... algodón recién planchado, una suave loción para después de afeitarse y su propio aroma a limpio. Hmm—. Es sólo... es sólo que esto es tan extraño, ya sabes. Y sinceramente, no parece normal no tener que esperar una hora de pie en una cola de seguridad en el aeropuerto. No es que me esté quejando. Porque no me estoy quejando. Pero sigue siendo extraño. Caray, he estado pensando y diciendo muchas cosas raras en los últimos minutos. Pero, ahí está.

—Bueno, estaremos en Boston en unas cuantas horas más. ¿Por qué no te echas una siesta? Relájate.

—¿Aquí dentro?

—Claro, aquí dentro. Esta es ahora tu habitación tanto como la mía...

Se rió a regañadientes. —Ah, no. No creo que eso esté bien en absoluto. —¿Tan suyo como de él? ¿Qué había estado fumando? Él era el príncipe; éste era el jet de su padre. Ella era una don nadie.

Sin embargo...

Miró con ansias la colcha, que era del mismo color que la chaqueta del auxiliar de vuelo.

—Sería extraño... mierda, otra vez esa palabra... dormir en un avión mientras se está cómodo.

—Dios no quiera que experimentes nada raro —dijo. Ella le observó de cerca, pero de su inocente expresión no pudo descifrar lo que realmente quería decir con eso—. Aquí. Vamos. Acuéstate.

Gateó hacia la cabecera de la cama, sintió que le quitaba los zapatos,

entonces se desplomó debajo de las mantas y suspiró.

—Bien. Está bien. Esto es muy relajante —Se bebió el resto del *Bloody Mary* mientras se recostaba, después colocó la copa vacía en la mesita de noche.

Él se deslizó dentro de la cama a su lado y ella se colocó cómodamente en la curva de su brazo. Al instante dejó de estar relajada. En cambio estaba tensa y casi... ¿nauseabunda?

—Sabes, mi padre no ha venido a este viaje —susurró David haciendo que el vello de su brazo izquierdo se erizara.

—Ajá.

—Y sólo estamos nosotros dos aquí.

—¿Te has dado cuenta de eso, no?

—Tengo un doctorado —dijo solemnemente—. Somos muy observadores.

—Desafortunadamente, hay un problema.

—¿Eh? —Le estaba masajeando el hombro con la mano derecha y acariciando la oreja. Bajo circunstancias normales, eso sería delicioso—. ¿El qué?

—La cuestión es, que si me tocas las tetas, seguramente voy a vomitar.

La soltó como si quemara. —Oh.

—Lo siento. Demasiada bebida, demasiado tensa, demasiado impresionada.

Él suspiró. —No pasa nada.

—No es que no quiera unirme contigo en tu *Super Club de las Alturas*. Pero mientras ambicionamos alcanzar ese pico, probablemente no debería estar esforzándome por no vomitar.

—Estoy de acuerdo. Es una buena norma para cualquier ocasión romántica, la verdad.

—Lo que quiero decir... Después voy a odiarme realmente. Porque, sinceramente, desde lo del armario de cedro, me moría por...

Unos repentinos golpes en la puerta.

—¡Su alteza! ¡Milady! ¡Deténganse ahora mismo! —La voz de Jenny sonaba tensa—. ¡El rey me lo hizo prometer! ¡Nada de toqueteos!

—Cielo santo —masculló el príncipe, mientras Christina reía por lo bajo—. Entra, Jenny.

La oficial de protocolo entró de sopetón en la habitación. Tenía las manos apretadas contra sus ojos. Sus labios se curvaban en una mueca.

—Lamento mucho interrumpir. Pero Su Majestad me hizo prometerlo. ¿Podrían vestirse ahora, por favor?

—Jenny —dijo David exasperado—, abre los ojos.

Ella apartó lentamente la mano y abrió un ojo. Entonces abrió los dos.

—¡Oh... oh! Perfecto, entonces.

—Es la hora de la siesta —explicó Chris—. No la hora de joder. De veras, Jenn, tienes una imaginación muy perversa.

Sonrojándose aún más —como si eso fuera posible, Christina temía que la cabeza de la mujer estallara de pronto —, dijo: —lo siento mucho. Claro, está cansada... el viaje... los preparativos... el.... um... Me voy. Con su permiso, Alteza.

—Puedes irte, —dijo David.

Jenny hizo una rápida reverencia y prácticamente salió corriendo, cerrando la puerta tras de sí.

—Te atrapé —dijo Chris, riendo, después bostezó y se colocó la cabeza entre las manos.

—Recuérdame que ponga una cerradura en esa puerta —murmuró.

—Lo pondré en mi lista de cosas por hacer desde el infierno.

—Duérmete.

—¿Está eso también en mi lista? —Antes de que pudiera añadir alguna otra cosa sarcástica, estaba dormida.

—... gracias a la generosa donación del Príncipe David, nuestras amigas las aves tendrán más sitio para jugar, interactuar y hacer todas las cosas que nosotros adoramos verles hacer.

—¿Nosotros? —masculló Christina por lo bajo.

—No empieces —murmuró David en respuesta.

—De modo que, sin más preámbulos, me gustaría presentarles al Príncipe David y su prometida norteamericana, que según entiendo adora la ciudad de Boston...

Un torrente de aplausos. Vitoreo.

—¡Christina Krabbe!

—La “e” es muda —dijo con un suspiro. Entonces se puso de pie junto con el príncipe y sonrió como un mono y saludó con la mano como una *cagada de reina de baile* mientras daban en su cara unos miles de flashes de cámaras.

Estaban fuera del Acuario de Nueva Inglaterra, pero como estaba nublado, todos los fotógrafos habían traído sus equipos de flash. De modo que se quedó ahí de pie y sonrió, estaba personalmente sorprendida... ¿no tenían estos fotógrafos nada mejor que hacer? Seguro, eran reporteros de entretenimiento, pero ¿no deberían estar buscando a Tom Cruise o Johnny Deep o a Jennifer Aniston?

—¡Señorita Krabbe! ¡Señorita Krabbe! Darrell Hanson de *Fox News*. ¿Cómo se siente al saber que va a ser la reina de Alaska algún día?

—Es increíblemente alarmante —dijo hacia el micrófono. Hubo un estallido de risas de los periodistas, y por el rabillo del ojo vio que Jenny comenzaba a restregarse las sienes nuevamente. Se aclaró la garganta—. La

verdad es que David y yo queremos que el rey viva por mucho, mucho tiempo. Nos encantaría que nunca tuviéramos que hacernos cargo del país. Él es estupendo y hace un fantástico trabajo.

Súbitamente, Jenny dejó de restregarse. Ella y el príncipe intercambiaron una mirada. El príncipe estaba sonriendo.

—La verdad es que —dijo Jenn en voz baja—, eso está... está bien. Eso... es muy bonito, de veras. Mantenla ahí arriba.

—Alison Smith de *Entertainment Weekly*, señorita Krabbe. ¿Cuándo es la boda?

—Dentro de unas cuantas semanas más. Adivino que vuestras invitaciones se perdieron en el correo, porque queremos que haya allí montones de reporteros—añadió irónicamente.

Más risas.

—Mark Spangler de *Channel 10 News*, ¿Dónde irán de luna de miel?

—A Nueva York.

El príncipe arqueó las cejas con sorpresa, pero no dijo nada.

—De *Entertainment Weekly*, señorita Krabbe... podría ir a cualquier lugar del mundo... ¿por qué a Nueva York?

—¿Está bromeando? Alguno de los mejores restaurantes del mundo están en la ciudad de Nueva York —Se frotó las manos con regocijo—. ¡Y los vamos a probar todos!

—Señorita Krabbe...

—Christina.

—Christina, ¿Los están presionando a usted y al príncipe para que proporcionen un heredero al trono de Alaska?

Ella sacudió el dedo hacia el reportero del *MSNBC*²³.

—Ey, vamos. ¿Cómo diablos puede ser nuestra vida sexual de *tu*

²³ *MSNBC*. Microsoft Network y NBC

incumbencia?

Pero lo dijo con una sonrisa, y fue el encabezado de todas las noticias aquella noche, junto con la foto de la futura princesa bostezando con los dedos sobre la boca durante el discurso del príncipe.

—Ha sido realmente bonito, eso que has dicho de Papá.

—Es la verdad —Estaban haciendo un paseo turístico por el acuario, junto con otras sesenta personas más. El equipo de seguridad estaba, como siempre, tan tenso como gatos en una perrera—. No quiero ser reina. Y vamos, ¿tú realmente quieres ser rey? ¿No preferirías ser príncipe para siempre?

Sinceramente, él no había pensado en eso antes. Nunca se le hubiera ocurrido pensar en ello en esos términos.

—Es mi deber.

—Precioso, pero me he dado cuenta que no has respondido a mi pregunta.

Sintió una oleada de impaciencia y lo disipó. Había sido un largo día, no debía pagarlo con la hermosa rubia a su lado. Ella no había nacido para el deber, como él. Aún se daba el lujo de cuestionar el destino.

—Eso es porque es una pregunta irrelevante. Es mi deber. Será tu deber. Si te sirve de algo, serás una gran reina.

—Gracias. Si te sirve de algo, no me gusta cuando me dices que estoy siendo irrelevante.

Él parpadeó sorprendido. No sonaba a una broma. —Tomo nota.

—¡Chris! ¡Christina! —Una fuerte voz de barítono les alcanzó, y entonces un penetrante silbido cortó el aire—. ¡Oye! ¡Krabbe con ‘e’ muda!

Ella se detuvo de golpe y David casi tropieza con ella.

—¡Quietos! —dijo al ver a todo equipo de seguridad moverse hacia sus pistolas—. Déjenle pasar. Conozco a este tipo.

David observó al rubio de hombros anchos vestido con vaqueros y una camiseta negra con el logo “*Liberen a Martha*” abrirse camino entre la multitud.

—Christina, ¿quién es ese?

—Kurt Carlson —Estaba saludando frenéticamente al extraño con la mano—. ¿Te acuerdas de cuando te dije que podía contar todos mis amantes con los dedos de una mano? Ése es el número dos. —¡Kurt! —gritó cuando finalmente él la alcanzó. Sus pies dejaron de tocar el suelo cuando él la levantó en un excesivo abrazo— ¿Cómo demonios estás? ¿Qué haces aquí?

—¿Bromeas? —David podía percibir al surfero californiano en la voz del hombre, a pesar de que debía estar cerca de los treinta—. Tenía un permiso del departamento para venir y leí en los periódicos que ibas a estar en *Beantown*²⁴. Así que me subí a un avión y aquí estoy.

Christina pareció inquietantemente emocionada.

—¿Viniste desde tan lejos para verme? Pedazo de idiota, deberías reservar tus vacaciones para ver a tu madre.

—Está en Grecia con Padrastro Número Seis. Ey, —añadió de manera informal hacia David. No se inclinó, lo cual era totalmente apropiado, ya que el hombre era un norteamericano. Los norteamericanos, desde tiempos inmemoriales, no se inclinan, ni hacen reverencias ni obedecen a ningún soberano del mundo. Aun así, algo de reconocimiento de su estatus hubiera sido agradable. Cualquier cosa en lugar de...—¿Cómo te va hermano? Soy Kurt. Chris y yo nos conocemos de antes.

—Se suponía que iba a ir de crucero con su madre —añadió ella—, pero lo dejó plantado para irse de luna de miel con Padrastro Número Tres. Fue así como llegamos a conocernos. ¡Es tan *genial* verte!

—Un placer conocerte —dijo David, interrumpiendo otro abrazo al

²⁴ *Beantown* o Ciudad de los Frijoles, es un nombre popular que se le da a la ciudad de Boston, ya que en la época colonial los frijoles eran considerados el plato favorito de la ciudad.

extender la mano forzando a Kurt a estrechársela—, bueno... no he oído hablar de ti.

—Oh, eso es típico de Chris. Nunca suelta la mierda de nadie si puede evitarlo. Pero chico, tatuaje explosivo ¿eh? —el patán realmente le dio un codazo en las costillas.

¿Tatuaje? ¿De qué diablos hablaba?

—No sabría decirte, —dijo el príncipe fríamente. *Aunque pretendo averiguarlo.*

—Oh, basta con eso, chicos —dijo Chris bruscamente en un tono alegre—. Caray, es como ver el *Discovery Channel*. ¿Así que estás en la ciudad por un par de días, Kurt? ¿Andarás por aquí?

Um. El príncipe evitaría “*andar por ahí*” si pudiera evitarlo por completo.

—Claro—dijo Kurt—. Tengo dos semanas de descanso para venir. Planeaba quedarme por aquí, pero si tenéis otra cosa en mente, podría ir con vosotros.

Oh, espléndido.

—Es genial volver a verte —dijo Christina, ¿por tercera vez?... ¿cuarta... vez?—. No me puedo creer que hayas venido desde tan lejos para verme.

—¿Bromeas? Estás en todos los periódicos. Es una noticia que una yanqui pesque a un príncipe. ¿Cómo podía no venir a verte?

Y tuvo el descaro de hacerle un guiño a David.

Capítulo 17



—*M*e van a matar. ¡Me van a matar, maldición!

El rey arrojó el periódico sobre el escritorio. Chris podía leer los titulares al revés con bastante facilidad; las letras eran de dos centímetros y medio de alto. ‘*LA FUTURA PRINCESA AFIRMA QUE SU VIDA SEXUAL NO ES ASUNTO DE NADIE*’.

—Ya llevo dos botellas de *Pepto-Bismol*²⁵ para la úlcera esta mañana, ¿Ya estáis contentos?

—Eh, Al, adivina qué. Mi vida sexual no es asunto de nadie.

—Sigue así, a ver donde te lleva. Por cierto, bonito bostezo.

—¡Dame un respiro! Mira, lo siento, pero David seguía y seguía, casi durante una hora y yo estaba realmente...

—No te pases —dijo David secamente—. Además, mi discurso duró seis minutos y veintiocho segundos.

—Y, ¿qué es eso de traer un policía norteamericano a tu regreso? ¿No te gustan los policías de Alaska? ¿Tenías que raptar uno y traerlo al palacio?

—¡Oh! Vamos, olvidé decírtelo... es un viejo amigo mío y David lo invitó a venir a pasar una temporada. ¿No es genial? —Sonriendo, Christina apretó el brazo de David y luego lo soltó— Su nombre es...

—Kurtis J. Carlson, —dijo Edmund, desde su esquina.

²⁵ *Pepto-Bismol* es una suspensión de color rosado con más de 80 años en el mercado norteamericano y que está indicado para el alivio de malestares estomacales, indigestión, diarrea, agruras, sensación de plenitud luego de una ingestión exagerada de alimentos o bebidas y náuseas.

—Oh, bien. Y es...

—Detective de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Edmund, me estás asustando de nuevo. ¿Qué has hecho, investigarlo en cuanto llegamos?

—Sí.

Ella parpadeó ante la respuesta y dijo, —Bueno, hablando de Kurt, voy a ver si ya se ha instalado en el ala oeste. ¿Puedo irme?

El rey Alexander le dio permiso con la mano y ella prácticamente huyó de la habitación. David se volvió para seguirla, pero se detuvo ante la voz de su padre —¡Quieto, chico!

—No empieces, papá.

—¡Puedes apostar tu culo a que voy a empezar! Primero no te importa si te casas o no. Luego, te retrasas en declararte. Cuando ella por fin —milagro de los milagros— dice que sí, no se decide con el anillo. Entonces lleva a la mitad del personal para la boda al borde de un ataque de nervios. Después, ¡después!, ella corre a ver a un ex-novio y tú ¿decides traerlo aquí? ¿Estás tratando de librarte de tu compromiso?

David suspiró. —Soy consciente de que en la superficie parece un poco cabeza dura-

El rey Alexander resopló. —No sólo en la superficie.

—Pero deberías haber visto como se le iluminó el rostro cuando lo vio. Creo que todo este asunto la superaba, y le hizo bien volver a encontrarse con un viejo...ah... amigo. Ella estaba tan...emocionada que lo invité a unirse al viaje de regreso y a quedarse un tiempo. Deberías haber visto lo feliz que la hizo. Ella estaba...bueno...estaba encantada.

—Vosotros dos me llevareis a la tumba antes de tiempo.

—Su Majestad, si me permite, esto resuelve el problema de seguridad de Lady Christina —dijo Edmund.

—¿Sí? ¿Y cómo es eso?

—Como sabe, ella cree que no necesita un equipo de seguridad cuando sale de palacio.

—Y se equivoca, sí, lo sabemos. Tuve que imponerme en ese asunto, y a ella no le gustó nada. Tantos gritos me produjeron dolor de cabeza.

—Así que para no tener un guardaespaldas detrás de cada uno de sus pasos, ha preferido no salir.

—Por eso estaba tan entusiasmada con el viaje a Boston —añadió David.

—Pero viajar con un oficial de policía, uno con licencia para llevar un arma de fuego...

—Sí, pero ¿puede disparar? ¿Lo hará?

Edmund cruzó la habitación y depositó una cinta de video en el escritorio del rey.

—Véalo por usted mismo, mi rey. Tiene una reputación sobresaliente en la policía; es su mejor detective. También mató a cuatro hombres en el cumplimiento del deber, bien para salvar vidas o para evitar asesinatos. El superior del Detective Carlson fue muy franco conmigo. Se refirió al Detective Carlson como el mejor tirador del Departamento de Policía de Los Ángeles.

El rey abrió un cajón del escritorio, después se reclinó en la silla y apoyó el pie en el cajón.

—Comprendo. Dejemos que él la acompañe. Podrá ir a donde quiera y además divertirse.

—Exactamente, señor.

—Entonces, mándala a pasar el rato con su ex-novio.

—Lady Christina no abandonaría al príncipe por otro, no a estas alturas. Es una mujer honorable.

El rey casi se cae de la silla. —¡Uau, mi pecho! ¡No puedo soportar la tensión! Creo que has dicho algo bonito sobre ella.

—Es el aire de aquí, demasiado seco.

—Bueno, maldita sea, si a David no le preocupa, a mí tampoco.

—No me preocupa —le mintió su hijo.

El rey estudió a su heredero largo rato. *Maldita sea. Esto sería lo que por fin haría que todo se estropeará definitivamente o saliera adelante. Se había tomado todo este asunto muy a la ligera* —Bien. Entonces, el policía es el nuevo guardaespaldas de Christina.

—Bien.

—¿Indefinidamente? ¿Hemos aclarado eso con su jefe?

—Sí, Su Majestad. Su Capitán es consciente de que esto es buena publicidad -todo un cambio- para el Departamento de Policía de Los Ángeles, y le ha dado al Detective Carlson una licencia con paga indefinida.

—Bueno. Supongo que eso lo arregla todo.

—Supongo —dijo el príncipe distraído.

Capítulo 18



Kurt seguía sin poder creer el tamaño de su habitación. Él había esperado... no sabía qué, algo como lo que tuvo cuando se quedó en el *Motel 6*. El realmente agradable *Motel 6*. En lugar de eso, le preocupaba la idea de que ese tal Edmund le hubiese asignado la habitación del rey por error.

Ey, todo el lugar era más que asombroso. El país era maravilloso. Todo se parecía a California del Norte, excepto -Kurt ¡malo!- quizás un poco mejor. La gente era increíblemente agradable. El palacio era *súper-cool*.

Si, Christina había hecho un buen trato. Como siempre, la muy loca había caído en un montón de mierda, para levantarse cubierta de diamantes.

Solo... que ella no era feliz ahí. No podría, de ninguna forma... No la Chris que él conocía. Por un lado, mira este lugar. Todo era de una antigüedad incalculable.

Por otro lado, mira al prometido, Chris simplemente no soportaría el tipo *Yo-no-soy-tan-rígido-como-parezco-okay-tal-vez-lo-sea-un-poco*. Incluso aunque fuera súper inteligente, más rico que Dios y fuera a tener su propio país algún día.

No. Había hecho lo correcto, yendo a Boston. Así podría... Salvaría a Chris de si misma.

O, mejor aún, la salvaría para él. Ella era la pollita que se le había escapado.

Culpa suya, totalmente; lo supo entonces, lo sabía ahora. Habían estado saliendo seriamente y entonces su ojo alegre había causado problemas y ella se había presentado en la misma fiesta donde él estaba con otra chica, cuyo nombre no podía ni siquiera recordar.

Había habido palabras duras seguidas por una lámpara voladora y una conmoción leve. Él le había sugerido que se largara. Ella le había propuesto que llevara a cabo un acto irrealizable consigo mismo. Él le había dicho que preferiría hacer eso antes que atragantarse con otra de las tortillas que ella echaba a perder al espolvorearle tomillo o cualquier otra cosa. Ella le dijo que el infierno se congelaría antes de que le hiciera una tortilla sin escupírsela. Luego ella se había ido, y él pensó que era lo correcto. Pensó que era feliz, pensó que su conmoción se curaría con el tiempo.

Se reconciliaron al año siguiente, cuando el tiempo había suavizado su corazón y él había comprendido el colosal error que había cometido. No había hecho nada al respecto entonces, por que era algo novedoso, algo agradable, ser amigo de una mujer que no fuera policía, o una estriper. Y tenía tiempo ya que ambos eran jóvenes.

Él siempre planeó que volvería con Chris. La dejaría embarazada, le pediría que tuvieran unos cuantos polluelos, pasaría el tiempo, envejecerían juntos y toda esa buena mierda. Ya sabéis, después de que se hubiera divertido lo suficiente y estuviera listo para sentar la cabeza y esa mierda. Chris era una gran chica y todo eso, pero no exactamente un demonio en la cama. Quería ver un poco más del mundo antes de quedarse con un helado de un solo sabor.

Entonces... los periódicos. Todos parecían estar con "*Christina esto*", "*Christina aquello*", "*Christina estaba comprometida*". ¿Acaso se trataba de un asunto cósmico?, y ahora él tenía que arreglarlo, arreglarlos a ellos, y si el Princi-popó se atravesaba en su camino, Kurt iba a patearle en el trasero.

Nada personal. Pero era con su futura esposa con quien se estaba metiendo. Chris había nacido para ser la Sra. Carlson, no la maldita Reina Christina.

Hubo un golpe en su brillante puerta —era probablemente de oro sólido, pensó tenso— y luego el príncipe dio un paso hacia adentro, seguido por ese tipo súper alto, Edmund, y un tío no tan alto. Tenía el cabello canoso, su apretón exprimió la mano de Kurt, era como estar cerca de un *quarterback*²⁶

²⁶ *Quarterback*. En Fútbol Americano juega en posición de línea ofensiva. Es el jugador estrella dentro del equipo. Recibe instrucciones del entrenador y se encarga de armar las jugadas con su equipo.

envejecido, uno que podría correr a través del campo si tuviera que hacerlo. Tenía intensos ojos azules, y... se le ocurrió que parecía una más vieja y escabrosa versión de Princi-popó.

—Ey, amigos —dijo, recuperando su aplastada mano con un poco de dificultad. Aquello se parecía a darle la mano a un oso grizzly, al que aún le quedaban unos pocos golpes en sus garras—. Usted debe ser el rey. Que agradable que haya venido.

—Hola, Detective Clar...

—¡Amigos, amigos! No estoy en el trabajo. Mi nombre es Kurt.

—Kurt, aprecio que regresaras con mi muchacho aquí.

—Oh, oiga, ¡no hay problema! Fue genial ver de nuevo a Chris. Y genial por parte del príncipe —agregó con un asentimiento de cabeza al príncipe, quien parecía estar masticando la cáscara de un limón—, el invitarme.

—Ajá, bueno, escucha, acerca de eso... ¿Dónde está tu arma?

—De regreso en mi apartamento en Los Ángeles —dijo—. No se preocupe. No he hecho contrabando con ninguna arma de fuego dentro de su país.

—Maldición.

Kurt parpadeó. El rey se volvió hacia Edmund —Arregla eso.

—En seguida, Majestad.

La mano de Kurt fue aplastada de nuevo. —Mucho gusto en conocerte Kurt, si tienes algún problema o pregunta, házmelo saber a mí o a Edmund.

—O incluso —dijo Edmund—, a Edmund o a mí. Si desea ser gramaticalmente correcto.

—Ah, gracias Señor... ah... rey.

Con un saludo el rey salió dejándolo con el muchacho flacucho y su archirival.

—¿Son sus habitaciones satisfactorias? —preguntó amablemente su malvado Némesis.

—Sí amigo, están bien.

—Esta es una llave de tarjeta, la cual te habilitará para entrar en el área de tiro en cualquier momento. Un miembro de nuestro equipo te ayudará a elegir un arma. El rey ha firmado tu permiso para portarla esta mañana. Todo lo que pedimos es que cuando estés acompañando a Lady Christina...

—Mantenga un ojo alerta por los chicos malos —dijo Kurt, entendiendo todo inmediatamente. *¡Que suerte! ¡Que totalmente jodida suerte!* Prácticamente le arrebató la llave de tarjeta—. Ningún problema. Oigan, nadie se va a meter con mi ex-novia, a menos que sea yo.

Nadie se rió de su —verdaderamente pobre— pequeña broma.

—Así que me dejas regresar contigo, ahora me estás dando un arma y dejándome practicar con ella, y me dejas colgarme de tu... de Christina. Realmente debes querer que volvamos a estar juntos —Bromeó.

—Ah... bueno... Sé que no estas aquí para tratar de ganártela de nuevo, sino para hablar, y...

—En realidad, amigo, si lo estoy un poco —dijo medio disculpándose. Maldijo a su madre hippie por inculcarle un escrupuloso sentido de la honestidad—. Quiero decir, pareces un tipo agradable y todo eso, pero... todo este palacio, es que no es para la Chris que yo conozco, simplemente no lo es. Y espero que ella lo recuerde. Si pasamos juntos el tiempo suficiente.

—Detective Carlson, ese es un comportamiento completamente inapropiado —dijo Edmund.

—Malditamente cierto —aulló el príncipe.

Se encogió de hombros. —Lo siento amigos, así es como son las cosas.

Sintió un golpe cuando el pecho de su rival tocó el suyo. Hmm. El rival estaba muy sólidamente constituido, y era alrededor de ocho centímetros más alto. —Escupe por la boca todo lo que quieras —gruñó—. Pero asegúrate de guardar tus manos para ti mismo, o te las cortaré.

—¿Oh, si? ¿Todavía hacen esas cosas por aquí?

—Edmund, córtale la cabeza.

—Lamentablemente, Su Alteza, olvidé mi hacha en los otros pantalones.

—Bien, empieza a llevar una—soltó el príncipe y luego salió como un huracán.

—Ah... estaba bromeando, ¿cierto? O sea, leí acerca del tipo. ¿Es un biólogo marino o un guardián de zoológico o algo así?

—Sí, por supuesto, señor. Un biólogo marino descendiente de una Familia Real conocida por cortar el nudo gordiano, en vez de desenredarlo.

—No sé que significa.

—Significa —dijo Edmund, justo antes de salir pausadamente—, bienvenido a Alaska.

—¿Cómo —demandó el príncipe David a modo de saludo—, pudo tu tatuaje pasarme desapercibido?

Christina paró a la mitad del picado, y luego puso de nuevo su sándwich de tomate en el plato. Había comprobado con éxito a Kurt instalado ya en su habitación y decidió consentirse a sí misma un tentempié. Estaba comiendo en uno de los salones, aquel con vista al océano, hoy un leve retazo de azul en la distancia. El tomate estaba bueno, maduro —buen truco para la estación del año- rojo y pegajoso. Se enjugó la barbilla con el antebrazo y preguntó: —¿Qué mosca te ha picado hoy?

—Nota como ella no ha respondido a mi pregunta.

—Lo que estoy notando es que se te ha pegado el molesto hábito de Ed de referirte a mí en tercera persona. Y es una buena pregunta ¿Como es que *mi* tatuaje te pasó desapercibido?

—Bueno... —Se sentó frente de ella, ajeno a la belleza de la escena. Como de costumbre, ella se distrajo momentáneamente por su delicioso atractivo—. Siempre lo hacemos a toda prisa...

—Porque tú nunca sabes cuando Nicky, Al, Alex, Jenny o Ed nos caerán encima, lo que por cierto no es muy inspirador para la excitación.

—...Y usualmente está oscuro...

—Y apretado —agregó Christina sonriendo—. Y algunas veces adornado con pieles. Sigo diciendo que encontremos ese armario de nuevo.

Él parecía distraído, luego cabeceó para si mismo. —Así que, ¿dónde está?

— ¿Me estás preguntando a mi? Sigo necesitando un mapa para encontrar el baño.

—Me refiero —dijo rechinando los dientes—, a tu tatuaje.

—Oh, querido —Levantó su sándwich y lo mordió—. Después de tantos manoseos en el armario, ¿Necesitas preguntar?

El se hundió nuevamente en su silla y clavó la vista en la ventana. —Bien, si no quieres decírmelo...

—No es tanto que no te lo quiera decir, es que creo que lo deberías averiguar por ti. ¡Eyyy! —El plato voló, las rodajas de tomate se separaron del pan, su silla cayó de espaldas en el suelo estrepitosamente, sus piernas quedaron sobre su cabeza, y él comenzó a frotar la nariz contra su cuello y a manosear bajo su camisa—. La sutileza no es lo tuyo ¡me haces cosquillas!

Con sus piernas hacia arriba en el aire como estaban, era difícil hacer palanca y esquivarlo. No es que ella lo deseara del todo. Aún así, su orgullo estaba en juego. —David, por el amor de Dios, es mediodía, la puerta del salón esta completamente abierta y no estamos exactamente bien —escondidos— Dios, ¡tus dedos están fríos! —Un horrible pensamiento cruzó su mente—. No has venido después de estar con los pingüinos, ¿o si? ¿Tú, jodido perverso?

Le había subido la blusa sobre la cabeza y parecía bloqueado temporalmente por su corpiño —¡Ja! Broches en la espalda. —No, —dijo—. Es sólo que hoy hace frío aquí.

¡No por mucho tiempo! —David—se rió contra su garganta—, ¿Terminarás con esto? Te lo diré, ¿De acuerdo?

—Kurt lo sabe—murmuró, mirando a hurtadillas debajo de un tirante de su sujetador.

—Historia antigua, *pingüinito*, y ya tuvimos esta conversación, ¿Recuerdas? ¿Acaso es mi culpa que hayas estado tan apresurado por conseguir “*aquello*” que nunca te hayas molestado en buscar marcas distintivas?

Él frunció el ceño. —¿Así, que estás diciendo que es culpa mía que fueras y te hicieras marcar a ti misma con tinta como una especie de motera?

—No, pero la única razón por la que estás aquí con tus dedos fríos es porque estás enojado con Kurt —Se quitó el cabello de la cara para permitirle verla fijamente—. Lo cual es totalmente estúpido, por cierto, quiero saber... ¿Por qué lo has invitado, en primer lugar?

Él masculló algo, que ella no pudo entender. Los dos se congelaron al oír unos pasos. El pateó la silla que se tambaleó hacia arriba, abrió de golpe la cerradura de la puerta francesa, y la arrastró hacia el balcón. Dio un vistazo hacia abajo, vio la caída de cuatro pies, y la empujó.

—¡Mi sándwich! —se lamentó mientras caía.

Él aterrizó junto a ella se agachó y la abrazó. ¡Diantres! Al menos el césped estaba cálido. ¡Las pocas parcelas que habían escapado a la nieve! Malditos inviernos de Alaska de diez meses...

—No menciones tu camisa —y cualquier estado de humor raro en que había estado parecía haber pasado, porque le estaba sonriendo con satisfacción—. Ahora, esperemos que *quienquiera que sea* no mire por la ventana.

—Van a estar muy ocupados quitando rebanadas de tomate de las paredes —se estremeció con el frío aire primaveral—. Me debes el almuerzo, vaquero.

—Hecho y hecho —miró a hurtadillas dentro de su escote.

—Por el amor de Dios —Se sentó, lo empujó, le dio la espalda, y se desabrochó el corpiño.

Hubo un largo silencio, seguido por su “*Oh*”

— ¿Lo ves?

— Hmm

— ¿Estás contento?

— Es un albatros.

— Felicidades, Dr. Baranov, esos años en la universidad en los que nunca tuviste sexo parece que valieron la pena —se abrochó el corpiño de nuevo y comenzó a pararse, pero él la detuvo con una mano. Extrañamente, continuaba frunciendo el ceño.

— Un albatros, Christina.

— Si, David, lo sé, soy yo quien pagó por él —dijo pacientemente. ¿Por qué la estaba mirando tan extrañamente?—. Cualquiera que te diga que los tatuajes no duelen, es un jodido mentiroso, por cierto. Me imaginé algo superficial a la mitad de la espalda, donde el tirante del sujetador lo escondiera, algo pequeño... ¡y todavía dolió!

— Un albatros Real, de hecho.

— Ahora, no le des muchas vueltas a esto —advirtió ella.

Sus ojos estaban muy lejos, ya no estaba viéndola a ella, tenía la mirada fija en el mar. —Es una gran ave acuática que regularmente viaja alrededor del mundo.

— ¿Ahora estas cambiándo al canal de *Marlin Perkins*²⁷?

El ignoró su interrupción. —De hecho, es una ave acuática famosa por no permanecer mucho tiempo en un solo lugar. De hecho, solo pasa alrededor de una décima parte de su vida sobre la tierra... el resto del tiempo esta en movimiento.

— También es bonita y me gustaron las motas negras en sus alas. David ¿Te calmarás?

²⁷ Richard Marlin Perkins (1905 - 1986) fue un zoólogo, popularmente conocido como el presentador del show de televisión sobre fauna "Mutual of Omaha's Wild Kingdom".

Pestañeó y la miró. —Claro —dijo—. Solo estaba sorprendido. Es muy bonito.

—Bueno, gracias.

La besó, su lengua delineó su labio inferior antes de penetrar en su boca, ella puso los brazos alrededor de sus hombros. *Cielos, oh cielos*, era muy malo que estuvieran afuera sobre el césped donde Dios y todos podrían verlos, porque ella...

—Ah... ejem...

Miraron hacia arriba. Edmund había abierto la ventana y les estaba frunciendo el ceño desde el balcón. El príncipe Alex estaba parado junto a él, se le veía muy sorprendido.

—Es todo —murmuro el príncipe David en su oído—. Mi erección se ha desvanecido completamente.

Ella se rió mientras Edmund decía —Realmente, Su Alteza, Mi Lady.

El príncipe Alex se aclaró la garganta.

—La búsqueda de sexo... Los ha sorprendido a los dos... Le diré a mi padre...

—Alex, eres tan extraño —suspiró Christina—. ¿No deberías estar en una exhibición privada de la Guerra de las Galaxias o algo así?

—Estaba de camino... Escuché sonidos de lucha... El Lado Oscuro te tenía...

Ella se rió a pesar de si misma, David, sin embargo, parecía de piedra. —Christina se cayó —improvisó—. Yo solo he salido a ayudarla.

Edmund le alargó su camisa. —Una gran caída, ya que su camisa estaba sobre la silla, aquí adentro.

—Ha sido como un ¿torbellino? —conjeturó Christina.

Alex rió tontamente mientras Edmund se volvió implacable, como un mayordomo Terminator. —No me diga. Hay una rebanada de pan en el techo.

— ¿La estaba guardando para después?

David se colapsó de risa, en realidad rodando alrededor del césped. Ella lo pateó, entonces él se paró, escaló el balcón, recuperó su camisa de mano de un glacial Edmund, ignoró la mirada socarrona de Alex, y dispuso que se limpiara la habitación.

Capítulo 19



Christina asaltó la oficina de la Dra. Pohl, arrojó su abrigo en el perchero —no atinó y éste aterrizó en el suelo—, y luego se dejó caer en el sofá con un mueca de satisfacción. Enlazó los dedos detrás de la cabeza, miró fijamente al techo y dijo:

—Ah, ya puedo sentir el dulce abrazo de la cordura.

—Vaya, vaya, si es la chica tatuada.

—Oh, de acuerdo —dijo ella, riendo después—. Es imposible mantener un secreto en este lugar, ¿sabe?

—Está de buen humor —observó la Dra. Pohl—. Además, llega tarde.

—Oiga, una futura princesa tiene muchas cosas que hacer, Doc. No lo tome como algo personal. ¿Y por qué no voy a estar de buen humor? La primavera está aquí.

—Y con ella, su boda.

—... y la hierba ha crecido, me pregunto dónde estarán las flores y todo eso. Además, ¿se lo han contado? Me encontré con un amigo en Boston y David lo invitó a visitarnos. Nos divertimos un montón.

—¿Ya se ha decidido por un anillo, en medio de esos montones de diversión?

—Es una aguafiestas —murmuró Christina. Se sentó y pasó sus piernas sobre los brazos del sofá—. Mire, no se trata de algo tan sencillo.

—No me diga —dijo la Dra. Pohl, mostrando claramente sus propios anillos de compromiso y matrimonio.

—Mantenga esas piedras lejos de mí. Lo primero fue tener que rechazar amablemente las joyas de la Reina Dara sin herir los sentimientos de nadie, lo que no fue un paseo por el parque, créame.

—¿Le ofrecieron las joyas de boda de la reina?

—Tenían cubos de ellas. Cordones de perlas. Pilas de diamantes. Así que

es un lío, ¿sabe?

—Tuvo que apelar a todos sus poderes de tacto.

—Condenadamente cierto.

—Poderes tan secretos y bien ocultos que la mayoría de nosotros asumimos que no existen.

—La odio. Mire, la idea de llevar las joyas de una mujer muerta —una *reina* muerta— me da asquito, ¿entiende? A decir verdad, ¿no cree que sería un poco gracioso llevar los anillos de monarcas muertos?

—Nunca he pensado en eso —admitió la Dra. Pohl.

—Bueno, piense sobre eso y volvamos a mí. Como sea. Finalmente dimos por terminada esa cuestión. Pero todos los anillos que los joyeros han estado trayendo al palacio, sólo eran... no sé...

—¿Inadecuados?

—Completamente muy inadecuados. ¡La mitad de ellos requieren una grúa para llevarlos en el dedo! Vamos, ¿quién necesita un diamante de ocho quilates? Nunca podría ponerme otro par de medias. No mientras viva. Y soy cocinera... ¿alguien lo recuerda? —protestó—. Un anillo gigante sólo se interpondría en mi camino. ¿Sabe lo difícil que es quitar la mantequilla de las joyas?

—Algunas personas —dijo cuidadosamente la Dra. Pohl—, podrían interpretar su rechazo...

—¿Rechazo?

—... a escoger un anillo, como evidencia de que realmente no desea casarse y construir una vida aquí.

—Bueno, esas personas deberían tomarse un descanso. No tiene nada que ver con David. Eso no es lo importante—diamantes, oro y cosas como esas— no lo son. No tiene nada que ver con David. —¿Lo había dicho anteriormente? Era difícil de recordar. Había estado de buen humor un par de minutos antes y ahora estaba considerablemente estresada. ¡Incluso sudaba!

—¿De verdad? Porque un observador objetivo podría llegar a la conclusión que todo tiene que ver con David.

—Bueno, si tiene tantos deseos de casarse conmigo, ¿por qué continúa apareciendo con esos anillos que no tienen nada que ver conmigo? Mmm... Bien, ¿por qué?

—¿Me va a pegar? —preguntó la Dra. Pohl, curiosamente.

—Hoy no. Pero escuche. Es como, si después de todo este tiempo...

—¿Qué tiempo? —preguntó la Dra. Pohl, arqueando sus cejas como alas blancas—. Aún no ha pasado ni medio año desde que llegó.

—A pesar de eso —dijo Christina tercamente—, él no me conoce en absoluto. No sabe qué es importante —finalizó triunfalmente.

—Y usted, ¿cuántos viajes ha hecho a *Hall de los Pingüinos* desde su compromiso, con intenciones de ir conociendo a su futuro esposo?

Un silencio incómodo, seguido de:

—Estoy conociéndolo, Dra. Pohl, no se preocupe por eso.

—Oh, sexo —dijo, descartándolo con la mano—. Claro. Implica verdadera intimidad.

—Bueno, ¡ahí lo tiene! ¿Y no estaría, no sé, asustada o algo?

—¿De haber visto lo que quería y vaya a conseguirlo? Sí, muy chocante y terriblemente fuera de lugar.

—¡He acechado sigilosamente el Palacio Sitka —lo dijo prácticamente a gritos—, para acostarme con el heredero a la corona!

—Querida, no soy su madre. No se preocupe. Escuche, Christina, si el oro y los diamantes no son importantes, entonces ¿qué lo es?

—La familia —dijo ella precipitadamente.

—Pero se va a casar con un grupo de extraños. ¿Sería eso familia? Ha explicado sus motivos y son buenos, si falta un poco de sentimiento...

—¡Oiga!

—... pero ¿no hay después de todo una parte de usted que quiere casarse con el Príncipe David porque lo quiere por sí mismo? ¿De igual forma que espera que él... y su familia... la quieran por usted misma?

—Me está empezando a doler la cabeza —luego, a regañadientes—, él me gusta, si eso es a lo que se refiere.

—¿Sólo gustar? Todavía hay tiempo, ¿sabe? —dijo la Dra. Pohl, amablemente—. Puede cancelarlo todo, volver a su vida de antes.

Horrorizada, Christina sacudió la cabeza.

—Nunca lo haría.

—¿Nunca?

—Además, es demasiado tarde.

—No hasta que diga “sí quiero”, primor.

—Deje de llamarme así. Nunca sé si se refiere a un tipo de miel o a *Atila el*

Huno²⁸. Además me... me siento como una especie de consentida.

—¿Los sirvientes se pelean para cumplir todos sus caprichos?

—¡No! ¡Sí! Déjeme decirle que les he parado rápidamente los pies. Pero... por lo menos en el palacio, no estoy tan jodidamente sola todo el tiempo, ¿sabe? Quiero decir, si David no está sacándome de quicio con la lectura de su más reciente artículo de investigación sobre el *Aptenodytes Patagonicus*... es el pingüino rey en latín y desearía no haberlo sabido..., entonces Nicky se esconde en el armario, o Alex... que es la Princesa Alex, no el príncipe Alex... me vuelve loca para que dibuje con ella, o el otro Alex quiere que pruebe el haiku... ¿sabía que sólo habla en *haiku*?..., o el rey quiere llevarme a pescar, o... bueno... es agradable. Quiero decir, incluso si David no puede conseguir el anillo perfecto para mí, ellos...

—La han aceptado.

—Bueno, sí. No puedo darles la espalda después de todo lo que han hecho. Ofrecer su hogar... y su familia... a una don nadie como yo.

—Entiendo que está a cargo de la planificación de la comida para la recepción de la boda.

—Bueno, claro —Christina arrugó la frente—. Soy una cocinera. La comida es lo mío. Por lo tanto, quería que la comida fuera buena. No es una tarea importante.

—Sí, es verdad, pero otra forma de verlo...

—Oh, allá vamos.

—... es que no se atreve a prestar mucha atención a la boda e inminente matrimonio... porque no se permite tomarlo en serio.

Ella se movió en la silla

—¡Qué estupidez!

—Entonces un observador imparcial —dijo la Dra. Pohl cuidadosamente—, podría suponer, que se involucra con la comida para dar la impresión de estar interesada en la boda, cuando realmente, sólo se está protegiendo a sí misma.

—Creo que no me ha oído la primera vez —dijo Christina—, así que escuche. ¡Qué estupidez!

—Milady...

²⁸ Juego de palabras. En el original la llama 'hon', diminutivo para 'honey' que significa 'miel'. Además 'Atila the Hun' se pronuncia igual.

—Tenga cuidado con eso.

—... nunca he conocido a nadie tan tonto e inteligente a la vez.

—¿Qué?

—Y con eso —dijo la Dra. Pohl—, creo que hemos terminado por esta semana.

—Oh, ¡vamos! No puede decir todas esas cosas enigmáticas y luego negarse a explicarlas.

—Claro que puedo, fundamentalmente, cuando no son enigmáticas en absoluto. Usted sabe exactamente de qué estoy hablando. Llegue a tiempo la semana que viene y quizás sea capaz de explicarlo detalladamente.

—¡Jodidos loqueros! —murmuró.

—Sí, podemos ser realmente molestos —dijo la Dra. Pohl alegremente—. Salude a su ex-novio de mi parte.

Christina se levantó y agarró su abrigo.

—Dije que era un amigo... nunca dije que fuera un ex. Debe de tener espías en todas partes, ¿no, Doc?

—Todos los loqueros los tienen. Nos dan un paquete de ellos cuando nos graduamos en la escuela de medicina.

— ¿Sabe? realmente no la soporto. — Aunque no pudo evitar decirlo con una sonrisa.

—Soy muy consciente de ello, querida. La veré la semana que viene.

Kurt la esperaba en el vestíbulo. *Mi sombra y yo*, pensó Christina con ironía. Era reconfortante, que al igual que ella, él lo viera todo tan divertido.

— ¿Cómo fue, bombón?

—Oh, las típicas estupideces psicológicas. Y no me llames *bombón*.

—Como quieras, dulzura.

—Aparentemente, el hecho de que David continúe dándome anillos tan horribles significa que secretamente no quiero casarme.

—Oh bueno, ah...

—No empieces —advirtió, encogiéndose dentro del abrigo. Caminaron hacia el cálido día de primavera—. Escucha, ¿de verdad no tienes trabajo? Porque ya llevas aquí dos semanas. No es que no me guste, pero no quiero que te metas en problemas.

—Te lo he dicho. Mi jefe piensa que estas son buenas *RR.PP*²⁹, así que estoy aquí mientras el rey quiera que haga de guardaespaldas. Además —añadió, poniendo un brazo afectuosamente alrededor de sus hombros—, me quedaría de todas formas. Creo que estarías perdida.

—Dime. Es...

¡Flash!

—Don —dijo ella pacientemente—, te pedí que no hicieras eso.

—Quita esa cámara —ordenó Kurt, su mano izquierda desapareció dentro de su chaqueta, mientras que con la derecha cubría los lentes—. Ahora mismo.

—Guau —dijo ella, tirando de su brazo hasta que lo bajó—. ¡No vengan todos los Sean Penn a salvarme! Él es Don Cook, un reportero local, y sorprendentemente, sacarme fotos le ayuda a alimentar a su familia.

—Todo el mundo tiene que ganarse la vida —dijo Don, sacando otra foto—. No pude evitar escuchar...

—Nuestra conversación completamente privada.

—¿Significa eso que la boda está cancelada?

—No —dijo ella con irritación—, significa que todavía no he encontrado un anillo que me guste. Escribe eso en tu libreta, Don. Mi promesa de matrimonio me obliga a comprometerme, no a llevar una agobiante roca en mi dedo.

—¿Entonces sigue adelante?

—En tres semanas —dijo ella, y se contuvo en disimular el escalofrío. Tres semanas... y todavía no conocía al príncipe mucho más que el primer día. El problema era que tenía la ligera sospecha que la culpa era más suya, que de él.— Y para que lo sepas, tu invitación seguramente se ha perdido en el correo.

Don se rió.

—Claro. Hasta luego, Lady Christina.

—Te veré por ahí, Don.

Kurt sacudía la cabeza mientras caminaban hacia el coche.

—Lady... Señor, todavía no me acostumbro a ello.

—Espera hasta que empiecen con las cosas de princesa.

—Sabes, Chris, no es demasiado tarde. Di una palabra y estaremos en un

²⁹ *RR.PP.* Relaciones Públicas.

avión rumbo a L.A.

—Gracias, Kurt, te lo agradezco, pero fue mi decisión. Yo la tomé. Y la mantendré.

—Es sólo que... a veces no pareces una novia emocionada.

—No dejes que mi caprichosa, depresiva y malintencionada apariencia te confunda. Por dentro estoy llorando de felicidad.

—¡Ja!

—Las cosas se asentarán —dijo dudosa—, después de la boda.

—Bueno. La oferta sigue en pie, ya sabes.

— ¿Es el "*Día de salvar a Chris*"? ¿Me he perdido la noticia?

—Supongo que la doctora y yo sólo estamos preocupados por ti, es todo.

Ella escudriñó a su viejo amigo, ex-amante, actual policía y guardaespaldas. Hubo un tiempo en que le hubiera despojado de su arma alegremente y disparado en la rótula. Kurt era un surfista-convertido-en-hombre de California en enésimo grado. Por lo que ella sabía, era realmente un regalo de Dios para las mujeres. Sin lugar a dudas, era uno de los hombres más atractivos con los que había compartido sus múltiples viajes. ¿Y quién sabe lo que podría haber sucedido, si hubiera sido capaz de mantener las manos quietas? ¿O por lo menos sólo con ella?

Pero prefería esto. Era tan encantador tener un amigo cercano, uno que la conocía de antes de que fuera —toque de trompetas, por favor— Lady Christina. Aunque era totalmente consciente de que Kurt era más sabroso que un helado triple con caramelo caliente, no iba a caer.

Sin embargo, siempre que pensaba en cosas sabrosas, le aparecían en la cabeza imágenes de David. Era molesto y distraía especialmente, ya que no tenía ni idea de lo que él sentía por ella realmente y preguntarlo resultaba muy embarazoso.

La Dra. Pohl, probablemente habría dicho que no era embarazoso, que era un sentimiento pobre de su propia valía y miedo de escuchar una respuesta honesta.

Pero, ¿qué sabía un loquero con un diploma de excelencia? Que la mujer hubiera acertado una vez no significaba que ahora fuera el oráculo personal de Christina. Ah, ah.

—Sólo quiero que sepas —estaba diciendo Kurt—, que la oferta de tomar un avión a L.A. se mantiene, en el momento que quieras. Día o noche. Sólo di una palabra y estaremos fuera de aquí.

—Gracias —Apretó su brazo y lo soltó, era su arma de fuego—. Eres el mejor.

—Sí, recuérdalo —añadió con una amplia sonrisa.

Capítulo 20



Kurt la acompañó a su habitación, le dio un beso fraternal en la frente y desapareció con rumbo desconocido, después de advertirle que avisara cuando quisiera salir. Pero el único lugar al que Chris quería ir, era a la cama... tenía un terrible dolor de cabeza y necesitaba dormir una siesta. Tal vez dos. No había... bueno, no había dormido bien últimamente.

Había un estuche para anillos de terciopelo negro en medio de su — hecha — cama.

—Maldición —murmuró. A) Había estado detrás de las camareras para que dejaran la habitación en paz y B) otro anillo.

Suspiró y recogió la caja. Recorrió su letanía de excusas: no es mi tipo, lo siento raro en mi mano, no me gusta el engaste, no me gusta el aro, es demasiado caro, es...

Oh...

Había levantado la tapa superior y admiraba el anillo con voracidad. Era... estaba bien. De hecho, era hermoso. Un piedra bastante grande de azul brillante en un simple engaste plateado. Después de meses de rechazar anillos, reconocía un buen corte y la claridad cuando lo veía. La piedra azul —¿topacio? ¿aguamarina?— tenía unos dos quilates. Un poco más grande de lo que le hubiera gustado, pero no de manera vergonzosa.

Lo deslizó por su dedo. Ajustaba perfectamente. La piedra capturaba la luz natural de su habitación y parecía parpadear ante ella.

Oh, era... era absolutamente... ¡Oh!

Dos horas más tarde, se rindió y fue a pararse delante de la oficina de Al, luego llamó a la puerta. Milagrosamente, él estaba dentro —por lo general se escabullía para ir a pescar sobre esta hora del día.

—¿Qué pasa? —preguntó, firmando papel tras papel desanimadamente.

—¿Sabes lo que necesitas? Necesitas un ordenador, como en *Star Trek*³⁰. ¿Sabes cuando el capitán dice: “Ordenador, localiza al Comandante Riker”, y el ordenador contesta: “Comandante Riker está acostándose con Troi en la holosección”, o algo así? Eso es lo que le hace falta a este palacio.

—¿A quién no puedes encontrar?

—¿A quién piensas? ¡A tu hijo! He buscado por todas partes y estoy jodidamente agotada.

—¿No sólo sencillamente agotada? —preguntó el rey, sonriendo un poco—. ¿Jodidamente agotada?

—Voy a pasar eso por alto con la dignidad que no se merece. No está en la sala de los pingüinos, no está en la galería. Los cocineros me han dicho que comió hace horas, pero que no ha salido de los campos, Edmund no tiene ninguna pista, Jenny sólo aprovechó la oportunidad para sacarme de quicio sobre compras de zapatos, y Kurt no lo sabe.

—Él, sus hermanos y hermanas, están en la parcela familiar —dijo Al. Tomó su pluma e ignoró la desbordante bandeja de entrada—. Hoy es el aniversario de la muerte de su madre.

—¡Oh... mierda! Ah... ¡mierda! Bueno...

—Está bien. Deberíamos habértelo dicho. Pero tenías cita con la Dra. Pohl y, francamente, no pensamos que dejarse ver por la cripta familiar sería tu idea de pasar un buen rato, por eso han ido sin ti.

—Bueno... no... pero... —Increíble, estúpidamente, se sentía herida por

³⁰ *Star Trek* o Viaje a las Estrellas, es una saga de series de televisión y películas que se inició en 1966. Tiene una temática futurista. La tripulación de las naves espaciales se compone de personajes provenientes de las más variadas galaxias.

que el príncipe no le hubiera pedido ir. Iba a ser su mujer. Era su futura difunta suegra, después de todo. Y él... ellos, la habían dejado. Se habían ido y la habían dejado—. Bueno, siento haber irrumpido y todo eso...

—No hay problema, Chris. Eres bienvenida en cualquier momento.

—¿Oye...? ¿Cómo es que no estás allí ahora?

—Fui esta mañana —dijo el rey en voz baja.

—Oh. —Ella pudo sentir como su cara iba enrojeciendo. Esto se estaba convirtiendo en una de las escenas más dolorosamente embarazosas en que se había visto envuelta. Y se había visto envuelta en muchas...

—Está bien. Bueno... Gracias por informarme. Perdona por interrumpir tu trabajo. En fin, ¿qué estás haciendo?

—Firmando proyectos de ley. Ya sabes, papeleo ordinario.

—Claro. Papeleo ordinario. Está bien. Bueno, te veo más tarde.

—No te metas en problemas —dijo distraídamente, ya de vuelta al trabajo.

—Demasiado tarde —murmuró ella, cerrando la puerta a su espalda. Cuando de pronto chocó con Edmund.

—¡Ahh! ¡Ayyy! ¿Tienes que acercarte a mí de hurtadillas como un maldito vampiro todo el tiempo?

—Sí, milady. ¿Me permite un momento?

—¿Por qué no me dijiste que el príncipe estaba pasando el tiempo en la tumba de su madre, idiota?

Edmund parpadeó sorprendido.

—No sabía que él aún estaba allí —Miró su reloj—. Mmm. Bueno, estoy seguro de que volverá pronto.

—Bueno, bien. Necesito hablar con él. ¡Mira esto! —Enseñó rápidamente su anillo—. ¿No es genial?

—¡Alabado sea el Señor! La señora ha hecho su elección.

—Te he dicho un millón de veces que pares de hablar de mí en tercera persona. De todos modos, ¿qué quieres?

—Quiero que venga conmigo y que apruebe sus apartamentos.

—¿Mis qué? —Ella lo siguió un paso por detrás, lo que no era fácil ya que daba zancadas como un avestruz.

—Donde usted y Su Alteza vivirán después de la boda.

—¡Oh! ¿Vamos a vivir aquí? ¿Eso es lo que David quiere?

—Me imagino que sí, milady, ya que fue él quien dio las órdenes para que estos apartamentos estuvieran terminados antes del día de su boda.

—Gracias por preguntar, Dave —masculló.

—¿Perdón, milady?

—Nada. Entonces, ¿vamos a vivir aquí? ¿Todo el tiempo? No es que me importe, porque es un sitio realmente agradable, y bastante grande para todos nosotros, pero...

—El príncipe tiene también casas en Boston, Londres, La Isla Príncipe Edward y Roma.

—Ciudades costeras —dijo.

—Bueno, Su Alteza es un biólogo marino.

—Sí, eso he oído.

—Me pitan los oídos —dijo alguien por detrás. Edmund no detuvo el paso pero Christina se giró.

—¡David! Estás aquí. Te he estado buscando por todas partes. Literalmente, por todas partes. ¿Qué es eso de vivir en el palacio después que nos casemos?

—¿Qué es eso de una luna de miel en Nueva York?

—Bueno, te lo iba a decir —murmuró.

—Eso supuse.

Él se acomodó a su lado siguiéndole el paso. Hoy, muy interesante, llevaba un traje negro que pegaba estupendamente con su cabello oscuro. Estaba recién afeitado y pudo captar el fuerte y limpio aroma de su loción.

—Entonces, mmm..., ¿cómo te ha ido en el cementerio?

—Tan bien como se podía esperar. Lo siento, pensé que tenías nuestro programa para hoy.

—No los leo —admitió.

—Ah...

—Escucha, Dave, adoro el anillo.

Su ceño se frunció.

—¿Cuál?

—Éste —dijo ella, enseñándole la mano—. Es el mejor. ¡Y el último! Un millón de gracias. Espero que no..., ya sabes, que no fuera mucho problema encontrarlo.

—No. —Sonrió, tomó su manó, que miró un momento, la apretó y la soltó—. No lo fue. Me alegro que te guste. ¿Vas a quedarte con éste, entonces?

—¡Por supuesto que sí!

—Maravilloso. ¿Se lo has enseñado a Kurt?

—Todavía no, acabo de regresar y encontrarlo. Bueno... quiero decir, acabo de regresar hace tres horas. He estado buscándote por todas partes. —Él finalmente se relajó un poco y se sintió aliviada de verlo.

—Siento que pensaras que estaba perdido en las mazmorras.

—Ahh... En realidad, no tenéis mazmorras, ¿o sí?

—¿Edmund te está llevando a nuestros apartamentos?

—Sí, estoy segura de que estarán bien, pero escucha, no tenemos que vivir aquí los trescientos sesenta y cinco días del año, ¿no?

—No, claro que no.

—Bien. Quizá me enseñes tu casa de Boston alguna vez.

—Nuestra casa —le corrigió, y deslizó un brazo alrededor de su cintura.

Ella descansó la cabeza en su hombro.

—Realmente me encanta el anillo.

—Realmente me siento aliviado.

—¿Qué es la piedra? ¿Topacio azul?

—Diamante azul —corrigió—. Pienso que resalta tus ojos. Y el engaste es platino.

Guau. Entonces, instantáneamente, era diez veces más caro de lo que había estimado. Bueno, bien. Le encantaba el anillo. Sobre todo porque demostraba que David finalmente había comenzado a prestarle atención.

—No sabía que había diamantes azules.

—Son raros, poco frecuentes. Como tú.

—Oh, David, es tan..., Dios, es realmente tan... sólo... —Se detuvieron, su cara se estaba acercando a la de ella, su mano se estaba deslizando por su pelo, sujetando la parte posterior del cuello, sus labios se acercaban, ella se inclinó hacia él y...

—¡Ejem!

David se dio la vuelta. Christina miró enfurecida.

—¿Qué?

—Sus habitaciones, Señor, Milady. De todas formas, ¿por qué no consiguen una habitación? Bueno, aquí está.

—Hilarante —dijo ella agriamente.

Gran sorpresa, las habitaciones eran enormes, magníficas, impresionantes, maravillosas, *bla-bla*. Tuvo un momento de ruborizante confusión cuando contempló la cama extra-grande. Si tenía que vivir con esta tensión sexual por mucho más tiempo, el príncipe iba a ser violado en su noche de bodas. Pero por encima de todo la suite —"apartamentos", los

habían llamado— era increíble. Había un gran dormitorio del tamaño del salón más amplio de Norteamérica, un cuarto de baño palaciego, hecho en dorados y —suspiró— motivos marinos, una pequeña cocina donde preparar rápidamente algo para picar, dos despachos —que demonios se esperaba que hiciera ella en el suyo, no tenía ni idea- y una pequeña sala de estar con chimenea y grandes sofás de felpa.

—Edmund, es maravilloso —decía David—. Te has superado a ti mismo.

—Entonces, hoy es un día como cualquier otro, Alteza. Estoy complacido de que esté satisfecho.

—Sí, es genial... Mmm, ¿qué se supone que tengo que hacer en mi despacho?

—Lo que quieras —dijo David, sorprendido ante la pregunta.

—Ajá. ¿Y qué vas a hacer tú en el tuyo?

—Mi trabajo —respondió seriamente.

—¿Un apéndice a "*Los hábitos de anidamiento del Aptenodytes patagonicus*"?

—¡Recuerdas el nombre de mi artículo! —gritó, entonces encantado le dio un abrazo.

—Aburrido. Pero sabes, David, es genial que estés haciendo todas estas cosas e investigaciones, además me alegro de que tus artículos consigan publicarse, porque trabajas muy duro en ellos, pero ¿qué se supone que tengo que hacer yo? No tendré un trabajo nunca más, y vosotros, chicos, no me dejareis cocinar para un gran número de personas de todos modos... mierda, apenas puedo encontrar cocineros que me dejen hacerme un sándwich. ¿Cuál es mi trabajo? Tiene que haber algo más aparte de "*la princesa coronada de Alaska*". ¿No?

—Papá probablemente comenzará a entrenarnos a los dos en el día a día de dirigir el país.

Ella trató de no parecer horrorizada.

—Los legisladores hacen la mayor parte —añadió Edmund—. Pero el soberano, o soberanos en su caso, tienen varias tareas oficiales y no oficiales.

—Oh.

—Alaska es grande —le recordó Edmund—, pero su población es pequeña. Así que no estará bautizando barcos o cortando cintas de nuevos edificios muy a menudo.

—No hay de que preocuparse —dijo David. Luego frunció el ceño—. De acuerdo, eso no es exactamente cierto. Pero no es nada que no puedas manejar, ¿qué te parece?

—Ligeramente menos terrorífico.

—Milady, confíe en mí, si no lo hace en nadie más... Usted no estaría casándose con el príncipe en treinta y siete días, si el rey pensara que no está a la altura de las circunstancias. El hecho de que esté todavía aquí es un buen augurio... para todos nosotros.

—Fenomenal. No creo que pueda despedir al cocinero y asumir su trabajo. ¿No?

—No. Además, odio ver llorar a un hombre adulto —dijo Edmund, echando un vistazo a su reloj—. En particular, antes de la hora de la cena.

Horas más tarde, se encontró en la parcela familiar. Estaba situada en el extremo oriental de la propiedad del palacio. Prácticamente en el lago. Era, como esperaba, hermoso. ¿Qué no lo era en Alaska? Vaya, vivir en este lugar era como vivir en una brillante revista de viajes.

Ignoró la acuciante sensación de no pertenencia. Le gustara o no, y a ella le gustaba... estaba bastante segura, ésta sería pronto su familia. Tenía tanto derecho a estar aquí como cualquiera. Más, quizás.

Incluso si no la habían invitado. Incluso si se fueran y la dejaran... era una parte de la familia, ¿o no lo era?

Quizá no.

El mausoleo de la reina Dara estaba situado entre dos elevados árboles, incluso con el crepúsculo llegando, parecía más relajante que atemorizante.

Christina se sentó con las piernas cruzadas en la pequeña colina detrás del edificio de piedra, y reflexionó sobre las reinas muertas.

Debo estar loca. Un día seré reina y entonces moriré y me enterrarán aquí. ¿En qué estaba pensando?. Éste no es lugar para mí.

Entonces, se reafirmó su propia naturaleza sincera. Parafraseando a JFK, si no ella, ¿quién? Claro, no tenía el pedigrí para el trabajo, pero eso no significaba que no pudiera ser buena.

Bueno, adecuada.

—Ése es mi objetivo —dijo en voz alta, mirando el ondulante césped—. Adecuación. Está bien entonces.

Permaneció largo tiempo en el mausoleo.

Capítulo 21



n-dos-tres, un-dos-tres, un-dos-tres...

— ¡Ay! — se quejó la Princesa—. Me has vuelto a pisar, ¡vaca torpe!

—Un sólo insulto bovino más —avisó Christina con los dientes apretados mientras seguía contando en su cabeza—, y serás la única princesa de Alaska con dentadura postiza.

—¡Presten atención!

—... dos-tres, un-dos-tres...

—¡Ouch! ¿Vas a dejar que te lleve, por el amor de Dios?

—No.

—Edmund, ¿por qué la dejas que me lleve? —gritó Alexandria—. Mi hermano no la va a dejar llevarle, puedes estar malditamente seguro de eso.

—... dos-tres, uno- Porque me gusta vivir al límite, Su Alteza, -dos-tres, uno-dos-tres, uno-dos-tres...

—¡Edmund!

—Deja de joder y cuenta —dijo Christina.

—No puedo contar, me distrae el hecho de que mis zapatos se estén llenando de sangre.

—Mira, tengo que aprender el vals. Y si bailara con Edmund, no podría ver más allá de su ombligo.

—¿Por qué no está David aquí enseñándote?

—Un-dos-tres, un-dos-tres, un-dos-tres... Porque su alteza ya sabe bailar el vals.

—Bueno, también lo sabe *Mi Alteza*.

—Sí —dijo Christina—, pero quiero sorprender a David con mi habilidad para hacerlo.

—¿Así que me usas como saco de boxeo para aprender?

—Cállate y cuenta.

—Te odio.

—Un-dos-tres, un-dos-tres— todos lo hacemos, Su Alteza—, un-dos-tres...

Los ojos azul oscuro de Alex -tan parecidos a los de David- se encendieron peligrosamente. —Me acabo de dar cuenta de que tengo más rango que nadie en esta habitación —declaró—. Así que creo que voy a terminar con esta tortura.

—Puedo patearte el trasero y lo sabes —Christina bailó a través de la habitación con Alex—. ¡Ey, creo que le voy cogiendo el truquillo a esto!

—No lo haces. Confía en mí. ¿Dónde está tu guardaespaldas? ¿No es su trabajo acompañarte en las situaciones peligrosas?

—La última vez que bailé con Kurt acabé dándole una patada en las pelotas.

—¡Y... vuelta!

—¡No fastidies! —Alex jadeó—. ¿En serio?

—Sí. Así que estaba inexplicablemente nervioso por la idea de bailar conmigo de nuevo.

—Él es magnífico.

—Y lo sabe, así que ten cuidado. Aunque una vez que te tragas la basura de "*Soy demasiado sexy para mi camisa*" es un tipo bastante simpático.

—Mejor amigo que amante, ¿eh?

—Exacto.

—Un-dos-tres, un-dos-tres, un-dos-tres —concéntrense señoras—, un-dos-tres, un-dos-tres, un-dos-tres...

Era, pensó Christina, como una clase de gimnasia en el infierno. Desde luego la sala de baile era lo bastante grande, y aunque no sabía el nombre del vals que sonaba, el un-dos-tres le empezaba a martillear la cabeza. Bueno, soportaría mucho más por David. ¡Vals y lo que hiciera falta!

—¿Señora? ¡Ah! ¡Aquí están! —Jenny entró apresuradamente en la sala de baile. El lugar era tan grande como el gimnasio de una escuela y sus voces hacían eco. Christina había dejado de contar las arañas colgantes del techo después de la media docena.

Como era habitual, Jenny estaba impecablemente peinada y vestida con su atuendo de los martes: traje gris a rayas con blusa blanca, medias de color y zapatos negros. — ¿Estás lista?

—No. Vete. Estoy ocupada.

—Señora...

—No.

—Señora, sea razonable. Sólo por esta vez.

—Oh vamos, no me atosigues. Queda mucho tiempo.

—Lamento diferir —dijo la Princesa Alexandria—. Te casas en una semana a partir de mañana. Y no me aprietes tanto o iré a por mi spray de pimienta.

—Haces que parezca muy importante. Se trata sólo de comprar zapatos. Mierda, puedo hacerlo en un segundo.

—Pero no lo ha hecho. Así que ahora nos ocuparemos nosotras. Sea razonable, señora. Es uno de mis deberes como dama de honor.

—Y mío también —dijo Alexandria alegremente—. Kathryn no viene con nosotras. Esta tarde tiene clase de equitación.

—¿Qué está montando? ¿Un tigre de Bengala? ¿Le importará cuando empiece a tirarle piedras a la cabeza?

—Un caballo árabe, y muy divertido. Ahora sólo te lanza cosas a ti.

—Oh, qué alivio.

—Un-dos-tres, un-dos-tres, un-dos-tres...

La reputación de la Princesa Kathryn la precedía. Desde luego que era hija de su padre, el rey Alexander. Excepto, por supuesto, que casi nunca decía palabra y tendía a expresarse rompiendo cosas o arrojando comida. Chris lo sentía por ella, un poco... Atrapada en medio de una enorme familia, con un impresionante hermano mayor con el que competir... No era extraño que se expresara con cierta violencia.

Pero después de todo, pensó Christina, era obvio que todos eran hijos del rey, de una forma u otra.

—Ella confía en nuestra elección —dijo Jenny—. Pero tenemos que hacerlo ahora, esta misma mañana.

—¿Por qué?

—Porque esta tarde tienes que probar el menú —apuntó Alex—. Y mañana tienes cita con la Dra. Pohl y el reverendo. Y pasado mañana, David y tú tenéis el ensayo de la coronación.

—¿Por qué? —lloriqueó.

—Porque no quieres parecer una idiota cuando te pongan la corona en la cabeza, ¿o sí?

—Oh, Dios, ayúdame —murmuró. Paró de bailar. Alex inmediatamente se sentó en el pulido suelo, se quitó las zapatillas y se frotó los pies. Llevaba calcetines blancos y Christina se fijó en que no había ni gota de sangre en ellos.

—¿Estais interrumpiendo la clase de baile para ir a comprar zapatos?

—Sí —dijeron Jenny y Edmund con firmeza.

Genial. Sonaba como si el no hacerlo hubiera significado un drama. — Bien, acabemos con esto.

—¡Ése es el espíritu! —gritó Alex. Se volvió a calzar los zapatos y se

levantó de un salto—. Con una actitud tan positiva como esa no puedes equivocarte.

—Un momento, ¿qué es eso de que hay una coronación? ¿No seré automáticamente una princesa cuando me case con tu hermano mayor?

—Sí. Por ley. Pero a la gente le gusta ver la ceremonia, algo concreto. Y papá dice que siempre que sea posible hay que darle al pueblo lo que quiere.

—¿Tu padre dijo eso?

Alex ignoró la sarcástica pregunta. —Pero como iba diciendo, cuando fui tan rudamente interrumpida por una plebeya, por ley, en el segundo que digas “*Sí, quiero*” serás la princesa heredera de Alaska.

—Qué bonito.

—Relájate. Habrá tarta.

—Desde luego que sí.

—Estará espléndida, Princesa —le aseguró Jenny—. De otra forma, Su Alteza habría... Uhm, iré por el coche.

—De otra forma, Su Alteza me habría dado una buena paliza a estas alturas, ¿no? —preguntó Christina a Alex, quien asintió sin sonreír.

—¿Llevamos tus guardaespaldas o los míos?

—Los míos —dijo Chris con firmeza—. Los tuyos parece que están embalsamados

—¡No es verdad! Sólo se toman su trabajo muy en serio.

—Seguro. Por eso fueron embalsamados.

—Tengo los mensajeros aquí —dijo Jenny estirando el bolso, que parecía crecer alarmantemente en todas direcciones.

—¿Qué demonios es un *mensajero*?

—Te lo diremos —dijo Alex agarrando a Christina del brazo—, por el camino.

Capítulo 22



Christina entró en su habitación tres horas más tarde, tambaleándose y sintiéndose completamente exhausta. ¡Argh! Toda la mañana fuera, desperdiciada en una salida de compras, por haber ido a comprar *zapatos*. ¿Por qué no se les había ocurrido atizarla en la cabeza hasta que perdiera la conciencia? Eso habría sido más rápido. ¡Y más gentil!

Abrió uno de sus cajones; se moría de ganas de darse una ducha para deshacerse del olor del centro comercial y estuvo a punto de soltar un chillido. Por el rabillo del ojo notó un movimiento, saltó hacia atrás, y se giró justo a tiempo para descubrir al príncipe Nicholas, oculto por la capucha de su sudadera corriendo hacia la puerta.

Ella lo atrapó. Nicky emitió un sonido —¡Yark!— mientras lo zarandeaba como si fuera una maraca.

—¡Maldita sea, pequeño perverso! Mantente lejos de mis cajones, ¿entiendes? Deja... de... revolver... mis... cosas —. Cada palabra fue subrayada por una sacudida.

—¡Ayyyyy, Chris, vamos! No puedes guardar el algodón con la seda. Es antinatural.

—¡Me importa una mierda! Y es antinatural que a un niño de 12 años le preocupen estas tonterías. Lo digo en serio, Nicky. Al principio me pareció que esta extraña obsesión con mi ropa era graciosa, pero ahora se ha vuelto un escalofriante caso de primer orden. ¿Te gustaría tener que ver a la doctora Pohl cada semana?

—No —admitió él—. Parece una abuela agradable, pero asusta.

—Estoy de acuerdo. Así... que... deja... de... hacerlo.

—Deberías ser más amable conmigo —le dijo de repente, balanceando su pequeño pie en el aire—. Mi madre está muerta.

—Bienvenido al club, compañero —dijo ella con gravedad—. No esperes un tratamiento especial de mi parte.

Él dejó de golpear el aire con su pie.

—Olvidé lo de tu madre, Chris —le dijo apenado—. Lo siento.

—Está bien. Pero recuerda lo que te dije. Una vez más y se lo diré al rey; hará que vayas a hablar con un loquero en lugar de salir a pescar con tus amigos.

—De acuerdo. Umm... Chris... ¿puedo preguntarte algo acerca de tu familia?

Ella lo soltó, pero lo mantuvo agarrado por la capucha, por si acaso. —Claro.

—¿Te pareces a tu madre o a tu padre?

Christina parpadeó. —A ninguno. Mi madre era pequeña, tenía el pelo negro y liso y los ojos color café. Mi padre era pelirrojo y tenía los ojos verdes.

—Tú tienes los ojos verdes. Aunque algunas veces son azules.

—Como sea, me parezco a mi abuelo.

—Oh. Porque yo no me parezco a mi pa... quiero decir, alguna gente dice que me parezco a la familia de mi madre —agregó sin convicción.

—Bien, "*alguna gente*" es idiota, Nicky. ¿Sabes lo que es un gen recesivo? ¿No? Muy bien, ésa es la razón por la que yo me parezco a mi abuelo y no a mi padre, y tú a tu abuela... ¿o a tu bisabuela? Nunca consigo recordarlo, de todos modos, es por eso por lo que te pareces a ella y no a tu padre.

— Porque... porque no me parezco a ninguno de mis hermanos o hermanas. Ellos son morenos y yo no.

Ella bajó los párpados. Era obvio que se trataba de un asunto muy

importante para él, pero también sería un error que le diera demasiada relevancia. Así que suspiró con exasperación y dijo:

—Nicky, es lo que intento explicarte. Son los genes recesivos. No significa nada. Además, ¿crees que a tu padre le importa si eres moreno o rubio? Tengo noticias, gamberro, a él no le preocupa. Ni siquiera un poco. Y yo conozco a mucha gente que mataría por tener tu pelo. Rizos rubios naturales... me vuelve loca sólo verlos.

—Está bien —sonrió—. No deberías llamarme gamberro.

—Te llamaré como me dé la gana, pedazo de...

—¿Quieres que le dispare?

Ambos se dieron la vuelta. Kurt estaba en la puerta, sonriendo.

—¿Puedo ver tu pistola? —preguntó Nicky, distraído al instante.

—Por supuesto —Kurt la sacó del bolsillo que tenía en el hombro, la revisó, la descargó y entonces se la tendió vacía al príncipe y se inclinó para recoger la bala de la alfombra—. Es una Beretta, nueve milímetros.

—Lo sé. Es bonita.

—Siempre decías que los bolsillos en los hombros eran para los programas de TV —comentó Chris—. Decías que era imposible sacar el arma con rapidez.

—Bueno —Kurt se encogió de hombros—. Ya practiqué y no representa ningún problema. ¿Sabes que el rey me dio la pistola? Le dijo a ese tipo alto, flaco y horroroso...

—Edmund —dijeron al unísono Nicky y Chris.

—Sí, él. Hizo que investigara lo que yo usaba en L.A. y me dio dos nuevas. Una para utilizarla y otra de repuesto.

—Papi dice que ya que arruinamos tus vacaciones deberías obtener algo agradable a cambio, —comentó Nicky. Cogió el cañón de la pistola y se la tendió a Kurt para que la tomara de la culata—. Es bonita, pero me gustan más las treinta y ocho.

Chris se tapó los ojos. —Oh, no me digas.

—Está bien —dijo Nicky—. Sólo me permiten practicar en el campo de tiro, con mi instructor.

—Me siento mucho mejor. Creo que no está en la naturaleza del rey dejar que uno de sus hijos tenga un pasatiempo normal, como la jardinería.

Nicky resopló. —Bueno, me voy.

—Adiós.

—Bien, adiós. Adiós, Kurt.

—Hasta la vista, Nick

En cuanto Nicholas se hubo ido, Kurt agregó: — Chico agradable.

—De una forma un tanto alarmante, sí. ¿Sabes? Ayer me pidió que lo esperara hasta que creciera para que pudiera casarse conmigo.

—Falta mucho para eso.

—Oh. Ja. Ja. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me preguntaba si te gustaría ir al gimnasio. Me imaginé que podrías necesitarlo después de todas esas compras.

—Oh, Dios —dijo ella agradecida—. No tienes idea.

—Así que elegí un par —¡unf!— inmediatamente, ¿no? Y estaban perfectamente *bien*. Pero nooooo, como no costaban seis mil dólares eran inaceptables. Jenny dijo —¡unf!— “*no son adecuados para tu posición social*”, sin importar qué demonios significa eso.

—¿Y Jenny —¡unf!— es...?

—Oficial de protocolo, alias ayudante de novias, alias dolor de cuello. En fin, en estatura te llega un poco más arriba de los hombros. Siempre usa trajes austeros. Tiene un extraño parecido con *Shania Twain*.

—¡Oh! Claro. La chica que parece estar agobiada todo el tiempo.

—Sí, ésa es.

—Es guapa.

—Es una molestia. Pero sí, también es guapa. ¿Quieres que te consiga una cita con ella?

—No. Parece un poco tensa para mí.

—Ella dice que —¡unf!— ama su trabajo —dijo dudosa—. Pero creo que toma un frasco de Advil a la semana.

Kurt se balanceó; Chris se agachó y lanzó un pie contra su ingle. Le paró el golpe con la parte exterior del muslo y empuñó la mano. Ella lo esquivó y pateó sus pies para hacer que perdiera el equilibrio.

—Ya no eres cinturón marrón —gimió después de caer al suelo.

—Oh, ¿no te lo había dicho? —dijo excesivamente solícita—. Conseguí el cinturón negro hace dos años.

—Perra.

—Llorón.

Estaba tan ocupada disfrutando de su pequeña sorpresa que no pudo esquivar la patada, y ahora su trasero estaba en la tierra, bueno, en la alfombra del gimnasio.

—Entonces fuimos a esa relamida tienda en Juneau, una tienda tan estirada que no tiene ni siquiera nombre en la entrada. Había una monstruosa lámpara de araña en el techo. ¿No te parece estúpido?

—Estaba ahí —le recordó Kurt.

—Entonces ¿qué pasó? —ayudada por sus manos, se balanceó hacia atrás, dio una voltereta y cayó sobre sus pies.

—Me encanta ese truco —dijo Kurt admirado, todavía en el suelo—. Pareces *Buffy la cazavampiros* cuando lo haces.

—Sí, sí —se inclinó para ayudarlo a levantarse—. Entonces, ¿qué pasó?

Sesenta y cinco pares de zapatos después, elijo un par que era exactamente igual al de *Payless*, ¡sólo que éste costaba setecientos dólares! Y todo el mundo: *Ooooooh, son perfectos, bla-bla, y yo: ¿Qué pasa? ¿Cuál es la diferencia?* ¿Y sabes, sabes qué fue lo peor de todo?

—Que te lo dijeron —dijo Kurt tirando de ella, que cayó en la alfombra a su lado.

—¡Sí! He escuchado más de punto de tallo y hechuras a mano de lo que he querido saber en toda mi vida. Además, no eran ni siquiera del color correcto, eran blancos.

—Lo sé. Van a teñirlos para que hagan juego con tu vestido.

—Exacto. Francamente, también me sorprende que me dejen usar zapatos bajos.

—Eso *es* sorprendente.

—¡Ya lo sé! Es que fui determinante respecto a eso. Literalmente. Nada de tacones altos. Ya voy a estar lo suficientemente incómoda.

—Estás preciosa cuando estás malhumorada y enfadada.

—Cállate —le dijo irritada, apartando su mano de un manotazo—. Esperaba un poco de compasión.

—Nena, tienes toda mi compasión —volvió a extender la mano para tocarla. ¡Qué raro! ¿Qué le estaba pasando? Se puso en pie de un salto.

—Vamos, terminemos. Quiero darme una ducha porque después tengo que ir a la prueba del menú, que Dios me ayude.

Kurt se incorporó lentamente.

—¿Sabes, Chris? Realmente no pareces muy feliz aquí.

—¿Eh? Bueno, lo soy. Quiero decir, estoy estresada, claro, pero creo que todas las novias lo están. Hay tanto que hacer y, la verdad, no me interesa mucho.

—Exacto.

—¿Qué?

Su cara estaba más próxima a ella. A la distancia idónea para besarla — ¿no era muy extraño?—. Ella lo miró, su rostro emergió como la luna acercándose, y cuando finalmente se dio cuenta de lo que iba a hacer en realidad, fue demasiado tarde, no podía creer que pretendiera hacerlo y se quedó congelada, inmóvil; de pronto, su boca estaba sobre la suya. Entonces se dio cuenta que podía moverse... y lo hizo.

— ¡Au!

— ¿Qué... crees... que estás... haciendo?

— Mierda, Chris, ¡mi jodida nariz!

Le dio una patada en la espinilla todo lo fuerte que pudo, por precaución, y él cayó como si fuera una bola pesada.

— ¡Maldición!

— No vuelvas... a hacer eso... nunca.

— ¡Jesús! —la miró desde el suelo, con las manos ahuecadas bajo la nariz para detener la sangre—. ¿Por qué lo has hecho?

— ¿Por qué he hecho qué? ¿Qué demonios te pasa? Sabes que estoy comprometida, tú sabes lo que estábamos haciendo. Se supone que eres mi *amigo* y ¿me haces esto en la *propia casa de mi novio*?

— Yo sólo... pensé...

— Tú no pensaste. Nunca piensas cuando se trata de algo así. Sólo ves lo que quieres y tratas de apropiártelo. Y a veces -la mayoría de las veces- eso te mete en problemas. Pero nunca aprendes ¿verdad? —intentó seguir gritando pero en lugar de eso estalló en llanto—. ¿Cómo has podido?

Echó a correr, pero no pudo llegar muy lejos, las lágrimas empañaban sus ojos impidiéndole ver, y de repente se sintió aterrada cuando chocó contra algo duro.

El pecho de Al.

Peor aún, David estaba a su lado.

Al dirigió su mirada hacia ella, luego a Kurt, entonces la apartó y se

dirigió resueltamente hacia él.

—No te atrevas —dijo David, y tiró de Al para enfrentarse a Kurt.

—¡Joder! Déjame a mí. Es mi país, mi casa y mi huésped.

—Es mi prome...

—De acuerdo, te toca el segundo disparo.

—No.

—¡Basta! —chilló ella—. ¡Ni un sólo disparo! ¡Me encargaré del asunto!

—Silencio, Chris —dijo Al distraído.

—Ni lo pienses, Chris —agregó David igualmente ausente.

Avanzaron como un solo hombre y levantaron a Kurt fácilmente, como si estuviera hecho de helio. Pero ella estaba ya a su lado, agarrándolos de los hombros para detenerlos.

—Oíd, chicos, os he dicho que no, yo me encargaré. Mirad, está avergonzado. ¿Veis cuánto?

—Muy, muy avergonzado —agregó Kurt, entonces tosió y escupió en la colchoneta un considerable globo de sangre y mucosidad.

—No lo suficiente —mencionó Al, preparando un puño del tamaño de una pera.

—Sí —dijo David—. Todavía está consciente. ¿Cómo de avergonzado puede estar?

—¡Ya os lo he dicho, dejadlo ahora! —usando cada gramo de su fuerza se las ingenió para alejarlos una pulgada o dos del aterrorizado Kurt—. Es mi problema, mi problema personal y privado, y me encargaré de él, ¡ahora marchaos!

—Muchacho, ¿te has vuelto loco? —Al le preguntó a Kurt.

—Uh... sí. Sí, lo estoy.

—Hablar es una cosa —intervino David—, sin embargo, besar a mi chica es algo completamente inaceptable.

—Sí —acordó Kurt, la carne alrededor de su nariz empezaba a hincharse—. Lo sé.

—No es tanto el beso —aunque te patearemos el culo por esa razón en un minuto —sino que la has hecho llorar —Al se detuvo, luego continuó—. No pensé que ella *fuera* capaz de llorar.

—No, es por el beso —afirmó David.

—Bueno, vamos a ver. Tú le das su merecido por el beso y yo por hacer llorar a la chica. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¡Alto! —dijo bruscamente Christina—. ¿Alguno de vosotros se va a molestar en preguntarme qué quiero yo? ¿O es demasiado el exceso de testosterona?

—Ah...

—Bueno...

—Os lo he dicho, pero *no escucháis*. Nunca *escucháis*. Yo me encargaré del asunto. ©art está arrepentido. No volverá a suceder.

—*Dios*, no —concordó Kurt.

—Este es el fin del asunto. Ahora quitadle las manos de encima. *Ya*.

Su tono seco y autoritario no admitía réplica; Al y David lo soltaron al mismo tiempo. Al parecía ligeramente sorprendido, David, inexpresivo.

—Y tú —Kurt se estremeció cuando ella apuntó con el dedo hacia su cara—. Esto no es algo fatal. Estoy enfadada, pero se me pasará, sólo necesito un poco de chocolate. Y no quiero que se use esto como excusa para echarse del país. Me gustaría que te quedaras, si piensas que puedes comportarte. Si no puedes, vete ahora. Esta noche. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Kurt, mirándola como si fuera la primera vez que la veía. Agregó: — Lo siento. Creo que malinterpreté las señales.

—No mientas. Has estado esperando una oportunidad, y la aprovechaste en cuanto pudiste.

— Ah... está bien.

— No lo vuelvas a hacer, Kurt. Nunca más.

— Está bien.

Ella dio media vuelta y salió.

— Ah... ¿alguno de vosotros puede decirme dónde encontrar un poco de hielo?

Más tarde, David la encontró llorando boca abajo sobre su ridículamente caro edredón. Colgó un letrero de *No molestar* en la puerta y la atrancó con una silla, por si acaso. Se desvistió, la ayudó a desvestirse a ella y la sostuvo en sus brazos durante un buen rato. Cuando el llanto cedió comenzaron los besos, a los que siguieron las caricias, los mimos, y finalmente el deseo.

Se llevaron el uno al otro al orgasmo, sin pronunciar una palabra, cada uno profundamente envuelto en sus propios pensamientos.

Los de David: *Ella es mía. Lo mataré si trata de alejarla de mí. Puedo matarlo de todos modos, si ella continúa sintiéndose mal más tarde.*

Los de Christina: *Estúpido Kurt. Bien, creo que aprendió y al menos David no le disparó ni nada parecido. Me pregunto si habrá quedado algo de aquella tableta de chocolate...*

Tercera Parte

“Damas y caballeros de la corte, honorables invitados, permítanme presentarles al novio y a la novia: Su Alteza, el Príncipe David, y su Alteza, la Princesa Christina”.

Jennifer Smythe, Oficial de la corte del Protocolo

Capítulo 23



— Esto es totalmente embarazoso —dijo Kurt, frotándose los ojos.

—¿De verdad, señor?

—¿Qué hago aquí? Es decir, ella prácticamente me dio una paliza, haciendo ver, claro está, que estoy en su lista de mierda, y me ha estado tomando el pelo despiadadamente. Sin mencionar, que el príncipe me lanza una mirada espeluznante cada vez que nos cruzamos. Entonces, ¿por qué no tomo un avión y regreso a Los Ángeles?

—Lady Christina no desea eso, señor.

—Sí, sí —Él suspiró. A veces creía haberse vuelto tan lunático como la Familia Real. Si tuviese una pizca de cerebro, se habría largado en cuanto se le hubiera deshinchado el moretón. En vez de eso, Chris insistió en que se quedara, diciéndole que el diablo que ella conocía estaba mejor, lo que demonios significara eso.

Y... para ser completamente honesto... se quedó para redimirse. Para demostrarle que no era lo que ella había dicho: *un asalta chicas sin conciencia alguna*. Esa sexy Princesa Alex había intentado acercarse a él, pero la había tratado como si fuera radioactiva. Su padre no sólo era un tipo grande, sino que podría, si quisiera, bombardear California o algo así.

Así que ahí estaba, parado delante del dormitorio de Christina con Edmund.

Llamó a la puerta.

Silencio.

Llamó más fuerte.

Silencio.

Edmund dijo fuertemente:

—¡Vamos a entrar, milady! —Y... ¡Guau! Abrió la puerta y entró tranquilamente. ¡Hombre valiente!

—Unffff, unffff —murmuró ella.

Kurt se acercó al pie de la cama, y tiró del edredón para revelar una Christina cuyo rostro denotaba sueño.

—¡Aagggh! Quiero decir, Buenos días.

—Lárgate —gruñó.

Edmund recogió el edredón cautelosamente, y fijó la vista en sus pies.

—Creo que primero, una pedicura.

—No es hora de levantarme todavía.

—¡Oh, claro que sí, rayito de sol! —Kurt se encogió al ver como ella lo miraba con odio— Oh... olvidé cuan... um... bañada de rocío fresco se te ve por la mañana.

—Cierra la maldita boca. Vosotros dos pervertidos, perdeos—se arrebujó cual gusanito debajo de las frazadas de la cama.

—No, no, no —cantó—. Has ignorado tu despertador. Así que Ed y yo nos encargaremos de la tarea. ¡Es hora de que te cases!

—Maldición.

—Exactamente, milady, pero todos tenemos desagradables tareas que atender. Ahora levántese.

—¿Es de verdad? —Suspiró—. ¿Dos de Abril? ¿Ya?

—Eso me temo, hermosa —dijo Kurt.

—Me siento como si acabara de llegar.

—¿En serio? —Dijo Edmund—. Parece que lleve aquí una eternidad. Una alegre eternidad.

—Cállate. ¿Dónde está David? ¿Por qué no lo habéis ido a despertar?

—Su Alteza está despierto desde hace cuatro horas, milady.

—Lógico. Kurt, ¿qué demonios? ¿Estás aquí, levantándome porque llevas un arma extra?

—Sí, fui específicamente reclutado para esta horrenda y peligrosa misión —admitió Kurt.

—Que listos —dijo ella gruñendo, y arrebujándose de nuevo bajo las sábanas, se acomodó, y bostezó.

Ambos hombres retrocedieron de la cama.

—¿Qué? —chasqueó la futura miembro de la Familia Real.

—Nada, milady. Usted... está tan... refrescante... como siempre.

—Nada —agregó ©art—. Es solo que... ¿podrías ir a cepillarte los dientes? ¿Qué será, AHORA?

—Idiotas —refunfuñó, y tropezó de camino al baño.

Christina se movió bruscamente, y el maquillador casi le saca un ojo con el lápiz delineador.

—¡Guau! Alex, Kath, Jenn... ¡chicas, estáis impresionantes!

Kathryn y Alex indudablemente estaban increíbles, maravillosamente apetitosas, y totalmente indiferentes.

Jenny se sonrojó completamente. Los vestidos que Horrance había diseñado desatacaban magníficamente los colores de las mujeres... las tres tenían cabellos negros, y Kathryn y Alex tenían los azules ojos Baranov. Jenny tenía unos grandes ojos negros que parecían tragarse medio rostro, y

estaba muy pálida. Incluso tratándose de ella.

—Jenn ¿por qué no te sientas antes de que te desmayes? ¿Estás bien?

—Estoy bien, milady. Es sólo... que hay muchos detalles... mi lista... debo encontrar mi lista.

—Siéntate —le dijo Alex, mientras Kathryn la miraba preocupada—. Naomi.

Una sirvienta asomó la cabeza en la habitación.

—¿Su Alteza?

—Consígale a Jenny algo para beber, o lo que sea para su estómago.

—De inmediato, Su Alteza.

—Milady... si pudiera permanecer sentada, por favor...

—Vale, vale —Christina se desplomó de nuevo. Era extremadamente insólito ser reprendida por un extraño estando en ropa interior. Bueno, al menos no la maquillaba Edmund—. De todos modos, no veo por qué tenemos que hacer esto. Soy absolutamente capaz de maquillarme yo sola.

—¿Sabes siquiera —dijo Alex, sonriendo maliciosamente—, qué pincel usar para poner máscara en tus pestañas?

—Ohhhh, eso es tan gracioso que olvidé reírme.

—¿Cuántos años tienes? —murmuró Alex.

—El reverendo desea hablar contigo —agregó Kathryn.

Christina casi se cae de la silla. ¡Kathryn ha hablado! ¡Sin lanzarle la sombra de ojos! Verdaderamente se trataba de un hecho histórico.

—Bueno, no puede. Tan solo llevo un maldito corpiño y la ropa interior, estoy en pantis. Tendrá que esperar a que lleve un poco de ropa encima.

—Es un hombre de Dios —dijo Kathryn—, no le importaría una mierda si tuvieras una rosa entre los dientes.

—Es un hombre de Dios, no un eunuco. Además, David se pone raro con cosas como esta. ¡Y tu padre! Diantres, no me hagas empezar con eso. Y ¿por

qué estás tan parlanchina hoy? ¿A qué se debe?

—Bueno —dijo Kathryn cuidadosamente—, parece que estarás aquí por un tiempo.

—Oh, ¿entonces resulta que ahora si soy digna de tu charla, ah? Eso es....

—Cierre la boca por favor —dijo la maquilladora, ella obedeció y se sometió al delineador de labios. Lo que le dio la oportunidad de estudiar a Kathryn. De todos los hermanos de la Familia Real, a los que menos conocía, era a Kathryn y su hermano, Alexander. Porque, claro está, eran los más parecidos a David, distantes y fríos. Agradable, cuando no te estaba arrojando pasteles, pero distante.

Kathryn era una pequeña y más menuda versión de su hermana Alexandria. Actualmente, en la mitad de su adolescencia, estaba a un paso de distancia de la belleza absoluta. En cuanto esta saliera a la luz, Chris imaginaba que el rey empezaría a acumular rifles. Mientras tanto, seguramente no resultaba divertido estar bajo la sombra de la Princesa Alex. *Quizás, esa es la razón por la que no habla demasiado*, se dijo Chris para si misma. *Con todo el mundo pendiente de su hermana mayor ¿para qué molestarse?*

—Y... ¡Listo!

—Gracias —dijo, prácticamente saltando de la silla—. No puedo recordar la última vez que estuve sentada durante tanto tiempo. Oh, esperad... Fue ayer. En el ensayo.

Se oyeron unos golpes en la puerta, y luego, Horrance entró a grandes zancadas, seguido de tres asistentes, que arrastraban una gran bolsa negra.

—¡Buenos días, milady! Sus Altezas —agregó, haciendo reverencias a Kathryn y Alex.

—Horrance, lárgate inmediatamente. No estoy vestida.

—¿Eh? No, por supuesto que no. Traigo su vestido, está aquí mismo.

—Eso parece una bolsa para muertos —dijo ella suspicaz.

—Le aseguro que no lo es —se situó detrás de Alex, era unas cuatro pulgadas más bajo, y le hizo algo a la parte trasera de su vestido. El escote

de Alex se enderezó inmediatamente.

—Ah... mucho mejor, Alteza.

El vestido era en verdad impresionante. Pensó Christina. El color azul profundo resaltaba los ojos de la princesa, aunque, desafortunadamente, también acentuaba la palidez de Jenny, y el escote cuadrado era muy halagador.

—Bonitas joyas —comentó. Todas sus damas de honor llevaban topacios azules cuadrados en cadenas de oro tan finas, que las piedras más grandes parecían estar suspendidas en la depresión de sus cuellos. Sus aretes eran pequeños topacios.

—David las diseñó para nosotras —dijo Kathryn distraídamente.

—¿Lo hizo? ¿Eso es verdad?

—Ajá. También tiene algo para ti... ¡Ay!

—Lo siento —dijo Alex—, se me resbaló el codo.

—Directo a mis costillas, muchas gracias —dijo mirando con furia a su hermana mayor.

—Quietas chicas —ordenó Chris— Una arpía por boda, esa es la regla. Y en este caso la arpía soy yo, por si no habéis recibido el memorando.

—Al menos nosotras los leemos —dijo Kathryn, sorbiendo.

—Cállate.

—Me has recordado a mi padre, al decir eso.

—Auuuuuuu. Ahora me vas a hacer llorar.

Kathryn abandonó su intento de parecer aburrida y se rió. Horrance aplaudió con las manos, lo que hizo a Chris saltar. Gracias a Dios la maquilladora ya había apartado el pincel de la máscara.

—¡Señoritas! Un paso atrás, por favor, necesitamos espacio aquí. Ah, eso está mejor. Ahora, milady, si se quedara quieta y se diera la vuelta... si, así... si, un poco mas... aja.... bien....

—¿Podrías no acercarte tanto? —Le gruñó—. Estoy prácticamente desnuda, por si no lo has notado.

—¿Eh? Oh, eso no importa.

—Entonces... no lo habías notado.

—Ahora, gire... ¡espere! —Deslizó dos dedos con indiferencia dentro de su corpiño y la sacudió, prácticamente levantándola del suelo. ¡Maldición! Era pequeño, pero era fuerte—. Mucho mejor.

—¿Podría por favor —preguntó amablemente—, quitar sus manos de mis pechos?

—Sí, sí. Ahora gire... muy bien... y de un paso... así... sí... ahora quédese quieta... señoritas, ayuda, por favor... si... no, ese no, el pequeño abotonador...

—¿Abotonador?

—No habrá pensado que le pondría un cierre a su vestido, ¿verdad? —le replicó, sonando molesto. Podía sentir como él trabajaba detrás de ella con sus dedos ágiles. Le pareció que estuvo quieta durante una eternidad hasta que finalmente le dijo—. Y... eso es todo. Muy bien. Dé la vuelta, por favor...

Dio un paso atrás y la escudriñó de arriba a abajo.

—Me siento como un extra en *Queer Eye for the Straight Guy*³¹ —comentó.

—Maravilloso, excelente espectáculo —Dijo Horrance distraídamente—. Sí, eso es todo.

—¡Guau! —dijo Kathryn, mirándola deslumbrada—. Es maravilloso.

—¿De verdad? ¿En serio?

—Chris, estás preciosa. El azul pálido realmente resalta el color de tus ojos.

Jenny la miró.

—Pensé que tus ojos eran verdes.

³¹ Una mirada gay para el hombre heterosexual. Programa de televisión norteamericano, que consiste en un grupo de estilistas homosexuales cuya misión es, ayudar a un hombre heterosexual en cada capítulo, a recuperar el estilo.

—No importan mis ojos —Chris dio un paso indecisa. Se sentía cómoda con todo. Nada estaba apretado. Podía respirar. ¡Un éxito!

Horrance sacó la capa a juego de la otra bolsa de cadáver y la colocó sobre sus hombros.

—¡Listo!

—Oooooooooohhh. Excepcional, Horrance, realmente te has superado.

—Gracias Jenny —se frotó las manos—. Voy a hacer una maldita fortuna este año.

Entonces, se tapó la boca con la mano, pero Christina sólo se rió. Hubo otro golpe en la puerta, y Naomi entró con una bandeja.

—He traído algo para todos —dijo. Luego, soltó un grito cuando vio a Christina—. ¡Milady! Está usted...

—¿Como un carámbano?

—... ¡maravillosa!

—Bueno, gracias —dijo, complacida—. Y gracias también por el tentempié.

—Milady, el reverendo desea verla, si no hay inconveniente.

—¿Cómo conseguisteis evitar que os casara un obispo? —Preguntó Alex—. Es el protocolo estándar para las bodas Reales, ¿cierto?

—Fácil. Cray era 'lo malo conocido', que es mejor que... ya sabes como sigue. Tuve que ponerme firme con eso. Déjalo pasar. Jenny, toma un sándwich. No tienes buen aspecto, disculpa que te lo diga.

—Miedo escénico —dijo pálidamente—. Discúlpeme milady. La atención ni siquiera recaerá sobre mí, y...

—Solo come. Hazlo, ¿de acuerdo? Estoy a la expectativa de que te des de cara contra la alfombra. O sobre mi escote.

Horrance y sus asistentes salieron, después de reprender a todo el mundo para que no respiraran, no se movieran, no tocaran nada. Hubo un golpe en la puerta, y el Ministro Cray dijo. —¿Puedo pasar?

— Adelante.

Se encontraba, si era posible, aun más pálido que Jenny, excepto por los dos febriles puntos de color en sus mejillas. Había una capa de sudor en su frente que él continuamente limpiaba con un pañuelo.

— Sus Altezas. Jennifer. Milady. Todas están encantadoras.

— Gracias. Tome un sándwich.

— No, yo... mejor no, mi estómago... mejor no. Milady, me gustaría repasar algunos asuntos con usted. Como un ensayo, le haré algunas preguntas y entonces, haré como lo hice ayer. Haré... — El dejó caer sus tarjetas con notas que se esparcieron por toda la habitación.

— ¡Guau! Tranquilo, Cray, estás aún más raro que lo que yo me siento.

— Nunca antes había salido en televisión — dijo débilmente.

— Estarás bien. Vamos, has hecho esto un millón de veces.

— Pero nunca ha dirigido un evento histórico — comentó Kathryn con una inteligente mirada maliciosa.

— Déjalo, Kath. Enmudece otra vez, y quiero decir, ahora. Y me refiero a bodas. Has oficiado un millón de bodas.

— Si, yo... eso es cierto. Yo... ¡oh! Casi lo olvido. El príncipe me pidió que le entregara esto.

Le ofreció una caja de terciopelo azul marino y Christina la tomó.

— Gracias — *¿Y ahora que rayos será esto?* Abrió la caja y casi suelta un chillido. Era un collar, realizado en plata, con diamantes azules enormes incrustados cada cinco centímetros, del tamaño del aro formado por sus dedos pulgar e índice al unirse—. ¡Oh, Dios mío! Lo siento, Cray.

Alex la miraba por encima del hombro...

— ¡Ja! Finalmente ha resultado bien.

— ¿Ha resultado?

— David diseñó todas las joyas.

— ¿Lo hizo él?

— Sí, lo hizo él. ¿Crees que sólo las pediría por catálogo para sorprenderte?

— ¿Y mi anillo?

— Sí, mira, cuando digo que hizo todas las joyas, me refiero a TODAS las joyas.

Christina colocó una mano sobre sus ojos, pero la quitó inmediatamente, acordándose del maquillaje.

— ¿Quieres decir que todos los anillos que he...?

— ¿Rechazado cruelmente?

— Oh, mierda. Discúlpame, Cray.

Alex se encogió de hombros.

— Eh, eso fue bueno para él. Necesitaba un reto.

Kathryn se rió.

Jenny saltó y tomó la caja.

— Dé la vuelta, milady. Le ayudaré a ponérselo.

Y así lo hizo, y Christina sintió el peso de las piedras, frías al principio, cálidas después por el calor de su cuerpo.

Esta noche, pensó Chris, Me quitaré todo excepto esto. Ese pensamiento provocó que el deseo floreciera dentro de ella, como una orquídea negra.

— ¿Te encuentras bien Chris? Pareces un poco sofocada.

— Estoy bien.

Y con un poco de suerte, muy pronto lo estaría.

Capítulo 24



Extraído de “La Reina de los Confines del mundo”, por Edmund Dante HI, © 2089, Publicaciones Harper Zebra and Schuster.

Aunque las notas de Edmund Dante son extensas, por supuesto él no conocía cada detalle, ni grabó cada conversación del rey y la reina (o príncipe y princesa, como eran entonces) el día de la boda. Las notas de Edmund de aquel acontecimiento son sorprendentemente sucintas, terminando con: ella era tan encantadora como novia como lo había sido como invitada.

Esto solo nos deja la opción de especular sobre lo que pasaba por la cabeza de la Reina Christina en los momentos previos a la boda. ¿Pensaba en su madre ausente? ¿O quizás en sus futuros deberes como soberana? ¿Podía ella comprender cuan rápido iba a cambiar su vida, o solo se estaba concentrando en su primer paso para convertirse en el centro del escenario?

Probablemente nunca lo sabremos.

—Jenny, ¿sabes que te pareces un montón a Shania Twain?

—¿Q-qué?

—Shania Twain³². Eres como una copia de ella.

Jenny se sonrojó de nuevo. Lo había estado haciendo con estresante regularidad esa mañana.

—¿La cantante norteamericana? Oh, yo...no. No, no me parezco. Ella es

³² Shania Twain. Popular cantante de música Country Norteamericana.

mucho más bonita.

—Jenny, ¿tienes espejo?

—Sí, por supuesto —Jenny miró su reloj nerviosa—, quedan diez minutos, señora. Yo... ah... hay algo que quería decirle pero no encuentro las notas correctas.

—No necesitas notas para hablar conmigo.

—Ah, sí. Señora... Christina, solo quería... este... decirle... bien.

—Escúpelo ya, me estás poniendo nerviosa.

—Lo siento. Es solo que, quería agradecerle de nuevo por permitirme asistir a la fiesta de su boda. Mi madre... mi madre está encantada. Y se siente muy honrada de estar invitada—añadió.

—Jenn, de verdad. Ya lo hemos discutido. No es para tanto.

—Sí es para tanto, —la corrigió con brusquedad. Chris enarcó las cejas... no sabía que Jenny pudiera ser brusca—. Mi padre murió hace dos años, y desde entonces mi madre no ha mostrado interés en... bueno, la boda es de lo único que ha estado hablando durante meses. Es maravilloso volver a verla interesada en algo.

—¿Tiene un buen asiento, verdad?

—¡Oh sí!, está en la tercera fila, a la izquierda. Lleva un sombrero púrpura, lo compró especialmente para la ocasión.

—Fenomenal.

Estaba encantada de haber salido, no solo porque hacía un día maravilloso, sino por ser testigo de un verdadero acontecimiento histórico. La Sra. Smythe, la madre de Jenny, tenía un solo deseo: que su marido hubiese podido estar allí con ella.

La boda de Jenny se llevaría acabo un año después, y pronto la Sra.

Smythe estaría disfrutando de la maravillosa distracción de los nietos. Y hasta el final de sus días contaría la anécdota una y otra vez. Jenny miraba pero no intervenía, y sus hijos, especialmente las gemelas, pedían muchas veces oír *La Historia*.

La historia era la siguiente:

—Bien, estaba yo allí sentada, esperando poder dar un vistazo a la reina, solo que entonces aún no era la reina ¿no lo sabíais? Y cuando ella recorrió el camino al altar, estaba casi tan hermosa como lo estuvo vuestra madre.

Jenny siempre interrumpía *La Historia* en este punto. —¡Oh, Mamá! Sabes que eso no es cierto. Ni en mi mejor día podría haber estado tan hermosa como la reina —Y la Sra. Smythe decía siempre—. ¡Silencio niña, nadie está hablando contigo!

—Vestía una preciosa túnica azul hielo, con una capa azul cielo a juego y una pequeña corona de diamantes. Y sonreía. Estaba un poco pálida, pero tenía una hermosa sonrisa. ¡Y me vio! Miró donde yo estaba, observó mi sombrero, me miró a mi, y me guiñó un ojo. ¡La reina me guiñó un ojo el día de su boda! ¿Puedes creerlo?

Y uno de los nietos diría —Porque mamá le dijo que habías ido a verla casarse y que llevabas un sombrero púrpura para la ocasión.

—Exacto —diría la Sra. Smythe—. Exactamente.

Kathryn y Alex habían desaparecido para ir al baño antes del gran evento. A Jenny la habían llamado para decidir si el Príncipe Carlos debería sentarse con la princesa española o la Reina Noruega.

Así que, por el momento, en realidad desde que Kurt y Edmund la habían despertado, estaba sola por primera vez.

Sola con sus pensamientos. Sola para sudar de ansiedad. Sola para darse cuenta de que iba hacia algo que la superaba. Sola para...

—¿Te lo puedes creer? —La interrumpió el rey—. Isabel no vino, pero envió a su hijo. Bueno, podemos hablar de caza en la recepción. Lástima que no haya traído a los niños.

—Los niños —dijo ella débilmente—, son hombres hechos y derechos de casi dos metros...

—Ah, son mocosos. Mocosos agradables, pero mocosos al fin y al cabo. ¿Qué, lista para encarar al enemigo? —el rey se acercó hasta ella— ¡Maldita sea! Chica, tienes tan buen aspecto como para...¿qué pasa?

—¡Oh, Al!

—¿Qué pasa? ¿Estás enferma? —Se apresuró a través de la habitación y la acarició torpemente. Tuvo tiempo, incluso en mitad de su repentina miseria para asombrarse: el rey vestía un traje. En realidad se veía ... bueno... muy Real—. ¿Has comido algo? Tienes que comer algo.

—No es eso. Oh, Al —dijo y apoyó la cabeza contra su ancho pecho por un momento, alejándose inmediatamente después para evitar arruinar su camisa con el maquillaje—. No creo que pueda hacerlo, de verdad que no. ¡Toda esa gente!

—¡Y una mierda!. Christina Krabbe, nunca has huido de nada en tu vida. No vas a empezar ahora.

—La “e” es muda —le recordó ella—, pero gracias por el voto de confianza.

—Lo digo en serio pequeña. Sé que asusta, pero solo es una hora o algo así delante de las cámaras, y luego es estrictamente diversión. Ya sabes... hasta que yo muera —bromeó.

—Vale. Lo siento. No sabía lo que se me venía encima.

—Oye, no serías humana si no te asustaras de vez en cuando. Especialmente hoy de entre todos los días. Mierda, yo era un manojo de nervios en mi gran día.

—Por cierto, estás fantástico. Como un adulto y todo eso.

—El maldito cuello de la camisa me está ahogando. Pero gracias. ¿Estás

bien? ¿Necesitas algo?

Se las arregló para sonreír. —Estoy bien, gracias.

—De acuerdo. Te veré allí. Y Chris...de verdad, David es un chico con suerte. Se te ve tan bien como un millón de dólares. Realmente, pareces una reina.

Christina palideció. —No digas eso.

—Vale. Lo siento. Pero lo pareces. Bien, lo siento. Adiós.

Gracias a Dios se marchó.

Jenny volvió a la carrera, llevando su ramo de lirios azul claro, y tendiendo a Christina su ramo de rosas blancas y rojas y lirios púrpura. —Me acabo de enterar, su alteza. Tres minutos.

—No empieces con todas esas tonterías de "*Su Alteza*", —le avisó aceptando el ramo que debía pesar seis toneladas.

—Sé muy bien cuanto le disgusta la etiqueta —dijo Jenny, sonriendo tímidamente—. Quería ser la primera en llamarle así.

—Jenn, consíguete una vida. Lo digo en serio.

Ella se rió, lo que hizo reír a Christina. A diferencia de la seria joven que mostraba al mundo, Jenny tenía una risa contagiosa. Por un momento, fue casi un día normal.

—¿Lista, señora? —susurró Edmund.

Estaba paralizada como un ciervo ante los faros. Nunca había visto tanta gente en la misma habitación —una enorme y siniestra habitación—, en su vida. Y ni siquiera había entrado aún. Se encontraba en el umbral, echando un vistazo.

Sabía que supuestamente tenía que empezar a recorrer el pasillo. Todo el mundo estaba esperando. Más importante aún, *David* estaba esperando.

No podía hacerlo. No lo haría. Huiría. Márchate ahora, hoy. Adéntrate en la espesura... en Alaska hay mucha. Sabía cazar y pescar. No sería una princesa; sería una ermitaña. Una apestosa ermitaña rubia que por los pelos habría escapado de entrar en la realeza.

—¿Señora?—Edmund la miraba con preocupación.

—Lista —susurró, con una sonrisa que fue como un velo en su cara. Estúpida fantasía sin sentido. Por supuesto que pasaría por ello. Lo había prometido ¿no? No con tantas palabras, pero el anillo que había aceptado y llevaba en el dedo era una promesa. Una promesa en platino y diamantes azules.

Así que se iba a casar. Y por lo demás, por su futuro trabajo como reina o co-dirigente de Alaska, como *Scarlett*³³, se preocuparía mañana.

Los acordes de *Trumpet Voluntary* de Clarke colmaron el aire, y ella comenzó a recorrer el pasillo. De repente, había demasiadas cosas que mirar; se estrujó el cerebro para procesarlas todas. Y sentía la sonrisa congelada en la cara.

Primero: los rostros. Cientos de ellos, todos vueltos hacia ella. Le dio gracias a Dios por no vestir ni (A) zapatillas, ni (B) cola.

Y después: cámaras. Todo tipo de ellas. Vislumbró *NBC*, *CBS*, *BBC*, *MSNBC*, *PBS*, y *ANB*³⁴, y eso solo en un vistazo.

Había pequeñas banderas colgando por todas partes... azul marino, con una gran letra blanca. Algunas tenían una C, y otras una D.

Oh, bien... David y Christina. ¡Ah!

Y flores, flores por todas partes. Montones de rosas, pilas de lirios. La iglesia olía como un jardín. O como un funeral.

Caminó, caminó, nunca llegaría al final del pasillo. Caminó sola. Eso había sido raro. Al se había ofrecido a acompañarla pero ella había declinado el honor con todo el tacto del que era capaz; no caminaría hacia su marido colgada de otra persona. No importaba cuan tentador fuera. Así que caminó

³³ *Scarlett O'Hara*, de la película "Lo que el Viento Se Llevó". Una de sus frases memorables es "No puedo pensar en eso hoy, me preocuparé de ello mañana".

³⁴ *Alaskan National Broadcasting* o Televisión Nacional de Alaska.

sola.

Rostros, rostros, más rostros; ¿a cuánta gente habían metido aquí? Creía que la iglesia y el palacio eran inmensos; sin embargo ahora parecía estar todo abarrotado. Rostros... rostros... sombrero. Sombrero. Sombrero púrpura. *¡Sombrero púrpura!* La madre de Jenny lleva un sombrero púrpura; Chris la miró, observó que la mujer mayor tenía los mismos grandes ojos oscuros que Jenny, y le guiñó un ojo. El sombrero púrpura se inclinó asombrado en respuesta.

Vio a Kathryn, vio a Alex, vio a Jenny. Vio al Príncipe Alexander, delgado como una hoja en su smoking, debería levantar pesas o algo, ganar peso. Vio al rey, vio a Nicky, vio a... ¡sí! Ahí estaba, al fin: David, su hombre. *Suyo*. Muy pronto. Por fin.

Tenía un aspecto increíble. Estaba guapo y parecía regio, sabio y fantástico. Ancho de hombros y recién afeitado. Amable y encantador, todo a la vez. Era más alto que cualquiera de los presentes, excepto el rey. Tenía las manos en la espalda; contemplándolo con el esmoquin se le hacía la boca agua. ¿Quién podía culparla?

Él le sonreía.

Ella llegó a su lado. Él se inclinó y le dijo solo para sus oídos—Estás increíble.

Ella susurró, —¿A que hora tienes que devolver el esmoquin?

El fotógrafo de la revista *People* los captó riendo frente al altar; fue la portada de todas las revistas de entretenimiento del mundo.

Capítulo 25



No estaba preparada para la aclamación con la que les recibieron, a ella y a David, cuando entraron en el salón de baile principal del palacio Sitka.

—*¡Larga vida al príncipe y a la princesa!*

—Bien, gracias —dijo ella. Y en un susurro a David—. Imagino que hablan de nosotros.

—Eso me temo—dijo David, apretando su mano—. ¿Lista para aceptar el desafío?

—No puede ser peor que casarse y ser coronada. Sin ofender —añadió ella.

—Por supuesto que no... ¿Quien podría encontrar eso ofensivo? —Él puso los ojos en blanco y la acercó a la línea de recibimiento, donde ella estrechó manos durante lo que parecieron ocho horas y media.

—Hola... gracias por venir... gracias... sí, gracias... hola... hola... gracias por venir... gracias, Horrance lo diseñó para mí... no, quería algo más que el blanco tradicional...

Jenny estaba a su izquierda, David a su derecha.

Jenny realizaba sus dos trabajos —dama de honor y oficial de protocolo— a la vez. De vez en cuando, susurraba al oído de Christina el nombre de una persona, quien lo repetía obedientemente.

—Reina Rania de Jordania, —murmuró, y Christina se encontró cara a cara con una mujer lo suficientemente hermosa -y delgada- para ser modelo de Victoria's Secret.

—Hola, Reina Rania... gracias... gracias por venir... gracias, quería probar algo diferente al blanco...

—Princesa Elizabeth, Yugoslavia.

—Hola, Princesa Elizabeth... ha sido tan bonito de su parte decir... si... gracias por venir... hola... hola...

—Príncipe heredero Federico, Dinamarca.

—Hola... gracias... sí, me alegro de que haya terminado... sí... bien, es solo un día ¿verdad?

—Princesa reinante Matilde, Bélgica.

—Un vestido genial... gracias... apreciamos que haya venido desde tan lejos...

—Rey Juan Carlos, España.

—Hola, Rey Juan... gracias... si, los escogí yo misma... gracias...

—Carlos, príncipe de Gales...

—A él lo conozco, Jenn. —Esperando aún despertar de tan extraño sueño, Christina estaba asombrada de encontrarse estrechando la mano del Príncipe Carlos. En persona parecía muy agradable. Tenía esas grandes orejas que a los caricaturistas les gustaba exagerar, pero sus ojos eran cálidos y amables, y le había dicho que David era un hombre afortunado.

—Bueno, gracias, Príncipe Carlos. —Jenny le había explicado que era apropiado dirigirse a los visitantes reales por sus títulos y nombres. Sabía que Christina, como norteamericana de ninguna familia en particular, no estaba interesada en referirse a nadie como "Su alteza". Sin embargo, una vez casada, le gustara o no, tendría un rango equivalente a muchos de los invitados reales.

—Yo soy afortunada también. Apreciamos que haya venido desde tan lejos.

—Mi madre siente no haber podido asistir, —contestó amablemente.

—Bueno, estoy segura de que está ocupada, vigilando Inglaterra y todo

eso.

El príncipe Carlos rió.

—Así es, precisamente, Alteza.

—Christina, por favor.

—Christina, entonces —Él estrechó su mano. Era encantador, a su manera. Su aliento olía a menta fresca—. Felicidades de nuevo.

—Gracias, Príncipe Carlos.

—Suzanne Somers —susurró Jenny.

—A ella también la conozco —dijo Chris exasperada—. ¡Hola! Tengo un ThighMaster³⁵ y me encanta.

La señora Somers contestó con humor, luciendo deslumbrante como un millón de dólares en un vestido color bronce que hacía destacar su pelo y sus ojos. Christina estaba asombrada... no tenía ni idea de que los ojos de Suzanne fueran tan grandes, azules y bonitos.

—Ha sido tan amable al invitarme —estaba diciendo la señora Somers.

—Bueno, como yo digo. Adoro el ThighMaster. Odio mi ButtMaster, sin embargo... ¡esa cosa es mortal! Apenas puedo caminar al día siguiente, ¡lo digo en serio!

La famosa rubia rió.

—¡Eso es porque lo está haciendo bien, Princesa Christina!

—Estupendo—dijo ella imitando una queja—, entonces.

—¡Hola, Dra. Pohl!

—Su Alteza —le dijo su psicóloga recatadamente y luego soltó una risita—Lo siento, no pude resistirme. Estás que quitas el aliento—. La doctora la besó en la mejilla. —Buen trabajo.

—Gracias. Y gracias por venir.

—Francamente, me asombró recibir la invitación.

³⁵ Aparato de gimnasia que Suzanne Somers, conocida actriz norteamericana, vende en la Teletienda

—Oh, no debería haberse asombrado —dijo Christina muy seria—. Realmente quería que viniera... Me encantaban nuestras charlas.

La Dra. Pohl se rió.

—Bien, bien, me dieron algo en lo que pensar, de todos modos. Escucha, te veré en la recepción, ¿de acuerdo?

—Eso espero.

—Reina Beatriz, Holanda —murmuró Jenny.

—Buenas tardes, Reina Beatriz... gracias... sí, ha sido un largo día, pero muy bueno... gracias...

Christina permitió a su atención vagar por un momento, justo a tiempo de oír al Príncipe Alex decirle a Suzanne Somers, *"Me gusta comer tortas. Pero mis muslos deben pagar el precio. Saludos al ButtMaster."*

Ella puso los ojos en blanco, lo que dejó al Primer Ministro británico asombrado.

La Princesa Alex juraba a todos que era una fase por la que estaba atravesando su hermano... Chris esperaba fervientemente que fuera verdad. ¡El chico había perdido una apuesta hacía... un año! ¿Durante cuánto tiempo se suponía que tenía que estar recitando poesía? Pobre bastardo. A menos que en secreto le gustase hacerlo. En ese caso sería un bastardo muy raro.

—Princesa heredera Victoria, Suecia.

—Hola... gracias por venir, Princesa Victoria... ¿le gustó Yale?

—Sí que me gustó —contestó la princesa con una amable sonrisa. Otra espléndida morena con ojos marrones... y ¡vistiendo rosa!

—Mi amiga Jenny dice que será la primera soberana mujer de Suecia, más o menos en ¿un millón de años?

—Trescientos años, y sí, es correcto.

—Bien, buena suerte con todo ese asunto.

—También para usted, alteza.

—Princesa Estefanía, Mónaco.

—Felicidades, —dijo la princesa Estefanía, estrechando su mano.

—Lo mismo digo —contestó Christina. Había leído en el *Newsweek* que Estefanía se había casado por ¿cuarta?... ¿quinta?... vez.

—Gracias, Princesa Christina.

—Simplemente Christina —dijo—, sería perfecto.

—Eso he oído —le contestó Estefanía con ojos relucientes de diversión.

—Casi hemos terminado —le dijo Jenny al oído.

—Gracias a Dios... hola, Señorita Beckinsale. Me encantó *Underworld*. Pateó un montón de traseros.

—Gracias —le contestó Kate Beckinsale—, me alegra que le gustara.

—¿Gustarme?, me apasionó. Por cierto, un gran acento.

Beckinsale parpadeó.

—Soy británica.

—Oh. Bien, eso lo explica.

—Acabamos de terminar la secuela.

—¡Esas son las mejores noticias que he tenido este año! —exclamó, y la gente de la línea de recepción rió. Con ella, no de ella. A veces es difícil distinguirlo, pero no hoy.

Fue bonito.

Christina estaba comiendo un sándwich de pepino con salmón. ¡Mmm! ¿Qué tenían los pepinos y el salmón que iban tan bien juntos? ¿Quién podía

saberlo? Era uno de esos misterios, como *Stonehenge*³⁶. Pero ella lo disfrutaría igual. Y se reía encantada ante los detalles de las mesas de los invitados... tartas de boda en miniatura exactamente iguales a la grande, solo que de diez centímetros de alto, en un arco iris de pasteles. Cada mesa estaba decorada en rosa, o verde menta, o celeste o crema.

—Imaginaba que te gustarían —dijo David a su lado. Su plato estaba limpio, y la contemplaba rebanar asombrado—. Estoy seguro de que hay más en la cocina, querida esposa.

—Jo-jo. Hoy estaba demasiado nerviosa para comer nada. Entre Edmund metiéndome prisa y Jenny sobre mí todo el tiempo, temí que vomitaría de forma inminente. ¡En televisión, nada menos!

—Me alegro de que lo evitaras.

—Y la comida es fantástica. Del tipo “*yo no podría haberlo hecho mejor aunque lo intentara*”, aunque la verdad es que lo intenté, pero los cocineros no me han dejado acercarme a la cocina en las últimas setenta y dos horas.

—Puede que tuvieran instrucciones —admitió el Príncipe David.

—Genial. ¿De parte de quién?

—Quería que disfrutaras de la fiesta de la boda. Y no lo habrías hecho, de haber estado obsesionada con el número de yemas de huevo en la crema de mantequilla helada.

—Muéstreme cuanto sabes de la crema de mantequilla —gruñó, pero estaba encantada—. ¿Soy yo o la reina Rania es una autentica belleza?

—No eres solo tú.

—Hablando de bebés³⁷...

—Oh, ¿lo hacíamos?

—Ayer tiré mis anticonceptivos.

³⁶ Stonehenge. Monumento de Piedra que se encuentra en Wiltshire, Inglaterra y que data entre, aproximadamente, 3000 AdC y 2000 AdC. Es tan misterioso que se ha alegado que tiene conexión con los Druidos, la corte del Rey Arturo, y hasta con visitantes de otros mundos.

³⁷ Juego de palabras en inglés. Babe es belleza y se pronuncia igual que baby, bebé.

Dejó su copa antes de atragantarse.

—Bien. Yo, um, no estoy seguro de como debo responder a eso. ¿Felicidades?

—Bueno. Todas esas clases de historia de Alaska que Edmund me dio, eran interminables, pero apenas interesantes. Aprendí un montón de tus ancestros. Estuvimos hablando de la sucesión y de la familia Real y de que necesitabas un heredero para gobernar Alaska para cuando fuéramos, ya sabes, alimento de gusanos...

—Sí, pero no tienes que quedarte embarazada ahora mismo.

—Estupendo, porque aún no he acabado mi porción de tarta.

Él le sonrió.

—Quiero decir, criatura apresurada, que podemos esperar un poco.

—Oh. ¿De verdad? Creía que tener bebés era mi nuevo trabajo.

Esta vez se atragantó con el vino.

—¿Quién te dijo eso?

—Lo he imaginado por mí misma. Vamos, no finjas que somos como cualquier pareja casada —Ella cruzó las piernas y se inclinó hacia adelante, su capa cubriéndola hasta el suelo—. ¿No necesitas bebés, más o menos, como *“Lo Más Pronto Posible”*?

—No, Christina. Eres joven, yo soy joven. Podemos esperar un poco. Si tú quieres.

—Pues bien, lo pensaré. —Y lo haría. ¡Era de lo más curioso! Ella creía que se había embarcado en un programa *“Bebe-Ya”*, pero él claramente no tenía prisas. ¿Por qué eso le parecía maravilloso y decepcionante a la vez?

—Hablando de trabajo...

—Oh, ¿lo hacíamos? —preguntó ella sarcásticamente.

—... ¿has pensado en escribir un libro de cocina? Pareces tener unas opiniones muy tajantes en ese tipo de cosas, como por ejemplo, las tortillas...

—Simplemente, me ponen furiosa los que baten los huevos con leche.

—... vale, vale, cálmate y cómete la tarta. Podrías escribir un libro de cocina...

—No. Ahora no puedo.

Él parpadeó.

—¿Por qué no?

—Porque sería fácil publicarlo y harían una gran tirada —como un trillón de copias—, pero nunca sabría si el libro es un éxito porque a la gente le gustan mis ideas y mis recetas o porque yo sea —redoble de tambor, por favor— ¡La Princesa Christina! ¿Lo ves?

—Lo... lo veo.

Ella podía ver que en realidad él no lo veía. Puesto que siempre había sido un príncipe, estaba acostumbrado a su fama y popularidad. Siempre estaba ahí, como el sol y la luna. Ella nunca podría hacer eso. Era muy consciente de que durante el resto de su vida habría gente que querría hacerse amiga suya porque era una princesa. Era estúpido, pero así eran las cosas.

—Hablemos de ello más tarde —sugirió—. Es la fiesta de nuestra boda... deberíamos divertirnos. O algo así.

—Yo me estoy divirtiendo —dijo él, y pinchó el último trozo de tarta del plato de ella.

—Maldición. Tú... ¿qué ha sido eso?

Ella oyó un tumulto y vio que el camino de Kurt era bloqueado por al menos tres miembros de seguridad.

—¿Qué demonios? Esos tipos saben quien es Kurt... ¿qué pasa con lo de "*podemos ver su identificación*"?

—Oh —dijo el príncipe a la ligera—. Puede que por accidente, haya puesto el nombre del Detective Carlson en alguna lista.

—Muy maduro, *Chico Pingüino*. ¡Eh chicos! —Agitó la mano—. Dejadle

pasar, está bien.

—Eh, tú —le dijo Kurt al jefe de seguridad, alisando su corbata de forma exagerada—. Yo conocía a la novia cuando se iba de marcha.

—Posiblemente en más de una forma —añadió el príncipe, bebiéndose el resto de su vino en tres tragos.

—¡Que infantil! —Murmuró ella, y dedicó a Kurt una gran sonrisa—. Me alegro de que pudieras llegar.

—No me iba a perder la boda Real del siglo, —bromeó.

—Oh, no empieces con eso. Apenas acaba de comenzar el siglo. Dios mío, creo que nunca te había visto con un traje, ¡estás fantástico!

—Edmund me obligó —Kurt recorrió el cuello con un dedo e hizo una mueca—. Me siento como un fraude total dentro de esta cosa.

—¿Te dieron suficiente de comer?

—Relájate, Chris. La comida es de primera. Escucha, la razón de que haya venido es que el Príncipe Alex y algunos más nos vamos a asaltar unos cuantos bares, así que buenas noches.

—Bien, gracias por venir.

—Estás estupenda —le dijo él, mirándola de arriba a abajo con una mirada semi-crítica, semi-aduladora—. Como una princesa, desde luego.

—Entonces mi disfraz funciona.

Él se rió y se inclinó para besar su mejilla, pero vio al príncipe y cambió el gesto por un apretón de manos.

—Bueno, la mejor de las suertes y todo eso.

—¿Vendrás mañana a vernos?

—Claro. Nueva York, ¿de acuerdo?

—Aja.

—Por supuesto, estaré allí.

—Vale, genial. Nos vemos.

—Adiós. Ya nos veremos, David.

—Buenas noches —respondió el príncipe con frialdad.

—David —dijo Christina, mientras veía alejarse a Kurt—, realmente tienes que olvidarlo.

—Se ha extinguido en las nieblas de mi memoria.

Ella rió.

—Seguro que sí. Hablando de cosas extinguidas en la niebla... —Soltó el tenedor y sujetó su manga—. Antes no tuve oportunidad.

—Es demasiado tarde para que te lo devuelva —dijo el rápidamente.

—Muy gracioso. De todas formas, no tuve oportunidad antes, y ni siquiera lo sabía antes. Es sobre las joyas. Las gargantillas, los pendientes, el anillo de compromiso y las alianzas de boda. No sabía que las habías diseñado tú mismo.

Él parecía confuso. Tenía un poco de crema de queso en la comisura; ella se lo limpió con el pulgar.

—Te dije que me encargaría de las joyas.

—Sí, pero yo creí que eso significaba que Edmund se encargaba de las joyas, o algo así.

El torció la boca.

—Bueno, no era eso lo que significaba. Y si le hubiera ordenado a Edmund encargarse de todo, probablemente se habría reído en mi cara.

—Es lo mismo. No lo sabía y lo siento por los que rechacé.

—Si no te gustaban, Chris, me alegra que fueras sincera al respecto.

—Pero me encanta la alianza —dijo fervientemente. Sobre un anillo de platino estaba engarzado un diamante azul por cada dos blancos. Combinaba a la perfección con su anillo de compromiso. El de David, había notado, era un sencillo aro de platino—. De veras que sí, David.

—Eso vale un beso—dijo él, ella rió y se inclinó sobre él, besando la comisura de sus labios, y de fondo escuchó aplausos y la risa del rey.

—Hablando de cosas que realmente nos gustan —continuó él, reclinándose hacia atrás y poniendo su brazo en los hombros de ella—. Creo que la escultura de hielo es un bonito detalle.

Ella se encogió de hombros.

—No es para tanto. No es como si la hubiera tallado yo misma.

—No, pero es una pareja de pingüinos encantadora.

Ella reprimió un escalofrío. Le había dicho al organizador “Tal vez algo con pingüinos”, y en respuesta, él había creado una monstruosidad de dos metros y medio: una pareja de pingüinos, para mantener los langostinos fríos. Era una pesadilla y divertido a la vez.

—Me alegro de que te guste. Así que, um... —Ella jugó con la manga de él—. ¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos?

Él le sonrió y empezó a contestar, cuando ella le apretó las costillas hasta hacerlo gruñir y dijo —Mira eso. Es una fiesta, y Jenny está siendo molestada por millonésima vez.

—Es su trabajo, —empezó a explicar.

—Sí, pero todo el mundo se toma un respiro después de un tiempo. Quiero decir ¡Oh vamos! Son ¿qué? ¿Casi las diez de la noche?

—Bueno... estamos en un salón lleno de dignatarios visitantes, celebridades norteamericanas, realeza Europea...

—...y la oficial de protocolo Real ha estado de pie incluso más tiempo que yo. No se vayan.

—Christina, te lo suplico... nada de incidentes internacionales.

—No en nuestra boda ¡tonto!

Con la capa flotando tras ella, Christina fue hacia una mesa en la esquina con fuentes de fresas recubiertas de chocolate, agarró media docena y las guardó en una servilleta, entonces se apresuró a alcanzar a Jenny.

—... puede desde luego pasar la noche en el palacio, aunque estoy seguro de que el servicio de seguridad de su majestad ya ha vetado el Marriott...

—¡Alto!

Jenny se detuvo y la miró. Edmund enarcó sus cejas y la miró también. Y la persona que los seguía, un hombre calvo con gafas y portando una tablilla, se encogió.

—Tomaos un respiro. Es una fiesta. Hola —le dijo al chico de la tablilla.

—En realidad, Su Alteza —le corrigió Edmund—, es una recepción de boda.

—Lo que sea. Chicos, tomaos un respiro. Desde este momento estáis oficialmente fuera de servicio.

Alarmados hablaron al unísono.

—Oh, Su alteza, No podría...

—... del todo inapropiado...

—... estar disponible para contestar preguntas de...

—... *en realidad nunca...* “fuera de servicio”, como lo ha expresado...

—¡Basta! ¡En serio! ¡Chicos! Suficiente. Habéis estado trabajando como esclavos...

—Eso es cierto—dijo Edmund. Volviéndose hacia su ayudante—. Es todo, William.

—Quiero que os divirtais —continuó Christina, mientras este se escabullía—. Tomaos unas vacaciones. Los dos.

—Su Alteza, eso está fuera de toda cuestión...

—Jenny, lárgate. No quiero ver tu cara —ninguna de vuestras caras— durante una semana.

—Cuarenta y ocho horas—dijo Edmund.

—Siete días, Edmund.

—Cuarenta y ocho horas.

—Siete. Días. Edmund.

Sus hombros ataviados de negro se encogieron en señal de rendición.

—Como desee, Su Alteza. Siete días.

—Bien, eso está muy bien —*¡Mierda bendita! He ganado una discusión con Ichabod Brain*—. Ahora, a disfrutar de la fiesta. Yo... ¡os los ordeno!

—Sí, Su alteza, —corearon obedientemente.

—Y basta con esa mierda... sabéis que lo odio.

—Sí, Su Alteza —corearon con maldad.

Capítulo 26



xtraído de “La reina de los Confines del Mundo”, por Edmund Dante III, © 2089, Publicaciones Harper Zebra y Schuster.

Se mire por donde se mire, la boda del Príncipe David y la Princesa Christina fue encantadoramente hermosa, y sí, un acontecimiento histórico. Tuvo una cobertura ampliamente televisada, y por supuesto, la famosa foto del Príncipe y la Princesa riéndose en el altar.

A su manera, la foto de la Cocinera fue tan famosa como la foto de 1939 de Judy Garland sumergiendo sus manos en el cemento del Teatro Chino Graunan. Esta foto fue utilizada una y otra vez a lo largo de un siglo, porque era acertada, pues catalogaba a la Realeza de Alaska —el príncipe, serio pero entretenido, y la princesa riendo gozosamente sin vergüenza alguna. También sucedió que en su boda, el Príncipe David sugirió el ahora famoso libro que más tarde se convertiría en una best seller internacional (cerca de cien millones de copias en setenta idiomas), “Christina en la Cocina: Recetas favoritas de SRM Princesa Christina de Alaska”.

Uno asume, sin embargo, que el príncipe y la princesa tendrían otros pensamientos en su mente, a parte de la cocina...

—David, por amor de Dios, ¿me podrías bajar? Te vas a... fracturar algo
—David se tambaleó hasta la cama —su nueva cama en su nuevo apartamento— y la arrojó en medio de ella, después se dejó caer a un lado.

—Dios, eres... eres una chica grande —le dijo, claramente conteniendo un jadeo.

—Y tú eres un idiota —se apoyó sobre los codos y se quitó los zapatos con los pies, mirándolos volar a través de la habitación. Ésta estaba totalmente iluminada por velas, había al menos miles de ellas. Lo cual, ella imaginaba que se suponía que tenía que ser romántico, pero sinceramente, la ponían nerviosa. Algo que aprendió en sus años de trabajo en los cruceros era que el fuego era malo.

—Ya lo he dicho antes y lo vuelvo a repetir: ¡Maldición, este sí que es un buen conjunto de habitaciones! Oye, apaga esas velas, ¿lo harías?

Él apagó unas cuantas, y ella apagó las que tenía a su alcance y las que estaban en la mesa junto a la cama. Rayos, estaban como a dos pies de distancia del edredón. ¿Las plumas eran inflamables? Probablemente lo eran. Y probablemente también, apestarían jodidamente.

—Esta será la primera vez que duerma en el palacio en un lugar distinto a los apartamentos que he tenido desde que era un bebé —dijo él pensativo.

—¿En serio? —Le preguntó sorprendida— ¿Nunca has dormido en ningún otro lugar? ¿No tienes, no sé, algo como un catre en Allen Hall con los pingüinos?

—Sí, pero yo no duermo ahí.

Ella se tapó los ojos con la mano.

—Oh por Dios, David. Lo primero de todo, solamente estaba bromeando, y en segundo lugar, eso es espeluznante en al menos cinco formas diferentes.

—Está ahí para que yo pueda recostarme y descansar mientras observo sus comportamientos.

—David. En serio. Deja de hablar de los jodidos pingüinos y bésame.

—¿Puedo hacer ambas cosas? —le dijo tomándole el pelo y girándose hacia ella para besarla por un largo y encantador tiempo.

—...estúpido vestido —Ella se movía retorciéndose por toda la cama—. Ayúdame a quitarme esta cosa, hazlo.

—Encantado.

—No te lo tomes a mal o algo así, pero he estado esperando el momento para saltarte encima durante los últimos seis días.

—Igualmente.

—¡Oh, eso es tan romántico! *"Igualmente"*. Deberías escribir para *Harlequin*.

—A palabras necias... Y Christina, cállate y devuélveme el beso.

—Encantada.

Con un destello de malicia en su mirada, lo agarró por las orejas y lo besó. Luego ambos se retorcieron, su capa terminó en el suelo, seguida por la americana de su traje, ella le quitó la camisa de un tirón y sus gemelos de diamante azul salieron volando (más tarde descubriría que uno de ellos había aterrizado dentro de su zapatos), y luego sus pantalones y después uno de sus calcetines, y una de sus medias, y luego:

—Chris, ¿Cuántos botones tiene esta cosa?

—El diseñador tuvo que usar un abotonador —Dijo ella ansiosamente, mirándolo sobre el hombro— ¿Podrás deshacerlo?

—¿Tienes un hacha? Olvídalo. Soy muy diestro.

—Bueno, te felicito.

Aproximadamente media hora más tarde, el vestido finalmente se deslizó por sus hombros. Ella lo alejó a patadas, aliviada de haberse librado de él al fin. Pero ahora le temblaban las manos; lo había esperado durante tanto tiempo y deseado con tantas ganas que le costaba creer que al fin había llegado el momento. Esperaba que David no fuera del tipo de hombres que sufrían de ansiedad ante el desempeño.

—¡Dios! Christina, eres... estás... realmente hermosa.

—Esto es solamente por la ropa interior. Y porque me observas en el dormitorio y no en un armario —Ella se agarró los pechos y los levantó— ¿Ves? Mis pechos no son normalmente de este alto, esto es obra del estúpido corsé.

—Ummm... sí, ya veo... fascinante... ¿te lo podrías dejar puesto, verdad?

—¿Te pedí yo que te dejaras la ropa interior puesta? —ella refunfuñó.

—Podría, ya sabes, llevo boxers... tienen ventilación.

—Olvídalo. He estado esperando para poder agarrar ese trasero desnudo desde... siempre.

—Pues agarra todo lo que quieras —le dijo, ahogándose de la risa. Jadeó cuando ella lo pellizcó con fuerza y se abalanzó para precipitarse en la cama con él encima.

—Lo sabía —dijo ella, profundamente satisfecha—. Esos holgados pantalones cortos y trajes intelectuales no pudieron engañarme. Tienes un trasero fantástico.

—Igualmente —contestó él, y esquivó un puño que le rozó la oreja.

—¡Eres imposible!

—Sí, supongo que lo soy —dijo, enterrando la cabeza y encontrando la suave dulzura de su escote. La besó largó rato mientras ella suspiraba y acariciaba su abundante pelo negro. Había anhelado tocar esos sedosos y gruesos mechones durante mucho tiempo. Los últimos frenéticos días antes de la boda les habían dejado muy poco o casi nada de tiempo para encuentros en el armario. Parecía irreal que él estuviera aquí con ella, que ahora fuera su marido, que le perteneciera y ella a él.

El solo hecho de pensar en la pertenencia y en la necesidad, le provocaba una ola de excitación que casi podía saborear, era oscura y caliente. Dándole buen uso a sus manos se deshizo de su ropa interior y le quitó los boxers a él (luego encontraría su ropa interior en su otro zapato).

Más tarde se encontró aferrando ese bonito trasero y atrayéndolo hacia ella, él se acercó totalmente dispuesto y se hundió en ella —*Oh, Dios, ella estaba lista para él, más que lista*—, que enlazó las piernas alrededor de su cintura y le siguió el ritmo a medida que él empezaba a embestir, embestir, embestir.

Pensó que moriría. Peor aún, pensó que él se detendría. Sus manos le aferraban el cabello mientras le susurraba su nombre una y otra vez en el

oído al acabar dentro de ella, mientras se hundía, empujaba y se enterraba fuerte y rápidamente, pero no le importaba, se sentía maravillosamente, él se sentía maravillosamente; era todo puro músculos suaves y fuertes, todo caliente y ella, ella podía, ella era....

—¡Oh, Dios mío! —lloró al llegar a la cima. Se movió debajo de él: un nuevo record, ¿Qué había pasado? ¿Realmente había acabado en menos de un minuto? ¡Maldición! Ella normalmente era lenta.

—¿Has acabado? —jadeó él en su oído.

Ella le mordisqueó el hombro y emitió un sonido de afirmación.

—Oh, gracias a Dios, porque ya no puedo, no por el momento... —se quedó rígido encima de ella, con todos los músculos contraídos para luego desplomarse con un suspiro de satisfacción.

Unos minutos después, cuando ella recuperó el aliento, dijo: —¡Por todos los cielos!

—Igualmente.

—Ya está bien, lo digo en serio. Lo juro, este es un nuevo record para mí. Yo casi nunca, ah...

—Bueno, pues yo casi siempre, pero hace tanto de la última vez —Le sonrió y le dio unas palmaditas en el sudoroso muslo— Lo haré mejor la próxima vez.

—¿Mejor? ¡Entonces probablemente me vas a matar!

Él se rió y la acurrucó a su lado.

—Oh, Christina. ¿Vas a cambiar toda mi vida, no es así?

—Para eso estoy aquí —le dijo. Después, añadió esperanzada— Uh, ¿Cuándo crees que vas a poder hacerlo otra vez?

—Necesitaré más de treinta segundos —le dijo él secamente, después dejó escapar una carcajada cuando ella lo empujó y le empezó a hacer cosquillas.

Más tarde esa noche, o quizás, por la mañana, ella despertó de un

profundo sueño, a causa de unas lentas y dulces olas de placer que la embargaban, para encontrar la cabeza de David entre sus muslos, su lengua dentro y sobre ella. Sus dedos danzaban, efectivamente era muy diestro, y cuando ella gritó, cuando no podía soportar ni un minuto más, él se abalanzó acomodándose sobre su pecho y apartándole las rodillas con las propias, la penetró con terrible lentitud.

Ella emitió un grito y se sacudió debajo de él, le clavó las uñas en los hombros y se meció y meció balanceándose contra él, con él, hasta que su orgasmo floreció dentro como una flor oscura, hasta que él se sacudió y se desplomó sobre ella, sudoroso, y ella suspiró para volver a hundirse en el sueño con él descansando a su lado, su mano en la pequeña espalda, presionándola fuertemente contra sí.

Capítulo 27



— ¿O no... ya sabes... no me siento nada diferente.
— ¿No? ¿Nada de nada?
— Bueno... me siento bien.

— Ah.

— ¡Y al fin! En una cama de verdad sin la preocupación de que alguien nos interrumpa. Esa es la mejor parte. Pero no me siento como la esposa de alguien. Y seguramente no como *Su Real Idiotéz*, Christina. Y supongo que ya es un poco tarde para hablar acerca de mantener mi propio apellido...

— Me temo que sí.

— Bueno, al menos parece ser que todo el mundo por aquí sabe como pronunciar Baranov. Tu padre sigue diciendo mal mi nombre. ¿Cuántas veces tendré que decírselo? La “e” no se pronuncia — Bostezó y rodó por la cama, para llegar a los brazos de David. Él le frotó la espalda y ella se acurrucó aún más.

— ¿Listt par Nnna Ykkk?

— ¿Listo para Nueva York, es eso lo que dices? Sí. De hecho, nos iremos muy pronto, o...

Unos ligeros golpes en la puerta.

— ¡Sus Majestades! ¡Es casi la hora de irse!

Christina estiró el cuello sobresaltada.

— Por favor, J... Espera un minuto, esa no es Jenny.

— Le diste la semana libre, ¿recuerdas?

—¿Quieres decir que de verdad me escuchó? ¡Eso es genial! Bueno, espera aquí. No estás decente.

—Mira quien habla —dijo David divertido, mientras ella le arrojaba la sábana.

—¡Pase!

La princesa Alexandria asomó la cabeza.

—Bueno, al menos, estáis despiertos. Gracias a los dioses no os descubro en medio alguno de esos rituales pre-fornicación.

—¿Qué haces aquí?

—Jenny me rogó, antes de que ella y Edmund se fueran llevados a la fuerza, protestando cada segundo, que me asegurara de que vosotros os levantabais y salierais a tiempo del palacio, y como de cualquier modo iba a venir a veros... —Se encogió de hombros—. No es gran cosa.

—Todavía llevas puesto tu vestido de dama —observó el príncipe.

—Sí, bueno... —otro encogimiento de hombros— Una larga noche. Y tu amigo Kurt en verdad sabe como aprovecharlas.

—Mantente alejada de él —dijo David súbitamente, irguiéndose para sentarse.

—Muérdeme, Su Real "*Husmeador*". Pero primero, vístete. Bonito trasero —agregó para Chris, después columpió la puerta y cerró.

—¡Oh, que bien! —Explotó David, saltando fuera de la cama y paseándose iracundamente en el esplendor de su desnudez—. Ahora ese maldito, esa rata, ese individuo se está acercando a mi hermana, dado que es evidente que ya no puede tenerte.

—Cálmate —dijo Chris, asombrada por la ola de protestas. Incluso su pene temblaba por la rabia—. Kurt es un loco por las chicas,—pero básicamente inofensivo—, y tu hermana puede romperle la columna si intenta pasarse de la raya.

—Bueno —dijo David deteniéndose a pensar por un momento. Christina se detuvo y admiró su cuerpo por un minuto—. Ese es un punto válido,

Christina. Sí. Ella puede hacerlo, ha practicado durante años, bien.

—Además, Kurt conoce a tu padre. ¿Crees que desea que Al se enfade con él otra vez?

—Oh, ni soñarlo.

—PTI³⁸, ¿sabes que estás muy sexy por las mañanas? Todo desaliñado y sin afeitarse y eso.

—Igualmente.

—Yo no estoy desaliñada, sino ligeramente desarreglada. Te lo garantizo. Y sólo por eso, me quedaré con el asiento junto a la ventanilla en el avión.

Comenzó a levantarse de la cama y con una lujuria repentina él le dio unos azotes en las nalgas desnudas.

—¡Oh! Quédate tus manos para ti, maldito pervertido.

—Ni lo sueñes —le dijo engreídamente, y trató de volver a darle un azote, pero ella corrió chillando hacia el baño, y le ganó por apenas dos pies de distancia.

—Lo que me recuerda —dijo ella, metiendo su blusa (un regalo de bodas del Rey que decía: *Soy la princesa heredera, ¿Quién demonios eres tú?*) en sus vaqueros—. Ya basta de que otras personas nos vengán a despertar. ¿Es que no has oído hablar de los despertadores?

—¿Despertadores? —dijo David, como si estuviera diciendo *¿Serpiente de cascabel?*

—Sí. Es un nuevo invento fabuloso, campeón. Tú sólo pones determinada hora, vibra o suena una música, y ¡bingo! Estás despierto. Funciona de maravilla.

—Sí, pero...

—¿Dónde demonios están mis zapatillas deportivas?

—¿Has revisado el armario?

—¿Por qué habrían de estar ahí? —Lo revisó— Bueno, estoy condenada.

³⁸ PTI: Para tu información, para que lo sepas. En inglés, FYI "For Your Information".

—Chris, acerca de los despertadores...

—Cualquier cosa es mejor que tener a una persona adulta sacudiendo a otra persona adulta para despertarla. Quiero decir ¿Cuántos años tenemos? Me siento estúpida cuando soy despertada por alguien.

—Sí, pero —dijo el príncipe, reprimiendo un gimoteo—. Los despertadores no te traen el desayuno y no te dicen qué tiempo hace, ni preparan tu traje o te mantienen al tanto en temas de actualidad.

—Tampoco te arropan, ni te dan un beso-besito en tu nari-naricita... ¡Aggg! En serio David. Ya es hora de crecer.

—¿Qué tal si me consigues un despertador y me despiertas?

—Bien. Perdedor.

—Yo me levanto muy temprano —le advirtió— para inspeccionar a los residentes de Allen ☉or.

—Oh, los pingüinos pueden esperar una o seis horas más por sus cabezas de pescado. Ven, vamos, vamos, ¡vamos! ¡Nueva ☉ork, allá vamos!

—¡Nueva ☉ork, ten cuidado! —murmuró David, después esquivó el pequeño puño de su esposa, y la empujó fuera de la habitación.

—Hola a todo mundo —dijo la nueva princesa, parpadeando por los cientos de luces que parecían explotar en su rostro.

—¿Cómo va la vida de casada, Su Majestad?

—¿Está Nueva York listo para la Familia Real de Alaska, Su Majestad?

—¿Cuáles son sus planes, Su Majestad?

—Bueno John —dijo Christina, reconociendo el enlace para *MSNBC*—, mi plan es daros a todos vosotros, perdedores, un descanso, tomar ese avión, e irme, muy, muy lejos. Y rayos, ¿Como cuantas fotos vais a necesitar?

—Príncipe David, podría dar un paso atrás, allí. ¡Gracias! —Otro flash estalló. David miró resignado como toda la prensa se enfocaba en su esposa—. Así que, ¿cómo fue la boda?

—Don, tú estuviste ahí —dijo ella pacientemente—. Te vi escondido detrás de los rosales. Le dije a Jenny que te llevara una porción de tarta.

—¿Dónde está la jefa de prensa?

—Le di la semana libre. Ha trabajado muy duro, más que todos vosotros juntos, se merece unas vacaciones.

—¿Cuál es el itinerario en Nueva York?

—Oh, Ya los tengo impresos para vosotros chicos, y David dará una copia a cada uno... ¡Negativo!—Después de una ola de risas, ella continuó. —Olvidadlo, plagas. Nuestro itinerario es asunto nuestro.

—¿Igual que su vida sexual, eh, Sus Majestades?

—Te he oído, Darrell. Ve a ver si obtienes una tarjeta de Navidad.

Kurt, respondiendo a una señal del príncipe, incrementó el volumen de los micrófonos, lanzando a Christina a un lado de tal modo que la aplastó contra las paredes.

—La función ha acabado, muchachos. Podréis atrapar nuevamente a estos chicos a su regreso.

—Adiós —dijo Chris, antes de que Kurt la tomara por el codo y la arrastrara hacia la habitación privada de la pista—. Realmente sutil —dijo, una vez que estuvieron fuera de la vista.

—Oye, no me mires así, corazón. Tu marido me dirigió la vieja y espeluznante mirada fija. Así que lo hice.

—Oh David, lamento todo esto, ¿no estás enojado, verdad? Una vez que sea noticia vieja, se olvidarán de mí, y comenzarán contigo otra vez. Estoy segura de eso.

—Chris, espero que no —dijo él fervientemente—. La cosa más idiota que el Príncipe Carlos hizo, además de engañar a su esposa, fue molestarse por la atención que ella recibía. ¿Tienes alguna idea de cuantos trabajos más

consigo hacer ahora? ¡Piensa en mi investigación!

—Te dije que no se enfadaría —dijo Kurt, haciendo una pompa de chicle del tamaño de su cabeza, olía fuertemente a uva artificial.

—¿Cómo puedes masticar chicle tan temprano? Y tú, ¿acaso te mataría ponerte un poco celoso con todo esto de “*Hey, Princesa Christina, aquí*”? — Preguntó Christina, un poco molesta—. ¿Y dónde demonios estamos?

Se encontraban en una amplia y lujosa habitación que tenía una enorme ventana en su pared oriental. Podía ver aviones entrar y salir. A lo lejos, el avión que la realeza utilizaba para ir aquí y allá se acercaba lentamente. La prensa, que bloqueada al otro lado de la pared, se dispersaba lentamente.

—¡Hola! —dijo el Príncipe Nicholas, tirando su pollo frito para abrazarla—. ¡Queríamos verte partir!

—Me estás manchando la blusa con salsa de barbacoa. Bah. De todos modos ¿Cómo puedes estar comiendo a esta...? Por cierto... ¿qué hora es?

—Son las diez y media —dijo el rey bostezando mientras deambulaba. Se le veía mas como un guardabosque que como el monarca regente del país, con su amplia sudadera, pantalones de cordones a la cintura, con una sucia mancha en la rodilla, zapatillas deportivas con medias, la mejilla y mandíbula sin afeitar y ojos enrojecidos— ¿No podrías haberte marchado a las...? ¿Al medio día?

—Oye, no ha sido idea mía —le dio un sonoro beso en la mejilla, riéndose al ver la marca del pintalabios que le había dejado—. Apuesto a que has dormido unos treinta segundos. Estás hecho una ruina.

—Oye, ha sido la primera boda en la familia. Momento de celebrarlo —el rey bostezó otra vez.

—El matrimonio parece sentaros muy bien a vosotros dos. David, no te había visto tan relajado desde que usabas pañales.

—Gracias, papá —dijo secamente.

—Vamos a tener una comida rápida, y entonces chicos, vosotros os vais, muy, muy lejos —Dijo la princesa Alexandria. Chris se mostró divertida al advertir que se había cambiado por jeans y la sudadera. Quizás estuviera

contenta de decirle adiós a David, pero claramente no tenía la intención de informarle al Rey que había pasado toda la noche de fiesta—. El cielo es testigo de que hay suficientes sobras.

—¿Algunas fresas cubiertas de chocolate? —Preguntó David, vagando por la mesa del buffet—. ¿Aquellas bonitas que parecían el novio y la novia? Ese realmente artificioso.

—Hay docenas, señor.

—Alucinante —dijo ella, uniéndose con él en la mesa—. Hola, soy Christina.

—Sí, Su Alteza. Lo sé. Yo soy Devon, y estoy sustituyendo a Edmund y Jenny hasta que regresen. Si hay algo que usted necesite, no dude en llamarme.

—Relájate, Devon. Todo está bien —El chico era alto, claro, no tan alto como Edmund, nadie lo era, pero extrañamente nervioso. Sus rubias y onduladas cejas parecían orugas domesticadas.

Para alguien que pasaba el tiempo fuera del Palacio Sitka, era un verdadero manojo de nervios... la mayoría de ellos eran formales, pero relajados, Devon parecía que iba a lanzarse en el tazón del ponche de un momento a otro. Probablemente fuese la presión de su ascenso en el último segundo. Bueno, pues tendría que relajarse, cuando se diera cuenta de que ninguno de ellos le mordería.

—¿Chicos, podríais controlar el avión por nosotros? —preguntó el rey, y seis hombres del equipo de seguridad, salieron por la puerta inmediatamente.

—Me quedaré aquí —convino Kurt mientras ellos se retiraban—. A proteger el salmón.

—¿Controlar el avión, para qué? —preguntó Christina, aunque sospechaba que lo sabía.

—Bombas, pistolas, pornografía, comida caducada, ya sabes —Dijo la princesa Alex, engullendo una bola de melón envuelta *in prosciutto*.³⁹

³⁹ In prosciutto: Platillo hecho con melón. La forma In Prosciutto es la forma en que lo sirven.

—¿Quién se preocuparía por nosotros como para hacernos estallar?

—No se me ocurre nadie.

—Así que, en todo caso, ¿Dónde estuviste toda la noche, Alex, hmmmmmm?

La princesa le arrojó la bola de melón.

—Detente —dijo Christina, eludiéndola— Puedo encargarme de *una* princesa lanzando cosas, así que no empieces.

—Oye Chris, tu zapato está desatado —dijo Nicky, y antes de que ella dijese algo se agachó de prisa para atarle el cordón.

—Tú rarito, cualquier cosa con tal de tocar —*¡Ziiiiing Zuuump!—*, mi ropa ¿uh?

¿Ziiiiing-Zuuump?

—¡Nicky! —gritó la princesa Alexandria. Se oyó un golpe amortiguado cuando dejó caer su plato de buffet en la alfombra, y el melón se derramó como brillantes y coloridos trozos de primavera.

¿Ziiiiing-Zuuump?

Kurt atinó a agarrar su pistola, cuando de repente, se desplomó fuera del campo de visión en el mismo momento en que se oyó un ruidoso y vacío *¡Bnnnnnnng!*

Devon dejó caer la bandeja de plata esterlina (trozos del pastel de boda se esparcieron por todos lados), dio un paso hacia Kurt, afinó su puntería y...

—¡Nicky, al suelo! —bramó el rey. Su hijo se dejó caer como una roca y rodó alejándose. No había forma de malinterpretar esa orden. Incluso Christina casi se golpea con los ladrillos.

¡Ziiiiing, Zuuump!

El rey miró fijamente los dos pequeños y emplumados dardos rojos clavados en su pecho y lentamente, cayó al suelo.

Hubo otro *¡bonnnnnnnng!* Y luego Devon dejó caer la pistola y aferró su muñeca. Kurt estaba parado detrás de él, tambaleándose. La sangre brotaba

de su oreja y goteaba por su mandíbula.

—¿No... tan... rápido sin tu cerbatana, eh?—murmuró entre dientes, entonces sus ojos se quedaron blancos y cayó encima de la mesa.

—Ti... tiene que venir conmigo, Príncipe Nicholas —Dijo Devon, forzando una espantosa sonrisa. Tuvo el descaro de estirar la mano hacia el muchacho agachado—. Su lugar está con nosotros.

Christina abrió la boca, y se vio a sí misma empujada hacia atrás, y de lado. De repente, era muy difícil ver. David se había plantado directamente delante de ella.

—Sal de aquí, traidor pedazo de mierda —ordenó fríamente—. Si te largas ahora, quizá nuestro equipo de seguridad no te vuele la cabeza.

—¿Nosotros señor? —Preguntó Nicholas, enderezándose lentamente. Se veía muy pálido, y muy cordial.

—La familia de tu madre.

—Domonov —siseó Christina.

—Sí— dijo Devon, mirando apenas al resto—. Dos veces eliminado. Una por el lado de mi madre. La reina está muerta, larga vida al legítimo rey.

Entonces miró a Nicholas, lo que fue de alguna manera más escalofriante que el disparo, con total adoración.

“Demasiado rápido”, pensó Christina. Estaba demasiado impresionada por la violencia acontecida para sentirse horrorizada. Eso vendría después. Todo sucedía demasiado rápido. Diantres. ¡Hacía solo treinta segundos que había disparado su arma! Esto es una locura, esto es demasiado fácil para él, esto es demencial, esto es...

—Mi padre es el verdadero rey —dijo Nicholas, demasiado joven aún para saber que era inútil razonar con un fanático—. Usted está... usted está equivocado. Su plan no funcionará. Y si no fuera mi padre, si no fuera el rey, sería...

Chris trató de empujar a David a un lado. Era como tratar de derrumbar un enorme árbol.

—¡Devon! —espetó Chris. Su voz sonó como un látigo. El hombre realmente se sacudió por el sonido—. Nunca saldrás de aquí. Lo jodiste todo, estás acabado. Tú estás acabado. Haz algo útil, y dinos que hay en los dardos. Y que Dios te ayude, QUE DIOS TE AYUDE, si el Rey está muerto.

—Si el príncipe Nicholas me acompaña, le enseñaré su verdadero...

Ka-clic

Christina, David, y Devon, sorprendidos igualmente, miraron. Durante su breve charla Nicholas se había arrastrado lentamente debajo de la mesa, encontró el arma de Kurt, la arrastró consigo, se acomodó, apuntó y se enderezó.

—Disparaste a mi padre —le dijo, y si bien parecía un chico que tenía un mal día en la escuela, sonaba enfurecido—. Le disparaste a mi rey y a mi soberano, y heriste a mi amigo. Así que estoy pensando que lo justo sería que yo te disparase. Excepto que estos no son dardos. El Teniente Carlson tiene una Beretta nueve milímetros y estas balas dejan grandes agujeros. Lo sé, él me deja que le acompañe a la práctica. Está bien, eso creo —Y sonrió como Alexander. Como Edward I, como Enrique VIII, como su antepasado, Kaarl Baranov, que se había encabronado un día y ganado un completo país—. No lo sentirás durante mucho tiempo.

—Su Alte...

Y luego, el desconcertante sonido final, un amortiguado *¡gump!* La Princesa Alexandria se había quitado los zapatos y se movía sigilosamente como un gato varios pies detrás de su primo lejano, recogiendo una silla del banquete en su camino. Mientras su hermano distraía al traidor que le había disparado a su padre, ella abanicó la silla, poniendo cada gramo de su metro cincuenta en ese movimiento.

Devon realmente no cayó, más bien voló. No fue como en las películas. De hecho, el brazo de Alex soportó la descarga del golpe y le llevó varios días poder levantar la muñeca por encima de la altura de su hombro. La silla no se hizo añicos. Sin embargo, el cráneo de Devon sí.

Alexandria corrió a toda velocidad hacia la puerta, tiró de ella, la abrió, y gritó en el claro aire primaveral:

—¡Alarmaaaaaaaaaaaaaa!

A su vez, David había alcanzado a su padre, le había removido los dardos y lo estaba examinando. Christina se inclinó y descansó su cabeza en el ancho pecho del rey.

—Estos son tranquilizantes para animales —dijo David, desconcertado—. No estoy exactamente seguro de que tipo, pero han sido suficiente para tumbarlo, o...

—Él no está... su corazón, ayúdame —Ella se colocó tal y como había aprendido como empleada de la Línea de Cruceros Carnaval, empezó a realizarse un masaje de reanimación. Uno, dos, tres, cuatro y— ¡Respira!

David se arrodilló frente a la cara de su padre, relajó su boca abierta y exhaló un rápido aliento.

Uno, dos, tres y cuatro... —¡Respira!

Otro aliento.

La mayor parte de la concentración de Christina estaba en el rey, pero levemente, en el lejano borde de su conciencia, oyó a Alexandria decir:

—Dame el arma, Nicky, ¿todo bien?

Uno, dos, tres y cuatro —¡Respira! Y que alguien revise el pecho de ©art, ese idiota le dejó un gran agujero.

Ella oyó el clic cuando Nicky hizo saltar el seguro, expulsó la bala. Le oyó soltar el arma en la mano de su hermana. Oyó a Alex decir...

—Oh, Nicky... Nick...

De repente, la habitación estaba llena de todo tipo de seguridad, todos los chicos que habían sido encomendados al avión. ¿Y por qué no? Era su luna de miel. Nadie había intentado algo parecido en cuatro generaciones. Y ©art estaba armado. Ellos eran un pequeño grupo, habían pensado que estaban seguros.

Y Devon era, un miembro de... de la familia.

—Su Alteza, la ambulancia viene en camino. Permítame...

—¡Dejen... —Unos, dos, tres—...me —cuatro y— en paz! ¡Respira!

Nicholas y Alex estaban sobre ellos, mirándolos directamente, con sus azules ojos Baranov muy abiertos.

—Le disparó a papá —decía Nicholas, presionando su cara en el abdomen de Alex—. ¡Él le disparó para cogerme!

—Pagó por ello Nicky —le dijo Alex, y aunque estaba totalmente pálida, sus palabras eran frías, Christina, poniendo gran esfuerzo en su masaje de reanimación, se estremeció.

—Cualquiera que decida acercarse a ti, puede darle la bienvenida a una fractura de cráneo también.

—Es así, Sra. Baranov... Su Alteza, umm. Ambas Altezas... —El doctor, a pesar de estar en lo más alto de su campo, nunca antes había conocido a un miembro de la Familia Real. En ese momento, la habitación privada estaba llena de ellos. Alexander y Kathryn habían llegado justo después del resto del grupo.

El rostro del Príncipe Alex estaba gris, pero no fue lo suficiente para evitar que saliera con...

—Dormir hasta tarde por un día... suceden secuestros y atentados... ¿Qué rayos está pasando?

—Ahora no, Alex —espetó David.

—Sólo dígalo sin rodeos, Doc —dijo la Princesa Christina

—Bueno, el Príncipe David estaba en lo cierto, el secuestrador usó tranquilizantes para animales. Una combinación de hidrato de cloral y ketamina. Parece que tiene contactos con el Zoológico de Juneau.

—Sí, otro pariente lejano de nuestra madre —dijo Alexandria amargamente—. Algún veterinario o algo así. Y ella era realmente útil cuando se trataba de confabulaciones idiotas... ¿Su trasero está en prisión

ahora, verdad?

Carol, la jefa del equipo de seguridad, asentía en forma ausente mientras escuchaba por los audífonos. El equipo de seguridad estaba nervioso, destrozado y encabronado. Las recriminaciones podrían venir más tarde, pero por ahora, nadie los molestaba.

—Er... sí —carraspeó el doctor—. Los tranquilizantes por sí mismos no hubieran herido al Príncipe Nicholas, solo le habrían facilitado... umm, transportarlo.

—Sin mencionar, que no se suponía que hirieran a nadie, no iban a matar a nadie —dijo Carol, pensando en voz alta— Porque...

—Porque la pena para el homicidio en este país, es la decapitación. Esa ley ha estado en los libros durante al menos doscientos años —dijo el Príncipe David con énfasis—. Devon no quería arriesgar tanto.

—Fascinante —dijo Chris impaciente—. ¿Entonces por qué el rey sigue inconsciente?

—Su Majestad ha tenido una severa reacción alérgica al hidrato de cloral. Está en coma.

Un silencio sepulcral, que fue quebrado por un sonido estrangulado de David.

—¿Por... por cuánto tiempo?

El Dr. Sarett sacudió la cabeza.

—Podría recobrar la consciencia mañana. O dentro de un mes. O en el próximo año. O... —se encogió de hombros impotentemente—. Estará con respiración asistida por ahora, pero tenemos que esperar a que respire por sí mismo en... quiero decir... algún día.

Justo cuando Christina pensó que había asimilado la magnitud de las horribles noticias, la dimensión de lo que estaba pasando, el Dr. Sarett volvía a golpear su andada.

Al principio, ella pensó que había dejado caer su pluma y la estaba buscando en el suelo. Pero entonces, él estaba... ¿lo estaba haciendo? Lo

estaba. Inclinandose en reverencia.... A ella, a David. Y Nicky, Alexandria, Alex, Kathryn y todo el equipo de seguridad también les estaban reverenciando. A ellos. A ella.

—Larga vida al rey y a la reina —dijo el Dr. Sarett.

—¡Oh, mierda! —dijo la reina.

Cuarta Parte

'Una jaula de oro sigue siendo una jaula'

Rey David I

'Oh, vete a llorar en una bolsa de dinero'

Reina Christina

Capítulo 28



Extraído de “La reina de los Confines del Mundo”, por Edmund Dante III, © 2089, Publicaciones Harper Zebra y Schuster.

Princesa por una noche; reina por...¿quién sabe? El Palacio Sitka se tambaleaba desde el ataque, y no solo porque el rey estaba gravemente enfermo. Aunque los miembros de la Familia Real sentían un gran cariño unos por otros, nadie creía que el rey David estuviera preparado. Sin mencionar a la reina Christina.

No solo eso, sino que el parentesco del príncipe Nicholas fue finalmente puesto en duda. El Rey Alexander había hecho lo posible para proteger a su hijo de la calumnia y la murmuración, pero ahora la liebre, por decirlo de alguna forma, había saltado. Al día siguiente, el titular del periódico de Juneau decía ¿TEST DE ADN, REY DAVID?

Al final desde dentro y desde fuera de palacio, las recriminaciones volaron rápido y lejos. ¿Como había podido un Domonov ser capaz de infligir tal daño tan de repente? ¿Desde cuándo existía la trama y cuando se había puesto en evidencia? Aún peor, ¿había algo más que no se había descubierto?

Mucho, mucho peor: ¿sobreviviría el rey Alexander?

Estas preguntas llevaron a la Familia Real a su primera crisis desde la escandalosa muerte de la Reina Dara. Aunque, algunos historiadores afirman, que esa última crisis era el resultado de una precedente....la forma en que la esterilidad es a veces el resultado, años más tarde, del sarampión.

—Es por mi culpa —dijo Jenny suavemente.

—Mi querida Jennifer, no seas idiota, es culpa mía —dijo Edmund.

—No seáis idiotas los dos —dijo Nicholas. Estaban en la oficina del rey en el ala norte del edificio. Se habían reunido todos ahí, realeza y sirvientes, para acomodarse en una habitación donde la personalidad del rey estaba estampada. Había animales muertos cubriendo prácticamente cada metro cuadrado de pared. Era relajante aunque morboso—. Es culpa mía. Iba tras de mí. Hirió a papá por mi culpa.

—Es por mi culpa —dijo Kurt—. Un farmacéutico me dejó fuera de combate con una bandeja, maldita sea. ¿A alguien le molesta si me pego un tiro en la cabeza?

—¿Qué te cabrea más? ¿Lo del farmacéutico o lo de la bandeja? —preguntó la Princesa Alexandria. Consiguió la sombra de una sonrisa por sus esfuerzos.

—La culpa es mía —dijo el rey David—. Debería haber empujado a papá fuera de la trayectoria.

—Estabas protegiendo a la reina —puntualizó Edmund—. Estabas ocupado.

—Es culpa mía —dijo Carol, la jefa de seguridad—. ¡Nos distrajeron demasiado fácilmente! Debería haber dejado más hombres atrás.

—Eh, el tipo tenía una bandeja —dijo Kurt, desplomándose al final del sofá de forma que sus hombros dibujaron una C—. No puedes hacer mucho contra una bandeja.

—La culpa es toda nuestra... Deberíamos haber pateado el culo de Devon... Pero elegimos dormir.

Kathryn, sentada junto a su hermano asintió. —Alex tiene razón. Si hubiéramos estado allí, habrías tenido más ayuda. Habríamos pateado el culo de Devon tan alto que la gente hubiese pensado que tenía dos cabezas. Pero dormimos hasta tarde.

Todo el mundo se quedó mirando a Kathryn, asombrados por tan largo discurso, y después miraron a la Princesa Alexandria, quien se los quedó

mirando a su vez. —¿Qué? No es culpa mía. Soy la que se encargó del malo.

—Hablando de todo esto —dijo el rey David suavemente— ¿cómo lo lleva Devon?

—Muerto, Su Majestad —dijo Carol, sin levantar la vista de su Palm Pilot, a través de la cual pasaba una corriente continua de datos—. ¿Quiere enviar flores?

David resopló.

—Disculpenme, pero ¿dónde está Su Majestad la reina? —preguntó Edmund—. ¿No debería estar aquí con nosotros?

—Horneando —dijo David ausente. Se retorció en la silla de su padre.

Alexandria rió. — Pareces ricitos de oro, David. —Este es demasiado pequeño... este es demasiado grande... Siéntate de una vez, me estás poniendo nerviosa.

—Esta silla es demasiado grande —dijo David, y nadie hizo comentarios.

Kathryn rompió el silencio —¿Qué está horneando Chris?

—Dijo que un pastel.

—¿Qué tipo de pastel?

—¡Jesús, Kath! Casi nunca hablas, y cuando por fin lo haces es para ver que puedes comer. ¿Puedes dejar a tu apetito descansar cinco segundos? — La Princesa Alex le dio una palmada justo sobre el codo. La repentina salida de tono hizo que algunos se la quedaran mirando.

Kathryn miró a su alrededor buscando algo que arrojar, se dio por vencida, y dijo con una vocecita... —Es una crisis nacional. Tengo que mantener mi fortaleza —Ante la expresión de los demás, añadió—. Bueno, en mi cabeza sonaba mucho más divertido.

La puerta se abrió y entró Christina llevando un pastel humeante con la ayuda de dos guantes de horno con forma de salmones rosas.

—Oh bien, la nueva encargada de catering está aquí —dijo Alexandria con sarcasmo.

El príncipe Alex se aclaró la garganta.

—Alguien está sensible... Hoy es aceptable... Tranquilo: tómalo con calma.

Christina puso el pastel en la mitad de la mesa de conferencias y sacó un cuchillo de uno de sus bolsillos traseros y un puñado de servilletas del otro, que puso junto al pastel.

Edmund y Jenny, desde luego, se levantaron en el momento que la reina entró. —Buenas tardes, Su Majestad.

—Hola, Jenny. Eds. Bienvenidos. Siento que se acabaran vuestras vacaciones.

—Esto ocurrió por nuestra culpa —comenzó Jenny. Sus adorables ojos estaban enrojecidos. Y no eran los únicos—. Estoy segura de que le hubiese reconocido... o al menos lo hubiese encontrado en nuestra base de datos... Conozco a la mayoría de los Domonovs de vista... al menos podría haberme interpuesto en el camino de las flechas...

—Sí claro, tus treinta y seis kilos habrían marcado una gran diferencia. Escuchadme todos. La culpa es un pastel.

—¿La culpa huele como las moras? —preguntó Alexandria.

Ella ignoró la interrupción. —Es un pastel. Todo el mundo toma una porción. Así que aquí vamos. La primera porción para mí... Puedo ser nueva en este juego pero cocino desde los ocho años. Debería haber sido capaz de descubrir a un proveedor de catering falso. No estaba simplemente nervioso por que iba a hacer una sucia hazaña. Estaba nervioso porque no sabía nada de comida y temía que nosotros, yo, le preguntáramos algo. En retrospectiva es fácil—. Se cortó a si misma una pequeña porción; la habitación se llenó con el aroma de la dulce corteza y la fruta caliente. Tomó la porción con una servilleta.

—Carol, al frente y al centro —Carol soltó su Palm y avanzó lentamente—. No es necesario decir que seguridad se ha estado haciendo algunas preguntas muy importantes desde que todo esto sucedió.

—Su Majestad, le puedo asegurar, no volverá a sucneuef...

—Sí, sí. Cómete tu pastel. Alex.

—¿Cuál?

—Ambos. Uno para ti, por dormir hasta tarde... —Cortó una porción y se la dio al príncipe—. Como si eso fuera un gran crimen, pero todos estamos determinados a llevarnos nuestra parte de culpa ¿no? Y tú, *Srta. Pagada de Sí Misma*, ¿no podías haber golpeado al malo unos cuarenta segundos antes?

—Te desprecio —dijo la princesa, pero tomó su porción del pastel.

—Edmund y Jenny... por seguir órdenes y tomarse por una vez vacaciones en sus tristes, tristes vidas...

—Kathryn... y no te atrevas a arrojarlo... y Nicky...

—Porque ellos creen que mi papi no es mi... ya sabes.

—Correcto. Y porque estás determinado a compartir parte de la culpa. Pero Nick, solo te estoy dando esto porque se que te volverías loco si no lo hiciera. Realmente no es...

—No importa —dijo él suspirando y se comió su trozo del pastel, un chico ni siquiera lo bastante mayor para afeitarse o para permanecer levantado más tarde de las diez.

—Kurt...

—Odio las moras —gruñó, pero se adelantó.

—No creo que deba tener una porción —propuso Alexandria con los dientes azules.

—Puedes apostar tu culo a que debería. Ese tipo se movió por todo el lugar y no lo vi hasta que el rey cayó. Debería haberlo hecho mejor.

—¿Dónde está mi porción? —preguntó David suavemente.

—Oh, tú ya tienes suficiente castigo —dijo Christina con humor, mirándolo por encima de su hombro—. Rey David. O príncipe regente, o lo que quiera que tengamos que llamarte. ¿No lo crees así? Además no puedes estar en dos lugares al mismo tiempo. Decidiste ponerte delante de mí, y tu padre pagó por ello.

—Mmm

—Bien —dijo ella, dejando el cuchillo cerca del plato casi vacío—, ahora todos tenemos nuestra parte de culpa. Coméosla, cada bocado. Ñam ñam Entonces tal vez podamos dejar atrás toda esta mierda y centrarnos. Quiero decir, que más da quién estaba dónde, quién fue golpeado, quién agarró una silla, quién se puso frente a alguien, quién estaba asustado o quién recibió un disparo. Tenemos que enfrentarnos al ahora. Basta de contener la respiración. Es aburrido y no tenemos tiempo.

Silencio, roto solo por el ruido de masticar.

—Pastel de moras de la culpa —dijo Alexander por fin—... Estaría fantástico con helado... Una corteza tan tierna.

—Bien, de acuerdo. La próxima vez —murmuró Chris.

Hubo un estrépito cuando Kathryn dejó caer su plato vacío con bastante fuerza. —Él tiene razón. La culpa tiene una corteza muy tierna —comentó, lamiendo con la lengua un poco de mora de su labio.

—Gracias. Ahora... ¿qué es lo siguiente?

Edmund soltó su servilleta y enlazó las manos en su espalda. Comunicó sus impresiones a la reina. Ésta fue una costumbre, que se establecería el primer día de su reinado, y que continuaría durante décadas.

—El estado del rey es serio pero estable. Sin cambios en cuanto a su estado de coma. El Parlamento se reúne en unas pocas horas para confirmar a David como regente, pero es una formalidad.

—¿Qué pasa con el malo? ¿Devon Domonov?

—En realidad su apellido es Stephenson —dijo Jenny—. Es un primo lejano, así que su apellido es diferente.

—Oh, claro, así es como nos engañó... vaya maestro del crimen —soltó Christina—. No me importa cuál es su apellido. ¿Está en la cárcel, en el hospital, o dónde?

—Murió a las 10:48 A.M. Trauma craneoencefálico.

Todo el mundo miró a la Princesa Alex, quien devolvió la mirada.

—Esto presenta... un pequeño problema —comenzó a decir Edmund con delicadeza.

—¿Qué problema? —Dijo David con aspereza—. Defendió a su rey y a su príncipe. Estaba pensando en darle un millar de medallas.

—Olvídalo —dijo ella con la boca llena—. Activarían todos los detectores de metales cuando vaya de compras.

—Sí, pero... los motivos de Su Alteza podrían cuestionarse.

—¿Motivo? —Preguntó Christina—. Yo no... ¿qué? ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué sabe todo el mundo que yo no sé?

—Tengo un master en Física —explicó Alex—. Sabía que la silla no se rompería.

Ante las expresiones de Christina y Nicky se explicó. —Las sillas nunca se rompen espectacularmente como en televisión. La mayoría de ellas... en particular las que tenemos por aquí, están hechas de madera dura. Muy resistentes. Es como golpear a alguien con un ancla. Sabes que el ancla no se va a romper, pero estás seguro de que se va a producir daño. Lo hice. Lo sabía.

—Entonces —continuó Edmund—, los cargos deberían ser...

—De ninguna manera —dijo David, y pareció por primera vez que la silla de su padre se le ajustaba—. Mi hermana actuó en defensa de la Familia Real y, por extensión, de su país. El hecho de que el arma más cercana resultara ser letal, y ella lo sabía, es irrelevante para este rey, e imagino, esta familia. Además, me alegro de que el traidor haya muerto, si no lo hubiera hecho ella, lo habría hecho yo. Nada de cargos.

Edmund inclinó su cabeza. —Como desee, Majestad.

Guau, pensó Christina.

—Gracias —dijo la Princesa Alex suavemente.

—No... gracias a ti. ¿Me alcanzas ese último trozo de pastel, Chris?

Sin pronunciar palabra, le dio el último trozo a su marido.

—¿Qué es lo siguiente? —preguntó con la boca llena.

—El Parlamento —dijo Edmund y Chris disimuló un escalofrío.

Capítulo 29



Extraído de “La reina de los Confines del Mundo”, por Edmund Dante III, © 2089, Publicaciones Harper Zebra and Schuster.

*A diferencia de la mayoría de las actuales familias reales europeas, la Familia Real de Alaska sí tenía cierto poder comparada con el ciudadano común. El rey o reina podía declarar o finalizar una guerra, desautorizar a las fuerzas armadas, declarar estados de emergencia, conceder el perdón, firmar condenas de muerte (aunque la última vez que esto se había hecho fue en 1897, cuando **Jonas Weyers II** fue decapitado por ahogar al príncipe Sergei Baranov), donar grandes sumas de dinero a las obras de caridad apropiadas y firmar leyes. El Parlamento podía y hacía todas esas cosas, pero eran dirigidas por el monarca reinante aunque solo se tratase de un acto de cortesía.*

Anteriores reyes y reinas habían oscilado entre una total indiferencia hacia el gobierno de la nación hasta intentar dirigir el último detalle.

El rey Alexander II era conocido por su estilo de gobierno informal, pero era cuidadoso al leer cada ley, cada propuesta, cada concesión y cada declaración. Nunca ponía el sello real en algo que no comprendiera perfectamente. El Parlamento, desde luego, estaba acostumbrado a esto.

Por supuesto, el rey Alexander aún estaba vivo —técnicamente—, así que su hijo David, y su nuera, Christina, serían realmente co-regentes, con todo el poder que dichos títulos sugerían.

Y nadie sabía cuál sería el estilo de los nuevos regentes.

Christina llevaba puesto nuevamente su vestido de novia. —Es perfecto—le había asegurado Jenny, jugueteando con su capa—. Es la apertura del Parlamento, y supone una ocasión especial. También es una... una ocasión muy significativa. Y no es un vestido de novia tradicional, es más de estilo formal. Mostrará tu respeto, pero también abrirá sus ojos y les recordará que eres la reina.

—Magnífico. Porque quiero que abran los ojos.

—Debes quererlo de verdad —le dijo Edmund suavemente—. Es importante establecer la capacidad de David y tuya en el trono.

—¿Mía y de David? ¿Que pasó con lo de “eres miembro automático de la realeza cuando te atas a uno de ellos”?

—Se llama subir las apuestas, —replicó Edmund, dándole un suave empujón.

Comenzó a andar por el pasillo y recordó el día de su boda. Pero esto asustaba mucho más. En realidad, hoy esperaban que hiciera algo.

David ya se encontraba sentado en el trono, en la cabecera de la habitación. Normalmente habrían entrado juntos, pero ella se había enganchado la capa en la cocina oeste, ocasionando histeria en el personal de cocina y el de la casa. Se había sentido inclinada a deshacerse de la capa pero nadie quería oír hablar al respecto.

Caminó a través de lo que parecieron un millar de parlamentarios y se sentó cuidadosamente en el trono —*¡el trono! ¡el trono!*— a la derecha de David.

—Siento llegar tarde —dijo por la comisura de la boca—un problema con la capa.

—Eso he oído —murmuró en respuesta. Estaba mortalmente pálido, pero se las arregló para dedicarle una pequeña sonrisa—. Gracias por aparecer. Aposté a Edmund mil dólares a que te encontraríamos en los muelles, buscando el próximo barco para salir de aquí.

—No me des ideas.

—Damas y caballeros —anunció alguien a quien ella no podía ver—. Sus majestades, el rey David y la reina Christina. Por favor, levántense para la 142 apertura del Parlamento de Alaska.

Ella comenzó a levantarse, pero David le agarró del brazo, y permaneció sentada. Todo el mundo se puso de pie e hizo una reverencia.

—Gracias, —dijo David.

—De nada —contestó ella.

—No hablaba contigo—murmuró. Entonces, más fuerte—. Pueden volver a sus asientos.

Se sentaron, murmurando como una gran bandada de cuervos. Bien pensado, la mayoría vestía de negro. Ella misma se sentía un completo fraude, y por razones más que obvias. Sentía que debería vestir tonos sombríos en lugar de colores vivos, teniendo en cuenta que Al estaba muy enfermo, pero por otro lado, no estaba muerto —aún—, así que el luto era inapropiado.

Y hablando de inapropiado, ¿que hacía ella sentada en un trono?

—... este Parlamento, en este día cuatro de abril de dos mil cuatro, acepta a David y Christina Baranov como co-regentes de Alaska. Sea registrado.

—Gracias, —dijo David. Christina estaba asombrada de que él fuera capaz de hablar. Estaba asombrada de no haber mojado su capa—. Por favor, tengan en cuenta que *Nosotros* esperamos que esta situación sea temporal y que solo asumiremos estas obligaciones hasta que *Nuestro* padre haya recuperado la salud.

Ese debe ser el Nosotros Real, pensó ella. Nota para mi misma-nunca me referiré a mi como "nosotros". Suena estúpido. No cuando David lo hace. Él hace que suene bien. Pero yo sonaría como una retrasada. Además todo el mundo se reiría ¿y quién podría culparles?

—Así queda registrado, Señor. ¿Podemos proceder con la agenda?

—Prosigamos.

Más tarde Christina resumiría la sesión del Parlamento en una sola frase:

bla, bla, bla. Se puso interesante cuando hablaron de la trama Domonov, pero resultó que, como Devon estaba muerto, el resto de los implicados estaba cantando para conseguir una reducción de sus condenas.

Se había arrestado a cuatro personas. El veterinario del Juneau Zoo había suministrado los tranquilizantes; el supervisor del veterinario había firmado la autorización para ello, uno de los acusados había llevado a Devon al aeropuerto y lo había estado esperando para sacarlo a él y a Nicky, y por supuesto, el propio Devon había iniciado el ataque. No hubo mención acerca de levantar cargos contra la princesa Alexandria.

Cuando se mencionó la posible decapitación de los conspiradores, David aplazó la cuestión para la próxima sesión.

Cuando se hizo referencia a la cuestión del análisis de ADN para Nicholas, Christina dijo, antes de que David pudiera abrir la boca —El Príncipe Nicholas es el hijo del rey y quinto en la línea de sucesión. Punto final.

—Cuarto, —tosió David en su puño.

—Correcto. Cuarto.

Hubo una larga pausa, seguida de la voz de alguien fuera del alcance de su vista que dijo, —Registrado.

Christina estaba demasiado nerviosa para dormir, lo que era una tortura dado lo aburrido de la situación. Ella ni siquiera veía la CNN, por amor de Dios; ¿qué estaba haciendo ahí? Pero su aburrimiento desapareció cuando David dijo—Tengo un asunto más que discutir esta tarde si me permiten.

Divorcio, pensó ella. Ha tenido suficiente. Le he llevado al límite. Sabía que ocurriría pero pensé que duraríamos una semana, al menos.

—Prosiga, Señor.

—Mi padre nunca quiso que yo reinara en Alaska solo... ni siquiera con una reina. Regente, —corrigió.

¿Eh?

—En realidad, el quería que mis hermanos y hermanas gobernaran como reyes y reinas, con mi reina y yo como reyes supremos sobre ellos. De esa forma podríamos compartir la carga de la corona, y en caso de que algo me sucediera a mi o a mi reina, la sucesión tendría lugar con un mínimo de conmoción.

Interesante, pensó Christina, pero inútil. El orden sucesorio parece muy claro. Pero si es lo que Al quería....

—¿Su Majestad sugiere que eso sea establecido?

—Sugiero que lo dejemos así de momento y lo pensemos para la próxima sesión. Consideraré sus argumentos, damas y caballeros, pero debo estimar también los deseos de mi padre.

Y eso, como suele suceder, fue todo.

Capítulo 30



—¿Veras creía papá toda esa mierda del Rey Supremo? —Dijo Alexander, esperándolos fuera del salón—. ¿O estáis borrachos de nuevo?

Christina estaba asombrada. *¡Nada de haiku!* Eso hizo que la pesadilla pareciera, siniestramente más real.

—Ya lo verás. ¿Están los demás listos?

—Listos, señor.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Christina, recogiendo su falda y apresurándose para mantenerse al paso de las largas zancadas de David y Alexander.

—Mi padre dejó una grabación. Dejó instrucciones para el heredero del trono de verla antes de que todos los demás lo hicieran. Vamos a hacerlo ahora. No ha habido tiempo —añadió a modo de disculpa—, para que el resto la viera antes de que la sesión del Parlamento comenzara.

—Oh. Es, eh, ¿privada? ¿Tal vez algo entre tus hermanos y hermanas? Porque no quiero interf...

Él la agarró por el codo. Su mano era cálida y reconfortante. —Ahora eres parte de la familia, Chris. Él quería... quiere... que tú también la veas.

Se reunieron nuevamente en la oficina del rey: toda la Familia Real, Jennifer y Edmund. Kurt estaba desaparecido, vagando por los alrededores en busca de un tipo malo—cualquier tipo malo—para dispararle. Se había dado el alta a sí mismo en el hospital AMA, y nadie había discutido con él.

—Bonito trabajo en el Parlamento hoy —Dijo la princesa Alex a modo de saludo, Kathryn asintió y le sonrió. Christina sabía lo raro que era eso.

—Gracias, —replicó David.

—Estaba hablando con tu esposa. La verdad, Chris, esperaba un desvanecimiento o una jugarreta o algo similar. Felicidades por no humillarte a ti misma frente al gobierno de la nación.

—Estaba tan petrificada, que olvidé el chiste que iba a decir —admitió—. Deja sitio Nicky, los pies me están matando.

Nicky se desplazó hasta el final del sofá y ella se sentó con un suspiro quitándose los zapatos.

Los ojos de Jenny se entrecerraron con sospecha. —¿No son esos los zapatos de tu boda?

—Oh, ¿quién lo iba a notar? —soltó—. Tenemos una especie de crisis nacional, por si no te has dado cuenta. Nadie está interesado en mis pies.

—Yo estoy interesado en tus pies—bromeó Nicholas.

—Su Majestad, no es el momento...

—Silencio —ordenó David—. Edmund ha puesto la grabación.

La pantalla de setenta y dos pulgadas se iluminó, mostrando al Rey Al sentado justo donde ahora estaba David. Vestía una camisa verde suelta con los puños deshechos y no se había afeitado en tres días. Bostezó y después sonrió a la cámara, entonces Christina vio a Alexandria cubrirse los ojos con las manos durante un instante, como si no pudiese soportar verlo cuerdo y sano.

—Hola, hijo. Hola, chicos. Si estáis viendo esto, estoy de mierda hasta el cuello. O soy pasto de gusanos, y espero que no me hayan enterrado —incineración, ¿lo recordáis?— o ha ocurrido algo y David dirige ahora el país.

—No pasa nada. No me importa haber terminado la danza del rey, aunque me habría gustado pasar más tiempo con vosotros. Y Christina, —añadió. Sacó un pequeño cuchillo de su bolsillo, le quitó la funda protectora

y comenzó a limpiarse las uñas—. Chris, me hubiera gustado ver cómo te acostumbrabas a ser una princesa. Ahora serás la reina —o reina consorte— y seguramente estás bastante disgustada conmigo. Bien, nadie está realmente preparado para recibir la corona... ni siquiera los que están destinados a ello. Pero, al menos en este país, nunca va a parar a manos de alguien que no la merezca.

—Lo que me lleva al meollo de la cuestión. Seguro que me recordáis leyéndoos las Crónicas de Narnia cuando erais pequeños. Adoraba esos libros. Lo que más me gustaba de ellos, aparte de los animales parlantes y el león, era el hecho de que Peter, el rey de Narnia, era el Rey Supremo sobre su hermano y sus hermanas. Y que ellos se ayudaban los unos a los otros para dirigir Narnia. Si Peter tenía que ir al norte a patear algún trasero, los gigantes vivían en el norte, seguro que lo recordáis, su hermano y sus hermanas permanecían en CairParavel para que la gente no se pusiera nerviosa. En realidad, el rey Peter no estaba esa vez en la que Narnia fue atacada por los Calormenes, pero el Rey Edmund y la Reina Queen manejaron la situación.

—Recordarais la historia europea...

—Lo hacemos—dijo la princesa Alex—. No creí que tu lo harías.

Kathryn rió, y le dio un ligero codazo.

—...cuando el rey Ricardo fue a las cruzadas estuvo cerca de no tener un trono al que regresar. No quiero que eso pase y no quiero que la carga de dirigir el reino caiga sobre David y Christina. No tengo nada contra Chris o David... es solo que todos vosotros deberíais ser capaces de compartir el trabajo. No se trata solo de inauguraciones y cortar listones, a estas alturas seguro que lo habréis descubierto.

—No estoy firmando nada, no hago de esto una orden, aunque legalmente no tendríais que acatarla, estoy caput y David es el rey, pero quiero que lo consideréis. Todos sois Baranovs, lo que significa que sois rápidos, inteligentes, incansables y leales. Ayudaos unos a otros a hacer de Alaska el país más grande del mundo.

—Esto es todo, excepto... David, puedes hacerlo. En realidad naciste para ello, y escogiste a la mujer adecuada... Alexandria, usa ese gran cerebro tuyo

para ayudar a tu hermano en lugar de darle la lata veinticuatro horas al día los siete días de la semana. Alexander, los días de dormir hasta tarde se han acabado por un tiempo. También, hijo, seriamente, ya basta de poesía. Kathryn, sé que en lo más profundo de ti, te gusta tu nueva cuñada. Considera demostrarlo de vez en cuando.

—Y Nicky, sé que vas a odiar esto, pero aún eres mi pequeño. Actualizo la cinta cada seis meses más o menos, lo que significa que aún eres un niño. Sé un niño un poco más, por tu viejo padre—Guiñó a la cámara—. Edmund, Jenn, sé que los dos revoloteáis como malditas gallinas cluecas... No tengo que pedirlos que ayudéis a los chicos a salir adelante, pero os pediré que no les presionéis. —Hizo una pausa, y soltó el cuchillo. —Vale, he terminado. Listo, os quiero a todos. Ahora, de vuelta al trabajo.

La pantalla se volvió negra.

Capítulo 31



— Vaya día —suspiró Christina entrando en su habitación y arrojando su capa sobre la silla de la esquina. Alguien había bajado la intensidad de las luces, había hecho la cama, puesto música suave en el estéreo y pasado la aspiradora. Era como vivir en un hotel muy bonito. Cada día. *¡Por favor! El hospital, después el Parlamento, y más tarde la grabación del padre....* El día había sido largo y deprimente, como luna de miel,apestaba.

¡Y era su luna de miel! Debería estar desnuda todo el tiempo, preferentemente experimentando con aceite de sabores y crema batida, pero nooo, ella tenía que abrir la sesión del Parlamento, por el amor de Dios, y hubiera sido injusto atacar a David con ello, sin mencionar el hecho de que probablemente él tampoco estaba de humor, y...

Se volvió y él estaba allí, justo allí, y de pronto su boca estaba sobre la de ella, sus manos en su pelo, quitándole las horquillas, masajeando su cuello y a medida que la tensión abandonaba sus músculos ella gimió en su boca.

Se tambalearon hacia la cama, con las manos por todo el cuerpo del otro, tirando, rasgando, arrancando y le escuchó gruñir, "*Malditos botones,*" mientras caía en la cama sobre ella, las manos bajo su falda, tirando, y su ropa interior voló por el aire...

— ¿Piernas desnudas? ¿Piernas desnudas y zapatos de diez mil dólares?

—Como si a alguien le importara —gruñó ella, mordisqueando su garganta allí donde podía alcanzar más allá del cuello de su camisa. Bajó las manos y peleó con sus pantalones, abriendo la cremallera y tomando en sus manos su caliente y duro miembro.

—Ummmm —dijo, o algo parecido. Entonces su falda fue levantada hasta

la barbilla y él se hundió en ella. Lo sintió apretado y un poco doloroso pero dulce al mismo tiempo y suspiró.

—Lo siento —murmuró en su oído—. No puedo... te necesito... la próxima vez...

—Cállate y fóllame —le replicó ella tan educadamente como pudo en esas circunstancias.

Encantado, él obedeció. Sus manos en sus hombros, su cara contra su cuello, él empujó una y otra vez y el cabezal crujía acompañando sus embestidas. Ella podía sentir su necesidad, su urgencia, y enlazó las piernas en su trasero -la mejor manera de alcanzar más profundidad, querido-, y en un momento su boca estuvo sobre la suya y ella la chupó, entonces él gimió salvajemente, y de repente había acabado.

—Oh, Dios —gimió él, y cayó sobre ella.

—A Horraine no le va a gustar lo que le has hecho a su vestido.

—Es tu vestido.

—No se lo oirás decir a él —dijo ella, y le besó la oreja.

La apartó suavemente y se apoyó sobre un codo. —Yo lo...

—No te atrevas a disculparte. Ahora estamos casados.

El sonrió y trazó la curva de sus labios con las puntas de los dedos. —No me disculpaba por hacerte el amor. Lo que siento es que fuera tan rápido. Sé que no has llegado. Es solo... he estado pensando en esto todo el día, y la presión se acumulaba, estabas tan hermosa que no pude... no pude esperar más.

—Eso está muy bien, porque yo estaba esperando para saltar sobre ti. Y el rey, bendito sea, no estaba aquí para detenernos —Se dio cuenta de lo que había dicho y añadió cuidadosamente—. No quería decir que no pienso en ti como en el rey, porque yo...

—No, tienes razón. El rey no está aquí para detenernos. Yo no conocía bien a mi madre.

—Vale, —dijo ella, porque tenía que decir algo. *Y por cierto... ¿Qué tiene*

que ver tu madre en todo esto?

—Ella no era... una madre muy involucrada. Así que cuando murió, apenas lo sentí. Pero esto... mi padre...

Entonces se inclinó, presionó su cara sobre el cuello de ella y sollozó. Se sintió abrumada, por ambas, su falta de tacto y la cruda emoción de un hombre que usualmente aparentaba un gran control o al menos indiferencia. No sabía que decir y temía que si decía algo empeoraría las cosas. Así que lo sostuvo, acariciando su pelo, y esperó a que hubiese terminado.

Se quedó mirando al techo y se preguntó que sería de todos ellos.

Tres semanas más tarde. . .

—Y si firma aquí, señor... y aquí... y aquí... —Edmund recogía cada papel tras la firma. Eran hojas A4 normales pero más gruesas, no se doblaban en absoluto. Christina estaba acurrucada en el sofá, contemplándolos e intentando calcular cuanta madera había sido necesaria para crear esos papeles — Muy bien, Majestad.

—¿Qué más? —dijo David, frotándose los ojos. Su aspecto era cadavérico, fácil imaginar por qué. Eran las once de la noche, estaba levantado desde la cinco de la mañana y el día aún no había acabado.

—Es una cuestión doméstica de menor importancia, señor...

—Deja que yo me encargue —dijo Christina. Ambos hombres la miraron sorprendidos, como si hubieran olvidado su presencia.

—¿Por qué estás aún levantada? —le preguntó David.

—Haz otra pregunta tonta, *Oh gran dirigente de Alaska*. Es mi trabajo también y lo sabes.

—Chris, no veo motivo para que los dos nos privemos del sueño —apuntó David razonablemente—. Vete a la cama. Terminaré pronto.

—¿Como ayer? ¿Cuando llegaste tambaleándote a las tres de la mañana?

—Tenía unas preguntas muy importantes sobre legislación.

—Mira, David, no me estoy quejando, ¿de acuerdo? Quiero decir, lo hago, pero no tiene ningún significado especial. Entiendo que ahora tienes grandes responsabilidades, pero yo también. Quiero compartir el trabajo. Dices que no es justo que los dos tengamos que estar levantados hasta tarde, pero para mi no es justo irme a la cama mientras tú tienes que permanecer aquí hasta que *Caraculo*, aquí presente, te deja ir.

—*Caraculo* está mal dicho, Madam —dijo Edmund.

—No culpes a Edmund —dijo David.

—No lo hago, —dijo Christina mirando a Edmund.

—He estado intentando evitarte el trabajo en horas tardías.

—Bueno, no tienes que hacerlo, pero gracias.

—Es mi elección seguir levantado. Hay un montón de asuntos a tratar. Estoy aprendiendo a la carrera. Y tengo... tengo mucho que hacer.

Christina sabía que casi había dejado escapar su miedo más profundo: *Tengo miedo de fastidiarlo todo*. No dijo nada; era algo que habían hablado en la privacidad de su habitación, y ella no iba a traicionar su confianza.

—Aquí Eds, dice que es un asunto doméstico de menor importancia, ¿no? Bien, deja que me encargue de ello.

—Bien.

—Eso ha sido muy rápido —murmuró ella.

—Estoy cansado —replicó él con la sombra de una sonrisa.

—No puedo esperar hasta mañana —dijo Eds. Recogió todo el papeleo—. Me retiraré, con el permiso de Sus Majestades.

—No, dejémosle toda la noche haciendo algo que odie. ¡Probándose vaqueros! Podemos hacer que nos haga un desfile de moda.

—Tentador, pero entonces tendríamos que quedarnos también. De esta

forma podremos acostarnos antes de medianoche.

—Moriría antes de llevar semejante indumentaria, —dijo Eds rígidamente—. Sus Majestades podrían arrojarme a la mazmorra.

—¡Oh sí! —dijo Christina alegremente—. ¿Tenemos una de esas?

—Ven belleza—dijo el rey levantándose y cruzando la habitación, alzando la mano hacia ella—. Vayámonos antes de que cambie de opinión.

—Hecho y hecho, —replicó tomando su mano—. Le sacó la lengua a Eds cuando David no miraba, para su completo asombro, él se la sacó a ella. Solo por un nanosegundo, y se preguntó si realmente la había visto. Fue muy rápido, como un lagarto.

—Ocho a.m. mañana, Reina Christina. Jenny y yo discutiremos sobre un asunto doméstico con usted.

—Me pregunto, —dijo David mientras la guiaba hacia las escaleras—, ¿en qué consiste un asunto domestico de menor importancia?

—Me da igual, quiero que mañana duermas aquí.

—No puedo. Tengo que ver a los pingüinos.

—David, eres el rey. Contrata a alguien que se encargue de esas malditas cosas.

—Oh, no podría hacer eso —dijo impactado—, son mi responsabilidad.

—¿No te excedes un poco? —Pero no siguió acosándolo. Al menos parecía relajado siempre que volvía de Allen Hall, incluso si olía un poco a pescado. Desde luego no parecía relajado cuando se encargaba del papeleo del rey. La mitad del tiempo parecía constipado—. Bien, hazlo a tu manera.

—Bien —dijo él modestamente—. Soy el rey regente.

—Seguro, cabalga un poco más en ese puesto.

—Prefiero —susurró en su oído—, cabalgarte a ti.

—Señor, ha conseguido una cita.

Después de hacer el amor, él tomó su mano y le dijo:

—Sabes que no podría hacer esto sin ti.

—Eso no es cierto, pero gracias de todas formas.

Entonces ella aguardó, llena de esperanza. Esperó largo tiempo y asumió que no ocurriría cuando de pronto él dijo, con gran dificultad...

—Te amo.

—Eso está muy bien —dijo ella—, porque yo también te amo.

—¿De verdad? —Su voz sonó sorprendida.

—No, me casé contigo porque fuiste el único que me lo pidió. Y porque soy una zorra sedienta de poder a la que le gusta ser la jodida reina de Alaska.

—Oh, Christina—dijo él—, eso me llega al corazón. Vas a hacerme llorar.

—Probablemente no por última vez, camarada — replicó haciéndole cosquillas en las costillas y perdiendo la batalla cuando él se las hizo a ella.

Capítulo 32



—¿A

sunto doméstico de menor importancia? —casi gritó.

—Ahora, Su Majestad, —dijo Jenny, más ansiosa de lo habitual—, solo hay doscientos cuarenta y ocho mil seiscientos setenta de ellos.

—Se supone que tengo que escribir doscientas cincuenta y ocho mil doscientas cuarenta y dos...

—Ahora, Reina Christina...

—Jenny.

—Eh... Su... um... Majestad...

—Que tal si Jenny y yo escribimos las notas de agradecimiento —sugirió Edmund con un aspecto especialmente cadavérico a causa de la camisa blanca y la chaqueta color crema—, ¿y usted las firma?

Casi dio como buena la idea, pero volvió a sus cabales a tiempo.

—No. Gracias, pero no. Esos ochenta millones de personas nos enviaron regalos de boda y lo menos que puedo hacer es agradecerse.

—También tiene que...

—Oh, Dios —Se cubrió los ojos—. No me lo digas.

—Dieciocho mil trescientas veintiséis notas de simpatía para el rey Alexander. Hasta el momento.

—¡Argh!

—Desde luego —añadió sin mostrar la menor malicia en su rostro—, el correo diario no ha llegado aún.

—Pero tenemos helado recién hecho —dijo Jenny— Con granizado. Puede probarlo mientras trabaja.

—¡Un momento! No podéis simplemente ponerme helado delante de la nariz y esperar que yo...¿qué clase de helado?

—Chocolate —dijeron al unísono.

—Bien, de acuerdo. Dije que lo haría y soy una mujer de palabra, pero vosotros, ¡traidores! Asunto doméstico de menor importancia, mi gran culo blanco. Estáis drogados. ¿Qué demonios es un asunto doméstico de mayor importancia? ¿Y qué es esto? —Dijo con mirada sospechosa hacia las cajas y cajas de artículos de oficina. El papel era celeste, grueso, con la inscripción *SAR Christina Baranov* impresa en negro arriba—. Agg, papel de Reina.

—Tuvimos que acelerar la impresión, —dijo Edmund suavemente.

—Oh, —dijo ella, comprendiendo—. No lo dudo.

Seguro que había cajas y cajas de papel en el sótano con *Su Alteza Real* impreso. Papel de princesa. Que ella ya no podría usar nunca. Hijo de perra.

Trató de aligerar el tema y lo empeoró. —¿No puedo esperar a que Al se despierte y escriba sus propios agradecimientos?

—Seguro que puedes —dijo Jenny, cortando a Edmund -probablemente por primera vez en su vida—. Por supuesto. Se despertará y entonces... y entonces podrá... escribirles.

De repente rompió a llorar.

—¡Jenny! —Christina la tomó en sus brazos y la abrazó—. No llores, Jenny, conseguirás que lo hagamos todos.

—Vamos, vamos —dijo Edmund inescrutablemente, dando palmaditas en sus hombros con sus esqueléticos dedos.

—Lo siento—sollozó—. Me alegro que seas la reina consorte y de verdad que me gusta David... pero echo de menos al rey... él era tan amable conmigo... y está tan enfermo... y era tan encantador... y ahora tiene tantos

problemas por ser amable... un buen padre... y... y...

—¡Oh por favor, para! Él estará bien. Es demasiado cabezota para morir.

—¿Por qué no te tomas la mañana libre, Jenny? tomate algún tiempo para ti misma —sugirió Edmund—. Con permiso de su majestad, por supuesto. Han sido unos días muy estresantes para todos.

—No, no puedo hacer eso—dijo, calmándose—. Tengo demasiado trabajo. Todos lo tenemos. De repente se quedó rígida, cuando se dio cuenta de que la reina la sostenía. —Suplico que Su Majestad me perdone. Yo... Yo perdí el control y estoy...

—Jenny. Por el amor de Dios. ¿Cuando te tomarás las cosas con menos severidad?

Ella sorbió y se limpió la cara con las palmas. A Christina le dolió el corazón al ver ese pequeño gesto, tan infantil —Bien, de nuevo. Me disculpo.

—Es un momento muy estresante —comentó Edmund, posiblemente la declaración de la década.

—Sí, bueno, puedes pasarlo lamiéndome los sobres.

—Agg —dijo Jenny, y los tres se rieron.

De los archivos reales de Alaska. Museo de historia de Alaska, Juneau, Alaska. De la colección Baranov ; donado por SAR Príncipe David III, príncipe de Alaska, 2080.

Esta nota, en el papel personal de SAR, es un ejemplo típico del estilo de la correspondencia de la Reina Christina. Es una nota de agradecimiento por un *Picasso* original, regalado a la reina con motivo de su boda con David, el entonces coronado príncipe de Alaska, y donado al museo por su nieto, Príncipe David III.

Mayo 8, 2005

Querido Sr. Gates,

Muchas gracias por el cuadro. Es realmente asombroso. Lo colgamos en Allen Hall, un ala del castillo muy importante para el rey, donde puede verlo cada día. Yo trato de ir a contemplarlo cuando puedo. El colorido es absolutamente asombroso.

Siento que no pudiera venir a la boda pero le deseo la mejor de las suertes con su juicio.

Sinceramente suya,

Christina K. Baranov

P.D. Tengo algunos de sus programas de software, y funciona muy bien. Buen trabajo.

De los papeles privados de SAR Christina Baranov

Abril 9, 2004

Mi querida Christina,

Acabo de ver la CNN; se te veía hermosa y con gran aplomo. Bien hecho.

Me he tomado un momento para escribirte unas líneas sobre cuanto siento lo ocurrido al rey Alexander. Aunque estoy segura de que estás personal y profesionalmente horrorizada por los recientes sucesos, también estoy segura de que estarás a la altura de tu deber de ayudar al nuevo rey a gobernar.

Muchas veces hemos hablado en mi oficina y he visto cuanto apreciabas al rey

Alexander y al príncipe David, y tu ansiedad sobre si serías capaz de ser la compañera adecuada para su hijo cuando llegara el momento.

Christina, si nadie te lo ha dicho, entonces yo lo haré: eres más que capaz para la tarea a la que te enfrentas. Nadie tiene un corazón más grande o (puedo jurarlo) una mejor disposición. No puedo pensar en una mujer mejor para ser la reina de Alaska y mi reina.

Por favor, no dudes en llamarme en cualquier momento si quieres hablar; me encantaría verte de nuevo aunque entiendo que ahora tu tiempo está muy solicitado. Ahora que estás casada ya no me necesitas, pero echo de menos nuestras charlas. Estoy a tu disposición e iré a palacio en el momento que lo pidas.

Hasta que nos encontremos de nuevo, aquí estoy,

Tu amiga,

La Dra.Elinor Pohl

Capítulo 33



—¿David? —Ella abrió la puerta, haciendo un gesto ante el olor—. ¿Estás ahí? Entró tratando de ignorar a los pingüinos, la mitad de los cuales dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se quedaron mirándola.

Fuchi. Y aquel extraño *Picasso*, el que parecía el suelo de un bar tras una juerga de borrachos. Doble-fuchi. ¿En que había estado pensando *Bill Gates*? —¿Hola? Estoy hasta las narices de escribir agradecimientos y quería un beso. Y a lo mejor un rapidito. ¿David?

Nada. Bien, mierda. Retrocedió fuera de la habitación, sin quitar los ojos de las extrañas aves. Cerró la puerta, se volvió y casi se cayó sobre el pingüino que de alguna manera se le había colado por la puerta.

—¡Aaaah! —Saltó hacia un lado para evitar pisarlo chocándose dolorosamente contra la pared.

Se la quedó mirando.

Ella abrió la puerta.

La seguía mirando.

—Vuelve adentro, ¡ahora!

Cloqueó. ¿Estaba hambriento? ¿Sediento? ¿Preparándose para atacar?

—Vamos, ¡ve adentro ahora!

La ignoró totalmente.

—¡Maldita cosa!, —murmuró.

Cloqueó más alto.

—Lo siento —Se movió hacia la izquierda. La siguió. Se movió más rápido. La siguió más rápido—. Déjalo, ahora. Déjame. ¡Déjame! ¡Para! ¡Socorro!

Chris dobló la esquina como un cohete, casi golpeando a David. Se agarró a él como una tabla de salvación y dijo:

—¡Está detrás de mí, esta detrás de mí!

—¿Qué? ¿Quién? Es Kurt...

—¡No, tonto! ¡Viene a comerme o matarme o lo que sea! Es Terminator con alas. ¡No va a parar!

David miró abajo justo a tiempo de ver a un joven pingüino doblar apresuradamente la esquina. —Por el amor de Dios, Christina, no deberías dejarlos salir. Ellos...

—¿Acaso no hablo en castellano, *Rey tonto del culo*? ¡Me está acosando! Me engañó para escaparse y ahora no me puedo librar de él. ¡Me persigue!

Intentó no reírse. Era obvio por sus ojos abiertos y su cara sonrojada que no estaba ni remotamente divertida. —Me ocuparé de él, Chris. No... —Tosió en su puño y rezó porque ella no viera la risa en sus ojos—. No te asustes.

Lo miró con suspicacia. — ¿Te estás riendo de mí, compañero?

—No.

—Mejor que no sea así.

—Te quiero —dijo espontáneamente. Le estaba resultando cada vez más fácil decírselo. Ella nunca se reía, por lo menos. No sobre eso. En realidad ella afirmaba amarlo también.

—¿Por qué? —Aún recelosa.

—Oh, por varias razones indefinibles —La besó en la nariz.

—Agg, conseguí una habitación —Se volvieron para descubrir a Kurt sonriendo. Vestía pantalones, sandalias sin calcetines, la pistolera del hombro, y una camiseta con el logo "*Soy algo bueno*"—. O al menos un

palacio. ¿Qué pasa amigos Reales?

—Christina está haciendo amigos —dijo David.

—Muy divertido. Me alegro de verte Kurt. ¿Puedes ocuparte de esto? —preguntó, señalando el pingüino, que se había acercado aún más mientras hablaban.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó dubitativamente—. ¿Dispararle?

—Por el amor de Dios —dijo David, antes de que Christina se incriminase—. Yo me ocuparé. Kurt, asegúrate de que no se mete en más problemas.

—¿Te consigo *Torazina*⁴⁰? —le dijo a David, quien rió en respuesta.

—Bien, bien, —dijo ella aún anonadada—. ¿No sois grandes amigos estos días? En realidad, es bonito... una vez que desaparece el “yo-Tarzan-ella-Jane” que vibra en una habitación cuando dos hombres coinciden en la misma.

—Oh, es un buen tipo —Kurt bajó la voz—. Lo siento por él, ¿sabes? Lo que le ocurrió a su padre, y luego la gran promoción. Y por supuesto casarse contigo. Cuando se trata de hablar en el Parlamento y visitar orfanatos, no eres lo que llamaría la persona apropiada.

—Bueno, los dos apreciamos tenerte aquí, capullo. David incluso lo dijo el otro día.

Kurt se encogió de hombros. Estaba más relajado de lo que recordaba haberlo visto nunca, y él y el príncipe Alex se estaban haciendo amigos. No parecía tener ninguna prisa por regresar a Los Ángeles. Ella se alegraba. Alex creía que se quedaba porque se sentía culpable de que el rey hubiera recibido un disparo. Era una mala razón para quedarse, pero era un buen hombre el que se quedaba, así que a su manera funcionaba. Más o menos.

—¿Qué estás haciendo aquí, de todas formas?

—Jenny me envió a buscarte.

—¡Es una negrera! Solo quería tomar un respiro de tantas notas de

⁴⁰*Toracina*: Es una droga contra sicopática de la bajo-potencia. Utilizado en el tratamiento del pensamiento desorganizado y sicopático.

agradecimiento.

—Sí. Dice que te fuiste hace horas.

—Es un palacio grande, —dijo a la defensiva—. Estaba buscando a David.

—Excusas, excusas. Vamos, le prometí a Jenny que te llevaría de vuelta.

—¿Quién está a cargo aquí exactamente? Porque no soy yo.

—Pregunta a Edmund, —sugirió, y la guió hasta el ascensor.

Capítulo 34



—¿De verdad? —preguntó David por enésima vez—.
¿No es una de tus inusuales bromas?

—Por billonésima vez. No es una broma.

—¿De verdad? —Sonrió.

—Sí, David. Buen trabajo. Y no estoy bromeando sobre eso tampoco. Quiero decir, guau. ¡Buen trabajo!

Él pasó una mano alrededor de sus caderas mientras recorrían el pasillo del hospital. Habían hablado brevemente en el exterior y la prensa se había quedado fuera. La tensión aún era alta pero el país no se había derrumbado ni había explotado desde que David había asumido la corona, así que la prensa y el pueblo habían adoptado una actitud de “*en espera*”.

De momento ella y David habían acudido a la habitación del rey en el hospital por una llamada urgente de la princesa Kathryn.

—Esto es... No puedo creerlo. De veras que no puedo.

—¿Entonces no has estado prestando atención a tus actividades extracurriculares, *Chico Pingüino*? ¿O debería decir *Chico Pene*? —Entonces, nerviosamente, añadió—. ¿Estás... te importa? Quiero decir, ¿Te gusta?

—¿Bromeas? Son noticias maravillosas —exclamó él—. ¡Edmund va a tener gatitos!

—Gracias por una imagen tan perturbadora. Oh, aquí estamos — Entraron en la habitación privada, donde el Dr. Sarett y la princesa Alex les

esperaban—. ¿Donde está todo el mundo?

—Nicky está en su clase de equitación. No quise interrumpirlas. Sé que David quiere mantener su vida lo más normal posible bajo las actuales circunstancias. El otro Alex está visitando un refugio para indigentes, y Kathryn tiene una reunión con la COCS⁴¹.

Christina se rió. *La Coalición de Servicios de Cruceros* tenía el peor acrónimo de la historia. Sabía que era inmaduro pero oírlo en voz alta siempre la hacía reír.

David fue hacia su padre, estiró la sábana, y besó su frente. No parecía mortalmente enfermo. En realidad, David estaba más pálido. El rey Alexander simplemente parecía que se había quedado dormido después de un duro día de trabajo. Posiblemente uno en el que unos cuantos tragos habían estado involucrados.

—¿Hay alguna novedad, Doctor? Mi hermana dijo que era urgente.

—Bueno, no sé si es lo que llamarían urgente... —Semanas de frecuentes reuniones y partes médicos con la Familia Real le habían ayudado a relajarse un poco. Aún vestía demasiado estirado para ser un médico; Christina imaginaba que la administración del hospital le exigía vestir traje oscuro bajo la bata, y su cabeza afeitada brillaba bajo las luces. Chris pensó que si cambiara aquellas enormes y horribles gafas por unas lentes de contacto mejoraría. Sus ojos color café parpadearon tras las enormes gafas, haciéndole parecer siempre al borde de las lágrimas—. Es definitivamente prometedor, sin embargo...

—¡Está empezando a despertar! —interrumpió la Princesa Alex—. ¡Ha hablado!

—No es posible—dijo Christina, bastante reacia.

—Lo es, mi reina. El dijo 'jam y...' Era algo como jamón y huevos.

—Dr. Sarett, ¿cuántas veces tengo que decírselo? Era salmón. Mi padre es pescador. Créame, donde quiera que esté su cabeza está pensando en pescado, no en huevos.

⁴¹ En inglés COCS es un término coloquial que significa penes.

—¿Qué ocurrirá ahora? —dijo David.

—Bien, lo mantendremos monitorizado, desde luego, pero sus ondas cerebrales comienzan a tener el aspecto que deberían...

—En castellano, recuerde —avisó Alex.

—Es como si se hallara en el fondo de una piscina y estuviera nadando hacia la superficie.

—¡Eso es asombroso!

—Sí, Su majestad. Su Alteza pensó que usted y el rey deberían saberlo inmediatamente.

—Su alteza conoce su trabajo.

—Auuuuu —dijo la princesa mofándose—. Eso ha sido tan bonito.

—¿Podemos quedarnos por aquí a esperar que despierte? —preguntó Chris ansiosamente.

—Sus majestades son bienvenidos si quieren esperar, pero podría llevarle un mes recuperarse. Sin embargo, algunos estudios demuestran que los pacientes en coma pueden oír y ver, habrán notado que sus ojos se abren a veces. Si quisieran hablarle, eso podría ayudar...

Christina se inclinó hasta que su boca estuvo a la altura del oído del rey.

—¡Eh, capullo! ¡Tu hijo me ha preñado! Así que levántate y sonríe, porque no voy a hacer esto sola. ¡Ahora levántate antes de que te patee el trasero! —Se levantó y aclaró la garganta— ¿Qué tal así?

Los ojos del Dr. Sarett's eran aún más grandes de lo habitual tras sus gafas. —Eso puede que funcione Majestad—. Auscultó el corazón del rey. Chris y Alex se sonrieron la una a la otra, cada una imaginando las notas que los chicos iban a añadir más tarde. David simplemente parecía dolido.

—Por cierto, felicidades —añadió el doctor.

—¡Chicos, es fantástico! —Alex abrazó a Christina, después le dio a su hermano un apretón tan fuerte que este se quejó—¿Cuándo os habéis enterado?

—Hace cosa de diez minutos —dijo David.

—Esta mañana, —dijo Christina—. El palito se puso azul. Pero tienes que callar, no se lo vamos a decir al resto del planeta por lo menos hasta dentro de dos semanas.

—Cielos —dijo la princesa, impresionada—, chicos no habéis perdido el tiempo. Sinceramente David, pensábamos que eras un monje o algo parecido.

—¡Ja! —soltó Christina.

—No voy a tener esta conversación, —dijo David.

—Gracias a Dios—dijo el rey Alexander II.

Capítulo 35



Ella abrió la puerta de Allen Hall y divisó a “su” pingüino de inmediato; se estaba poniendo asquerosamente gordo. Tendría que dejar de escurrirse para alimentarlo. Solo porque David le hubiera dicho que era huérfano, no significaba que tuviera que adoptarlo o algo así.

—Oye, ¿adivinas qué, Fred? —Preguntó, mientras él se acercaba hacia ella tan rápido como le permitían sus pequeñas patas— ¡Al despertó! ¿No es grandioso? Ahora...

Atravesó la habitación y abrió la alacena, después de revolver dentro de ella, sacó una lata de atún.

—Bueno —dijo, dándose la vuelta—. No puedo darte toda la lata esta vez; porque según ese libro de David que leí, decía que comer demasiado no era...

La puerta de Allen Hall se abrió, dando paso a Edmund que traía consigo un cubo.

Él se sorprendió cuando la vio.

La mejor defensa, es un buen ataque.

—¿Y tú qué estás haciendo aquí? —saltó ella.

—Seguramente su Majestad tiene exigencias más importantes en que ocupar el tiempo —fue su fría respuesta. Fred se había olvidado por completo de ella y ahora daba saltitos delante de Edmund.

¡La pequeña bestia traidora! Fred. Edmund no.

—Quizás debería discutir esto con el rey .

—¿Con cuál? Olvídalo. Mira, pongamos las cartas sobre la mesa, ¿te parece? No le diré nada si tú no lo haces. ¿De acuerdo?

—Como desee.

—Sí, considéralo una *Orden Real*. O algo así.

Edmund hurgó dentro del cubo, retiró un pescado con sus largos y blancos dedos y lo dejó caer. Fred lo hizo desaparecer. —O algo así. Sí señora.

Ella lo miró estrechando los ojos, pero él tan solo permaneció allí aparentando inocencia (tanta como pudo, por cierto) y alimentando a Fred.

—Está bien, entonces —dijo ella finalmente.

—Su Majestad tiene toda la razón —dijo Edmund de repente—. Son unas aves extremadamente apestosas.

—E irritantes.

—Ni siquiera pueden volar.

—No las puedes mantener saciadas.

—Definitivamente molestas.

—Muy bien, entonces estamos de acuerdo.

—Sí, señora.

—De acuerdo, entonces adiós.

—Tan solo siento que el rey ya tiene demasiados compromisos que atender...

—Eds... Ni siquiera te molestes.

Suspirando, dejó caer otro pescado

— Sí, Señora.

—Al, no me malinterpretes.

—Oh Señor, aquí vamos.

El rey estaba sentado en la camilla, engullendo una gelatina verde. Su bata de hospital se le escurría a cada momento, revelando su formidable piel bronceada que había palidecido durante su estancia en el hospital.

—Todos abordo del tren de la ingratitud.

—Porque estoy feliz de que estés despierto y todo eso.

—Ya lo creo, *Reina Regente Cristina*.

—¡Pero asusta! ¡Hablar acerca de un ataque al corazón! Casi me caigo por la ventana.

—Tú estabas en cualquier lado menos cerca de la ventana. Esta gelatina apesta. Alguien que me consiga un filete. Dos filetes.

—No hay carne para ti, "*Chico Coma*". Al menos no por algún tiempo.

—¡Ningún filete, y un cuerno! ¿Quién está a cargo aquí?

—Ninguno de nosotros. Ya te lo he dicho varias veces.

—Felicidades. En cuanto comprendes eso, estás lista para ser reina.

—No gracias. ¿Has visto a David? Envejeció cerca de veinte años en seis minutos.

—El chico puede llorar todo lo que quiera. En algún momento tendrá que asimilarlo.... no le llevará más de unas pocas semanas ¡Dios, esta gelatina es terrible!

—Deja de quejarte— Christina levantó la persiana y echó una mirada al soleado día.—Así que, ¿cuándo podrás comenzar a reinar Alaska otra vez?

—No lo sé. El doctor dice que estaré por lo menos otra semana aquí. Y me vendrían bien unas vacaciones.

Christina casi se cae por la ventana otra vez.

—¡Vacaciones! ¡Pero si has estado durmiendo durante casi dos meses!

Edmund interrumpió discretamente y entró sigilosamente en la habitación. Al y Christina lo miraron fijamente. Edmund nunca entraba sigilosamente. Se rumoreaba que fisgoneaba. Pero nunca lo habían atrapado.

—Buenas tardes Su Majestad. Su Majestad.

—Oh vamos —Gimió ella.

—Entiendo su pena, mi reina, pero técnicamente usted sigue siendo coregente hasta que el Parlamento la releve.

—Y ellos no pueden descoronarme— Dijo Al, con una notable insatisfacción.

—La Reina de Inglaterra ha venido a verlo, Señor.

—Oh, oh. Tira éste otro. Y tráeme un filete. Y averigua cuándo podré irme a pescar. ¿Y dónde está el correo? Podría al menos tener mi correo mientras estoy atrapado en este agujero de algodón.

—¡Ningún correo! —dijo Chris audiblemente—. Se supone que debes tomártelo con calma. Créeme, en verdad créeme, nadie desea más que yo que estés levantado y caminando por ahí. Pero tienes que hacerlo despacio. Por cierto, mantente lejos de los tranquilizantes para animales en el futuro.

—Sí —respondió el Rey secamente—. He oído que me hacen enfermar.

—Rey Alexander, Reina Christina —Dijo Edmund fuertemente, sorprendiéndolos a ambos... él usualmente se escapaba durante sus peleas, desapareciendo como Batman—. Su Real Majestad, la Reina Isabel de Gran Bretaña.

La Reina Isabel entró. Para un record de tres veces en dos horas, Christina casi se cae de la ventana. Incluso el rey parecía sorprendido. Un pedazo de gelatina verde colgaba de su barba y tenía la boca abierta. Rápidamente se ajustó la bata de hospital.

—Buenas tardes —dijo la reina.

—Buh —dijo Christina.

—Hola Liz. Gracias por venir.

La regia frente de la Reina Isabel se arrugó por un momento, pero se alisó rápidamente.

—El placer es mío, Alex. Estoy muy contenta de ver que has comenzado tu recuperación.

La Reina era una mujer pequeña, sorprendentemente pequeña, pero se mantenía erguida como una flecha, elegantemente envuelta en su traje azul. Su sombrero era también azul, con un pequeño velo que le permitía ver a través. Sus guantes eran blancos, inmaculados. Sus zapatos eran de tacón bajo, oscuros y cómodos. Su cabello gris oscuro se veía perfecto, nada estaba fuera de lugar. Un bolso blanco, con un tirante también blanco colgaba de su antebrazo.

Sus ojos, de un azul claro, no se perdían nada.

—Esta es mi nuera —estaba diciendo Al—, por el momento, Reina de Alaska. Chris, ésta es Liz. Ella gobierna Inglaterra. Discúlpame si no me levanto—. Agregó, soltando una risotada.

—Es un placer conocerla, Reina Isabel —dijo Chris entre labios entumecidos. Era aterrador estar hablando con la Reina de Inglaterra, incluso si ella se veía más como una estirada y decente abuela. Que de hecho lo era—. Es muy amable de su parte haber venido hasta aquí.

—El placer es mío, Reina Christina —Elizabeth extendió una mano enguantada. Christina se sorprendió, deseando no haberse mordido la mayoría de sus uñas, esperando a que el test se volviera azul—. Mi hijo me comentó que su boda fue realmente hermosa.

—Él es muy amable. Fue un placer haberlo conocido. Es muy amable de su parte venir a visitarnos. Estoy segura que usted debe estar súper ocupada—. ¿Por qué rayos decía "*amable*" tan seguido? Deseaba enjugarse la frente, pero no se atrevía—. Usted parece muy amable—¡Argh!

—Sí Liz, tienes buen aspecto. Ya sabes. Podría usar una enfermera privada —le dijo, lanzándole una mirada maliciosa—. Oh, ¡maldición!

—Lo lamento, Al —dijo Christina—. ¿Era ese tu pie? Debería fijarme

donde dejo caer tu bandeja.

—¡Claro que sí, maldición! —murmuró el rey.

La Reina Isabel sonrió y Christina juraría que sus ojos azules centellaron hacia ella.

—Su Majestad es bienvenida en el Palacio de Buckingham cuando desee. Espero que encuentre tiempo en su ajustada agenda para visitarnos — Lanzó una mirada inquisitiva a su cintura, lo que era increíblemente extraño, ya que Chris pensaba que estaba embarazada de quizás solo un día y medio—. Aunque sospecho que tendrá sus manos ocupadas el año que viene.

—Sí, bueno, quizás lo hagamos —dijo el rey, ignorando completamente el hecho de que Isabel no estaba hablando con él—. Muy buena cacería la que tienes allí, quizás podríamos ir a tu palacio Escocés.

—Quizás—dijo la Reina

—Y, uh, disculpa lo que ocurrió con el perro. ¿Pero cómo diablos iba yo a saber que no se trataba de una enloquecida y rabiosa mofeta? ¡¡Ay!!

—Lo siento, Al.

—Debo marcharme —dijo Isabel, con una diminuta sonrisa elevando la comisura derecha de su boca—. Espero que considere mi invitación, Reina Christina.

—Gracias Señora. Eso suena realmente amable.

—Deseo que te recuperes pronto, Alex —Agregó la reina ligeramente—. Pero parece que estás regresando a tu viejo yo.

—Auuuuu, Lizzie. No seas tan fría. Métete aquí conmigo. ¡Yo te calentaré!

Oh Dios, oh Dios, oh Dios, oh Dios, oh Dios...

—Adiós —respondió Chris deprisa, prácticamente empujando a la reina hacia la puerta. Girándose para enfrentar al rey, le dijo: —No puedo creer que hayas estado flirteando con la Reina de Inglaterra.

—Ella me desea —dijo el rey, tomando el trozo de gelatina que le colgaba de la barba y metiéndolo en la boca—. Te lo aseguro.

Christina quiso comprobar una vez más, antes de retirarse al palacio a descansar, que todo estuviera bien. Quería asegurarse de que Al no se estuviera extralimitando, tal vez ojeando a hurtadillas en las bolsas con las tarjetas de recuperación que había recibido. No le iba a hacer enfadar, pero ella —todos— iban a ser inflexibles. Era fundamental que él se recuperara plenamente, y no solamente por razones políticas. Todos echaban de menos al gran pelmazo.

Pero nada de ese estilo estaba pasando. En cambio, encontró a Al roncando, y enroscado sobre un costado como un cachorro. También, profundamente dormido, estaba el Príncipe Nicholas. Se veían como los Chicos Perdidos, que habían caído dormidos después de un largo día peleando con el malvado Capitán Garfio.

En una silla cercana a la ventana estaba sentado Edmund, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, roncaba suavemente.

Dormido al volante, pensó Christina alegremente. ¡Al fin! ¡Esto prueba que es humano! ¡Oh, espera que se lo cuente a los demás!

Christina les dejó donde estaban, informándole al personal de enfermeras que el príncipe se quedaría a pasar la noche y confirmándole lo mismo al personal de seguridad.

Luego, se fue a casa con el resto de su familia.

Capítulo 36



e vuelta a ser una sencilla princesa —Dijo Christina.
—¡Yupi!

—Y un humilde príncipe —agregó David. Estaban desnudos, ligeramente sudados después de haber hecho el amor apasionadamente. Su barbilla descansaba sobre su estómago—. No puedo esperar.

—Dímelo a mí. Sin embargo, ¿Sabes que aún tenemos que escribir todas las tarjetas de agradecimiento por los regalos de bodas?

—Pensé que ya habías terminado con esa pequeña tarea.

—Me engañaron —admitió ella entre risitas, cuando su aliento le hizo cosquillas en el ombligo—. *Asunto doméstico de menor importancia...* sí, ¡cómo no!

—Hablando de asuntos domésticos menores, ¿cuándo nace el bebé?

—Rayos, ¿tengo que escribírmelo en la frente? El primero de Febrero.

—Muacs —Le besó el estómago—. Desearía que pudiese nacer mañana.

—Ella llegará muy pronto.

—Oh, ¿así que así serán las cosas?

—¿Sinceramente? Me importa un bledo, mientras ella esté saludable. Y pesando menos de once quilos.

—Christina es un bonito nombre —le dijo.

Deslizó los dedos a través de su cabello.

—También lo es David. ¿Pero, sabes cuál es el que de verdad me gusta?

—Me estoy preparando.

—Nicholas.

Él gruñó.

—¡No, en serio! En verdad me agrada ese nombre. Solo quiero, ya sabes, ir preparando mi lista.

—Todavía tenemos suficiente tiempo.

—Sí —dijo ella, satisfecha. Atrayéndolo para darle otro beso—. Suficiente tiempo.

Epílogo



Extraído de “La Reina de los Confines del Mundo” por Edmund Dante III© 2089, Publicaciones Harper Zebra y Schuster.

Nota del Autor

Aunque el reinado de la Reina Christina I fue breve –sesenta y siete días- ella, junto con el Rey David, se desenvolvieron muy bien durante un periodo de gran estrés para el país, algo que nunca sería olvidado.

El Rey Alexander II fue, por supuesto, recibido con brazos abiertos una vez que se hubo recuperado plenamente; y gobernó durante muchos años. Pronto tuvo un nuevo pasatiempo que añadir a la pesca, caza, el gobierno y destrozar el Castillo de Windsor... idolatrar a sus nietos.

Aunque fue algo terriblemente estresante, y ciertamente no deseado, años más tarde el Rey David admitió que el ataque perpetrado a su padre y su consiguiente ascenso al trono, lo había unido mucho más a la Reina, y de una forma mas rápida, de lo que se hubiera esperado en circunstancias más tranquilas. Ella encontró un nuevo respeto a su posición, y él pudo darse cuenta de la gran valía que la Reina podría significar para la Familia Real, y para el Rey en particular.

La reina Christina, con el tiempo y la experiencia, aprendió a ser prudente, e inclusive se mordió la lengua en alguna ocasión. Pero Su Majestad nunca olvidó sus raíces, ni sucumbió ante la intimidación. Años más tarde, cuando el Parlamento demandó que cesara sus peticiones de un incremento en su pensión anual (Su

Majestad deseaba aumentar las donaciones que hacía a hogares infantiles de caridad en no menos de un setenta por ciento), la respuesta de la reina literalmente fue: “Yo soy esposa de un Rey, y madre de reyes. Y no lo estoy pidiendo. Se lo estoy diciendo. Así que jodete, Jack”

Su majestad obtuvo el aumento.

Edmund Dante III

Juneau, Alaska

En éste, el tercer año del Reinado de Su Majestad, la Reina Christina III, 2086.





Mary Janice Davidson,

es una joven escritora norteamericana que se hizo muy popular gracias a la “*Saga de Betsy Taylor*”, o “*Saga No Muerta*”, especializándose en escribir romance paranormal con la también exitosa “*Saga Lobos Windham*”. Ahora sorprende con esta nueva serie de libros de romance adulto pero en una ambientación actual y, aunque en un supuesto ficticio, (recreando la vida de la familia real de Alaska), no es paranormal. En 2004 ganó el *Romantic Times Reviewers Choice Award* y fué nominada para el mismo premio en 2005.

Esta serie, LA FAMILIA REAL DE ALASKA, consta hasta la fecha de tres libros publicados:

- ♥ *TRATAMIENTO REAL (The Royal Treatment)*
- ♥ *SUFRIMIENTO REAL (The Royal Pain)*
- ♥ *LÍO REAL (The Royal Mess)*

Créditos

Este libro ha sido traducido y editado por:



Un grupo heterogéneo de almas que tienen en común el amor por la lectura y la novela romántica sobre todo. Este libro ha sido su primer proyecto, para el que se han necesitado grandes dosis de cariño, paciencia y chocolate.

Desde aquí gracias a Luthyem, por crear esta oportunidad gracias a su iniciativa personal,

gracias igualmente por posibilitar un lugar de encuentro, capitaneado por unos cuantos valientes, gracias a vosotros también,

...y para aquellas personas que sientan la necesidad de aportar su granito de arena en próximos proyectos de traducción, pasad por aquí:

<http://novelastraducciones.blogspot.com>